# **SIETE ÁNGELES**

JESUITAS EN LAS REDUCCIONES Y COLEGIOS DE LA ANTIGUA PROVINCIA

DEL PARAGUAY



## SIETE ÁNGELES

## Carlos A. Page

## SIETE ÁNGELES

JESUITAS EN LAS
REDUCCIONES Y COLEGIOS
DE LA ANTIGUA PROVINCIA
DEL PARAGUAY



Título de la obra: Siete ángeles

Autor: Carlos Page © 2011, Editorial SB ISBN: 978-987-1256-94-5

1º edición, Buenos Aires, septiembre de 2011

Director editorial: Andrés C. Telesca Diseño de cubierta e interior: Cecilia Ricci Director de colección: Guillermo Wilde Corrección de estilo: Silvana M. Lovay

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723. Libro de edición argentina - Impreso en Argentina - Made in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Editorial SB Yapeyú 283 - C1202ACE - Ciudad Autónoma de Buenos Aires Tel/Fax: (++54) (11) 4981-1912 y líneas rotativas E-mail: ventas@editorialsb.com.ar Empresa asociada a la Cámara Argentina del Libro

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN	11
El género biográfico	11
Las biografías de jesuitas	15
La provincia del Paraguay y el género biográfico	19
a) Las obras inéditas	19
b) Las obras editas y los primeros trabajos del siglo XVIII	24
c) La literatura de los expulsos y las biografías	32
d) Breves referencias sobre la obra de Furlong	39
1. SANTIAGO HERRERO. Vida, martirio y muerte de un joven jesuita	41
Algunas consideraciones sobre el martirio en el Paraguay	41
El joven Santiago en el pequeño pueblo de Rubí	46
El viaje a América	52
Del colegio a las misiones	58
Allá donde no hay hastío y donde el hartazgo no empalaga	68
Apéndice: Jesuitas mártires de la provincia jesuítica del Paraguay	70
2. JOAQUÍN GAZOLAS. Primer Rector del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat. Orígenes y primeros tiempos de la institución	73
Introducción	73
El primer Convictorio	74
Fundar y crear	77

Hacia el Convictorio en Córdoba	79
Una biografía del primer rector	87
3. FRANCISCO LUCAS CAVALLERO. SU PRIMERA EXPERIENCIA MISIONAL ENTRE LOS INDIOS PAMPAS.	99
Biobliografía del P. Cavallero	99
Las experiencias reduccionales al sur de Córdoba	103
Las noticias del P. Lucas entre los pampas	107
El destino de los pampas y del P. Cavallero	114
4. ANTONIO RIPARI. DE GÉNOVA A SAN PABLO	119
Biobibliografía del P. Antonio Ripari	119
Los viajes de los jesuitas a América en el siglo XVII	
y la expedición del P. Juan B. Ferrufino	126
La relación del P. Ripari sobre su viaje de Europa	132
A modo de conclusión	139
5. MARTÍN LÓPEZ. Los estancieros y el recuerdo a un hermano coadjutor	141
Los Padres estancieros	141
Una galería de personajes ilustres	144
La cadena de mando y sus instrumentos	150
Otras actividades de los Padres	154
Martín López y la estancia de San Ignacio de los Ejercicios	157
Las menciones del Padre General	160
La biografía escrita por el P. Ladislao Orosz	161
Conclusión	165

6. PEDRO DE ESPINOSA. Vida, martirio y un aporte	
A LA ARQUITECTURA JESUÍTICO-GUARANÍ	167
Las primeras reducciones y sus edificios	167
El P. Pedro de Espinosa	177
La obra edilicia del P. Espinosa	192
Conclusiones	197
7. LAURO NÚÑEZ.	
LOS CONFLICTOS CON LAS CONSTRUCCIONES  ARQUITECTÓNICAS DE SUS PERIODOS DE GOBIERNO	199
Introducción	199
Biobibliogafía del P. Lauro	203
El provincialato del P. Lauro Núñez. De Alicante a Córdoba del Tucumán	208
a) Primer mandato (1692-1695)	208
b) Segundo mandato (1702-1706)	211
La situación edilicia del periodo y el origen del conflicto	213
Las obras emprendidas en la capital de la provincia según la biografía de Orosz y otras fuentes	215
a) La iglesia de Córdoba	215
b) El Noviciado	220
c) El Convictorio	223
Los conflictos por las construcciones de la época	225
Conclusiones	231
FUENTES Y ABREVIATURAS	233
BIBLIOGRAFÍA	235

#### PRESENTACIÓN

Este libro recopila una serie de biografías sobre diversos jesuitas que actuaron en la Provincia del Paraguay. No son precisamente hombres reconocidos por la erudita y extensa historiografía, sino que la compilación se apoya en una apuesta a quienes desde diversos lugares de trabajo contribuyeron a la construcción de un mundo mejor, paráfrasis de la que hemos insistido en otras oportunidades. Pero también en la valoración del otro en cuanto a una alternativa de respeto y que no dudamos tuvo como objetivo y resultado final la conservación de las culturas originarias. No siempre la empresa tuvo éxito y los fracasos costaron vidas, no sólo de mártires, sino de miles de seres humanos que no comprendieron las alternativas que tenían o dudaron de hacer frente a una realidad con absoluta convicción.

El título del libro, que ambiciona ser una serie, evoca otro que en 1732 publicó Antonio Machoni "Las siete estrellas de la mano de Jesús", un sardo excepcional. Pero también alude a la visión de las estrellas que representaban a los Siete Arcángeles inscriptos en el Apocalipsis de San Juan. En nuestro medio, esa mención también la vemos en la intercesión que tuvo uno de los más grandes hombres de la historia jesuítica-guaraní, el limeño Antonio Ruiz de Montoya, cuando en la región del Tayaoba del Guayrá fundó una reducción con esa dedicación, aunque fue destruida al poco tiempo por los bandeirantes.

La biografía es un género del que, confieso, transporta a quien investiga a un mundo paralelo. Insita a caminar por los mismos senderos del personaje biografiado, y hasta hace pensar como el protagonista y llegar a identificarse con el sujeto. Alcanzamos una instancia que hablamos en sueños por las noches, interrogándole sobre dudas de algún aspecto no dilucidado de su vida e imaginamos aquellos momentos cuyas decisiones lo hicieron convertir en alguien diferente a los demás.

Siete hombres que tuvieron un mismo objetivo, transitando distintos caminos y de los que nos adentramos en el relato de sus vidas en forma crítica-científica, no novelada, haciendo como dice François Dosse, una apuesta al género biográfico. Para una nueva, o si se quiere renovada, visión del mundo americano donde actuaron los jesuitas que, más allá de sus hábitos religiosos, fueron hombres ejemplares, con convicciones claras y sobre todo, cargados de amor al prójimo, a esos otros hombres que no eran distintos.

#### INTRODUCCIÓN

"Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es"

Jorge Luis Borges (1949)

#### El género biográfico

El género biográfico fue cultivado desde la Antigüedad diferenciado de la historia. A partir de entonces y en todas las épocas fue estimulado el reconocimiento sobre la vida ejemplar que se debería seguir. Pero así como se fueron reescribiendo biografías de innumerables personajes, también el género se fortaleció trayendo incontables personajes del anonimato y del contexto en que les tocó vivir, que lo contiene y le da significado.

Se desarrolló una función primordial en la identificación del ser, por medio del discurso de las virtudes heroicas y morales, a fin de trasmitirlas a las generaciones futuras. Efectivamente en la Antigüedad prevalecieron los valores alcanzados por la heroicidad del personaje, en sus funciones en el ejército, la política y la magistratura. Las biografías anteriores al periodo helenístico no nos han llegado. Sin embargo los trabajos posteriores de los griegos Isócrates (436 a.C.- 338 a.C.) y Jenofonte (431 a.C. -354 a.C.), se convirtieron en pioneros del género, más específicamente en el *encomium*, que es el elogio fúnebre, donde en una primera

parte se dan a conocer cronológicamente los datos biográficos y en una segunda, las virtudes del personaje. Sin embargo no deja de aparecer lo ficcional como expresión de la libertad creativa del escritor. Este género encomiástico también fue practicado por Teopompo, Tucídides y Polibio, pero los romanos irrumpieron como verdaderos maestros de la biografía, como los casos de Plutarco (c.50-120) con su "*Vidas Paralelas*" (Plutarco 2001) y también Suetonio (70-140) cuyo trabajo será modelo para el devenir cristiano. Incluso y según Plinio un poco antes, Cicerón (106 a.C. -43 a.C.) redactó 700 vidas ilustres. Mientras que la mujer no quedó afuera en la obra de Charon quien, según el P. Oliva, escribió cuatro libros de varones ilustres y cuatro de matronas insignes (Oliva 1895: XIX).

Pero Plutarco fue redescubierto en el Renacimiento<sup>1</sup> con verdadera pasión. La reedición de sus obras se convirtió en modélicas del género y continuó siendo admirada hasta el siglo XVIII. Su proyecto conllevaba a reflejar la vida ejemplar con propósitos morales, sin caer en el panegírico, utilizando vicios y virtudes para que precisamente esta última se destaque de la anterior.

Suetonio sigue metodológicamente los relatos de vidas de Plutarco, escribiendo las "De vita Caesarum" (Suetonio Tranquilo, 1992), construidas gracias a la relación que tuvo con el emperador Adriano que le encomendó ordenar y clasificar los archivos. Su obra, compuesta por la biografía de doce césares también alcanzó reconocimiento en la posteridad. Pero aparece un tercer gran biógrafo que fue el griego Diógenes Laercio, quien vivió en el siglo III d.C. y que, a diferencia de los predecesores nombrados, se dedicó a difundir la vida y obra de los filósofos griegos. Sus Vidas, opiniones y sentencias, fue escrita en diez partes. Como las obras de Plutarco y Suetonio, traspasó los límites del mundo antiguo, floreciendo en el Renacimiento, cuando fue traducida al latín por el humanista italiano Antonio Traversario.

<sup>1.</sup> La primera traducción fue la de Juan Fernández de Heredia, de la orden de San Juan de Jerusalén en 1389. Su versión parcializada fue vertida al italiano. Todas las *Vidas paralelas*, las publicó Ulrico Han en 1471 y luego Alfonso de Palencia en 1491, después lo hizo Francisco de Encinas en 1551, que fueron completadas por Diego Gracián Alderete. Los franceses recibieron su traducción en 1559 de la pluma de Amyot, teniendo gran influencia en Rousseau; mientras los ingleses de parte de Thomas North en 1579, con notables admiradores como Hamilton, Bacon, Jonson, entre otros.

Con la conversión al cristianismo del emperador Constantino (306-337) surgió la variante más significativa que tuvo el género con los escritos de la vida de santos canonizados y beatos, también llamadas hagiografías. Tenían el claro objetivo de encarnar lo sagrado en lo humano y hacerlo virtuoso para el resto de la humanidad. Se prioriza en el relato lo ejemplar antes de lo que ha pasado realmente en la vida del personaje. La efigie póstuma es reconocida desde el devenir de la infancia donde discurre el relato que se centra finalmente en el discurso sobre la virtud milagrosa. Pero destaquemos que hay una construcción colectiva y hasta institucional del personaje a través de los testimonios compilados por quienes construyen su historia, que se proyecta al lector que encuentra en su vida un modo de identificarse.

El género hagiográfico tiene por objetivo inicial el de conmemorar a las primeras víctimas del martirio, como el de Policarpo de Esmirna, Santa Perpetua y Santa Felicidad o la vida del obispo y mártir San Cipriano de Cartago. Esta última escrita por el diácono San Poncio, muerto en 262, considerada la primera biografía cristiana (Cartago 1998). Así también los doctores de la Iglesia, como San Jerónimo escribió *De viris illustribus*, además de las vidas de Santa Paula, San Hilarión y muchos otros; mientras San Gregorio Magno hizo lo propio con la vida de San Benito de Nursia; San Sofronio la de Santa María Egipciaca, San Atanasio relató la biografía de San Antonio Abad. También San Gregorio Nacianceno la vida de San Basilio y San Bernardo hizo lo propio con la de San Malaquías.

A partir de una serie de relatos hagiográficos que se acumularon a lo largo de varios siglos aparecen una variedad de obras compilatorias como el Martirologio Siriaco, manuscrito del 411 que tradujo y resume un martirologio griego perdido de mediados del 300 que también fue traducido en el siglo VI, atribuyéndoselo a San Jerónimo. Pero la conformación de la hagiografía histórica, estructurada con el nombre del santo, lugar donde se lo honra, calendario y resumen de su historia, lo realiza el monje benedictino San Beda el Venerable (c.672-735), un verdadero personaje quien dividió la era Cristiana en antes y después de Cristo, además de manifestar que la tierra era redonda como una pelota e inventar en la historiografía la nota al pie de página.

En el siglo XIII aparece otra obra fundamental de la hagiografía, escrita por el italiano y beato dominico Jacques de Vorágine (1230-1298)

que tituló *La Legenda áurea*. Se conforma con un cuerpo de vidas de santos con gran vocación didáctica, a lo largo de un milenio de cristiandad. Con ciento ochenta capítulos divide a los santos que tuvieron contacto con Cristo, luego los primeros mártires hasta la época de Constantino, continuando con los prelados y doctores del siglo IV al VII y finalmente los santos contemporáneos a su época<sup>2</sup>. Por 1583 el papa Gregorio XIII propuso la edición oficial del martirologio romano, redactado por una comisión especial que encabezó el cardenal César Baronio.

Pero en todo este discurrir del tiempo, también hasta se llegó a escribir sobre santos que no existieron<sup>3</sup>. Llega entonces la mayor transformación de la hagiografía que la dieron los jesuitas, desde Heribert Rosweyde, continuado por los también ignacianos, el belga Jean Bolland (1596-1665) y el holandés Godfried Henskens (1601-1681) que publicaron en 1643 los dos primeros volúmenes dedicados al mes de enero de los *Acta Sanctorum* con los documentos reunidos por Henskens<sup>4</sup>. Se conforma desde entonces la escuela de los bolandistas que tendrán una lectura crítica y erudita sobre la hagiografía y quienes realizaron los primeros expurgos del exceso de apócrifos.

- 2. "Legenda" significa "para leerse", es decir lo que debía leerse, en público, a los otros porque no había libros. También denominada Leyenda Dorada, que es una traducción menos correcta que la clásica "Leyenda áurea", conocida como Leyenda de los Santos y luego, "Flos Sanctorum". La traducción castellana que pudo leer San Ignacio, fue la impresa en Sevilla en 1520/21. Una edición crítica (Cabasés 2007).
- 3. En 1966 bajo el papado de Paulo VI fueron excluidos del martirologio romano 33 santos que nunca se pudo comprobar si existieron, prácticamente todos mártires de los primeros tiempos muy conocidos, como por ejemplo San Valentín, San Cristóbal, San Jorge (patrono de Inglaterra, Alemania y Portugal), Santa Verónica, Santa Bárbara Mártir (patrona de Cuba), entre otros. Publicada su edición típica (*Martyrologium Romanum* 2004) conforme al decreto del Concilio Vaticano II y aprobación de Juan Pablo II.
- 4. En 1658 aparecieron tres volúmenes correspondientes al mes de febrero. Fue cuando se sumó Daniel Van Papenbroeck y en 1668 se publican los tres volúmenes de marzo y los de abril en 1675. Para el mes de mayo se editaron siete volúmenes, publicados entre 1680 y 1688. Para los del mes de junio, los cinco primeros volúmenes se imprimieron en 1695, 1698, 1701, 1707 y 1709. Los últimos volúmenes de junio, julio y tres de octubre se editaron en 1770. Tres años después se produce la supresión de la Compañía de Jesús y recién en 1837 se reanuda la sociedad de lo bolandistas en Bruselas y en 1845 publican el tomo séptimo de octubre, mientras que los restantes hasta el decimosegundo se publican entre 1853 y 1867. El tomo decimotercero aparece recién en 1883. Los volúmenes de noviembre se publican entre 1887 y la totalidad de la obra impresa hasta ese momento se publica en 68 volúmenes en 1940.

Con la hagiografía debemos diferenciar los martirologios que son más bien, breves noticias del martirio o de la vida del santo, repartidos por los días de su conmemoración litúrgica, que suele ser el mismo día de su muerte, o mejor de su "nacimiento" a la vida nueva. Pero también aparecen los menologios de vidas de religiosos que pueden o no ser mártires canonizados. Incluso estas "vidas ilustres" comenzaron a aparecer en cada orden religiosa, siendo la obra censurada por la superioridad previamente a su publicación. Constituyen un verdadero florilegio de una serie de elegidos justamente por sus virtudes religiosas. De tal manera que tanto el clero secular como el regular promovieron este tipo de obras tendientes a crear arquetipos de imitación en los jóvenes religiosos, y los jesuitas no demoraron en ponerse al frente ante una labor evangelizadora digna de ser recordada en los trabajos de sus obreros.

#### Las biografías de jesuitas

Si bien dentro del Instituto surgieron escritores dedicados especialmente al género biográfico, la construcción del mismo, sea o no llevado al menologio, tiene un proceso de elaboración también un tanto colectiva. Pues parten de una primera información de la muerte, sobre todo si es violenta, redactada por un compañero cercano, que la dirige al Provincial. Este panegírico laudatorio o Carta de Edificación a su vez puede resumirla o ampliarla y enviársela directamente al General si el personaje tiene fuerte presencia y puede originar que se lleve la causa a Roma para una eventual beatificación y canonización. Pero también y en todos los casos el Provincial incluye un resumen de la biografía en una sección sobre necrológicas insertas en las Cartas Anuas que actuarán luego como fuente principal para los historiadores.

Los estilos literarios obviamente sufrirán una transformación aunque no se cambiará el objetivo que, como escribe el P. Oliva en 1598, el fin que lo mueve a escribir las Vidas de Varones Ilustres jesuitas del Perú es "para que leyéndolas nuestros hermanos les sirviesen como de imágenes y relatos vivos, despertador continuo para la imitación de sus heroicas virtudes" (Oliva 1895: XX).

Aún antes de los bolandistas el jesuita español Pedro de Ribanedeyra (1528-1611), después de ocupar importantes cargos en Europa, comenzó su labor literaria-biográfica en Madrid en 1583 hasta su muerte, aunque ya había dado muestras de gran pericia cuando Francisco de Borja le encargó la redacción de la vida de San Ignacio, compuesta entre 1567 y 1569, publicada en 1572 en latín y en 1583 en español, aunque ediciones posteriores fueron corregidas. Su producción, enmarcada dentro del Siglo de Oro español, va a girar entre la historia, la hagiografía y la ascética. Sus biografías son manejadas con respeto y certera verificación de las fuentes. Posteriormente escribió también la *Vida del P. Francisco de Borja* (Madrid, 1592), *Vida del P.M. Diego Laynez* (Madrid, 1594) y el *Flos Sanctorum o Libro de las Vidas de los Santos* (Madrid, 1599). En dos volúmenes, editado varias veces y en diversos idiomas.

Los jesuitas tomaron de la iglesia bizantina el término y práctica del menologio, para elogiar a sus ilustres difuntos, de acuerdo a los días y meses del calendario. Estos elogios no sólo eran de los mártires, sino también de otros miembros del Instituto. Su origen lo hallamos en las normas de correspondencia insertas por San Ignacio en las Constituciones, en donde recomendaba que los provinciales debieran estar en permanente contacto epistolar con el general. Aparecen entonces desde las "cartas cuadrimestres" (Const. 675s), luego semestrales desde el generalato del P. Laínez en 1564 y finalmente desde el mandato de Francisco de Borja en 1565 se estableció que fueran anuales. Allí se daban algunos bosquejos necrológicos de aquellos sujetos más eminentes, al principio o al final de la descripción de cada casa o colegio. Luego fue variando el modo de escribir de acuerdo con las cambiantes "Formulae scribendi" que inicia el general Mercuriano. De tal manera que las Cartas del siglo XVII para el Paraguay contienen necrológicas mucho más extensas y detalladas que las del siglo siguiente. Incluso muestran heroicas virtudes exageradas con hechos milagreros.

Con el tiempo se confeccionó el manuscrito "Catalogo d'alcuni martyri ed altri uomini più illustri in santità della Compagnia di Gesù". No se sabe con certeza, pero probablemente fue escrito por el P. Francesco Sacchini (1570-1625), pues fue el historiador oficial que sucedió a Niccoló Orlandini al morir en 1606. Cumplió esa función hasta 1619, justamente en el año en que se comenzó a leer el menologio en la casa profesa de Roma después del martirologio, extendiéndose al resto de las casas. Recordemos que Sacchini, entre otras obras de gran relevancia, escribió la primera vida de San Estanislao de Kostka (1609) y la de San

Pedro Canisio (1616). Al traducirse y difundirse el Catálogo comenzaron a llegar pedidos de otras provincias para leer a sus propios hombres célebres y para ello debieron construir sus propios menologios.

Por aquella época el jesuita belga Philippe Alegambe (1652-1613) publicó Bibliotheca Scriptorum Societatis Iesu (Amberes, 1643) con bibliografía que utilizó de Pedro de Ribanedeyra y ayuda de su compatriota Bolland. Pero también escribió otras obras como De vita et moribus P. Ioannis Cardim Lusitani (Roma, 1645). Mortes illustres et gesta eorum de Societate Iesu (Roma, 1657) y Heroes et victimae charitatis Societatis Iesu (Roma, 1658). Todos estos escritos póstumos las completa y edita el P. Juan Nadasi.

En la XI Congregación General de 1681 se encargó al general Carlos de Novelle (1682-1687) que realizara un nuevo menologio, nombrando algunos escritores romanos para pulir este catálogo de faltas, errores, adiciones y supresiones, y luego remitido a todo el mundo. La tarea inconclusa la intentaron continuar los generales Tirso González en 1691 y luego Francisco Retz en 1739, que ordenó que los delegados a la Congregación de Procuradores a Roma llevasen las listas de sujetos y observaciones. Pero fue sumamente ardua la tarea, a la que se sumó la guerra en Europa que pospuso para más adelante la celebración de la Congregación. Mientras tanto y con motivo del segundo centenario de la Compañía de Jesús apareció en 1741 el manuscrito Memoria del beato fine di alcuni Padri e Fratelli Della Compagnia di Giesú, ilustri per fama di santitá. La obra consta de 150 personajes, entre mártires, generales, los primeros compañeros de San Ignacio, además de los que estaban incluidos en el martirologio. Fue un tanto mejorado y publicado en Roma en 1840 con el nombre de Menologio ovvero pie memorie di alcuni religiosi Della Compagnia di Gesú. La obra fue reeditada en 1901 retirando a los jesuitas elevados a los altares y sumando nuevos nombres del Instituto reestablecido, sumando 256 entradas (Rey Fajardo 2006: 84).

No obstante aparecieron otros menologios por naciones, producto de ese reclamo que decíamos más arriba. Es el caso de Perú donde el P. Anello Oliva escribió su historia del Perú, incluyendo "Varones Ilustres de la Compañía de Jesús". La obra consta de cuatro capítulos, el primero sobre la geografía y el pasado prehispánico del Perú y los tres restantes sobre la historia del Instituto con la biografía de religiosos de 1568 a 1628: provinciales, sacerdotes, coadjutores y novicios. Aunque fue autorizada

en 1631 por el provincial Mastrilli Durán, el Consejo de Indias y el P. Nieremberg, el general Vitelleschi no dio la licencia para su impresión. Recién se publicó la primera parte en Lima en 1895 y el resto quedó inédito. También de Perú es la obra que confecciona Juan María Freylin (Sevilla, 1632) resumiendo la obra del P. Anello; el de España de Bernardo Monzón en 1659, el de Nueva España de Francisco de Florencia (Barcelona, 1671), aumentado por Juan Antonio de Oviedo en 1747. También incluye españoles y americanos la obra de Giuseppe Antonio Patrignani publicada en 1730, continuada en el siglo XIX por Giuseppe Boero. En este mismo siglo se destaca finalmente la obra del P. Elesban de Guilhermy, que publicó un menologio en 14 tomos aparecidos entre 1893-1904, con otros dos volúmenes sobre coadjutores en 1911. Ya hablaremos más delante de los trabajos realizados por los jesuitas del Paraguay.

Reforzando los menologios van a cobrar fuerza las biografías de los Varones Ilustres. Se destacan particularmente los tres autores que conformaron los nueve volúmenes publicados entre 1643 y 1736, los PP. José Eusebio Nieremberg (1595-1658), Alonso de Andrade (1590-1672) y José Cassani (1673-1750) que tuvieron gran impacto en los lectores a pesar de su carácter panegirista y carencia de crítica histórica. El primero fue madrileño, aunque de padres austriacos, concluyendo su labor en 1638, publicándose los primeros cuatro tomos entre 1643 y 1647. Recordemos que el autor desarrolló tratados espirituales que dejaron huellas profundas en el cristianismo y que en 1643 aparecía paralelamente los Acta Santorum. El toledano P. Andrade, también de prestigio intelectual en su época, concluyó con los dos volúmenes siguientes en 1666 y 1667, publicando a su vez biografías de Francisco de Aguado (1658) y el del por entonces beato Estanislao de Kostka (1672). Finalmente el madrileño de origen suizo Cassani tardó bastante tiempo en concluir con el encargo, quedando sus tres volúmenes publicados entre 1734 y 1736. No obstante quien fuera hijo del representante de los cantones suizos católicos y depositario de la Cámara Apostólica en la Corte de Madrid, publicó entre otras obras de gran prestigio, las biografías de los santos jóvenes jesuitas Estanislao de Kotska (1715) antes de su canonización y Luis Gonzaga (1726), en el año que fue llevado a los altares por el Papa Benedicto XIII.

Para el siglo XIX contamos con el jesuita belga Alois de Backer (1823-1883), quien fue en principio colaborador de su hermano en la

compilación de la *Bibliothèque des Écrivains de la Compagnie de Jésus*, cuyos siete volúmenes aparecieron entre 1853 y 1861. Pero las contribuciones del francés Carlos Sommervogel (1834-1902) fueron tan importantes que De Baecker lo incluyó como coautor de la edición revisada (1869-1876). Sucedió en su labor a los hermanos de religión ya fallecidos y comenzó en Lovania una nueva edición revisada y ampliada. El primer volumen de su *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus* apareció en 1890 y acabó el noveno volumen en 1900. Los últimos tres tomos fueron obra de Pierre Bliard, Ernest M. Rivière y Ferdinand Cavallera.

#### La provincia del Paraguay y el género biográfico

#### a) Las obras inéditas

La labor historiográfica jesuita es inmensa, desde memoriales, relaciones y tratados, breves noticias, cartas e informes anuales donde -como dijimos- se destacaban las noticias necrológicas de las Cartas Anuas, fuente inagotable de los antiguos y modernos historiadores. Pero es necesario señalar el tránsito literario que hubo del Barroco a la Ilustración. Diferencias que son muy obvias entre Francisco Jarque (1607-1691) y José Manuel Peramás (1732-1793), ubicados no sólo en ambos extremos temporales, sino en contextos diferentes. El primero siendo testigo de los primeros logros misionales y el segundo víctima del exilio. El Barroco como un periodo de la historia de la cultura fue considerado la decadencia del Renacimiento, siendo rehabilitado a fines del siglo XIX, ligándolo al pasado sin rupturas y con una identidad propia. Incluso luego se llegó a distinguir la primera Contrarreforma postridentina (manierismo) y el triunfalismo del Barroco, que mal se lo relacionó con el jesuitismo imbuido en la retórica y poética de origen grecolatino, con una notable diversidad en su tiempo que penetró en una población de medio y bajo nivel social. Pero en las postrimerías del Siglo de Oro español, se produce una lenta renovación del pensamiento estético en concordancia con un siempre predilecto género histórico-biográfico que alcanzó una abundante producción que tuvo como corolario la gran generación humanista del exilio, inscripta dentro de la Ilustración.

Varias obras han quedado inéditas y de ellas comenzaremos mencionando la del P. Diego de Bora que trazó una biografía del P. Alonso D'Aragona, un napolitano que llegó a Buenos Aires en 1617, falleciendo en Asunción en 1629; fecha en que firma Boroa el texto, el 20 de julio. En el mismo legajo del archivo jesuítico de Roma, le sigue un resumen del mismo D'Aragona y otro del P. Marcial de Lorenzana sin fecha ni firma<sup>5</sup>. También allí encontramos la anónima relación sobre la muerte de los PP. Gaspar Osorio y Antonio Ripari<sup>6</sup>. Hay otras menciones necrológicas muy breves, pero siguen los textos de mayor importancia como la muerte de Diego de Alfaro, escrita como carta por el P. Diego de Boroa en Córdoba el 18 de enero de 16447. Francisco Lupercio Zurbano escribió al P. General una relación de ocho folios de la muerte del P. Pedro Romero, firmada en Córdoba el 26 de enero de 16468. Un escrito similar de siete folios hallamos en Barcelona, en cuvo título se incluye el nombre de Mateo Fernández que murió junto con el P. Romero, pero a pesar de tener la misma fecha no está firmada<sup>9</sup>.

Un legajo especial se encuentra en Roma, que precisamente trata sobre las noticias necrológicas sucedidas entre 1598 y 1702. En primer lugar hay un texto del P. Diego de Boroa dirigido al P. General con los elogios de varios jesuitas que podrían ser incorporados a la lista de los varones insignes de la provincia del Paraguay<sup>10</sup>. Se inicia con el recordatorio de Alonso de Barzana, sigue con Pedro de Añasco, Alonso de D´Aragona y Marcial de Lorenzana<sup>11</sup>. Las fechas que se señalan de fallecimiento no son todas las correctas. Curiosamente el documento está presidido por un índice donde figuran 31 jesuitas y posiblemente esta

<sup>5.</sup> Archivo Romano de la Compañía de Jesús (ARSI, Paraq. 11 Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff 211-216.

<sup>6.</sup> Relación breve de la muerte del P. Gaspar Osorio y su compañero Ant. Ripario a la entrada de la mision del Chaco como a mediados de marzo del año 1639 (ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 260-261v.)

<sup>7.</sup> ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 263-270v.

<sup>8.</sup> Relacion de la muerte del P. P. Romero de la Compañía de Jesús a manos de los indios infieles de la Pcia. Del Itatín (ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 311-314v.).

<sup>9.</sup> Archivo Histórico de la Provincia Jesuítica de Cataluña (ARXIU), ACMI 02.

<sup>10.</sup> El P. Furlong dejó un trabajo inédito para su colección de Escritores Coloniales Rioplatenses que se titula: "Diego de Boroa y su "Historia de los varones Ilustres". Pero desconocemos su paradero (Geoghegan 1975: 493).

<sup>11.</sup> ARSI, Parag. 15 Necrolog. 1598-1702, ff. 2-3v.

compilación se realizó para la formación de un menologio del Paraguay. Efectivamente, luego se agregó a Ruiz de Montoya en varios folios. Avanzando en el legajo al fin encontramos el documento titulado "Elogia Patrum Sosietais Jesu Provincia Paraquaria Menologium Paraquatiae" que comienza con Barzana (1530-1597), sigue con Diego de Torres (1551-1638), Diego de Boroa (1585-1657), Diego Ransonnier (1600-1636), José Cataldino (1571-1653), Simón Maceta (1577-1658), Pedro Romero (1585-1645), Gaspar Osorio (1595-1639), Antonio Ripari (1607-1639), Francisco Lucas Cavallero (1661-1711), Sebastián Discreti (1605-1669), Gonzalo Juste (1579-1639), Marcial de Lorenzana (1565-1632), Diego Francisco Altamirano (1626-1704), Francisco Burgés (1642-1725), Juan Antonio Solinas (1643-1683), Julián Lizardi (1696-1735), es decir 18 jesuitas, de los cuales sólo se inscribe un coadjutor el H. Gonzalo Juste (1579-1639)<sup>12</sup>. No obstante en el legajo se insertan también una serie de extensas biografías escritas en latín dedicadas a Pedro Romero, Pedro Márquez, José Doménech, Marco Antonio D'Otaro, Juan Ignacio de Deizama (;?), Juan Bautista Ferrufino. Con otra letra aparecen luego Francisco Ricquart, Andrés Gallego Bonillo, Nöel Berthot, Miguel Ángel Serra y Tomás Donvidas.

En este mismo legajo e inserto en el medio, se destaca la "Vida del Venerable Padre Marcial de Lorenzana de la Compañía de Jesús. Apóstol del Paraná"13. La obra anónima que se encuentra lista para publicar, está prolijamente escrita y fechada en su portada, aunque con letra agregada el 12 de setiembre de 1632. Tiene dos extensas dedicatorias, la primera al P. Luis de la Palma<sup>14</sup>, rector del Colegio de Alcalá y a los PP. y HH. de aquel establecimiento. Casi con seguridad el texto es pues del P. Diego de Boria que ingresó a la provincia toledana en 1605. Luego sigue el prólogo dedicado a los PP. misioneros del Paraguay. Se divide en tres libros. El primero trata sobre el nacimiento e infancia, sus estudios en el noviciado, su viaje a América y primera misa en Perú, su destino al Paraguay, sus via-

<sup>12.</sup> ARSI Paraq. 15 Necrolog. 1598-1702, ff. 45-57v.

<sup>13.</sup> ARSI Parag. 15 Necrolog. 1598-1702, ff. 64-229v.

<sup>14.</sup> El P. Luis de la Palma (1560-1641) fue un notable escritor ascético y místico al que debemos su Historia de la Sagrada Pasión, escrito en el Colegio Imperial de Madrid. Fue dos veces provincial de Toledo, pero en la época que ingresó el P. Boroa era justamente maestro de novicios, mientras que rector lo fue entre 1607 y 1610.

jes con Saloni, su cargo de superior del colegio de Asunción, sus viajes a Córdoba y regreso a Asunción y persecuciones que sufre. El Libro Segundo trata sobre la llegada del P. Diego de Torres a Asunción, que le encomendó las misiones del Paraná, donde se establece, y casi pierde la vida. Continúa con la visita a las misiones del obispo, luego pasa a Córdoba como rector del colegio y más tarde vuelve a Asunción. Finalmente en el Libro Tercero habla de las virtudes de Lorenzana, su humildad, mortificación, paciencia, fortaleza, prudencia, pobreza, caridad, obediencia y castidad.

En Barcelona encontramos un "Catalogo de mártires de la provincia del Paraguay", que no lleva autor ni fecha. Consta de 24 folios y los biografiados son: Roque Gonzalez de Santa Cruz, Cristóbal de Mendoza, Pedro de Espinosa, Diego de Alfaro, Gaspar Osorio, Antonio Ripari, Sebastián de Alarcón, Pedro Romero, Mateo Fernández, Alonso Arias, Cristóbal Pascual, Antonio Solinas, Lucas Cavallero y Bartolomé de Blende. Este catálogo, como vemos, adolece de la mención de algunos jesuitas. Entre ellos nada menos que los primeros mártires del Paraguay, los PP. Martín Alonso Aranda y Horacio Vecchi que murieron en Chile junto al H. Diego de Montalbán, en 1612, es decir, cuando Chile pertenecía a la provincia del Paraguay. Pues seguramente no se los mencionó ya que posteriormente Chile se desprendió de la misma. Nombra a Roque González pero no a sus compañeros, aunque igualmente se los incluye en el texto. Hay un orden cronológico, pero un poco desprolijo ya que el P. Mendoza muere antes que el P. Espinosa. Igualmente se inserta al asunceño Sebastián de Alarcón que, si bien fue asesinado por los chiriguanos en 1639, aún no había ingresado al Instituto. Cuando se refiere a "Cristóbal Pascual", debe leerse Cristóbal Arenas, muerto en 1649. Luego de Arenas omite dos mártires como Lucas Pizarro (†1666) y Nicolás Mascardi (†1674), pues se lo hace porque en ese entonces los lugares donde mueren eran parte de la provincia chilena. Finalmente concluye con el P. De Blende, muerto en setiembre de 1715, pues al no incluir al P. Francisco de Arce que murió en diciembre del mismo año, creemos que el escrito fue redactado justamente después de setiembre y antes de diciembre de ese año.

Pues si de Chile se trata, aún permanece inédita la obra del madrileño P. Diego Rosales (1605-1677) sobre una serie de *Vidas de los Varones Ilustres de la Compañía de Jesús en Chile 1673*. Se conserva una copia en el Archivo de la actual provincia chilena de los jesuitas en Santiago, insertando varios sujetos que estuvieron trabajando en la provincia del Paraguay cuando sobre todo Chile pertenecía a ella, como los PP. hermanos chilenos Alonso y Juan del Pozo, los también chilenos Luis Chacón v Rojas, Bartolomé Navarro, Juan de Riberos, Baltasar Pliego, Juan de Gamboa y Juan de Moscoso, además de los españoles Diego González Holguín, Pedro Torrellanas, Francisco Gómez, Vicente Modolell, Juan López Ruiz, Andrés Agrícola, Gaspar Hernández, Alonso de Aguilera, Alonso de Ovalle, Agustín de Villaza, Cristóbal Diosdado; el holandés Francisco Van den Berghe (Vargas) y el célebre mártir italiano Nicolás Macardi. Se suman a ellos los coadjutores HH. Fabián Martínez, Andrés Pérez, Andrés Calderón, Gonzalo Juste v Diego Hernández<sup>15</sup>. Es interesante destacar que el mismo P. Rosales, siendo testigo del acontecimiento, escribe al provincial una extensa carta dando cuenta del martirio de un indio llamado Huenchuquala, quien acabado de bautizar fue asesinado cruelmente por sus compañeros<sup>16</sup>

Finalmente en la Biblioteca Nacional de Brasil encontramos la "Carta de Edificación o Vida del P: Lauro Núñez" <sup>17</sup>, fechada en 1719, es decir escrita en el mismo año de su fallecimiento, seguramente como primer testimonio dirigido al Provincial para volcarlo en las Cartas Anuas. Esta biografía la utilizamos en el presente libro al igual que la del P. Francisco Lucas Cavallero, que se encuentra también inédita en el repositorio romano, escrita el 28 de setiembre de 1711, diez días después de su martirio en Chiquitos, aunque desconocemos su autor<sup>18</sup>. Otra biografía inédita es la del P. Francisco Burgés, escrita en 1726 por el P. Luis de la Roca, rector por entonces del Colegio Máximo de Córdoba, cuyo original se encuentra en la Biblioteca Nacional de España<sup>19</sup>. Hay una copia en el Archivo de los jesuitas de Alcalá de Henares y el P. Pastells publicó un resumen en su conocida obra (Pastells 1933 (V): 43-52).

<sup>15.</sup> Archivo de la Província Jesuítica de Chile (ASJCh) D. de Rosales. Varones Ilustres. Libro # 303.

<sup>16.</sup> ASJCh, Carta de P. Rosales sobre martirio. Carp. 20, # 294.

<sup>17.</sup> Biblioteca Nacional de Brasil, Río de Janeiro (BNB), Ms. 508 (23) doc. 580, I-29,9,1.

<sup>18.</sup> Breve noticia de la muerte del Venerable P. Lucas Caballero q. murió a manos de los Barbaros en las Missiones de Chiquitos, ARSI, Paraq. 12, Hist. 1667-1785, ff. 56-57

<sup>19.</sup> Biblioteca Nacional de España (BNE), Mss 19582.

#### b) Las obras editas y los primeros trabajos del siglo XVIII

El P. General Claudio Aquaviva (1581-1615) en sus últimos años de gobierno había encomendado a las provincias jesuíticas que redactaran sus historias. La tarea comenzó a tener eco lentamente. De ahí que sabemos que el primer historiador del Paraguay fue el P. Juan Pastor (1582-1658) cuya obra fue concluida en 1649, y que posiblemente haya incluido biografías. Lo cierto es que el P. procurador Ferrufino llevó los dos tomos a Roma para que sean debidamente censurados. Pero el jesuita general alemán Goswin Nickel (1652-1664), si bien en principio le concedió la ayuda del H. Diego Chaves como amanuense y recibió positivas críticas, luego no creyó conveniente publicar la obra porque mencionaba personas aún en vida, como el mismo obispo Cárdenas y sus partidarios. Por tanto el manuscrito no se publicó y se perdió (Beguiristáin 1946: 147-155). No sabemos si el P. Pastor escribió biografías, pero el género no dejó de estar presente en diversos relatos como en la obra de Antonio Ruiz de Montoya (1639), que no es estrictamente histórica, más bien una autobiografía, que incluye los martirios del P. Espinosa y de los santos del Caaró.

Pero más específico en incluir historias de vida dentro de una historia general del Paraguay va a ser el jesuita francés Nicolás del Techo (1611-1685). Fue misionero y superior entre los guaraníes (1672-1676), maestro de novicios (1671) y rector del colegio de Asunción (1678-1679). Ya en 1648 el general Vicente Caraffa le concedió la licencia para escribir la historia de su provincia, que recién terminó en 1657 y se publicó en latín en el principado de Lieja<sup>20</sup> en 1674, parcialmente en inglés en 1732 e íntegra en español en cinco volúmenes en 1897 (Furlong 1950: 17-30 y 163-188 - Storni 1980b: 417-431). Su pionera obra fue muy criticada por su estilo artificial y el abuso en la aceptación de milagros, pero no debemos olvidar en el contexto en que escribe, el reconocimiento a sus méritos y de haber sido testigo directo de varios de los acontecimientos que relata. Posiblemente como dice Lozano hava leído los manuscritos de Pastor, pero del Techo reconoce como sus inspiradores a los PP. Diego de Boroa y Francisco Díaz Taño. En su texto se incluyen muchas biografías, pues le interesan más los hombres que los hechos y como dice Furlong,

<sup>20.</sup> Estado eclesiástico del Sacro Imperio Romano Germánico.

la materia biográfica fue luego fundamental en su labor historiográfica (Furlong 1950: 166). Más tarde (1759) serán compiladas en la obra titulada Decades virorum illustrium Paraquariae Societatis Iesu (Tvrnavia, 1759). Este libro que tuvimos oportunidad de reproducir en la biblioteca de los bolandistas en Bruselas en realidad y como lo señaló el P. Furlong en su momento (Furlong 1966: 85-86), consta de una primea parte de 375 páginas compuesta por del Techo y una segunda de 173 páginas, por Ladislao Orosz. Antes de los textos de del Techo se encuentra la autorización de edición, un prólogo (Premonitio. Ad benevolum Lectores) de sólo dos páginas y luego una cronología histórica de la provincia del Paraguay de 38 páginas que se inician con el descubrimiento de América v termina en 1645, por lo que seguro la escribió el P. del Techo. Ordenadas cronológicamente en latín, del Techo escribe cinco "décadas" o capítulos, compuestas por 10 biografías cada una. Mientras el P. Orosz le incorpora otras cuatro "décadas" con otras diez biografías cada una, excepto una con nueve. Es decir que en total suman 89 biografías. En el mismo libro se aclara al principio que un profesor de Tyrnavia<sup>21</sup> enmendó algunos puntos del texto de del Techo y ordenó los papeles de Orosz para que fueran impresos. Según Furlong, ese profesor fue un amigo de Orosz, llamado Nicolás Schmith, que era por entonces rector de la universidad de Tyrnavia, que se encargó de la edición llevada especialmente por el P. Orosz a Europa cuando fue procurador de la provincia del Paraguay (1746-1749). El P. Orosz quedó que próximamente completaría la obra con más envíos para que la imprenta de la universidad los imprimiera (Szabó 1984: 103). Una acotación final más que interesante, pues el ejemplar de la biblioteca de los bolandistas es uno de los dos únicos que existe en el mundo (Szabó 1984: 146). Lo explica el bibliógrafo jesuita Stoeger diciendo que los superiores de Roma decidieron una vez impreso el libro y viendo que las circunstancias no eran favorables a los jesuitas, suponemos ante tanta extravagancia en número de biografiados, ordenaron que se destruyera la obra. Pero lo cierto es que no se trataba específicamente del contenido, sino que su fecha de publicación (1759). Año este último que coincidía con la recrudecida propaganda anti-jesuítica en España y en Europa, especialmente contra las reducciones del Paraguay; las secuelas de la guerra guaranítica, la expulsión de la

<sup>21.</sup> Tyrnavia = latín por Tyrnava, alemán Tirnau, hoy "Trnava" (Eslovaquia).

Compañía de los dominios del Rey de Portugal (1759), y el "affaire" Lavalette (1761-2), precedente inmediato de la supresión de la Compañía en Francia y sus dominios (1764). Lamentablemente este singular y valioso libro nunca se volvió a editar, siendo no pocas las gestiones que hicimos para lograrlo.

Además de ello en la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra un manuscrito de la parte de las biografías de del Techo. Es un curioso manuscrito titulado *Virirum Ilustrium* que imita la letra de imprenta, siendo profusamente decorada con viñetas. Fue confeccionado en las misiones guaraníticas, del que quizás se hayan hecho varios ejemplares. Éste al menos tiene un ex-libris "*De la librería del Colegio de la Compañía de Jesús de Córdoba*". La obra está dedicada al general Noyelle, lo que nos indica la fecha aproximada de composición (1682-1686).

Como dijimos del Techo dedicó en su Historia de la Compañía del Paraguay varias biografías, pero en una publicación de Juan Bautista Lanciego (1716) se extracta la vida de Juan de Viana y la adjunta con la de otros cinco paisanos de Viana. También otro folleto en flamenco da cuenta de la vida del P. Bartolomé de Blende, publicado en 1718.

Cabe detenerse en las vidas de los mártires del Caaró, de quienes también escribieron los PP. Ruiz de Montoya, Lozano y Charlevoix. Pero la primera noticia del martirio la brinda el P. Tomás de Ureña en carta que escribe el P. rector de Santa Fe, Juan de Cereceda, cinco días después de la muerte. Al mes siguiente el P. Pedro Romero escribió una relación del martirio para el P. Provincial, a los efectos de comunicársela al gobernador Hernandarias. Esta relación fue transcripta por el provincial y se la envió luego al general Muzio Vitteleschi. Ambos manuscritos, más otras dos copias en italiano se encuentran en el ARSI<sup>22</sup> y el P. José Oreggi la incluye en su *Relatione di alcune cose notabili...* También dio noticia el P. Diego de Boroa e inmediatamente se inició el proceso de bea-

<sup>22.</sup> Relación del Glorioso Martyrio de Los Santos Padres Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo. Para el Señor Gobernador Hernandarias de Saavedra y remitida al Padre francisco Vazquez Trujillo Provincial de la Compañía de Jesús de la Provincia del Paraguay (ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 172-178v) y Relación de la gloriosa Muerte de Los santos Padres Roque Gonzalez, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo y lo sucedido en ella. Por el P. Franc. Vazquez Trujillo Prov. De la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay. A nuestro muy R. Padre Mucio Vitelleschi Preposito General de la Compañía de Jesús (ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, ff. 180-189).

tificación con una serie de testimonios. Pero la primera biografía impresa es del P. Francisco Crespo, Relación del glorioso martirio de los PP. Roque González, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, Madrid, 1630. La misma fue traducida e impresa en Lille en ese año, en Viena al año siguiente y en Nápoles en 1632. Esta última versión italiana parece ser la única que se conserva, incluso el original en el ARSI, donde hay un inédito Elogio del P. Alonso Rodríguez. Después ya fue incluida en la obra de Andrade, Alegambe y antes en la de Nieremberg, quien se detiene en el suceso en una publicación de 1631. Mientras tanto en el Paraguay el milanés P. Juan Bautista Ferrufino escribió la Relación del martirio (1633), reeditada varias veces. Pero también cartas, memoriales e informes como las Anuas multiplicaron las obras dedicadas a los santos, que encontraron mayor profundidad de estudios luego de la expulsión e incluso después de la canonización.

Contemporáneo a del Techo vivió el misionero jesuita Francisco Jarque (1607-1691). Llegó al Paraguay con el noviciado cumplido en la expedición del P. Gaspar Sobrino (1628) y terminó sus estudios en Córdoba pero abandonó la Compañía de Jesús en 1637. Al poco tiempo regresó a España y con el oficio de deán de la catedral de Albarracín en Teruel, dedicó sus años a escribir sobre algunos jesuitas del Paraguay, ejemplos de hombres que seguramente al recordarlos motivó que se reincorporara al Instituto antes de su muerte. Jarque escribió varias obras de carácter laudatorio y biográfico. Entre estas últimas cabe mencionar las copiosoas Vida prodigiosa... del V. P. Antonio Ruiz de Montoya (Zaragoza, 1662, reeditada en Madrid, 1900). Vida apostólica del V. P. Jesuita Josef Cataldino (Zaragoza, 1664). Finalmente su libro Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay. Estado presente de sus misiones en Tucumán, Paraguay y Río de la Plata que comprende su distrito, (Pamplona, 1687) está dividido en tres partes. La tercera es el segundo título y ocupa más de la mitad de la obra, reeditada recientemente por el Dr. Maeder (Jarque - Altamirano 2008), mientras que las dos primeras hacen alusión a las biografías del P. Simón Mascetta (pp. 1-92), que escribió en base a una perdida relación de Justo Van Suerck (Furlong 1963a: 64) y luego una más extensa vida de Francisco Díaz Taño (pp. 93-283).

De este último jesuita, aunque volvamos a tocar las obras inéditas, es probable que sea un manuscrito, titulado *Varones ilustres de la provin*-

cia del Paraguay, que se encuentra en la sección manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid<sup>23</sup> que si bien no consigna el autor, Furlong no descarta tal posibilidad contrariando a Uriarte que afirma es de Lozano. Las biografías corresponden a los PP. Diego de Boroa (1585-1657), Justo Mansilla (Josse Van Suerck) (1600-1666), Juan Pastor (1580-1658), Cristóbal Altamirano (1602-1698), Pedro Álvarez (1596-1653), Diego de Salazar ((1592-1659), Antonio Masero (1580-1653), Juan Suárez de Toledo (1594-1675), José Oreggi (1588-1664) y Antonio Ordóñez (1605-1654) (Furlong 1959: 137). Lo cierto es que Furlong se funda en que son biografiados de los primeros tiempos del Instituto en el Paraguay, además de "sus buenas razones para creer que el autor" es Díaz Taño (1593-1677), quien fue procurador a Europa en dos oportunidades (1637-1640 y 1658-1663) y profundamente compenetrado con las misiones guaraníticas donde fue superior, también en dos oportunidades (1646-1649 v 1657-1658). Si bien son contemporáneos al supuesto autor, nos desconcierta la biografía de Altamirano, pues murió dos décadas después que Díaz Taño. Tampoco Jarque en la biografía que hace de él, menciona que haya escrito tal obra, aunque en la introducción se lamenta "de que se ayan dexado en el Nuevo Mundo varios tratados, que escrivio el Venerable Padre Francisco Diaz Taño" (Jarque 1687: 95). Las obras de Jarque se encontraban en la biblioteca del Colegio Máximo del Paraguay según el inventario de 1757, al igual que la de otras varias de decenas de vidas ilustres, menologios, martirologios, entre otros. Pero entre ellas cabe mencionar la obra de Juan Muñoz de Gálvez sobre la muerte v virtudes de Ruiz de Montoya que escribe en 28 páginas y se publica en Sevilla en 1632. El autor había sido rector del colegio de Marchena y llegó a ser provincial de Andalucía.

Pero volviendo a esta compilación de biografías que acabamos de señalar, hemos encontrado otra en el archivo de los jesuitas de Alcalá de Henares que, unas en latín y otras en castellano, contienen los mismos personajes aunque en otro orden y agregando al misionero de Chiquitos P. Felipe Suárez (1663-1727) <sup>24</sup>. Acá las dudas se disipan pues el manuscrito tiene una nota que expresa que lo latino está copiado del P. del

<sup>23.</sup> BNE, Mss 18571.

<sup>24.</sup> Archivo Histórico de la Provincia de Toledo (AHPTSJ), Mss M-55.

Techo y que el resto original, está en la sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, como efectivamente así lo señalamos antes.

El P. Furlong publicó en nuestro medio un documento titulado "Vida Apostólica y Glorioso Martyrio de el Venerable Pe. Nicolás Mascardi, Rector del Colegio de Castro, y missiones Apostolicas de Chiloe, a quien embió el Apostol de el Oriente S. Francisco Xauier a convertir gentiles Poyas, Guaitecas y otras naciones y que muriesse a sus manos por nuestra Sta fe". Expresa el historiador que el documento lo dio a conocer Paolo Rovelli en Italia en 1926, y Furlong lo fotografió en 1938. Lo encontró en la Iglesia del Gesú en Roma, siendo un manuscrito de 18 folios escrito a dos columnas. Es anónimo pero sabemos que tanto sus contemporáneos Diego Rosales como Antonio Alemán y Miguel de Olivares se ocuparon de reunir noticias de Mascardi. Furlong la atribuye en principio al chileno Olivares (1654-1734), que alcanzó a ser provincial de Chile (1684-1689) y fue misionero junto con Mascardi en el sur del mismo país. Mientras el mártir fundaba la reducción de los Poyas, el otro hacía lo propio con San José de la Mocha. Una profunda amistad los unía y fue precisamente el P. Alemán el que inició la causa de beatificación de su compañero (Furlong 1945: 193-235). Pero tiempo después el P. Furlong aclara que se equivocó y que el autor es Rosales (1601-1677) siguiendo lo consignado por el historiador Giuseppe Rosso (Furlong 1963b: 101 y Rossi 1950: 3-74).

El siglo XVIII será de una producción no menos encomiable. Ya hablamos de la importancia del libro de del Techo y Orosz, del que sólo podrá acercarse el P. José Manuel Peramás con sus dos libros publicados en el exilio. Pero veamos antes, algunas obras de distinta valía principalmente por las extensiones de sus contenidos.

Así tenemos al P. Antonio Sepp, escribiendo una carta al superior de la provincia de Germania Superior con motivo de la muerte del H. Juan Kraus, constructor del templo de San Ignacio en Buenos Aires, el Noviciado y el Convictorio en Córdoba, entre varias iglesias en las reducciones. La carta la encontró Furlong en la Biblioteca de la Universidad de Munich y la tradujo y publicó Edmundo Wernicke en 1941 (: 360-364). También el mismo P. Sepp escribió la vida del P. Antonio Böhn, enviada al provincial Lauro Núñez, la que luego sabemos se puso a traducir al alemán. Pero estos textos, no nos han llegado (Furlong

Aires.

1962a: 95). Recordemos que su compatriota nació en Baviera en 1659 y murió en la reducción de San Carlos en 1695, permaneciendo sólo cuatro años en las misiones.

El sardo Antonio Machoni dedicó un libro dando cuenta de la vida de algunos de sus compatriotas que tituló *Las siete estrellas...* (1732). Este libro fue un verdadero obsequio para Cerdeña. Fue devolver la memoria de aquellos misioneros que se creían muertos y contarles que habían sido voluntariamente cautivos del amor, entregando sus vidas a grandes trabajos apostólicos<sup>25</sup>.

No sabemos fehacientemente si Machoni viajó a Cerdeña estando en Europa como procurador (1739-1743). No era fácil por entonces acceder a la isla, pero probablemente lo hiciera, incluso para entregar personalmente este libro publicado en España<sup>26</sup>.

El título de la obra alude a las siete estrellas que vio San Juan en la mano derecha de Jesús en el Apocalipsis, que no son otras que los astros hasta entonces conocidos. Cada uno de ellos fue identificado con los Siete Arcángeles. Así el Sol con Bernardo Tolo por su ardiente fervor; la Luna por Lucas Quesa por su apacible semblante y atractivo con los infieles; Marte en Juan Antonio Manquiano por su invicta constancia y extremo valor en los trabajos y perfecciones: Venus en Juan Antonio Solinas por su amante caridad; Júpiter al P. Miguel Ángel Serra por el rayo ardiente de su apostólico celo; Saturno a Juan José Gugliermo por su admirable paciencia y Mercurio a José Tolo por su prudencia celestial en convertir y guiar las almas al cielo.

En la introducción Machoni cita a Heródoto, Séneca, Claudio, Ovidio y personajes bíblicos como Ezequiel, e incluso pasajes desde el Génesis al Apocalipsis. Sus fuentes -como él mismo lo expresa- son las Cartas Anuas y cartas particulares recibidas de allegados de los biografiados, tanto de Europa como de América. Contemporáneos y censores del

<sup>25.</sup> El P. Furlong en su colección de Escritores Coloniales Rioplatenses dejó entre otras obras inéditas: *Antonio Machoni y sus "Siete estrellas de la mano de Jesús"*. Contaba con un total de de 850 páginas con su tradicional biobibliografia y el texto completo de la obra de Machoni en 696 páginas. También se desconoce su paradero. (Geoghegan 1975: 493).
26. El ejemplar que se encuentra en la biblioteca universitaria fue donado en 1843 por Faustino Baille y en su *ex libris* se lee "*est domus probationis calarit Soc. Iesu*", es de la Casa de Probación de Cagliari. Otro ejemplar se encuentra en la Biblioteca Nacional de Buenos

libro como el P. Cristóbal de Palma, el mismo que leyó la obra de Lozano, afirmaba que el texto sigue la línea de Casiodoro y que se descubre en el autor su apostólico celo y espíritu en la imitación de estos claros varones. Se reeditó la biografía del P. Guglielmo en 1963 (Medina (II) 1963: 387-426).

Como no podíamos esperar menos de él, el P. Pedro Lozano, quien publicó obras históricas excepcionales, cultivó el género biográfico. Así aparece su trabajo sobre el P. Julián Lizardi, publicado en Salamanca en 1741, aunque aparentemente no existe ningún ejemplar y la versión que conocemos son reediciones de 1857, 1862 y 1901. La primera fue reimpresa por un descendiente del mártir, don José Javier de Lizardi en San Sebastián (210 pp). La tercera edición madrileña estuvo a cargo de Uriarte y Lavajos (186 pp.) y consigna que siguieron la primera edición, reafirmando que fue costeada por su familia y que se encontraba en el archivo del Cabildo Eclesiástico de Asteazu. La cuarta edición se incluyó en el libro de Vaughan, quien siguiendo la edición anterior hizo en 1901 algunas modificaciones, dividiendo los textos en más títulos. Se publicó en Buenos Aires y la primera parte relata las vicisitudes del autor en hallar los restos del P. Lizardi y llevarlos al País Vasco.

El impresor Joachim Ibarra dedica una obra, aunque de menor envergadura, a la vida del P. Juan Saloni (Lozano 1763) y aclara que siguió el texto de Lozano de la Historia de la Compañía de Jesús de 1754. Varios autores le adjudicaron la autoría a un tal P. Jaime Torres, pero Furlong es categórico en afirmar que el autor es Lozano y que su texto fue extraído de la obra mencionada (1959: 93).

Otro autor para destacar es el santafecino Juan de Montenegro (1696-1761), quien escribe la vida de su compatriota salteño Agustín Castañares (1687-1744) muerto mártir en el Chaco cuando se internó en busca de los mataguayos. Lo hizo junto a un poblador de Tarija llamado Francisco Azoca y un grupo de soldados e indios. Llegaron a la primera aldea y fueron bien recibidos por el cacique Gallinazo autor de la muerte del sacerdote y de Azoca. La obra se publicó en Madrid en 1746 con 88 páginas en forma de carta que dirige al P. Ladislao Orosz el 15 de agosto de 1745. Fue reeditada íntegra en la biografía que hace Furlong del autor (1964: 51-101).

#### c) La literatura de los expulsos y las biografías

La literatura escrita por los jesuitas en su estadía en Italia se destacó notablemente. Ello radica -como escribe Batllori- al estado cultural de las diversas provincias españolas ante la expulsión (1966: 23). De tal manera surgen literatos de suma significación que han conformado una suerte de literatura hispano-italiana. Ya había escritores célebres dentro de los PP. expulsos de la Compañía de Jesús como Lorenzo Hervás y Panduro, Esteban de Arteaga y Francisco Isla. Pero la gran producción estaba reservada en gran medida para una estirpe de hombres que, sobre todo, deseaban hacer conocer al mundo su vida cotidiana misional en países lejanos y colmados de peligros. Sobresalen en este sentido, los americanos, nutridos de una experiencia educacional y misional que los distinguía. Y en medio de sus múltiples temas, escribirán sobre las vidas de sus compañeros.

El catalán José Manuel Peramás (1732-1793) fue sin dudas el más prolífero biógrafo del siglo XVIII, aunque concentró sus esfuerzos en sus años de expulso, no siendo su especialidad, sino más bien la cátedra universitaria, que forjó a un humanista y literato de gran sensibilidad. Llegó a Montevideo en 1755 y pasó a Córdoba a concluir sus estudios. Estuvo en las misiones de guaraníes corto tiempo y luego volvió a Córdoba a enseñar humanidades, mientras salía a las misiones volantes de otras varias ciudades. Fue quien publicó en 1766 el primer libro que salió de la imprenta cordobesa<sup>27</sup> y fue precisamente una biografía, aunque no de un jesuita sino de quien fundó el Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat, el sacerdote Ignacio Duarte y Quirós. Titulado *Orationes quinqué*, no figura en la portada el P. Peramás como autor sino el novicio Bernabé Echenique. Según Furlong (1952a) es innegable la autoría de Peramás, aunque no deja de reconocer la participación del joven en el

<sup>27.</sup> La imprenta jesuítica de Córdoba, luego de largos reclamos para su envío, recién llegó en 1764 y la licencia para su utilización se otorgó al año siguiente, cuando era rector del convictorio el P. Ladislao Orosz (1697-1773). El hermano coadjutor alemán Pablo Karrer (1717-1779) montó el taller y comenzó su tarea con el libro del P. Peramás. Además del libro dedicado a Duarte Quirós, se imprimieron un Manual de Ejercicios Espirituales, la Pastoral del Arzobispo de París y las Reglas y Constituciones del Monserrat. Luego de la expulsión la imprenta jesuítica quedó abandonada en el antiguo colegio y fue rescatada por el virrey Vértiz para establecer en Buenos Aires la conocida imprenta de Niños Expósitos. Una réplica de ella -aunque sin mencionar que no es la original- se conserva actualmente en el Cabildo de Buenos Aires.

texto. De la primera edición no queda ningún ejemplar en Argentina. Fue reeditado por la Universidad de Córdoba en facsímil en 1937, cuando se anunció que por entonces había cinco ejemplares en el mundo y que gracias al doctor Enrique Martínez Paz, director del sorprendentemente desaparecido Instituto de Estudios Americanistas de la Universidad Nacional de Córdoba, reimprimió esta obra dentro de una serie que llamó "Colección de la imprenta jesuítica del Monserrat", en una de las acciones más significativas por preservar nuestro patrimonio bibliográfico que hayamos tenido en nuestra historia.

No obstante señalamos en el año 2008 que nadie percibió que ya no se encontraba ningún ejemplar en Argentina. Uno estaba en una biblioteca del colegio jesuítico de Málaga, otro en la Biblioteca Nacional de Argentina, en la de los franciscanos en Córdoba, en el Museo Mitre en Buenos Aires y en la Biblioteca Nacional de Chile. El ejemplar de la Biblioteca Nacional Argentina fue donado por disposición ministerial del año 1937 al Colegio Nacional de Monserrat, según el pase administrativo que posee la Biblioteca. Este ejemplar tenía adjunta la traducción que hizo Gervasio Sueldo en 1865. Fue entonces que Córdoba llegó a conservar dos ejemplares del libro, pero los valiosos ejemplares ya no se encuentran entre los monserratenses, ni tampoco entre los franciscanos<sup>28</sup>.

El texto fue escrito en prosa cicerónica en un volumen en cuarta, de 90 páginas, cuya licencia para imprimir fue conferida por el doctor José Garay, vicario del obispo Manuel Abad y Illana. Consta de cinco capítulos, elogios o discursos que resaltan la figura del fundador del Convictorio, es decir quien aportó el sustento económico necesario para la creación y ejecución que realizó la Compañía de Jesús. Se trata en primera instancia de la biografía de Duarte Quirós, luego se refiere a su vocación y amor al estudio, sigue con su vida austera y su devoción a la Virgen, en la cuarta parte se describen sus virtudes en paralelo a las de Ignacio de Loyola y finalmente en la quinta se hace especial referencia a la fundación del Colegio Convictorio.

Pues como vemos los jesuitas también escribieron biografías sobre personajes no inscriptos en el Instituto. Prevalecerán justamente los fundadores de colegios y bienhechores quienes si no llegaron a la imprenta en su momento, fueron muy bien recordados en las Cartas Anuas.

<sup>28.</sup> La Mañana de Córdoba, 22/09/2008, Sección: Sociedad, p. 20.

Pero Peramás fue más lejos en el exilio, tratando de preservar la memoria de aquel tiempo tan aciago para su vida y la de sus compañeros. De tal forma que es autor del más completo relato sobre la expulsión del Paraguay, pero además quiso homenajear a una serie de jesuitas con los que compartió su vida en tierras americanas. Así fue que publicó dos series de biografías de los jesuitas desterrados de la provincia del Paraguay. Ambas escritas en latín y publicadas en Faenza se titulan De vita et moribus sex sacerdotum..., publicado en 1791 y De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum, en 1793. Del primero contamos con una reedición impresa en la editorial Huarpes de Buenos Aires en 1946, con la traducción de Antonio Ballus y prólogo de Guillermo Furlong. Incluve la vida de Manuel Vergara, Manuel Ouerini, Pedro Juan Andreu, Juan de Escandón, Vicente Sans y Segismundo Griera. La biografía del P. Escandón fue publicada en italiano por el P. José Boero en 1859 y nuevamente escrita y ampliada por el P. Furlong en su célebre colección de escritores rioplatenses que nos ocuparemos luego. También en esta colección aparecieron las biografías de Querini y Andreu. Incluso la biografía de Machoni que publica Mariano Larsen en Arte y Vocabulario de la lengua Tonocote en 1877, la construye a partir de los datos que da Peramás en las biografías de Escandón, Vergara, Querini y Andreu.

La segunda serie de biografías, Peramás no llegó a verlas impresas debido a su muerte en Faenza en ese mismo año. Esta vez incluía no sólo trece personajes sino una primera parte, titulada De administratione guaranitica comparate ad rempublicam Platones commenterii, de 162 páginas. En este texto compara la organización efectiva de las reducciones del Paraguay con la doctrina utópica de la República de Platón. Fue reeditada con traducción al español de Juan Cortés del Pino por Emecé Editores en 1946 y por Francisco Fernández Pertiñez y Bartolomé Meliá en 2004 a través del Centro de Estudios Paraguavos "Antonio Guasch" de Asunción del Paraguay. La segunda parte del libro original cuenta entonces con las biografías de los PP. Ignacio Morro, Juan Mesner, Juan Suárez, Ignacio Chomé, Francisco Ruiz de Villegas, juntas las biografías de Juan Ángel de Amilaga y Antonio del Castillo, luego Esteban Pallozzi, Clemente Baigorrí, también juntas las de Francisco Urrejola y Joaquín Irribarren, para finalizar con Cosme Agullo y Martin Schmid. Cuidó de la edición de este libro el P. Gaspar Juárez que incluso le brindó bastante información para la redacción del mismo. De hecho en una carta que escribe Juárez a Funes en 1789 (Grenón 1920: 258) le cuenta que antes de la abolición del Instituto (1773), él tenía compilada una colección de diez vidas edificantes de jesuitas del Paraguay que fallecieron después del decreto de expulsión. La obra en español la tituló "Cartas edificantes de la Provincia del Paraguay desde 1767" y se leyó en los refectorios de varias casas de jesuitas de Italia. Agrega en esta mencionada carta que estas biografías las tradujo al latín el P. Peramás con aportes propios, pero veía muy difícil que en esos tiempos se pudiera publicar. Sin embargo dejó a un lado su texto y como vimos, se preocupó que se imprimiera la versión de Peramás en vez de la suya.

Es también del caso señalar que el P. Juárez escribió una excelente biografía, bastante mucho más extensa, del novicio Baigorrí que se encuentra inédita en el Archivo Jesuítico de Loyola en Aspeitia y que nos proponemos editarla<sup>29</sup>. No obstante la vida de Baigorrí de Peramás la tradujo al español el P. Vicente Agustí en 1895<sup>30</sup> y en 1999 lo hizo Italo M. Viotto. La vida del joven novicio tuvo mucho interés en su momento, por sus convicciones y por morir muy joven. El mismo P. Manuel Luengo escribía que era comparable a San Luis Gonzaga o San Estanislao de Kostka.<sup>31</sup>.

Por su parte el nombrado P. Boero incluyó en italiano en la edición del menologio de Patrignani de 1870 las biografías de Baigorrí y Andreu. También en el monumental menologio de Guilhermy de 1902 se incluyeron las biografías de Agullo, Amilaga, Andreu, Castillo y Escandón, todas en base al escrito de Peramás. Igualmente la biografía de Chomé fue traducida al francés en 1864. Finalmente diremos que en el Archivo Jesuítico de la Provincia de Toledo en Alcalá de Henares, se encuentra un manuscrito de 344 páginas, posiblemente de principios del siglo XIX con un resumen de cada una de las biografías de Peramás de ambos tomos latinos.

<sup>29.</sup> Gaspar Juárez SI, Vida del Hermano Joseph Clemente Baigorrí de la Compañía de Jesús (AHL, Ilustres. Legajo 20, N° 7).

<sup>30.</sup> Revista Popular, Año 39, Barcelona, 1895, pp 86-88.

<sup>31.</sup> AHL, Manuel Luengo SI, Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha provincia de Castilla. 6 de febrero de 1771.

Nombramos antes al P. Juárez y también hicimos alusión a que los jesuitas dedicaron textos no solamente a biografiar jesuitas sino también laicos e incluso indios -como mencionamos antes-. Pues el santiagueño escribió Elogio de la Señora María Josefa Bustos. Americana, publicada en Roma en 1797. La obra se reeditó en 1949 con una introducción de Luis Roberto Altamira. Juárez escribió esta semblanza como lo hizo San Agustín con su madre Santa Mónica, luego de recibir la noticia de la muerte de la madre de los hermanos Gregorio, Ambrosio y el jesuita Domingo Funes. También el mismo Juárez escribió una relación de la beata Antonia María de la Paz Figueroa con documentación que por 1800 solicitó a Ambrosio Funes (Grenón 1920 (II): 234). Pero desconocemos el paradero del manuscrito y mucho menos si se imprimió. De hecho también se ha perdido la monumental obra Historia natural, civil y eclesiástica del virreinato del Río de la Plata que en incontables cartas contaba de su evolución al mismo Funes y que Hervás afirma fue remitida a Madrid para su impresión.

Pero el P. Juárez llegó un poco más lejos escribiendo en el exilio la vida de San Francisco Javier. Fue publicado en Roma en 1798 en 104 páginas con 24 capítulos precedidos por un grabado que hace alusión a un pasaje de la vida del santo. En el prólogo explica que siguió al libro de Salvatori publicado en italiano en 1793, con las mismas características, es decir explicando cada una de las mismas láminas, sólo que amplió el texto con información propia. Esas láminas fueron facilitadas a Juárez por aquel autor, que incluso lo estimuló a editar una versión española.

Siguiendo con los expulsos mencionaremos al historiador y etnólogo Joaquín Camaño quien escribió "Memorias de la santa vida de P. Estevan Palozzi, misionero que fue y superior de las misiones de Chiquitos", que se suma a una carta dirigida al P. Temanini desde Imola (1787) con la vida de este jesuita. Tales noticias las brinda Uriarte y Lencinas y las toma Furlong (1955: p.95). Pero no conocemos este texto.

También el español P. Pedro Juan Andreu (1697-1777), al que nos referimos antes, escribió biografías mientras discurría una intensa vida que lo llevó a ser provincial (1761-1766). Dedicó 86 páginas al vasco P. Francisco Ugalde quien murió mártir a los 29 años de edad en el fuerte de Piquetillo, Salta en 1756, atacado por indios mataguayos infieles. El libro se imprimió en Madrid en el año que Andreu dejó el superiorato del Chaco para desempeñarse como provincial y lo escribió desde la reduc-

ción de San Esteban de Miraflores a modo de carta dirigida al P. procurador Simón Bailina quien seguramente en su estadía por Europa (1757-1760) se ocupó de la impresión de la obra. Su texto posiblemente fue elaborado con dos cartas que envió el P. Román Arto quien escribió una "Relación del levantamiento de los mataguayos y de la muerte que han dado al P. Ugalde", firmada el 23 de octubre de 1756 y el "Informe de lo mucho que hizo y padeció el P. Francisco Ugalde en el tiempo en el que vivió entre los mataguayos" (Ordóñez y Pérez Larraya s/f: 24). La obra de Andreu fue reimpresa en Bilbao en 1956, no obstante existir varios manuscritos del propio Andreu en diversos archivos<sup>32</sup>. Incluso Furlong prometió hacer una reedición y consigna que Dobrizhoffer asevera que la obra de Andreu fue publicada en latín en Viena, aunque no se conoce ejemplar alguno en esta lengua (Furlong 1953a: 68). Es interesante destacar los datos etnográficos que trae Andreu sobre los mataguayos. A su vez v al año siguiente se conoce en Barcelona la publicación que el mismo Andreu hizo sobre la vida de Pedro Antonio Artigas. Este libro también lo desarrolla a modo de carta dirigida al procurador Juan de Escandón (1757-1764) que acompañó a Bailina en la misma función, pero debió quedarse un tiempo más por lo que se encargaría de su impresión. También creemos que la escribió en la misma época que la anterior, pues en la portada del libro también figura el autor como superior de las misiones del Chaco. Se destaca aquí también el contexto donde desarrolló su vida el P. Artigas y las noticias que brinda sobre los pueblos originarios. El P. Furlong la transcribió (1941: 141-171).

Otro expulso que se introdujo en el género biográfico fue el P. Francisco Javier Miranda. No fueron pocos los textos que escribió y no menos extensos, pero sólo se publicó y tardíamente su biografía por el P. Muriel. La historia del manuscrito original la trae Furlong cuando cuenta que en 1879 el librero de Roma Silvio Bocca anunció en su catálogo la venta del manuscrito de 280 folios. Lo adquirió el P. Gaillard y lo remitió al archivo jesuítico de Barcelona. En 1910 sacó una copia manuscrita

<sup>32.</sup> En el legajo donde están los "Varones Ilustres del Paraguay" en el archivo de los jesuitas de Alcalá de Henares, en cuyo lomo de encuadernación se lee "Relaciones de las misiones jesuíticas" con 182 páginas, encontramos además de una relación sobre las misiones de Chiquitos, cartas de Lozano y Andreu, un documento titulado "Muerte del P. Francisco Ugalde por los Mazaguayos y Relación de sus virtudes. Costumbres de los Mazaguayos" (AHPTSJ M-55).

el P. Pablo Hernández que la ofreció a la Universidad Nacional de Córdoba, que recibió con albricias el obsequio y lo llevó a imprenta quedando lista en 1916 como parte de una serie que se publicaría sobre la historia de la institución. Se tituló "Vida del Venerable sacerdote don Domingo Muriel religioso un tiempo de la abolida Compañía de Jesús v último provincial del Paraguay, escrita por un discípulo suyo sacerdote de la misma Compañía". Justo homenaje de la universidad que heredó en forma bastante oscura el edificio del antiguo Colegio Máximo. El P. Miranda comenzó a escribir esta obra en vida de Muriel, quien al fallecer se estímuló para perpetuar su trayectoria, que incluso casi llega a los altares. Furlong y muchos otros literatos, además de embestir contra la carencia de una adecuada introducción, sin índices analíticos, ni notas aclaratorias del editor, critica al copista Hernández y nuevamente al editor por omitirse muchos párrafos, habiéndose tomado el trabajo de compararlos con el original de Barcelona. Lo cierto que aún así la obra de Miranda es impecable, de una lectura ágil y amena que hablan del amor que le tenía a su maestro, pero sin caer en panegíricos como en la época de Jarque, o vaguedades místicas como hace Lozano con la vida de Lizardi. Por eso consideramos que es sin dudas la mejor obra de este género que se escribió a lo largo de la historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay. El P. Miranda nació en Ledesma, Salamanca en 1730 y falleció en Bolonia en 1811. Ingresó a la provincia del Paraguay en 1746, encontrándose para la expulsión en Tucumán. Fue profesor de Derecho Canónico, prosecretario del Provincial Barreda, y capellán de los guaraníes que fueron a tomar Colonia de Sacramento en 1762. Dentro de su intensa labor escrita en el exilio de Italia cabe mencionar "El fiscal fiscalizado", defensa jurídica e histórica de la Compañía de Jesús contra la Consulta de Campomanes cuyo original se encuentra en el Archivo de Loyola, repositorio donde hallamos la "Relación de lo acaecido a los novicios de la provincia que fue del Paraguay, hoy de San José"33, también de Miranda, que nos permitió junto con otros documentos, reconstruir el destino de los novicios de Córdoba. Pero el P. Miranda también escribió un texto "en cuarta" sobre la vida del P. Pons en castellano y que intentó publicar en Madrid. No sólo que no pudo conseguirlo sino que el original se perdió, aunque como informa el P. Miranda una versión reducida se publicó en la traducción que hizo Muriel de la Historia de Charlevoix (Miranda, 1916: 256).

#### d) Breves referencias sobre la obra de Furlong

Saltando al siglo XX, la trilogía Hernández-Leonhardt-Furlong completa una significativa obra historiográfica. Sobre todo este último que publicó un sinnúmero de libros sobre los jesuitas del Paraguay. Entre ellos cabe destacar la serie de "Escritores Coloniales Rioplatenses", que comienza a circular con la biografía del P. José Manuel Peramás, aunque varias de ellas ya habían sido publicadas con anterioridad en otros medios. La colección se inició con la editorial de la Librería del Plata y luego Theoría, alcanzando veinticuatro volúmenes aparecidos entre los años 1952 y 1972. Sabemos por Geoghegan que quedaron al menos veinte títulos inéditos, muchos desaparecidos (Geoghegan 1975: 493). Entre ellos el ya señalado libro de Antonio Machoni con su introducción. Otra obra es "Hernando de Torreblanca y su historia del inca Bohórquez". Dos trabajos desaparecidos que curiosamente salieron a la luz por otros autores tiempo después que muriera Furlong. Sin embargo para nuestro estudio hubiera sido interesante conocer su trabajo sobre "Diego de Boroa y su "Historia de los Varones Ilustres", que posiblemente se refiere a los manuscritos que encontramos en el archivo de los jesuitas en Roma. Pero así como estos, aparecen biografías de Strobel, Sebastián de San Martín, Guevara, Manuel Morales, Chomé, Alemán, Cattaneo y muchos otros. Más asombro nos causa la mención del libro, también inédito y desaparecido titulado "Bio-bibliografía de jesuitas que actuaron en el Río de la Plata con anterioridad a 1810", de nada menos 1400 páginas. Es lo que quedaba de una serie que en principio tituló "Biblioteca de Escritores de la Compañía de Jesús 1585-1836", que compiló Furlong

<sup>34.</sup> Alude al formato del libro. El pliego de papel no tenía una medida exacta, pero cuando se doblaba una vez se obtenía el formato "folio", dos dobleces el "cuarto", tres veces "octavo". El "cuarto" se obtenía de un pliego, un cuadernillo de cuatro hojas, o sea, ocho páginas de aproximadamente 26 cm.

durante toda su vida. La idea del jesuita era editar una obra similar a la de Sommervogel. Pero dice Geoghegan que le consta que al publicar el sexto o séptimo tomo de su colección "Escritores Coloniales rioplatenses" había ya utilizado parte del material de esa otra obra e incluso tenía varios otros tomos listos, y decidió abandonar su monumental obra, porque el proyecto de los "Escritores Coloniales Rioplatenses" era obviamente de mayor envergadura, aunque quedó lamentablemente trunco.

Pues el P. Furlong, en su inmenso repertorio bibliográfico, apostó fuertemente al género biográfico, pero no es nuestro objetivo adentrarnos en este historiador, ni en los inmediatos predecesores nombrados, pues sería tarea para otra investigación mayor que escapa a nuestro objetivo.

# 1. SANTIAGO HERRERO. Vida, martirio y muerte de un joven jesuita

# Algunas consideraciones sobre el martirio en el Paraguay

La tradición cristiana considera mártir a quien pasa en muchos casos por la tortura y luego muerte por su fe religiosa. Jesús, los Apóstoles y los discípulos de éstos, fueron a los primeros que se los consideró mártires. Al principio se los crucificó siguiendo a Cristo y luego se continuó arrojándolos a los leones en un macabro espectáculo circense.

Esas antiguas comunidades cristianas velaron por el recuerdo de sus mártires a través de textos hagiográficos que se fueron compilando de las Actas de los procesos romanos, como las perdidas de Eusebio de Cesara o las conservadas *martyribus palestinae* que fue la única recopilación conocida en Roma en el siglo VI. Luego apareció el martilogio jeronimiano y el *gesta martyrum*, hasta que se fueron conformando diversos martirologios que procuraron el calendario cristiano que los recuerda.

Particularmente la Compañía de Jesús dejó una significativa cantidad de santos, beatos y siervos de Dios. Desde su fundador Ignacio de Loyola, el insigne misionero Francisco Javier, además de Francisco de Borja y Pedro Canisio. A ellos se suman los jóvenes Estanislao de Kostka y Luis Gonzaga, verdaderos ejemplos de la juventud de la época. Junto a



Fig. 1. Los mártires de Elicura, PP. Aranda, Vecchi y el H. Montalbán, asesinados en 1612, grabado publicado en la obra del P. Alonso de Ovalle de 1646.

ellos y dentro del primer siglo de la existencia de la Compañía de Jesús se inscribieron variados santos y beatos mártires, como los de Inglaterra encabezados por Edmundo Campion, los de Europa central como los mártires de Cracovia y los de las Indias Orientales y Occidentales. Entre los primeros son especialmente conocidos los 26 mártires del Japón, entre los que se hallaban tres jesuitas. Pero también hubo mártires en la India y en China. Entre los segundos se inicia la larga lista con el grupo de cuarenta jesuitas que lideraba el P. Ignacio de Azevedo, quienes fueron martirizados en 1570 por piratas calvinistas en la isla portuguesa de Madeira cuando se dirigían a Brasil.

La antigua provincia jesuítica del Paraguay fue un árbol cargado de frutos evangélicos. Tempranamente se iniciaron causas de beatificación y abundaron sus biografías en los menologios que coronaron el paso por el mundo de jesuitas excepcionales cuyo ejemplo de vida era y sigue siendo extraño en la sociedad. Testimonian esto las obras de Nieremberg (1643), Alegambi (1657), Nadasi (1665), Patrignani (1730), Guilhermy (1867) o Sommervogel (1890). Pero sólo se logró llevar a los altares a los PP. Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo, muertos en el Caaró en 1628 y donde se erigió un santuario en su memoria.

Según hemos estudiado ascienden a treinta y seis los mártires del Paraguay. Los primeros, aunque luego se separara la región de Chile y Cuyo del Paraguay, fueron los PP. Aranda, Vecchi y el Hermano Montalbán, muertos en Arauco en 1612 (Fig. 1). Pero propiamente en el Paraguay le siguieron los PP. González de Santa Cuz, Castillo y Rodríguez, siendo los únicos que fueron canonizados, cuyo proceso ordinario se abrió en 1629 para el reconocimiento y declaración solemne de los tres jesuitas. La causa quedó suspendida por tres siglos y hasta desapareció la documentación que la avalaba, siendo recién en 1907 cuando se hallaron estos documentos en el Archivo General de la Nación Argentina. Se tomó un nuevo impulso durante el tercer centenario del suceso y recién en 1934 el Papa Pío XI los beatificó, alcanzando la santidad en 1988 cuando Juan Pablo II los canonizó en Asunción.

Pero no fueron las únicas víctimas del martirio que tuvo la región del Paraguay. Del tema se ocupó parcialmente y en su momento el P. Eguía Ruiz (1942: 110-128 y 201-215). En el siglo XVII, aparte de los mártires de Elicura y del Caaró, murieron más de una decena de jesuitas, entre los que se encuentran Diego de Alfaro, muerto junto con Antonio Ripari en

las primeras expediciones en el Chaco, el P. Juan Antonio Solinas muerto con el sacerdote secular Pedro Ortiz de Zárate<sup>35</sup>, y el del sur argentino Nicolás Mascardi, entre otros. Similar número de mártires tendremos en el siglo siguiente. Iniciará la lista el mártir de chiquitos, Francisco Lucas Cavallero, siguiendo entre otros al que llegara a ser provincial, el P. Blas de Silva quien alcanza el martirio a los 70 años de edad. Esa misma edad tenía el P. Mateo Sánchez, muerto cinco años después. Pero también hubo varios jóvenes como Francisco Javier Elguera muerto a los veintisiete años de edad en el lago Nahuel Huapi o Francisco Ugalde a los 29, asesinado por los mataguayos en Salta. Como vemos también los frentes geográficos fueron lugares variados, acechados por los indios que defendían sus tierras hasta las últimas consecuencias y, que por esa noble causa y convicción dejaron su sangre regada en las tierras americanas. Finalmente mencionemos a Julián Lizardi muerto por los chiriguanos en 1735. Dos años después se inició la causa de beatificación en Roma aunque en forma desprolija. Con ello quedó en el olvido hasta que el P. Kenelm Vaughan, hermano del cardenal obispo de Londres, visitó Tarija en 1875 y leyó en su biblioteca el libro de Lozano y luego descubrió los restos de Lizardi en la iglesia de San Bernardo. El hecho causó veneración y regocijo en el pueblo de Tarija, y Vaughan comenzó las gestiones para llevar el cuerpo a su tierra natal Asteasu, en el País Vasco, donde se levantó un mausoleo en su iglesia parroquial. Paralelamente se comenzó a trabajar en la beatificación del héroe mártir o Venerable P. Lizardi. Sus biografías sobreabundaron siguiendo a la de Lozano (1741), pero no prosperó el trámite en la Congregación para las Causas de los Santos<sup>36</sup>.

<sup>35.</sup> Varios obispos de Salta y Jujuy se interesaron en promover sus Causas, hasta que el obispo de la diócesis de Nueva Orán Mons. Gerardo Sueldo, a instancias de Mons. Pietro Diego Calvisi, firmó el decreto de la Iniciación de la Causa de su Canonización. Tanto Jarque como Lozano se refirieron a estos personajes, pero una obra completa y reciente en (Busso 2003).

<sup>36.</sup> La segunda edición de Lozano se tituló *Vidas de algunos claros guipuzcoanos de la Compañía de Jesús*, impreso por de Vicente y Lavajas en Madrid en 1862. Se reimprimió en la imprenta de Modesto Gorosabel, Tolosa, 1870. Otro libro fue: *Breves Noticias de dos ilustres mártires guipuzcoanos, P. Domingo de Erquicia y P. Julián de Lizardi*, imprenta de la. Purísima Concepción, Florencia, 1876. Siguió el libro de Vaughan (1901) y al año siguiente el de Echevarría. Se habla también del P. Lizardi en las obras de Pablo de Gorosabel, de Nicolás Soraluce y de Francisco López Alien. Más recientemente en Anchón Insausti y Leyre Arrieta Alberdi (1997).

Los últimos dos mártires del Paraguay fueron los PP. Antonio Mariano Guasp, muerto en octubre de 1763 en Chiquitos y Tomás García fallecido dos meses después en la reducción de San Miguel de Brasil. Después de la expulsión y en el exilio mueren en Europa en forma violenta los PP. José Grimau y Juan Ramón Videla. El primero en Faenza en 1776 y el otro en Roma en 1811 (Storni 1980a: 128-303).

No todos los mártires gozan de la prerrogativa oficial y eclesiástica de autenticidad, aunque fue grande la preocupación de sus contemporáneos por llevarlos a los altares, ante el impacto que causaban sus muertes. El mismo general Francisco Retz recomendó al provincial del Paraguay que las misiones se hagan acompañados de indios a los fines de "impedir assistida violencia, y crueldad". Menciona las por entonces sonadas muertes de los referidos PP. Lizardi y Cavallero<sup>37</sup>, aunque llama la atención que en sus "omisiones se ha descuidado tanto en hacer Procesos, se llora ahora el no tener en los Altares algunos de tantos como que la Santa Fe han perdido la vida". Recomienda después "que aun ahora no seria difícil vea Vuestra Reverencia, y examine, si sería asequible el poder justificarse, que el dicho Padre [Cavallero] o el Padre Lizardi hayan sido muertos in odium fidei38; pues si esto fuese, debieran hacerse Procesos ante el Ordinario, antes que muriesen los testigos. Y para el caso que ninguna Luz haya se tuviese del modo de hacerlos, se enviaría de acá instrucción, con cuanto saliesen errados"39.

<sup>37.</sup> El P. Cavallero murió entre los chiquitos en 1711 pero recordemos que a fines del siglo XVII había fundado una reducción de indios pampas en las cercanías de Río Cuarto en Córdoba (Page 2006: 243-264 y Page 2007a: 429-454).

<sup>38.</sup> La expresión *in odium fidei* significa en odio a la fe, un sentimiento demoníaco que persigue a la Iglesia. El Papa Benedicto XIV (1740-1758), desde su definición canónica del martirio, establecía como fundamental que existiera el odio a la fe que debería tener el perseguidor. Hoy en día, la noción del *odium fidei*, al menos en su dimensión social, se ha sustituido con lo que se podría llamar "odio a la humanidad".

<sup>39.</sup> ARSI, Cartas de los Generales al Paraguay (CG), 5ª carta - 1ª vía - 15-VII-1737, de Francisco Retz al P. Provincial. Esta colección de cartas de los generales González, Tamburini y Retz, la hallamos en Córdoba y luego de reproducir las entregamos a los jesuitas de Argentina, siendo llevadas posteriormete a Roma (Page 1999c: 16-34).

### El joven Santiago en el pequeño pueblo de Rubí

Rubí de Bracamonte fue desde hace muchos siglos una pequeña población de la provincia de Valladolid en la comunidad de Castilla y León, cuya denominación es la castellanización de Robert de Braquemont, almirante francés nacido en Normandía, que había sido camarero del rey de Francia desde 1406. Al año siguiente fue designado embajador en Castilla, donde se radicó definitivamente en 1418 cuando se le quitaron sus rentas francesas. No obstante Enrique II le otorgó tierras en Medina de Rioseco que se sumaron a una considerable fortuna que heredaron sus hijos y su esposa luego de su muerte en 1419. Según otros testimonios el sitio ya se ubica con el nombre de Rabé desde 1250 y años sucesivos en que es una de las parroquias medianas que dependían del vicariato de Medina de Campo. Rabé había pasado en 1655, junto con los pueblos de Lomoviejo y Cervillejo, a manos de Luis Rubí de Bracamonte, marqués de Fuente Sol.

La antigua aldea castellana cuenta con una hermosa iglesia parroquial dedicada a Santa María del Castillo construida en el siglo XVI en un montículo donde se hallaba antes una fortaleza.

Pues en Rubí de Bracamonte (Fig. 2) nació Santiago Herrero el 25 de julio de 1717, fecha que nos la brindan tanto los catálogos jesuíticos de Castilla como los de Paraguay. Su madre dio a luz el día del apóstol Santiago el Mayor, lo cual habla de la religiosidad familiar y la responsabilidad que cargaría con el nombre de aquel "preferido" de Jesús<sup>40</sup>.

No hemos podido localizar la partida de nacimiento de este rubileño, pues en el archivo del arzobispado de Valladolid se han perdido los libros correspondientes a esa década.

40. En realidad su nombre en hebreo era Jacob, pero los españoles al invocar repetidamente su nombre en las batallas como "Sant Jacob, ayúdenos" lo unieron formando Santiago. Era uno de los tres preferidos de Jesús, porque era el más atrevido y valiente para declararse amigo y seguidor de Jesucristo, del que presenció todos sus milagros. Pero sobre todo porque iba a ser el primero en derramar su sangre por la proclamación de la fe. Efectivamente después de la muerte de Jesucristo el rey Herodes mandó cortar la cabeza de Santiago y encarcelar a Pedro. Se dice que llegó hasta la península ibérica y que su cuerpo se encuentra en la catedral de Compostela, siendo patrono de España.



Fig. 2. Iglesia de Santa María del Castillo en Rubí de Bracamonte

Los Herrero, apellido evidentemente ocupacional, tienen escudo heráldico otorgado por el rey en 1521 y blasón español, certificado por el Cronista y Decano de Armas don Vicente de Cadenas y Vicent. Varias personas con este apellido probaron su hidalguía en la Real Chancillería de Valladolid. A partir de esta referencia veremos lo dificultoso que era ingresar a la Orden de San Ignacio. Pues estaban establecidos una serie de requisitos que se debían cumplimentar rigurosamente, como por ejemplo la limpieza de sangre<sup>41</sup>, entre muchas otras estrictas exigencias.

No sabemos mucho de su infancia pero sí, que al rondar los 19 años de edad, ingresó a las huestes de San Ignacio, como lo hicieron diversos jóvenes de la pequeña población vallisoletana de Rubí de Bracamonte, que aportó varios de sus hijos a la Compañía de Jesús. Entre los primeros figuran en el siglo XVII los estudiantes Jerónimo Sánchez (1643-1667) y Alfonso Sánchez (1670-1696). En el siglo siguiente se destacó el Hermano Cristóbal Sáez, nacido en 1724, quien comenzó como cocinero en el colegio de Valladolid y llegó a ocupar el cargo de secretario del provincial, muriendo en el exilio en 1796. Varios jóvenes de la familia Ramos como el P. Manuel (1716-1757) quien llegó a ser ministro y predicador, y a su vez profesor de gramática, filosofía y teología; Joaquín nacido en 1725 pasó a América y finalmente su hermano José Ramos, de la misma edad que Santiago Herrero, habían ingresado juntos a la Compañía; siguiendo los mismos pasos en los Colegios de Palencia y Salamanca. Pero mientras Santiago terminó sus estudios en Córdoba (Argentina), José lo hizo en el colegio de San Ignacio de Valladolid donde fue profesor de gramática durante 14 años y procurador por un trienio en el colegio de Palencia. También fue procurador del seminario de ingleses de San Albano de Valladolid. Como protagonista de la Expulsión y por el P. Luengo sabemos que en su exilio estuvo en Ajaccio donde quedó provisoriamente a cargo de los enfermos. Luego partió a Bolonia donde murió en 178142.

<sup>41.</sup> No hubo por parte de Ignacio de Loyola una voluntad de exclusión, aunque se acepta una posible discriminación en cuanto al cristiano nuevo de origen judío o musulmán en un proceso degenerativo producido en el generalato de Aquaviva cuando se llegó al decreto de linaje como un auténtico estatuto de limpieza de sangre excluyente y exclusivo que se moderó definitivamente en la sexta Congregación de 1608 (Borja Medina 1992).

<sup>42.</sup> El P. Luengo escribe del P. Ramos: "15.5.1781. Ayer murió en esta Ciudad de Bolonia el P. José Ramos. En España estuvo empleado con celo y dedicación por mucho tiempo en el penoso oficio de enseñar Gramática a los niños, y pocos meses antes de nuestro destierro

La separación de los amigos José y Santiago debe haber sido sentida, a pesar que desde el Instituto se fomentaba no cultivar una amistad profunda entre los clérigos, precisamente para evitar conflictos emocionales ante las inevitables separaciones que provocaban los destinos asignados.

Santiago Herrero, ingresó en la Provincia jesuítica de Castilla<sup>43</sup> el 8 de febrero de 1736 cuando era general Francisco Retz y provincial el P. Manuel de Prado<sup>44</sup>. Ya contaba –como dijimos- con diecinueve años aunque para ingresar se requería tener catorce como mínimo y no había edad máxima.

No sabemos dónde fue recepcionado y presentada su correspondiente información de legitimidad y limpieza de sangre como su renuncia de bienes, pero al año siguiente, y superado el periodo del postulantado, se encontraba en Villagarcía del Campo, en el famoso noviciado fundado

empezó a ser Procurador en el Colegio de San Albano de jóvenes ingleses en la Ciudad de Valladolid. Por esta causa se quedó allá algunos meses, como generalmente todos los Procuradores, que fueron después juntos a la Ciudad de Ajaccio en Córcega. Al salir de esta Isla para venir al Estado Pontificio quedó enfermo de bastante cuidado, y casi solo en la dicha Ciudad. Y habiendo convalecido de sus males, vino a buscarnos a este país. Era un hombre muy de bien, de juicio y de buena conducta en todo, y Religioso regular y exacto en los ejercicios de la vida religiosa y en el cumplimiento de las obligaciones de sus oficios. Después de la extinción de la Compañía no hizo en su modo de vestir otra mudanza que la forzosa para obedecer al Breve del Papa. Su enfermedad ha sido muy violenta y le ha arrebatado en pocos días, pero tuvo los bastantes para disponerse santamente para morir. Esta mañana se le ha hecho el Oficio al modo regular entre nosotros en la Parroquia d e San Nicolás de la calle de San Félix, asistiendo en gran número de la Provincia a celebrar toda la mañana y a la Misa cantada al fin de ella. Era natural de Rubí, en tierra de Medina del Campo y del Obispado de Valladolid, y nació a 17 de diciembre del año de 1717". (AHL), Manuel Luengo, SI, Diario de la expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España, al principio de sola la provincia de Castilla la Vieja después más en general de toda la Compañía, aunque siempre con mayor particularidad de la dicha provincia de Castilla. Tomo XV: 1781, gentileza P. Isidro Sanz SJ).

43. La provincia jesuítica de España la creó San Ignacio en 1547, nombrando como provincial al P. Araoz. Al nombrarse visitador al P. Nadal en 1554, San Ignacio le encomienda que divida la provincia en tres, con los nombres de Aragón, Andalucía y Castilla la Vieja-Reino de Toledo, quedando al frente de ésta última el mismo P. Araoz. Una nueva visita del P. Nadal concluyó en una nueva reestructuración en 1562, quedando establecidas las provincias de Aragón, Andalucía, Castilla y Toledo. Sucedió al P. Araoz el P. Juan Suárez (Del Ser 1998:174).

44. La provincia española de Castilla contaba por entonces con los colegios de Arévalo, Avila, Bilbao, Burgos, La Coruña, León, Lequeitio, Logroño, Loyola, Medina de Campo, Monforte, Monterrey, Oñate, Orduña, Orense, Oviedo, Palencia, Pamplona, Pontevedra,

por Magdalena de Ulloa que se inició en 1577, donde en el catálogo de aquella fecha (1737) se lo describe de complexión robusta. Aclaremos que en esta categoría que trata sobre la salud podía figurar: óptima, robusta, buena, mediana, enferma, débil, flaca, quebrada débil. En el catálogo de 1743 se lo declara de salud mediana.

En el noviciado inicia un periodo de formación que se caracteriza porque los jóvenes son orientados a desarrollar la determinación de abandono del mundo y el rompimiento de las ataduras familiares y materiales. Para ello ya comenzaban a hacer los Ejercicios Espirituales y se les encomendaban tareas en hospitales, además de peregrinar emulando la experiencia de San Ignacio en la cueva de Manresa y en la peregrinación a Jerusalén. Incluso realizaban oficios domésticos para que se les impregnara actitudes de servicio y cualidades de humillación. Tenían por modelos a San Estanislao de Kostka y a San Luis Gonzaga, los grandes paladines jesuitas de la juventud cristiana.

Al iniciarse en el noviciado era rector el bilbaino P. Carlos Gómez y al completar su bienio con toda normalidad, fue coronado con sus primeros votos el 9 de febrero de 1738<sup>45</sup>, cuando era rector el P. Diego de Tobar. Por entonces el prestigio del noviciado jesuítico había decaído, pero fue justamente el provincial de Castilla P. Francisco Rávano, quien en ese tiempo en que terminaba el joven Herrero, encomendó a sus maestros de Villagarcía la recuperación del primitivo esplendor (Burrieza Sánchez 2007: 149).

A partir de allí el P. Herrero pasaba a la categoría de escolar y es así que en el catálogo de 1740 lo ubicamos en el colegio de Palencia, dirigido en ese entonces por el P. José Damián de Toubes. Allí fue estudiante del trienio filosófico a la vez que enseñaba gramática. En el colegio fundado por doña Teresa y Leonor de Vega en 1559 comenzó el P. Herrero en 1738 con el curso de lógica, al año siguiente el de física y finalmente en 1740 el de metafísica.

Salamanca, donde también funcionaba el Seminario Irlandés, San Sebastián, Santander, Santiago con su Seminario Irlandés, Segovia, Soria, Tudela, Vergara, Villafranca y finalmente en Valladolid los colegios de San Ambrosio y San Ignacio, además del Colegio Inglés de San Albano, el noviciado estaba en Villagarcía del Campo, y completaban los domicilios jesuíticos las residencias de Azcoitia y de Zamora (Pérez Picón 1982).

45. ARSI, Catálogo Trienal de Castilla 1730-1737.

Sus estudios continuarían con el cuatrienio teológico del Real Colegio de Salamanca, ya que lo encontramos en el catálogo de 1743 donde le esperaba cursar los cuatro años de teología y ya contaba con dos años cursados, ejerciendo como ministerio el profesorado de gramática <sup>46</sup>.

La comunidad salmantina de entonces estaba constituida por 92 sujetos dirigida por el P. rector Fernando de Morales, además del seminario irlandés que dirigía el P. Gaspar Staffotd.

En Salamanca disfrutó las clases del P. Miguel de Sagardov Zazpe (1679-1760), considerado uno de los mejores teólogos salmantinos de su tiempo, quien llegó a ejercer las cátedras de Vísperas y de Prima, siendo además un fecundo escritor<sup>47</sup>. También fue profesor de gramática, filosofía y teología el P. Salvador de Osorio, quien llegó a ser provincial en 1754 y Asistente de España tres años después. Otro de sus profesores de Humanidades, Filosofía y Teología fue el P. Gabriel del Barco Oscáriz (1694-1771), consumado teólogo salmantino que murió en el exilio de Bolonia v cuya vida escribió el P. Luengo, caracterizándolo como el gran maestro español. Se suma el vizcaíno Pedro Manuel de Salcedo Heros (1695-1761), profesor también en San Ambrosio y Pamplona, además de Agustín de la Mata (1704-1785) fundador de la residencia de Vitoria, fue profesor de filosofía en Palencia y en Santiago de Compostela y de Teología en Salamanca donde escribió su Tratado sobre la Encarnación. En 1738 pasó de rector a Bilbao, pero regresó a Salamanca, siendo apresado en Tudela en 1767 para ser llevado a Bolonia donde muere y es recordado por Luengo. Finalmente entre sus formadores se destaca José Arenas Castañeda (1707-1756), quien comenzó su docencia en San Sebastián, luego en el colegio de San Ambrosio en Valladolid y luego en el noviciado de Villagarcía. Continuó en Salamanca, Pamplona, Segovia y Burgos.

<sup>46.</sup> AL y ARSI, Catálogo de Castilla.

<sup>47.</sup> Entre ellas se cuentan quince teológicas, las demás filosóficas: 1) Tractatus Theologicus de Providentia Dei; 2) Tractatus de Fide divina; 3) Tractatus Theologicus de Divina Voluntate; 4) Tractatus Theologicus de Peccatis. Un retrato del también eximio orador se encuentra en la catedral de Pamplona. Tiene la leyenda que dice: El Padre Doctor Miguel de Sagardoy de la Compañía de Jesús, Profesor de Prima y jubilado de Sagrada Teología en la Universidad salmantina, peritísimo en ambos Derechos y observantísimo de la disciplina religiosa, murió en Tormes (Salamanca). (Sans s/f: 223).

# El viaje a América

No sabemos qué motivó al P. Herrero a viajar a América. Pero entendemos que a mediados del siglo XVIII eran numerosas las vocaciones y cuantiosas las solicitudes que se realizaban al P. General para misionar en América. Prueba de ello son las profundas cartas *Indipetae* que se conservan, algunas de ellas escritas con insistencia y con la misma sangre del aspirante (Page 2007b: 41).

Lo cierto es que el P. Herrero posiblemente haya solicitado su destino en tiempos en que se hallaba en Palencia. Pero recién se embarcó rumbo a América en la expedición de los PP. Procuradores Juan José Rico y Diego Garvia que llegó a Buenos Aires en 1745.

El P. Rico había sido designado Procurador en la Congregación del 20 de noviembre de 1734 junto con los PP. Miguel López y Jerónimo Ceballos. Pero no sabemos porqué no se concretó el viaje y se produce una nueva congregación abreviada el 24 de febrero de 1738 para ratificar al P. Rico como Procurador, sumándole al P. Garvia de casi ochenta años y al P. Gabriel Novat como suplente, quien finalmente no viaja. De tal manera que los PP. Rico y Garvia partieron de Buenos Aires rumbo a Europa en el mes de enero de 1739.

Estos procuradores tenían como principal objetivo obtener de Felipe V el consentimiento para que los jesuitas pudieran explorar la Patagonia y en lo posible establecer reducciones en aquellos apartados lugares. La idea surgió de la misma corte hispana que hacía tiempo preparaba fortificar y defender ese territorio contra posibles ataques de naciones extranjeras.

El viaje de regreso a América, promovido por estos procuradores, fue autorizado en virtud de las Reales Cédulas firmadas en Aranjuez el 22 de abril de 1741 y el 12 de junio del año siguiente, que así lo concedieron (Galán García 1995)<sup>48</sup>. En la primera de ellas el rey autorizó el embarco de 65 religiosos y 7 coadjutores, según lo solicitado por los procuradores que contaban con los necesarios avales del provincial y de las principales autoridades civiles y eclesiásticas de la región. La segunda Cédula es la

<sup>48.</sup> Una transcripción de las mismas en Archivo General de la Nación Argentina (AGN) Sala IX, 6, 9, 7 Compañía de Jesús 1735-1745.

autorización que se da a un pedido de ampliación del número de misioneros que hace el P. Rico, en virtud de declarar que desde su partida de América, habían fallecido en el Paraguay veinticinco misioneros. Por tanto el rey concedió que se sumaran a la expedición 10 religiosos y un coadjutor.

Los PP. Garvia y Rico habían salido de Madrid el 14 de octubre de 1744 con rumbo al puerto de Santa María de Cádiz donde se les sumarían los voluntarios jesuitas. Finalmente, y como se aclara en el Despacho de Embarque (Fig. 3), que firma don José Ruiz de Zenzano, suben a bordo junto a los procuradores, cincuenta y ocho sacerdotes y estudiantes, además de ocho coadjutores. Lo hacen en el navío francés "Santiago, el perfecto" a cargo del maestre don José de Egaña. En el mismo Despacho se aclara que en 1743 ya se habían embarcado cuatro sacerdotes en el navío "Duque de Chartes" y uno en "El Héctor", pertenecientes a la misma expedición.

En este nutrido grupo de jesuitas encontramos a los PP. José de Robles, quien fue el último procurador y provincial en el exilio, el procurador Vicente Sanz, el profesor Lorenzo Casado y el matemático José Quiroga, quien justamente apenas llegó a Buenos Aires partió a la Patagonia con los PP. Strobel y Cardiel. Acompañaban a estos sacerdotes varios escolares que luego alcanzaron renombre como el escultor Pedro Pablo Danesi y los misioneros Antonio Moxi y José Ferragut. Entre los coadjutores había dos boticarios, un ebanista, un herrero, un panadero y un carpintero.

Del P. Herrero el Despacho de Embarque mencionado dice "algo rehecho, blanco sonrosado, poca barba, ojos y pelos negros, veintiséis años; salió de Palencia a 20 de agosto de 1741" junto con Juan Francisco Carrió<sup>49</sup>. Salió de Palencia en esa fecha pero sabemos que dos años después estaba en Salamanca y que el 21 de setiembre el P. Herrero fue ordenado sacerdote por el obispo de aquella ciudad, José Sancho Granado<sup>50</sup>.

En las erogaciones que realizó durante su estadía en España, el P. Rico contabilizó para el mes de mayo de 1744 el gasto de los alimentos de los PP. Herrero, Rejón y Crespo "que estudiaban en Toledo y otros gas-

<sup>49.</sup> AGN, Sala IX, 6, 9, 7 Compañía de Jesús 1735-1745 y Pastelles-Mateos (1948 (VII): 578-583).

<sup>50.</sup> AL y ARSI, Catálogo de Castilla

13 Lebero 1745
Conocimiento para el Despacho de las Naos que vàn á Indias.  Conocco yo Comercia Cara vecino de esta Cara Maestre el de la Mao, de la Mao, que los de la Mao, que al presente está sura, y anclada en la Cara a Cara prella, para con la buena ventura, seguir este presente viage à Diano a Cara prella, para con la buena ventura, seguir este presente viage à Diano a Cara prella, para con la buena ventura, seguir este presente viage à Diano a Cara mis No, debaxo de cubierta de ella, de los Des grando dentro de la dicha mi Nao, debaxo de cubierta de ella, de los Desparacos de Cara de
Y de ellas medov por contento, y entregado à toda mi voluntad. Las quales dichas mercaderias recibo eniutas, y bien acon licionadas, marcadas de afuera Y prometo, y me obligo, llevan dome Dios nueltro Geñor en sal vamento con dicha mi Nao al cho Deservar Olizes — de las dar, y entregar à yos, y en vueltro nombre, segun, y como es ulo, y costumbre à cor Provisio de la compania del compania de la compania de la compania del compania de la compania del compa
dome de flete à lazzer a 10 6 à quien su poder hubiere, dando, y pagandome de treinta dias, que hubiere dado, y entregado las dichas mercaderias, las quales van afortadas en 1938. De Alhaesta da van de las averias me doy por contento, y pagado en reales de contado de Y prometo, y me obligo, que los señores Jueces Oficiales de la Casa de la Contratacion, ni los Visitadores de las Naos el nien otra parte, no hecharán ninguna de las dichas mercaderias, ni parte alguna de ello, sucre de la dicha Nao, que si las hecharen, ò yo las devare en las levare à de la su pagar en las llevare à de las al tiempo que llegare la dicha Nao.  Y porque assi lo guardarè, y cumplirè, como dicho es, obligo mi persona, vienes muebles, y raizes, avidos, y por haver, especialmente obligo è hypoteco la dicha Nao serves, y apresos, y lo mejor parado de ella, y doy poder à rodas las Justicias, paraque assi me hagan tener, guardar, y cumplir, como en ella se contiene. En firmeza de lo qual di tres Conocimientos firmados de mi nombre, y del Escrivano de la dicha Nao por testigo, todo de un tenor, el uno cumplido, los otros no valgan. Que es secho en Caerizas de la Romas de las respectores de mi sente con le contrata de la respector de la resp

Fig. 3. Despacho de Embarque para el P. Rico (AGN, Sala IX Compañía de Jesús 1735-1745, 6,9)

tillos suyos". Incluso en el mismo documento consignó entre los gastos del mes de noviembre del mismo año "por la paga del viaje desde Palencia del Padre Herrero" 51. Además de llevar a los misioneros embarcó veinticuatro cajones que contenían más de 800 libros, muchos de ellos varios ejemplares del mismo autor, estampas, pinturas y todo tipo de herramientas e instrumentos que sumaron "ciento veinticuatro cajas y cajones toscos". Así fue que el mismo procurador expresa "el 23 de mayo de 1745 nos hicimos a la vela"52.

Arribaron al puerto de Buenos Aires el 16 de julio de 1745, día dedicado a la Beatísima Virgen del Monte Carmelo, la Estrella del Mar. Evidentemente un extenso viaje lleno de vicisitudes que bien recopilamos en una serie extensa de cartas que relatan los mismos, y escritos por sus propios protagonistas, aunque de éste en particular no contemos con testimonios directos (Page 2007b).

Ansioso esperaba a la expedición el obispo de Buenos Aires fray José de Peralta. Así lo expresó en carta al rey enviada el 24 de agosto de ese año cuando manifiesta que la expedición de jesuitas "será de considerable socorro para todos los pueblos de esta Diócesis y de las provincias de Su Majestad en este Río de la Plata, hasta las distintas provincias de Tarija" (Pastells-Mateos 1948 (VII): 597).

El prelado tenia expectativa en que fueran ocupados en las florecientes reducciones de lules, chiriguanos y chiquitos, y sobre todo mocovíes y pampas que estaban en su comarca con dos reducciones jesuíticas y la que como presagio escribía que esos mismos indios seguían igualmente: "acometiendo a los vasallos de Su Majestad en los caminos reales y entrando por sorpresa en las granjas y estancias esparcidas en las campañas por más de 300 leguas de despoblados". También el obispo recuerda los padecimientos de las reducciones guaraníticas de los saqueos de los portugueses y menciona el plan reduccional en Patagonia con gran esperanza de concretarse.

Llegado a Buenos Aires el P. Herrero y su expedición, fueron recibidos por el rector del colegio jesuítico porteño Manuel Querini y el provincial Bernardo Nusdorffer que se encontraba en el establecimiento de

<sup>51.</sup> AGN, Sala IX, 6, 9, 7 Compañía de Jesús 1735-1745.

<sup>52.</sup> Ibid. No obstante la fecha de partida de 22 de abril la da Peramás (1946: 243) y la toma también Furlong (1930: 17)

acuerdo a la obligada y tradicional visita a su provincia<sup>53</sup>. Fue aquel sacerdote de origen griego incorporado a la Orden en Roma, quien al suceder al por entonces provincial Nusdorffer en agosto de 1747, dio la primera noticia de la muerte del P. Herrero.

Después de unos días en la ciudad fundada por Garay el sacerdote rubilense pasó al Colegio de Córdoba a fin de concluir sus estudios, cuando era rector el P. Antonio Machoni. El 10 de octubre llegó a la docta junto con el P. Provincial, quien al día siguiente convocó a Consulta. Allí se reunieron los PP. Consultores Ordinarios y Extraordinarios, con los procuradores generales que llegaron con la misión, los PP. Maestros y el cancelario. Con la aprobación y consentimiento común se determinó qué examen se les había de dar a los recién llegados y a qué curso de filosofía o teología se debían aplicar. Al otro día y con asistencia de todos los nombrados se determinó "que el Padre Herrero por haber ya cursado el 4º año tomase puntos para examinarse ad gradum dentro de algunos días"54.

De tal manera que ya lo encontramos en la región, aunque permanecerá –como dijimos- por el término de tan sólo 19 meses. El Paraguay era por entonces una provincia jesuítica consolidada, cuyos catálogos dan las cifras de 303 jesuitas para 1744 y 369 para 1748, cuando contaba con su universidad, noviciado y convictorio en Córdoba y 11 colegios distribuidos en su extenso territorio, además de reducciones en las proximidades de los ríos Paraná y Uruguay, chiquitos, lules, chiriguanos, pampas y mocovíes. Efectivamente, durante el provincialato del P. Nusdorffer se producen importantes novedades en la administración jesuítica que al decir del P. Furlong "su provincialato fue uno de los más benéficos y hasta brillantes del siglo XVIII" (Furlong 1971: 40).

Fue en julio de 1743 cuando al cumplirse el gobierno provincial del P. Machoni se abrió el sobre que desde Roma envió el P. General, donde se inscribía el nombre de Lucas Zavala para sucederle, pero como había fallecido al iniciarse el año, se abrió el sobre "casus mortis" apareciendo el nombre de Nusdorffer.

Comenzó su mandato con un importante estímulo, pues recibió la famosa "Cédula Grande" de Felipe V, quien hacía la más importante apología y vindicación del desempeño de los jesuitas en las reducciones,

<sup>53.</sup> AGN, Biblioteca Nacional, Leg. 69, *Libro de Consultas*, *1731-1747*, f. 149v. 54. Ibid, f. 150.

cerrando un ciclo de más de 30 años de calumnias contra la Compañía. La recibió el 21 de junio de 1745 y sin dudas vino con el mismo barco que el P. Herrero, pues el P. Rico menciona entre sus gastos de España la impresión de varios ejemplares de la misma.

Nusdorffer se había desempeñado con anterioridad como rector de los colegios de Santa Fe y Asunción, y por dos períodos como superior de las misiones del Paraná y Uruguay. Durante su mandato como provincial trató la exigencia de los obispos a que los jesuitas pagaran el diezmo que correspondía, a lo que se negaron hacerlo por las reducciones, argumentando que los indios levantaban a su costa magníficas iglesias, sosteniendo el culto y a los misioneros, costeando las visitas de los obispos a sus pueblos. También en su provincialato se puso fin al pleito del colegio del Alto de San Pedro en Buenos Aires. Levantado primero como hospicio, en el actual barrio de San Telmo en 1736, y que el rey no autorizara su creación, aunque va estaba funcionando. Fue el mencionado P. Rico, como procurador en Europa, quien manifestó al rey la necesidad de esa fundación, aunque fue el procurador siguiente, P. Orosz quien presentó un memorial fechado en 1746 que logró que el rey cediera la fundación. Otra obra realizada también en Buenos Aires fue la Casa de Ejercicios Espirituales, levantada gracias a la donación del vecino don Gregorio Otalina. A su vez el colegio de Montevideo, auspiciado por el coronel Domingo Santos Uriarte, fue autorizado por Cédula Real del último día del año 1744. Dos años después Nusdorffer envió a los primeros sacerdotes. Otro colegio que surgió como hospicio fue el de Catamarca, luego de la fundación cedida por el general Luis Díaz en 1743.

Nusdorffer visitó varias veces casi todos los establecimientos jesuíticos de la provincia. En el aspecto reduccional recorrió la alicaída reducción de indios pampas iniciada por su predecesor. Fueron tiempos en que fue martirizado (1744) el P. Agustín Castañares en la reducción de mataguayos. Logró fundar la reducción de Nuestra Señora de Fe de tobatines en la región del Taruma donde envió al P. Sebastián de Yegros. Hubo por ese tiempo un importante estímulo en la creación de muchas otras reducciones que, con éxitos disímiles, se levantaron en la extensa provincia jesuítica.

Durante su provincialato se celebró la Congregación Provincial XXIII, desde el 22 de abril de 1744, donde se eligió como procuradores a Europa a los PP. Orosz y Morales, este último fallecido en Madrid. Fueron tiempos en que varios de los arquitectos jesuitas intervinieron en

obras como las iglesias y conventos de Recoleta y la Merced, el antiguo templo de Luján, la iglesia y convento de las Catalinas y el histórico y desaparecido cabildo de Buenos Aires. Finalmente durante su gobierno los PP. Quiroga, Cardiel y Strobel realizaron -como dijimos- una por demás interesante expedición a la Patagonia (Furlong 1971: 39-57).

Nusdorffer se hallaba desde principios del año 1747 en las misiones guaraníticas donde se encontraba haciendo la segunda visita. Para febrero, tiempos en que encuentra la muerte el P. Herrero, lo ubicamos en el pueblo de Yapeyú<sup>55</sup> concluyendo su recorrido en Santa Fe donde recibe la noticia de la designación del nuevo provincial, el rector de Buenos Aires, Manuel Querini, quien se hizo cargo el 10 de octubre<sup>56</sup>.

# Del colegio a las misiones

Era teniente gobernador de Córdoba el capitán de guerra Matías José de Anglés Gortari y Lizarazu, quien tiempo después alcanzaría a ser gobernador del Tucumán para el periodo 1735-1739. Durante su actuación en Córdoba envió en 1726 al sargento mayor Juan de Argüello a dispersar a los indios alzados de la comarca de Tegua. Ese mismo año el sargento dirigió otra expedición hacia el Tío y Ansenusa venciendo a los indios que se recluyeron en sus tolderías del río Salado. Luego de estas intervenciones y a los fines de consolidar la frontera del Sur y Este de Córdoba, decidió instalar un fuerte artillado llamado Fuerte Gorostarzu, en alusión a los apellidos maternos de Anglés, en las cercanías del Tío y otro más al norte llamado Plujunta, sobre el camino de Santiago a Santa Fe. Posteriormente y en las costas del Tercero mejoró las instalaciones de Fraile Muerto, llegando a Cruz Alta donde le otorgó el rango de Villa. El fuerte Gorostazu fue el primero establecido en el sudoeste de Córdoba, encomendado al capitán Esteban Piñero.

<sup>55.</sup> AGN, Biblioteca Nacional, Leg. 69, Libro de Consultas, 1731-1747, f.163v.

<sup>56.</sup> Nusdorffer fue designado superior de las reducciones guaraníticas. Y así como recibió la grata noticia de la Cédula Grande al iniciar su provincialato, ahora en su nueva función, recibía la noticia del Tratado de Madrid con lo que se iniciaría una verdadera tragedia en las misiones. La mantuvo en secreto dos años, hasta que por los meses de marzo y abril de 1752, comunicó a los cabildos y caciques de los siete pueblos que tendrían un año para abandonar sus posesiones.

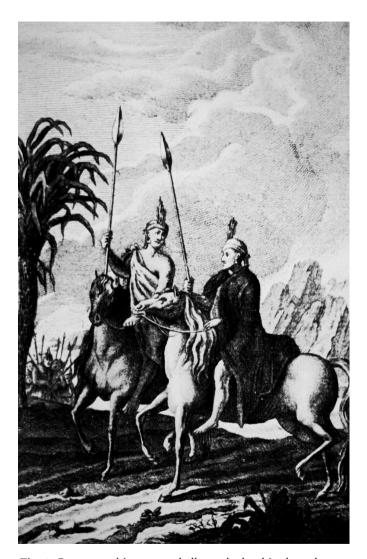


Fig. 4. Guerreros abipones a caballo, grabado ubicado en la portada del libro del P. Dobrizhoffer

Este avance español bien pronto hubo de tener su contraparte en una ofensiva indígena que comenzó al poco tiempo, arrasando con todos los fortines. Pero sólo sería el preludio a una gran invasión donde mocovíes y abipones lanzaron sus fuerzas en 1734 en un amplio frente. Provocó un despoblamiento tan grande que el teniente gobernador Manuel Esteban de León no supo manejar y la frontera quedó prácticamente abandonada (Villarroel 1976: 88-90). No obstante éste último –como informa en 1745 el P. Antonio Machoni, ex provincial y por entonces rector de la universidad- salió en varias oportunidades a la campaña contra los infieles. Una derrota importante les infligió a los indios cuando éstos invadieron la frontera a fines de 1744, produciendo una escalofriante matanza de indígenas<sup>57</sup>.

Es así que constantemente las vías de comunicación quedaban desprotegidas y a merced de diversas tribus que comenzaron un sistemático ataque a quienes intentaran cruzarlas. Entre ellos, los abipones<sup>58</sup> (Fig. 4), eran una entidad colectiva amplia que ocupaba el Chaco e integrada por los *riikahé*, *nakaigetergehé* y *yaaukanigá*, es decir tres grupos diferenciados geográficamente, respondiendo a la gente del campo, bosque y agua, respectivamente. Cada uno de ellos estaba conformado por grupos familiares o de amistad que moraban bajo un cabecilla. De la primera, es decir de la gente de campo, se destacaban caciques como Neruigini, Ychoalay, Lichinrain, Ychilimin y Kebachichi. Este último era en su momento acompañado por 18 guerreros dentro de un grupo de aproximadamente

#### 57. AGN, Sala IX, 6,9,7 Compañía de Jesús (1735-1745).

58. Según la etnología moderna los abipones, mocovíes, tobas, payaguás y los mbayá-gua-ycurú pertenecían a la familia lingüística de los guaycurú. Dentro de los abipones se encontraban una serie de gentilicios, incluso grupos con el nombre de sus respectivos líderes. También entre ellos se llamaban de diferentes maneras, así por ejemplo los mocovíes y otros se referían a los abipones como los callagaés, término similar al que los mismos abipones se denominaban entre sí. En este sentido posiblemente el término abipones haya tenido su origen en los relatos de los primeros jesuitas como del Techo. La "nación abipona" como se ha generalizado su uso, era cazadora-recolectora que durante la ocupación hispánica experimentó notables cambios. El mayor de ellos fue cuando comenzaron a hacer uso del caballo a fines del siglo XVI, lo cual les permitió una mayor movilidad frente a los grupos pedestres (lules, vilelas, etc.) lo que les otorgó superioridad militar y económica sobre éstos. La expedición del gobernador Urízar y Arespacochaga de 1710 que salió de Tucumán hacia el Chaco austral, hizo que los mocovíes se desplazaran hacia el sur, en tierras de los abipones, que a su vez se trasladan alcanzando el noreste de Córdoba (Lucaioli 2005).

50 individuos (Dobrizhoffer 1967 (3). Era famoso por su habilidad y destreza para enriquecerse. Y fue quien se llevó la vida del P. Herrero.

Los informes necrológicos insertos en las Cartas Anuas son fuente obligada de consulta para las noticias sobre el personal de la Compañía de Jesús. Estos tenían origen en las "Noticias de muerte" que se redactaban inmediatamente después de fallecidos con datos básicos y a los fines de distribuir entre los colegios para hacer los correspondientes sufragios. Luego y con más tranquilidad se escribían las cartas mortuorias o de edificación que se insertaban en el Libro de Difuntos, cuya síntesis se escribía en las Cartas Anuas y servían incluso para los menologios o vidas de varones ilustres que no necesariamente debían haber sido incluidos en un proceso oficial de beatificación. En estas recopilaciones los jesuitas fueron muy cuidadosos porque era la mejor forma de publicidad. Pues como dice Burrieza Sánchez (2007: 51), que "recordando la vida de un jesuita que había brillado por el ejercicio de sus virtudes, otro que se estaba formando en el noviciado, trataba de imitarlas y reproducirlas. Comenzaba una vez más el ciclo de un miembro de la Compañía de Jesús". De esta tipología de documentos se han conservado muy pocas y si bien contamos con casi todas las Anuas, de las del periodo 1744 -1749 no hay el menor indicio de su paradero, aunque seguramente se enviaron a Roma y su autor tiene que haber sido el P. Lozano (Furlong 1959: 130).

De tal manera que no hemos hallado registros oficiales del fallecimiento del P. Herrero. Sin embargo los historiadores de la antigua Compañía de Jesús como Charlevoix, Dobrizhoffer, Paucke y Cardiel han mencionado en sus obras la muerte del sacerdote vallisoletano.

Así pues, el P. Charlevoix cuenta que los abipones, al mando del cacique Benavides asolaban las tierras de Córdoba, como cuando atacaron un convoy de carretas que iba a Buenos Aires, donde viajaba el Hermano procurador del colegio de Tucumán Juan Ángel Amilaga, quien salvó su vida con intrepidez. Con respecto al ataque al P. Herrera dice: "Otro convoy salido de Córdoba para Santa Fe, fue sorprendido por una tropa de aquellos mismos indios muy cerca de Río Tercero, siendo muertos 24 españoles y robado el convoy. El padre Santiago Herrero, que acababa de hacer los estudios en Córdoba, e iba a hacer el aprendizaje del espíritu apostólico en las Reducciones de los Guaranís, fue del número de los muertos, y sólo después de mucho tiempo se encontró su cuerpo, siendo sepultado a la ribera del río. Pero tantos españoles se pusieron en campaña, que

se logró hacer cesar aquellas hostilidades, si bien Córdoba se resintió mucho tiempo de aquellos desastres" (Charlevoix 1916 (6): 151).

Dobrizhoffer hace varias referencias a lo ocurrido. En primer lugar mencionando la costumbre de los abipones de pedir insistentemente cosas con imposiciones y sin el menor agradecimiento. Presenta el ejemplo de un indio que le pide un cuchillo y después menciona al indio matador del P. Herrero, expresando: "Kebachichi, jefe de gran renombre entre ellos llegó una vez como huésped a la reducción de Concepción; sentándose y amenazante pidió a mi compañero, el Padre José Sánchez, un sombrero. Y como él le dijera que no tenía un sombrero, con ojos que le brillaban por la rabia, el bárbaro respondió: "¡Ahora te atreves a negarme un sombrero! ¡Ah!, parece que ignoras que soy matador de sacerdotes". Efectivamente, pocos meses antes, bajo su dirección, los abipones habían degollado al Padre español Santiago Herrera con veinte compañeros cuando en Córdoba del Tucumán se encaminaba hacia los guaraníes, y sabrás que como José Sánchez no podía acceder a las exigencias de Kebachichi, ya que ni él mismo en ese momento tenía sombrero, se fue muy contento con un bonetito de paja tejido". Aclaremos que el P. Sánchez había llegado a Buenos Aires en la misma expedición que el P. Herrero, pero agreguemos que en la lista que presenta el mismo Dobrizhoffer sobre los jesuitas que murieron a manos de los indios bárbaros, menciona al "Padre Santiago Herrero: atravesado por la lanza de un abipón cuando se dirigía a una misión de guaraníes, el 18 de febrero de 1747." Y exclama al final de la lista descriptiva "¡Felices quienes tuvieron ocasión de morir en el campo de combate por causa del Evangelio!"

Otro historiador que menciona el suceso fue el P. Paucke, quien al relatar su viaje de Córdoba a Santa Fe expresa: "en medio de una continua soledad y desierto por donde solían vagar los indios salvajes de diversas naciones y cometer asesinatos". Recuerda también el perpetrado en la Cuaresma del Viernes Santo en que los indios habían entrado en una aldea, cerca de Jesús María y habían matado a hombres y mujeres, llevándose a los hijos como cautivos. "Y el segundo golpe ocurrió con un Padre Francisco Herrera [sic] quien con anterioridad a mi, había sido enviado a las misiones por este mismo camino pues él con otras siete personas legas fue asaltado por una pandilla de asesinos de los salvajes indios y muerto de cinco lanzazos. Yo encontré aun un fajo de musicales y dos pedazos de un oboe que él había llevado consigo a la misión y en los musicales yacía

todavía un mechoncito de los cabellos del mártir asesinado" (Paucke 1999 (1): 190). El P. Paucke se equivoca con el nombre y no especifica el sitio del siniestro pero menciona que después llegó a la aldea de Río Segundo levantada a la orilla del río homónimo donde pernoctó. Paucke dice que Dobrizhoffer es el que efectivamente da la fecha de muerte el 18 de febrero de 1747.

Finalmente el P. Cardiel posiblemente haya sido el primero en escribir sobre el suceso, así pues en su Carta Relación de diciembre de 1747, al referirse a su viaje a las misiones de mocovíes, expresa: "La ciudad de Córdoba en sus estancias la tienen desolada con sangre de muchos cristianos que matan cada día y llevan cautivos. En las demás ciudades, Santiago, Tucumán, Salta y aun Corrientes, pasando el Paraná hacen continuos robos y muertes. Los caminos todos tienen regados con sangre de cristianos. Cada día nos vienen nuevas noticias de los robos y muertes que hacen en ellos; y poco ha mataron con otros españoles pasajeros al Padre Herrero, que iba desde Córdoba a Santa Fe, recién venido de la provincia de Castilla" (Furlong 1953b: 191).

Siguiendo a Paucke podemos inferir de qué se componían las provisiones que llevaba el P. Herrero para ese viaje que se hacía en carreta, aparte del oboe y otros elementos musicales. Allí llevaban la comida, tabaco, yerba, "sal, jabón, agujas de coser, cuchillos para que en caso de carecer de alimentos y tener ocasión de comprar en algún lugar gallinas o carneros, los obtuvieren no mediante el dinero sino contra semejantes mercancías pues los Españoles que viven en el campo aprecian tales cosas más que el dinero". En cuanto a la alimentación dice que para este viaje era necesario "dos corderitos, una buena bolsa de yerba paraguaria, doce fajos de tabaco, alrededor de cuatro libras de jabón, un cuartillo de sal, seis paquetes de agujas de coser, algunas indulgencias y rosarios, medio cuartillo de cubo de vino, una olla de hierro y un castrol (cazuela) para cocinar, un plato de estaño y una pequeña sopera." Además de ello llevaba "chatasca", que es carne desmenuzada de carnero asado, deshuesado y secado al sol, junto con ajo, cebolla y papas. Se comía con agua caliente a modo de sopa (Furlong 1953b: 190-191).

Otras fuentes de información para nuestra investigación la constituyen los ricos catálogos de la Compañía de Jesús, aunque sólo se conservan los de 1744 y 1748, es decir un año antes de la llegada y un año después de la muerte del P. Herrero. Pero sí se encuentra en Roma un catá-

Fig. 5. Supplementum Catalogi Provincia Paraguaiensi anni 1747 (ARSI, Paraquaria 6, Catálogo trienal (1703-1762), f. 341v)

logo suplementario, el "Supplementum Catalogi Provincia Paraguaiensi anni 1747", donde se consignan a los fallecidos ese año "Padre Jacobus Herrero in itinere ad misiones... 18 Feb. 1747" (Fig. 5). No se encuentran de ese año, ni los catálogos públicos ni los secretos, pero podemos agregar que en el mismo año también fallecieron los PP. Francisco Ribera en San Miguel, Dionisio Dávila y Juan Cervantes en Chiquitos, Bernardo Villanueva en el colegio de La Rioja, Juan Manuel Mestre en San Ignacio Guazú y el arquitecto Juan Bautista Prímoli en Candelaria.

Recién la segunda referencia a la muerte la encontramos en el catálogo de 1797 del jesuita expulso Diego González que erróneamente lo señala muerto en el Río Tercero<sup>60</sup>. Referencia errada que toma Charlevoix y sigue el P. Storni, pues si viajaba de Córdoba a Santa Fe, no podría pasar nunca por el Río Tercero. Igualmente y aquí cabe consignar con justicia, que debemos la noticia de la existencia del P. Herrero precisamente gracias al catálogo del infatigable trabajo del P. Storni.

Entre los historiadores contemporáneos, se refiere al P. Herrero, el P. Furlong siguiendo a Paucke y cometiendo el mismo error de llamarlo Francisco.

Rodolfo de Ferrari Rueda aporta que el 11 de febrero salió de Córdoba un extenso convoy compuesto de dieciocho carretas. Siguiendo a Lozano expresa que "más allá de Mangazano, cerca del Río Tercero de Córdoba, el 18 de dicho mes, el convoy es atacado sorpresivamente en horas de la siesta por los indios abipones, quienes roban a los viajeros sus efectos, se apoderan de los caballos y dan muerte a 24 personas" (Ferrari Rueda 1968: 80). Pero no puede Lozano haber dado esa información, ya que si bien muere en 1752, su obra sobre el Chaco se publica en 1733, mientras que la historia de la Conquista del Paraguay, editada recién entre 1873-1875, abarca los sucesos acontecidos hasta 1745 y su Historia de las Revoluciones abarca el período 1721-1735.

Según entonces la información con que contamos, el 11 de febrero de 1747 salió de la ciudad de Córdoba con rumbo a Santa Fe un grupo de individuos que para unos autores fueron siete y otros dicen veinte y veinticuatro. Entre ellos se encontraba el P. Herrero. Fueron atacados el día 18 por los indios abipones al mando del cacique Kebachichi quien perso-

ARSI, Paraq. 6, Catálogo trienal (1703-1762), f. 341v
 ARSI, Paraq. 23, f. 96.

nalmente atravesó con su lanza el cuerpo del joven sacerdote de treinta años de edad. Paucke, que hizo el mismo camino en 1750, encontró restos de instrumentos musicales pertenecientes al sacerdote asesinado. Su cuerpo fue encontrado tiempo después y enterrado cerca del río.

Un dato más. El P. Gaspar Juárez al escribir la biografía del novicio José Clemente Baigorrí, relata que cuando tenía 10 meses, es decir en el verano de 1747, salvó su vida de un ataque de indios perpetrado a la estancia de su padre en Soconcho. En el saqueo mataron a la abuela del bebé y se llevaron cautiva a su hermana<sup>61</sup>. Pues posiblemente hayan sido los mismos indios que comandaba Kebachichi que estaban haciendo estragos en la región.

El Cabildo de Córdoba no fue ajeno al hecho y al contexto que lo envolvió. El mismo teniente del rey don Manuel de Esteban y León informaba a la institución a mediados del mes de enero de 1747 que, conforme a lo dispuesto por el gobernador, estaba preparando dos gurupas en tierras del enemigo infiel. Una al mando del sargento mayor don Juan Vicente Montenegro que iría a la frontera del Río Seco y la otra, comandada por el maestre de campo don Juan Álvarez partiría para Río Segundo. Incluso se le solicitó al rector del colegio jesuítico una ayuda económica en ganados para afrontar gastos de la expedición<sup>62</sup>. Pero antes que pudieran salir se produce el asesinato y apenas comunicado, Esteban de León junto al regidor y alcaldes, elevaron una nota al gobernador de Buenos Aires don José de Andonaegui: "No puede menos este cabildo que poner en la justificada atención de Vstra Señoría la sangrienta hostilidad que tan expresada, como tirana invade esta jurisdicción en cuya lamentable desolación no menos interesa el patrimonio de la católica religión tan ajada de la bárbara crueldad". Proponen anular las pases que tienen con los indios de Corrientes y Santa Fe a fin de facilitar la acción de castigo<sup>63</sup>. Responde el mandatario el 28 de marzo, exponiendo: "Las lamentables noticias que solo he sabido por la apreciable de Ud. de 20 de febrero deste presente año de las atrocidades crueldades que han ejercitado los indios

<sup>61.</sup> AL, Ilustres. Legajo 20, Nº 7.

<sup>62.</sup> Archivo Histórico Municipal "Carlos A. Luque Colombres", Córdoba-Argentina, Actas Capitulares, Acuerdo del 24 de enero de 1747, Rollo 13, Tomo 28, (1743-1749), f. 186.

<sup>63.</sup> Ibid, f. 196.

bárbaros de esas comarcas en el distrito de esa provincia me han sido del más doloroso sentimiento y de extraña admiración, el que diga Ud en alguna parte culpantes las pases que supone mantienen en las ciudades de las Corrientes y Santa Fe y es bien considerable que la primera se ha hallado hostigada del enemigo abipón y su fronterizo que le ha insultado sus poblaciones e invadido sus campañas y en las mayores aflicciones de hambre y peste por la seca y langosta, se le ha opuesto y hecho la guerra con el mayor vigor, sacrificando sus vasallos hasta sus propias haciendas por hacerlas cada uno a su costa sin que tengan el menor arbitrio para ayudarse y sin embargo de hallarse en la última extrema ha permanecido en guerra, sin que hasta ahora tenga la noticia positiva de haber ajustado paces y la segunda viéndose destruida y reducida a la mayor miseria, obligada de la necesidad estoy informado ha mi a que las hizo para recobrarse". Luego envía órdenes a Santa Fe para que se sostenga la guerra<sup>64</sup>.

Igualmente las amenazas continuaron y por el mes de agosto el mismo Álvarez participa al teniente de gobernador sobre la entrada de doscientos indios infieles que habían ido a vender cautivos a Santa Fe y comprar caballos y vacas. Se temía que al salir de la ciudad fueran a invadir la frontera y por ello Álvarez solicitó autorización para hacer una corrida liberadora<sup>65</sup>. No obstante, y por ese mismo tiempo llegaron a la ciudad indios pampas del Río Tercero pidiendo doctrineros que les enseñen, mientras el procurador del colegio jesuítico Diego Horbegozo apoyaba la solicitud y el Cabildo pedía autorización al gobernador<sup>66</sup>.

Hubiera sido importante ubicar el sitio exacto donde fue muerto el P. Herrero, pero no contamos con la información suficiente. El camino de Córdoba a Santa Fe era una antigua vía indígena de unas 90 leguas que había sido utilizada por los primeros conquistadores. Apenas Juan de Garay funda Santa Fe, envía al capitán Juan de Espinosa para que precisamente lo "descubra". Al dar cuenta de su empresa, menciona haber tenido encuentros y batallas contra los indígenas<sup>67</sup>.

<sup>64.</sup> Ibid, f. 209v.

<sup>65.</sup> Ibid, f. 214v.

<sup>66.</sup> Ibid, ff. 201 v 214v

<sup>67.</sup> Información levantada a petición de Hernandarias sobre los servicios de Juan de Garay. Boletín del Archivo General de la Provincia de Santa Fe, Nº 4-5, Santa Fe, 1973, pp 124-131.

El único plano que conocemos del siglo XVIII que marca la vía entre estas dos ciudades es el que realizó el jesuita riojano P. Joaquín Camaño (1737-1820), publicado por primera vez en la obra del P. José Jolis "Saggio sulla storia naturale della Provincia del Gran Chaco", impreso en Faenza en 1789. Podemos observar en el mismo que el camino al llegar al río Segundo lo bordeaba en una extensión considerable. Pues en ese trayecto debe haberse provocado el siniestro y enterramiento posterior del P. Herrero (Fig. 6).

Las descripciones del mismo en cambio, son más numerosas y las encontramos desde los primeros tiempos, incluso con los cruces que sorteaban el río Segundo, denominado también de la Natividad como lo llamaron los españoles en la primera época o Xanaes como lo designaron los aborígenes. Con rumbo a Buenos Aires una desviación partía a Santa Fe por la costa norte del río y lo cruzaba a la altura de Guamacha, continuando luego por el arroyo de Álvarez. En esa desviación se encontraba el Paso de Carretas o Paso Viejo, que conducía a Buenos Aires dejando el camino a Santa Fe. Marchetti (2003: 45-46) lo ubica en la actual estancia Vista Alegre de la Pedanía San José en la margen sur y la estancia Isla Verde en la margen norte. Pero para mediados del siglo XVIII antes del paso del río -dice Paucke- había "una aldea llamada Río Segundo al igual del río en cuya orilla estaba edificada la aldea" (Paucke 1999: 190). Allí llegó después de encontrar los restos del oboe del P. Herrero.

#### Allá donde no hay hastío y donde el hartazgo no empalaga

Cuántos pensamientos nos vienen a la mente luego de leer este texto y cómo relacionarlos con ese momento tan especial en la vida de los seres humanos que significa el martirio y muerte. Sólo muy pocos alcanzan a percibir las que creemos, profundas sensaciones que nos separan del mundo material. Seguramente apenas unos minutos o un poco más debió el P. Herrero experimentar esa partida y llegada allá donde no hay hastío y donde el hartazgo no empalaga.

Pero el mundo material sigue girando y avanzando en el tiempo, casi siempre procurando borrar las huellas del pasado, de no dejar memoria, de la que sólo los hombres se encargan de hacer permanecer. A veces esa memoria se preserva con justicia y otras veces se pierde invo-

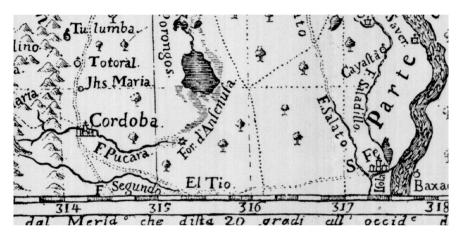


Fig. 6. Detalle del mapa del P. Camaño que marca en su límite el camino de Córdoba a Santa Fe (Guillermo Furlong SJ. *Cartografía jesuítica del Río de la Plata*, Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, 1936).

luntariamente o porque no le conviene recordar a algún grupo social en especial.

El caso del P. Herrero puede inscribirse dentro de un contexto diferente al común. Y cuando casi su memoria estaba perdida y ya poco conozcamos de su vida, hoy intentamos reconstruirla de los escombros de un pasado que se va nublando lentamente en el anochecer de nuestra historia. Pues sobre todas las cosas merece recordarse muy especialmente a estos personajes que no son precisamente nuestros héroes historiográficamente reconocidos. Lo hacemos en virtud de ejemplo, meramente rescatando la simple y corta existencia de un joven que murió a la misma edad que Santa Rosa de Lima y de tantos otros que dejaron su vida en América por una causa tan noble como la de trasmitir palabras de esperanza y de optimismo para la llegada de un mundo mejor y justo para todos los hombres.

# Apéndice: Jesuitas mártires de la provincia jesuítica del Paraguay

Año fallecimiento	Nombre del jesuíta	Edad	Lugar fallecimiento	Años vivi- dos en Paraguay	Año fallecimiento
1612-14/12	Aranda Valdivia, Martín Alonso, s	52	Arauco, Chile	-	Villarrica, Valdivia, Chile
1612-14/12	Montalbán, Diego de, c	-	Arauco, Chile	2 meses	México
1612-14/12	Vecchi, Horacio, s	35	Arauco, Chile	5	Siena, Itália
1628-15/11	Castillo, Juan del, s	32	Caaró, Río Grande do Sul, Brasil	11	Belmonte, Cuenca Espana
1628-15/11	González de Santa Cruz, Roque, s	52	Caaró, Río Grande do Sul, Brasil	-	Asunción, Paraguay
1628-15/11	Rodríguez, Alonso, s	29	Caaró, Río Grande do Sul, Brasil	11	Zamora, Espana
1634-3/7	Espinosa, Pedro de	38	Entre Santa Fe y Yapeyú, Corrientes	12	Baeza, Jaén, España
1635-25/4	Mendoza, Cristóbal, s	45	Tapes, Río Grande do Sul, Brasil	-	Santa Cruz de la Sierra, Bolivia
1639-17/1	Alfaro, Diego de, s	43	Caazapá-guazú, Rio Grande do Sul, Brasil	22	Panamá
1639-3	Alarcón, Sebastián, h	-	Chaco, Argentina	-	Asunción, Paraguay
1639-1/4	Osorio Valderrábano, Gaspar, s	44	Chaco, Argentina	17	Castrillo de Villega, Palencia, España
1639-1/4	Ripari, Antonio, s	32	Chaco, Argentina	3	Casalmorano, Cremona-Italia

1645-22/3	Romero, Pedro, s	60	Itatín, Paraguay	38	Sevilla, España
1645-22/3	Fernández, Mateo, h	-	Itatines, Paraguay	-	-
1648-7/11	Arias, Alonso, s	47	Itatines, Paraguay	12	Jaraicejo, Cáceres, España
1649-4/4	Arenas, Cristóbal, s	55	Concepción, Misiones	21	Bárcena, Santander, España
1666-?/?	Pizarro, Lucas, s	36	Mendoza, Argentina	?	Madrid, Espana
1674-15/2	Mascardi, Nicolás, s	50	Santa Cruz, Argentina	?	Sarzana, Spezia, Itália
1683-27/10	Solinas, Juan Antonio, s	40	Chaco, Argentina	9	Oliena, Nuoro, Itália
1711-18/9	Cavallero, Francisco	50	Chiquitos, Bolivia	30	Villamuera de la Cueza,
	Lucas,s				Palencia, Espana
1715-?/12	Arce, Francisco José, s	63	Pataguá, Bolivia	41	Santa Cruz de la Palma,
					Tenerife, España
1715-?/9	De Blende, Bartolomé, s	40	Payaguas, Paraguay	3	Brujas, Bélgica
1717-14/11	Elguera, Francisco	25	Nahuel Huapi, Neuquén,	-	Santiago de Chile
	Javier, s		Argentina		
1717-10/9	Mazo, José, s	59	Río Paraná	36	Alcora, Castellón, España
1717-9/9	Silva, Blas de, s	70	Río Paraná		Asunción, Paraguay
1722-12/6	Niebla, Bartolomé, c	50	Río Paraná	-	Castro del Rio, Córdoba,
					España
1722-28/12	Sánchez, Mateo, s	70	Río Paraná	48	Villanueva del Marqués,
					Córdoba, Espana
1735-17/5	Lizardi, Julián, s	39	Concepción, Bolivia	18	Asteasu, Guipúzcoa, Espana
1735-1/9	Werle, Tomás, s	49	Colonia, Uruguay	6	Munich, Baviera, Alemania
1744-15/9	Castañares, Agustín, s	57	Salta, Argentina	-	Salta, Argentina
1747-25/7	Herrero, Santiago, s	30	Río Segundo, Córdoba	2	Rubí de Bracamonte,
					Valladolid, España
1756-6/10	Ugalde, Francisco, s	29	Piquete, Salta, Argentina	-	Larrabezua, Vizcaya, España
1763-28/12	García, Tomás, s	53	San Miguel, Rio Grande do	29	Velliza, Valladolid, España
			Sul, Brasil		
1763-19/8	Guasp, Antonio Mariano, s	49	Sagrado Corazón,	29	Palma de Mayorca, Espana
			Chiquitos, Bolivia		
1776-21/7	Grimau, José, c	58	Faenza, Ravena, Italia	-	Barcelona, España
1811-6/3	Videla, Juan Ramón, s	62	Roma, Italia	18	Mendoza, Argentina

# 2. JOAQUÍN GAZOLAS. Primer Rector del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat. Orígenes y primeros tiempos de la institución

#### Introducción

Quien primero publicó una historia del colegio Monserrat fue el P. jesuita José Manuel Peramás y lo hizo en la propia imprenta de la institución recopilando cinco discursos laudatorios sobre su fundador (Peramás 1937-1766). Se imprimió con el nombre de Bernabé Echenique como autor, pero bien probado está que redactó el texto Peramás, quien no intentó escribir un libro de historia del por entonces Convictorio sino uno que expresara el profundo agradecimiento a quien hizo posible la concreción del mismo y con la suficiente humildad, para ceder su autoría a un alumno, gesto propio de los jesuitas de entonces.

Más de un siglo y medio después la revista *Estudios*<sup>68</sup> en su volumen del mes de noviembre de 1937, dedicó 549 páginas en homenaje al

68. Estudios era la publicación oficial de la Academia Literaria del Plata, institución creada en 1870 por el jesuita Vicente Gambón a los fines de promover la formación cultural de los jóvenes egresados del Colegio del Salvador. La publicación eminentemente católica apare-

aniversario del Colegio Monserrat. Dirigida por el P. Oscar Dreidemie, escribieron Pedro Grenón, Guillermo Furlong, Luis Torti, Agustín Díaz Vélez y otros. El trabajo no fue superado, ni por su volumen, ni por el detallado contenido, a pesar que aparecieron posteriormente otras publicaciones y artículos. No obstante tiene omisiones muy marcadas, como por ejemplo la cronología de sus rectores. Efectivamente la lista comienza en 1703 con el P. Blas de Silva SJ. Pero si la institución comenzó a funcionar en 1695, nos preguntamos quién gobernó desde entonces al Monserrat. Encontramos la respuesta en la Carta Anua del periodo 1689-1700, donde incluso se brindan detalladas referencias al primer día del Colegio y otras vicisitudes. Pero vamos a concentrar este trabajo en su primer rector<sup>69</sup>, el P. Joaquín Gazolas, olvidado, seguramente como creemos él hubiera querido. Fue rector hasta su muerte, acaecida en 1698, actuando en esa función en los primeros tres años de vida de la institución.

# El primer Convictorio

La Provincia Jesuítica del Paraguay creada en 1604 requirió de un Colegio Máximo y a su vez de un Convictorio como los que tradicionalmente levantaba la Compañía de Jesús en torno a sus casas de estudios.

En un trabajo anterior intentamos clarificar el importante papel que tuvo el P. Lauro Núñez en la creación del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat (Page 2002a). Allí destacáremos –como veremos más adelante- la diferencia entre fundar y crear una institución jesuítica, ubicando el papel que le cupo al doctor Ignacio Duarte Quirós como aus-

ció en 1911 y abordó una temática muy variada, hasta 1967 en que se apaga su dilatado aporte intelectual y sobre todo los ingentes esfuerzos realizados para la evangelización de la cultura argentina (Auza 2000: 332).

69. El colegio tenía como autoridades al rector, luego seguía el ministro, el prefecto de estudios y un procurador, generalmente hermano coadjutor. No sabemos con precisión quién elegía y nombraba al rector. El general no lo hacía, pues en las cartas consultadas (1696-1739), donde se incluyen nombramientos de rectores de los colegios, maestro de novicios y consultores de provincia, no figura el cargo de rector del Convictorio. Tampoco figuran en los memoriales que dirigieron los provinciales a los rectores del Colegio Máximo, existentes en el Archivo General de la Nación, donde figuran nombramientos de prefectos, consultores, cancelarios, etc., pero no de Rector del Convictorio.

piciante de la empresa y al P. Lauro Núñez como hacedor y gestor fundamental del emprendimiento. Es decir intentamos redimensionar el momento histórico colocando en su legítimo lugar a cada uno de los protagonistas, que tampoco obviamente se limitan a estas dos figuras. Pues con este objetivo es que continuamos con su primer rector, hasta hoy más que ignorado, totalmente desconocido en la historiografía del pasado institucional que intentamos reconstruir y revalorizar en su justa dimensión.

El primer Convictorio de la Compañía de Jesús ubicado en el territorio que ocuparía la Provincia del Paraguay se levantó en la ciudad de Santiago de Chile. Fue durante el generalato de Claudio Acuaviva y por expresas instrucciones suyas hacia el provincial del Perú, que el Instituto instaló una residencia del otro lado de la cordillera en 1593. La memorable expedición fundadora se compuso de cinco sacerdotes y un hermano coadjutor. La encabezó el P. Baltasar de Piñas, quien recibió el sacerdocio de manos del propio San Ignacio. Al año siguiente abrió el Colegio de San Miguel en Santiago con el importante aporte económico de varios vecinos.

Chile perteneció a la Provincia del Paraguay desde su creación en 1604 hasta 1625 en que pasó a ser viceprovincia debido a las dificultades comunicacionales de entonces. La Carta Anua firmada el 10 de mayo de 1612 por el P. Diego de Torres da cuenta de la creación, en el año anterior, del primer Convictorio en una casa ubicada en la misma cuadra del colegio de Santiago y que contaba en aquel primer año con 25 colegiales (Leonhardt 1929: 523). Al año siguiente ya llevaba el nombre de "Edmundo Campión" habiéndose incrementado sus internados que se multiplicarán durante el periodo en que son traslados los estudios mayores de Córdoba. En este Convictorio y como era habitual, tenían un sacerdote con las funciones de prefecto de estudios y un hermano coadjutor para el servicio doméstico. Los alumnos practicaban coloquios espirituales en el recreo después del almuerzo y de la cena, como lo hacían los

70. Por entonces se realizaba el proceso de beatificación de este mártir jesuita nacido en Londres en 1540 quien predicó con gran celo en Inglaterra publicando su obra "Decem Rationes", escrita en contra de la Iglesia anglicana. Fue destinado a su patria en 1580, junto con el P. Roberto Persons, por el Papa Gregorio XIII. Acusado de conspiración, fue perseguido, encarcelado y ejecutado por la reina Isabel al año siguiente. Fue beatificado en 1881 por el papa León XIII. No está demás recordar que entre los siglos XVI y XVII en Inglaterra y Gales fueron muertos por profesar la fe católica diez mártires jesuitas, entre ellos Campión, canonizados por Pablo VI el 25 de octubre de 1970, a los que se suman dieciseis beatos jesuitas que sufrieron la misma persecución.

novicios. Contaban a su vez con la congregación de la Virgen de Loreto y una capilla donde tenían una imagen de su patrón<sup>71</sup>.

Cercano en el tiempo a la creación de este Convictorio se sumará la del Seminario-Convictorio de San Francisco Javier que regentearon los jesuitas en Córdoba. Pretendía ser similar al seminario diocesano que se encontraba en Santiago del Estero y del que también estaban al frente los jesuitas, aunque dependía directamente del obispo, como lo había establecido el Concilio de Trento.

El obispo Trejo fue quien inspiró esta institución en Córdoba debido a "su buen clima, como por su vida barata, y por la buena consolidación de nuestras casas", como explica el P. Torres en la Anua de 1613. Agrega que se alquiló una casa junto a la Plaza Mayor<sup>72</sup>, con capilla y aulas, que se abrió con 17 estudiantes teniendo al frente al P. Juan de Albis<sup>73</sup> como profesor y prefecto. Los estudiantes progresaron rápidamente y se da cuenta que pasados diez meses de su inauguración ya predicaban en la lengua de los naturales. También estudiaban gramática y latinidad siguiendo el lema en "virtud y letras" que utilizaron todos los Convictorios jesuíticos. Al año siguiente se sumaron estudiantes de filosofía y teología. Pero en 1616 otros religiosos pusieron estudios de latín lo cual mermó el estudiantado que, en número de 20, habían festejado por primera vez su santo patrón, que por no haber estado aún canonizado lo hicieron en secreto, como seguramente lo hacían también los alumnos del Campiano en Chile.

El Convictorio de San Francisco Javier tuvo una vida efímera, sólo cuatro años sobrevivió, debido fundamentalmente a la carencia de susten-

<sup>71.</sup> Luego se lo llamó Convictorio de San Francisco Javier. Allí hizo sus primeros estudios Alonso de Ovalle y también el abate don Juan Ignacio Molina. Tras la expulsión de esa orden religiosa del país, en 1767, el internado se transformó en el Convictorio Carolino.

<sup>72.</sup> Posteriormente y por un tiempo funcionó el Noviciado, pero al trasladarse a la manzana jesuítica, los PP. alquilaron las instalaciones desde 1628, fecha en que comenzó a funcionar la Real Aduana y Puerto Seco de Córdoba, viviendo allí su tesorero y el contador. El solar de la Compañía de Jesús fue vendido en 1683 a don Pedro de Torres (Luque Colombres 1980: 147 y 271).

<sup>73.</sup> Nació en Madrid el 5 de enero de 1588, ingresando a la Compañía de Jesús de Toledo en 1607. Tres años después llegó a Buenos Aires, haciendo sus últimos votos en Santiago del Estero una década después. Las noticias sobre su paradero alcanzan hasta 1669 en que se encontraba en Santiago de Chile donde fue su viceprovincial entre 1655 y 1658 (Storni 1980a: 5).

to económico, ya que el obispo Trejo había prometido mantenerlo con rentas reales acreditadas a los obispos. Pero ni en el último año de su vida ni luego de su muerte se efectivizó y, a pesar de los esfuerzos de los jesuitas por mantenerlo, el Convictorio desapareció (Gracia 1940: 120-129).

Posteriormente de haber sido creado el definitivo Convictorio de Córdoba, hubo un intento de hacer lo propio en Asunción. Efectivamente en la sesión del Cabildo secular del 30 de abril de 1750 se da cuenta de haber recibido una Real Cédula del 12 de julio de 1745 en que dispone que, parte de las rentas del hospital, se destinasen a la fundación de un Convictorio, porque no había enfermos. Al poco tiempo, el 8 de mayo de 1750, el Cabildo eclesiástico se expidió favorablemente a la creación del mismo y agregó que para la alimentación de los alumnos, éstos contribuyan con cien pesos anuales como lo hacen los de Córdoba (Pastells 1948 (VII): 767-770-839). Pero no poseemos mayor información sobre la creación del Convictorio asunceño.

#### Fundar y crear

Como es sabido se reconoce como *fundador* del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat<sup>74</sup> al doctor Ignacio Duarte Quirós. *Fundar* en el sentido que le daban los jesuitas a la palabra, tal cual como figura en el diccionario, "Instituir un mayorazgo, universidad u obra pía, dándole rentas y estatutos para que subsistan y se conserven". Por lo tanto el fundador sería una especie de auspiciante de un proyecto que es de otro, en

74. Si bien en las Constituciones del Convictorio se expresa que el nombre de la virgen de Monserrat se asocia a la devoción de Duarte Quirós, los jesuitas obviamente debieron influir en que se le colocara esa advocación, pues es bien sabido que San Ignacio de Loyola se confesó durante tres días y dejó sus armas en el santuario benedictino de Cataluña en 1522 y concertó con el confesor que mandase recoger la mula, y que la espada y el puñal colgase en la iglesia en el altar de nuestra Señora (Autobiografia de San Ignacio de Loyola (Texto recogido por el P. Luis Gonçalves da Cámara entre 1553 y 1555) AUT 1:17), donde incluso recibió algunas sugestiones que trascienden en sus Ejercicios Espirituales. El P. Grenón sugiere para el caso que por la época en que Duarte se decidió a donar sus bienes habían pasado dos monjes benedictinos por la ciudad que trajeron objetos de culto y la noticia de que el rey los había desterrado. Propone también que quizás algún jesuita de Cataluña sugirió esa advocación (Grenón 1937: 218), aunque según el catálogo del P. Storni por la época no había ningún jesuita catalán por Córdoba.

este caso de la Compañía de Jesús. Pues aquí apuntamos a reconocer al verdadero gestor de un proyecto que perduró hasta la actualidad, o por lo menos la denominación, y que fue indudablemente un personaje del Instituto ignaciano.

Insistimos, no hay dudas que Duarte Quirós puso a disposición de la Compañía de Jesús todos sus bienes para que se concretara el Convictorio, a diferencia del obispo Trejo que en realidad tuvo una intención de auspiciar económicamente el Colegio Máximo pero no lo efectivizó por distintas circunstancias.

Los jesuitas tenían claro cómo costear sus emprendimientos desde sus inicios. En tal sentido el P. Diego Láinez, sucesor de Ignacio de Loyola, esbozó en 1564 cómo se debía dotar a cada uno de los cuatro tipos de colegios que podía tener la Compañía. "El primer tipo, o Colegio Inferior, reducido a los tres primeros años de latinidad, debería contar con los medios necesarios para el sustento de veinte personas; en el caso de tener, además, humanidades y retórica, sus recursos económicos deberían ser tales que con ellos se sustentaran treinta personas, y si, además, enseñara Artes, esto es, Filosofía y Ciencias, el capital había de ser tal que se pudieran sustentar cincuenta personas, y si era un colegio universitario, los recursos debían ser tales que con ellos se sustentaran setenta personas" (Furlong 1962b: 53).

El capital o bien que produjera rentas era una estancia. Ya en México y en la segunda mitad del siglo XVI, quien fuera uno de los benefactores del Instituto, don Alonso de Villaseca, les recomendaba a los hijos de Ignacio que las tierras eran las mejores inversiones que podían hacer para costear sus propios Colegios (Arnal Simón 1997).

Pero he aquí el punto, que se le ha dado más importancia a quien contribuyó con el dinero, que al que aportó la idea o intención. Este desatino se debe al perfil que los jesuitas querían tener en otros tiempos, dándole todos los créditos a quien económicamente podía hacer posible sus proyectos. Pero obviamente sin la iniciativa de los jesuitas, tanto el Monserrat como el Colegio Máximo de Córdoba, como cualquier otro emprendimiento de aquella época, no hubieran podido existir. No así con el que auspicia la idea que bien podría haber sido uno u otro, siempre claro está, que tuviera el dinero suficiente que incluso exigían los jesuitas para que sea categorizado como *fundador* o *bienhechor*. Y aquí aparece la primera diferencia claramente establecida en las Constituciones de la

Compañía de Jesús. El primero era quien donaba un capital suficiente para que con su renta se solventara un emprendimiento y el segundo era quien donaba cualquier tipo de bien. Incluso en las Constituciones se mencionan las recompensas espirituales que se les otorgaban tanto a uno como a otro. En este sentido se debía dar una misa semanalmente y en forma perpetua, tanto a fundadores como a bienhechores, vivos o muertos. Cada año y en el día que se entregó la donación también se oficiaría una misa en honor al fundador o bienhechor, debiéndose presentar una candela de cera al fundador o a uno de sus deudos, o como dispusiera el fundador, en señal de reconocimiento y gratitud (*Constituciones* 4:312 3).

En síntesis, según las Constituciones, los Colegios o emprendimientos debían quedar a cubierto asegurándose rentas suficientes. El capital necesario que se calculaba para las Indias era entre 40 y 60 mil pesos que debía aportar el fundador a cambio de ciertos privilegios y dignidades para él y sus descendientes. Previamente a conseguirse el dinero debía estudiarse detenidamente el sitio del emplazamiento en sus cuestiones económicas, políticas y sociales. Debían los jesuitas relacionarse con los ámbitos de poder y luego gestionar las respectivas licencias ante la Corte. Todas estas estrategias tendían a producir un efecto: conseguir una donación o legado. Tampoco podía ser cualquier persona, pues si tenía herederos podría generarse algún tipo de oposición, cosa que los jesuitas trataban de evitar.

#### Hacia el Convictorio en Córdoba

Las Congregaciones Provinciales<sup>75</sup> fueron un instrumento sumamente relevante para las decisiones administrativas de la Orden. En ellas se reflejan importantes decisiones, como la de volver a formar un Convictorio en la Provincia, que habría prescindido de él al separarse Chile y tener sus estudios superiores en Córdoba.

75. En la Provincia Jesuítica del Paraguay se desarrollaron desde su creación hasta la expulsión 26 Congregaciones. Todas se celebraron en Córdoba excepto la primera que se hizo en Santiago de Chile en 1608 y la última en 1768. Las Actas de estas Congregaciones se encuentran en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús (Page 2007b: 9).

Luego de los desafortunados cuatro años (1613-1617) en que los jesuitas sostuvieron el Seminario-Convictorio de San Francisco Javier en Córdoba, dejaron pasar un tiempo para retomar la iniciativa pero con la firme convicción de que no querían asociarse con ningún obispo. Actitud que se afianza en 1635 cuando dejan de dirigir el Seminario de Santa Catalina de Santiago del Estero, sede del obispado del Tucumán, ante la controversia producida con los obispos Julián de Cortázar y fray Melchor Maldonado de Saavedra. Cortázar continuó enemistado con los jesuitas desde su nuevo obispado en el Nuevo Reino y por el mismo problema jurisdiccional.

En medio de estos acontecimientos nunca se abandonó la idea de erigir un Convictorio en Córdoba. Su concreción demandó extenuantes trámites a lo largo de varios años. Precisamente a mediados del siglo XVII el Colegio Máximo había alcanzado un prestigio que lo colocaba como uno de los centros de irradiación cultural más importantes de América. Este logro impuso la necesidad de que funcione junto a él un Colegio Convictorio, donde sus alumnos, llegados de diversos lugares, tuvieran un lugar donde alojarse (Page 1999a).

De esta manera en la III Congregación Provincial de los jesuitas, realizada en 1620 y donde ofició de secretario el P. Juan Pastor<sup>76</sup>, se solicitó al P. General que no se erigieran Seminarios por los grandes problemas que habían tenido hasta entonces con los obispos, debido a la dependencia de estas casas de estudios con los prelados. No sucedía lo mismo

76. Nació en Fuentespalda, provincia de Teruel en España, en 1580, y murió en Córdoba en 1658 (Storni 1980a: 214). En sus primeros años en América estuvo en Perú con los indios que trabajaban en las minas. Para hacer su tercera probación pasó a Córdoba, donde puso gran entusiasmo en catequizar a los esclavos africanos, para quienes fundó la Cofradía del Niño Jesús. En 1609 pasó a crear la residencia de Mendoza junto con otros compañeros. Luego estuvo a cargo del pueblo de San Cosme y San Damián, siendo también rector del Colegio del Salvador hasta 1630 (Furlong 1944 (I):122 y 123) y del seminario de Santiago del Estero hasta 1635, en que pasó al clero secular, luego de los mencionados litigios con los obispos Cortázar y Maldonado de Saavedra. Fue el primero que escribió una historia general del Río de la Plata, Paraguay y Cuyo, pero su ardua tarea no nos ha llegado a nuestros días. Se sabe que la obra estaba compuesta de 15 libros, de los cuales cada uno tenía entre 8 y 30 capítulos. Su autor tenía muy adelantada, como vimos en el documento de 1644, siendo ayudado luego de esa fecha por el H. vasco Diego Chave. Dos años después de su regreso de Europa su obra estaba lista para la impresión. Pero no sabemos porqué nunca alcanzó a publicarse e incluso su original se perdió definitivamente. Sus pioneras páginas de historia no fueron realizadas en vano ya que de ellas se valieron otros historiacon los Convictorios propios que tenían a cargo en América y Europa. Por ello en la VII Congregación, celebrada en Córdoba en 1645, siendo secretario el P. Pedro Hortensio Sabalone, el mismo P. Juan Pastor recomendó la creación de un Convictorio en Córdoba, para lo cual se solicitó la aprobación del superior de Roma. Expresaba el P. Pastor, quien a su vez había sido elegido procurador a Europa: "y así el entablarle algún Colegio Convictorio en la ciudad de Córdoba importaría para todo y para promover nuestros estudios en aquella Ciudad y Colegio en que tenemos universidad, y para que se entable importará la aprobación de Vuestra Paternidad 77. La respuesta de Roma no se hizo esperar, siendo el general Vicente Caraffa quien, el 8 de agosto del año siguiente, escribió: "El Padre Provincial haga una buena, y numerosa Consulta cerca del postulado que se representa de formar en la ciudad de Cordoba un Colegio de convictores en la forma que se propone, y como no se descubra inconveniente, se apruebe, por mi parte doy licencia para que se disponga"78.

Tenemos entonces el primer documento referido al Monserrat que menciona la necesidad de crear un Convictorio en Córdoba y esa sugerencia o propuesta la hizo el P. Juan Pastor. El 8 de agosto de 1646 se recibe la licencia para su ejecución, por quien era el único con facultades para hacerlo por ser incumbencia interna del Instituto, es decir el Prepósito General de la Compañía de Jesús.

En un memorial adjunto al Acta de la Congregación, dirigido al General y escrito de su puño y letra el P. Pastor menciona "Yo he servido a la provincia 40 años en todos ministerios y oficios con grandes faltas de que es menester hacer penitencia lo que me resta de vida, y suplico a Vuestra Paternidad se sirva de ordenar me deseen obrero en cualquier Colegio de la Provincia en que pueda ejercitar ministerios de indios cuya lengua se, y Vuestra Paternidad por su parte se sirva olvidarme para cosa de cuidar a otros, para que mi talento es riguroso, y porque tengo ya 65 años". Finalmente señala "podré acabar de poner en orden la historia de aquella Provincia que tengo acabada, particularmente si Vuestra

dores que bien lo reconocieron en sus propios libros, como Lozano y del Techo. La humildad del P. Pastor, quien quería ser tan sólo *obrero en cualquier Colegio*, lo llevó a ser provincial entre los años 1651 y 1654 (Page 2002a).

77. ARSI, Acta Congregación Provincial de 1645, f. 632. También citado por Furlong (1940: 135) y (1994)

78. Ibid f. 634.

Paternidad se sirviese de ordenar al Padre provincial que me dejase al hermano Diego Chaves, mi compañero, para trasladar la dicha Historia por ser mi letra mala lo cual suplico a Vuestra Paternidad humildemente". A todo ello el P. General responde el 16 de setiembre de 1646 que "Muy merecido tiene el padre procurador con sus muchos y buenos trabajos se atienda a su consuelo y alivio, y de mi parte se le solicitare con veras en todo lo posible, seguro que de la suya no querrá sino lo que juzgare de mayor gloria de Nuestro Señor y que se conformará, con lo que ordenare la santa obediencia". Para el segundo pedido del P. Pastor, el General respondió "Con gusto escribiré al padre provincial atienda en lo que hubiere lugar a lo que representa el padre procurador".

Dos años después de su regreso de Europa su obra estaba lista para la impresión. Pero no sabemos porqué nunca llegó a imprimirse e incluso su original se perdió definitivamente. Sus pioneras páginas de historia no fueron realizadas en vano ya que de ellas se valieron otros historiadores que bien lo reconocieron en sus propios libros como Lozano y del Techo<sup>80</sup>. La humildad del P. Pastor, quien quería ser tan sólo *obrero en cualquier Colegio*, lo llevó a ser provincial entre los años 1651 y 1654.

De tal forma fue entonces que el P. General Caraffa, quien apenas se hizo cargo de sus funciones, concedió la licencia correspondiente para la erección del Convictorio. Pero para ello evidentemente había que contar con medios económicos suficientes, por más que se comenzó con una serie de largas tramitaciones que llegaron a la Cédula Real que Carlos II expidió el 15 de junio de 1685, autorizando las gestiones tendientes a su concreción. Estas tramitaciones las venía realizando el P. Diego Francisco Altamirano, primero como provincial (1677-1681) y luego como procurador en Europa, cargo en el que fue nombrado en la Congregación de 1682 y lo alejó definitivamente de Córdoba, para luego desempeñarse como visitador en Colombia, Ecuador y Perú.

Fue precisamente el P. Altamirano, con licencia del General Carlos Noyelle<sup>81</sup>, quien convenció a la Corte que autorizara la creación del

<sup>79.</sup> Ibid, f. 664 y 666.

<sup>80.</sup> Sucedió a Pastor el padre Pedro Cano (Toledo 1643-Asunción 1713) quien fue designado como Historiador del Paraguay por los padres provinciales Lauro Núñez (1692-1695) y Simón de León (1695-1698). El padre Cano no llegó a dejar escritos, aunque sabemos fehacientemente que fue el autor de las cartas anuas escritas en la década de 1690 (Page: 2001.) 81. En carta que remite desde Roma el General Noyelle al procurador Altamirano, el 14 de julio de 1685, adjuntando la Cédula y notas dirigidas al obispo y al gobernador, le

Monserrat, argumentando que se encontraba el Dr. Duarte Quirós dispuesto a dotarlo con 30.000 pesos, rogando que "la dilación en esperar informes especiales, no haga cambiar de dictamen o se enfríe el fervor del Dr. Quirós de dotar esta piadosa obra". Altamirano, equivocadamente y en todo momento, se refiere a la dotación que se efectuaría para un Seminario diocesano, no un Convictorio jesuítico, insistiendo en los cánones y decretos del Concilio de Trento. En este sentido tanto en Lima, Chuquisaca y Quito, entre otras ciudades, incluso y como vimos en Santiago del Estero hasta 1635, los jesuitas administraban seminarios diocesanos pero no querían hacerlo más. No obstante este detalle no menor, Duarte Quirós firmó su escritura de donación dos años después en que el rey le ordenó al gobernador Mate de Luna la autorización para la fundación.

En la Cédula Real de 1685 se comisiona al gobernador que reconozca la conveniencia de la fundación, dejando a la Compañía de Jesús encargada de la jurisdicción y el gobierno, reservándose para el rey el patronato y facultando al obispo para que forme las constituciones, similares a las del seminario de San Luis de Quito. Insistimos, queda bien claro que, con los actores que intervienen, se estaba creando un Seminario secular y no un Convictorio jesuítico. En esta dirección siguieron las burocráticas tramitaciones<sup>82</sup>.

Para salvar estos errores, el 7 de junio de 1688 el P. Lauro Núñez, le escribió una carta al presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca, quien había tenido justos reparos en la aprobación de la fundación y que el P. Lauro admitía tratando de aclarar la situación. Uno de ellos era que se había omitido en la escritura de donación la cantidad que legaba Duarte Quirós. Aunque bien señala el P. Lauro que los bienes superaban los 40.000 pesos y que si bien no lo especificó en ese documento lo hizo en su testamento. También aclara el P. Lauro que los seis colegiales que se becarían surgían de la voluntad del fundador aunque no figuraran como mandadas en la Cédula Real. Otro error que también manifiesta, obviamente el más importante, es el haber cometido por el procurador Altamirano y señalamos arriba, aparecido en el memorial que escribió al

expresa "encargo y ordeno a vuestra reverencia que admita dicha fundacion de seminario y se execute en todo caso, venziendo cualquiera dificultad, que ocurriere, como la espera del santo zelo de vuestra reverencia" (AGN, Biblioteca Nacional, Leg. 286, Doc. 4.293).
82. Toda esta documentación fue publicada por la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba entre 1914 y 1916.

rey, donde erróneamente escribe Seminario en lugar de Convictorio, institución esta última largamente deseada por los jesuitas de Córdoba y a la que efectivamente Duarte Quirós aporta el capital<sup>83</sup>.

El Seminario dependería del obispo y eso no era precisamente lo deseado por los jesuitas ni por Duarte Quirós. Sabidos son los inconvenientes que tuvo que afrontar la Compañía de Jesús de la provincia del Paraguay con el Obispo Manuel Mercadillo. Pues aparentemente también quiso inmiscuirse en la fundación del Convictorio. Esta afirmación la extraemos de la "Memoria de los negocios que lleva a su cargo el P. Francisco Burgés", precisamente cuando fue a Europa como procurador. En este documento se le recomienda que "La fundación del Colegio Real de Nuestra Señora de Monserrat de esta Ciudad de Córdoba es con obligación de recibir, y sustentar seis Colegiales pobres. Aunque la obra es pía, tiene el inconveniente que, por serlo meta mano el señor Obispo, de que se pueden seguir grandes inconvenientes. Procure vuestra reverencia sacar del Consejo que dichos seis Colegiales de la fundación sean recibidos a elección del Padre Provincial, quitando el titulo de pobres, que esto no quita la obra pía, que el Provincial tendrá cuidado que lo sea" 84.

Las diligencias habían llegado al licenciado don Diego Cristóbal Mejía, presidente de la Audiencia de Charcas, quien advirtió las dificultades de la erección en el sentido que su majestad había aprobado algo distinto a lo que se pretendía hacer. El funcionario no quiso perpetuar las actuaciones y dispuso la erección por auto suyo del 3 de marzo de 1692, sin consulta ni intervención alguna del obispo y siguiendo los lineamientos de los Convictorios jesuíticos del Perú como son el de San Martín de Lima, San Bernardo del Cuzco y San Juan Bautista de Chuquisaca. Mejía mandó a copiar las Constituciones de estas instituciones y despachó con su auto, dándole al provincial las facultades que ya le confería el rey para que determinase lo necesario para su buen gobierno. De tal forma se le encargó al visitador y viceprovincial Hernando Cavero que realizara los arreglos convenientes<sup>85</sup>. Con ello quedó zanjada la posibilidad que los obispos no pretendan, ni puedan arrogarse con el tiempo, alguna jurisdicción o superintendencia en el colegio, como en sus colegiales y se eviten

<sup>83.</sup> Archivo Histórico Nacional de España (AHNE) Clero-Jesuitas, Leg. 121, doc. Nº 48.

<sup>84.</sup> ARSI, Paraq., Hist. II-199. of-2.

<sup>85.</sup> AGN, Biblioteca Nacional. Leg. 181, Doc. 996.

los pleitos, debates y diferencias que se han padecido en otras partes. Finalmente se señaló el 10 de abril de 1695 como el día de entrada de los colegiales.

En este contexto el P. Lauro Núñez comenzó a relacionarse con el tema del Monserrat cuando fue nombrado provincial del Paraguay en el verano de 1692<sup>86</sup>. Mientras la burocracia se encargaba de resolver la confusión que había provocado el P. Altamirano<sup>87</sup>, el P. Lauro se dedicó a poner en funcionamiento el Convictorio, edificio que había que reacondicionar para adaptarlo a su nueva función. Para ello y para las obras del Noviciado mandó a buscar al arquitecto Johann Kraus (1659-1714) porque deseaba para Córdoba "magníficos edificios", privando a Buenos Aires de la continuación de su colegio e iglesia que el hermano de bohemia dirigía (Furlong 1946:126).

El entusiasmo y predisposición del P. Lauro para la concreción del Convictorio ya la hemos expuesto. Incluso la designación de fondos para la adaptación de la casa de los Duarte le costó no pocos inconvenientes con su superior el General Miguel Ángel Tamburini.

También y como es sabido recibieron los jesuitas la estancia de Caroya<sup>88</sup> de la que decidieron construir un nuevo edificio que para la

86. Fue provincial en dos periodos: 1692-1695 y 1702-1706. Sucedieron luego del primero los PP. Simón de León e Ignacio Frías y luego de su segundo periodo los PP: Gregorio Cabral y Blas de Silva. Todos ellos conformaban un núcleo interno dentro de la Orden que es intervenido por el visitador Antonio Garriga en 1709.

87. La Real Cédula de 1685 fue dirigida al gobernador Mate de Luna, pero ante su fallecimiento pone en marcha la fundación su sucesor Tomás Félix de Argandoña. Primeramente requiere, el 10 de julio de 1687, una información de la base dotal de fundación a diversos vecinos de Córdoba. Cuatro días después solicita tasación de los bienes de Duarte. El 24 de julio solicita copia de los estatutos del seminario de San Luis de Quito y el 11 de agosto aprueba los estatutos para el Monserrat. El expediente pasa al Obispo, pero como había fallecido, la erección es efectuada por la Sede Vacante el 13 de setiembre del mismo año. Finalmente viene la confirmación de la fundación y los estatutos por Cédula Real del 25 de octubre de 1689. La aprobación y confirmación final del obispo llega el 19 de octubre de 1691, y el 3 de marzo del año siguiente el presidente de la Real Audiencia de Charcas firma el auto definitivo. Luego el obispo notifica al rey y vuelve una Cédula aprobatoria hasta que el 2 de diciembre de 1716 el rey aprueba y confirma todas las actuaciones.

88. La estancia de Caroya fue adquirida originariamente en 1610. Esta hipótesis la sostenemos con los testimonios que se exponen en las Cartas Anuas. Efectivamente el P. Diego de Torres escribe el 10 de diciembre de 1610 que "tuve mucha dificultad en persuadir al Padre Rector pusiese una estancia de ganado, para la cual yo pedí limosna y dieron cuatrocientas vacas y más de mil ovejas con que se fundó cerca de la ciudad en muy buenas tierras".

década de 1730 sabemos que "Se levanta rápidamente el edificio de cal y ladrillo desde sus fundamentos y está ya concluido por la mitad"89. Ayudó a ello las donaciones de tierras que realizó el presbítero Antonio Vélez en 1722 y los 43 esclavos que aportó don Juan Crispín en 1725.

En la heredad donada por Duarte, cuenta la Anua del periodo, que un "Hermano cuida de la estancia, donde vive también un Padre, el cual tiene el oficio de párroco de la servidumbre "90. Se refiere y es preciso consignar que capellán de la estancia era para esta época el P. Juan de Montijo (Murcia 1674 - Córdoba, 1729) que luego de ingresar al Instituto en 1691, fue inducido a viajar al Paraguay por su prima Juana de la Encarnación, conocida en toda España por su fama de santidad y sus ilustraciones divinas. Arribó a Buenos Aires en la primavera de 1698 en la expedición del procurador Ignacio de Frías. Pasó seguramente a Córdoba donde obtuvo el sacerdocio de manos del obispo Mercadillo. Luego fue destinado a la reducción de San Esteban de Miraflores de los indios Lules en cuya conversión se ocupó por espacio de trece años completos. Las Anuas que dan cuenta de su muerte lo describen como "varón de costumbres muy sencillas las cuales no se pueden describir mejor que con las palabras de San Hilario de Poitiers sobre la sencillez infantil, único remedio de nuestro vicio de cuerpo y alma, para poder entrar en el Reino de los cielos. Con su tan ingenua sencillez echó juntar una estimia prudencia en su modo de proceder. Guardó la pureza de cuerpo y mente hasta el sepulcro. Era muy respetuoso para con sus superiores, cumpliendo hasta los simples deseos de

Aunque sin nombrarla creemos que se refiere a la estancia de Caroya, ya que seis años después se menciona de esa misma estancia "se procura entablar a 6 leguas de la cuidad para sustento de él". En 1617 se suma otra estancia y se manifiesta de la primera "Lo temporal de este Colegio se ha aumentado con una estancia de ganado que se procura entablar en seis leguas de la ciudad". Seguidamente menciona la nueva "y con otra muy buena que hemos comprado que tiene viña y sementeras y de estas dos haciendas esperamos en gran parte el fácil sustento de este Colegio primario". Es decir que la primera: la estancia de ganado, aún se estaba entablando. Recién en la anua de 1618-1619 nombra a las dos estancias cuando ambas ya se habían entablado: una de ganados y otra con las viñas "Lo temporal de este colegio ha tenido estos dos años muy grande aumento, el principal es haberse acabado de entablar las dos haciendas, la una de toda suerte de ganado de vacas, ovejas, yeguas y cabras en gran cantidad en Caroya; y la otra de la viña y sementeras de trigo y maíz de Jesús María. Para estas haciendas se han comprado ocho esclavos de nuevo y se ha hecho una casa en Caroya" (Leonhard 1927 (XX): 118).

<sup>89.</sup> Biblioteca del Colegio del Salvador (BS). Cartas Anuas 1720-1730, Estante 12. 90. Ibid

ellos. Tenía gran cuidado de aprovechar tiempo y ocasión para hacer un bien por la Gloria de Dios y la salvación de las almas, sin que le causara mayor fatiga. Llegó a ser coadjutor espiritual alcanzando su muerte a los 55 años<sup>91</sup>.

## Una biografía del primer rector

Muchos personajes han quedado en el olvido y tratamos de rescatarlos, a pesar que el género biográfico fue ampliamente practicado por los historiadores del Instituto. Basta insistir con José Manuel Peramás quien además del libro mencionado al comienzo, escribió en el destierro dos obras de carácter biográfico (Peramñas 1946-1791 y 1793). También Nicolas Du Toit (comúnmente llamado del Techo) escribió biografías y lo hizo de manera intensa. Es el autor de las Décadas (1759), continuada por el húngaro Ladislao Orosz, quien formó un segundo volumen biográfico. Otros jesuitas que cultivaron este género fueron Francisco Jarque, Francisco Miranda, Diego Rosales, Antonio Machoni y Juan Eusebio Nieremberg. Es interesante señalar que todos utilizaron como fuente principal las Cartas Anuas, donde se destacan precisamente las extensas notas necrológicas (Page 1999a). Pero ninguno de ellos se detuvo en la figura del P. Joaquín Gazolas a pesar que su nombre se inscribe en el obituario correspondiente.

En nuestro tiempo podemos encontrar las noticias más fidedignas del P. Gazolas en el magnífico *Catálogo* del P. Hugo Storni. Allí se consigna que nació en Aurtiz de Maruzábal en el Valle de Ilzarbe, Navarra, el 10 de noviembre de 1655. Ingresó a la Compañía de Jesús en Castilla el 5 de enero de 1671, alcanzando su sacerdocio de manos del obispo Domonte en Sevilla el 26 de julio de 1680. Al año siguiente, el 25 de febrero, llegó a Buenos Aires, realizando sus últimos votos en Córdoba el 10 de mayo de 1689. Finalmente muere en dicha ciudad el 5 de mayo de 1698 (Storni 1980a: 115). También dan somera cuenta de su vida dos autores navarros que se dedicaron a biografiar jesuitas de aquel origen (Ordoñez y Pérez de Larraya s/f: 24).

91. Ibíd.

A partir de estos datos y con otras noticias complementarias intentamos completar la vida de este olvidado sacerdote jesuita quien tuvo el honor de ser el primer rector del Colegio de Monserrat. Lo haremos principalmente con la noticia necrológica que brindan las Cartas Anuas de la provincia, la que da cuenta que la fecha de su fallecimiento corresponde al periodo 1689-1700 y comienza de la siguiente manera: "A cinco de mayo del año de 1698 fue nuestro Señor servido de llevar para si al Padre Joachin Garzola, Rector del Colegio Seminario de Nuestra Señora de Monserrate"92. Su muerte fue sucedida luego de un prolongado dolor de estómago que se extendió por dos largos meses. Fue tan intenso que en el primer día de convalecencia se le suministró el viático<sup>93</sup>. Con sus cuarenta y cuatro años de edad parecía ser terco a la aplicación de medicamentos a los que al fin cedió, aunque sólo hicieron prolongar su agonía, consiguiendo alguna mejora que le permitiría ofrecer un sermón en aquella cuaresma. Pero fue en plena prédica cuando en el cuarto sermón se rindió a su vehemencia llevándolo de inmediato a su lecho. Su temporario alivio le permitió viajar a la estancia de Jesús María pero en poco más de una semana volvieron los dolores y perdió su vida.

"Murió el padre Joachin tan santamente como vivió de edad de quarenta y quatro años". Concluye este primer párrafo de su obituario que continúa con el principio de su corta vida, iniciada en 1655 en Aurtiz. Esta pequeña población en realidad es uno de los tres "barrios" de Ituren, ubicada en la Comunidad Foral de Navarra al noroeste de Pamplona y sobre el río Escurra. Es parte de una serie de villorrios montañeses alineados a lo largo de sus calles principales que en la actualidad cada uno alcanza a pocos centenares de personas. Aurtiz se levanta a los pies del monte Mendaur, de 1.136 metros de altura, donde se encuentran una serie de dólmenes y túmulos prehistóricos por los que seguramente anduvo curioseando el joven Joaquín.

<sup>92.</sup> BS Cartas Anuas 1689-1700. Estante 11, f.56. En la Biblioteca del Salvador hay dos versiones de esta anua (1689-1700). La versión latina está fotografiada y es más reducida que la escrita en castellano y por ejemplo no contiene la necrológica del hermano Vidal. Mientras que la otra versión, escrita como dijimos en castellano, consta de dos ejemplares fotografiados, uno en negativo y otro en positivo. En ambos lamentablemente falta el folio 59 que concluye con la necrológica del primer rector del Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat.

<sup>93.</sup> Sacramento de la comunión que se suministra a las personas que están por fallecer.

Su apellido Gazolas está íntimamente asociado a la región de Navarra. Al oeste de Pamplona, capital de la Comunidad Foral de Navarra y a escasos kilómetros, existe el municipio de Cizur sobre el río Arga que tiene como cabecera, al lugar de Gazolaz de donde seguramente viniera su familia.

De padres nobles, fue atraído a la religión en sus primeros años por uno de sus tíos, quien lo llevó a Villagarcía de Campos en Castilla la Vieja (Fig. 1). Transitó en su Noviciado jesuítico la iglesia de la Colegiata de San Luis, aquella obra de Pedro de Tolosa que se había inaugurado en 1580<sup>94</sup>. Pequeño pueblo entonces, colonizado en el siglo X, donde se había educado Juan de Austria ("jeromín"), bajo la tutela del mayordomo de su padre el emperador Carlos V<sup>95</sup>. Justamente en la casa de su tutor y señor de Villagarcía, don Luis Méndez de Quijada y su esposa doña Magdalena de Ulloa, que lo sobrevivió, se ubicó el Noviciado donde estudió Joaquín. Igualmente la viuda dotó la fundación de otros dos colegios jesuíticos ubicados en Oviedo y en Santander.

En el Noviciado jesuítico, el tío de Joaquín había aportado ciertos bienes, por lo que era considerado insigne bienhechor. Allí aprendió las primeras letras y luego solicitó ser recibido en la Compañía, a lo que los padres accedieron en 1671. De ese periodo la Anua expresa que "En el Noviciado fue exemplo de fervor a sus connovicios, a quienes los superiores le proponían por exemplar de virtudes religiosas, portándose como muy antiguo en el aprovechamiento dando muestras del buen juicio, madurez y prudencia, de que con especialidad era dotado, aplicándose con tal ánimo y tesón a la observancia religiosa que basta los últimos alientos observado con tanta exacción, que pudo ser exemplar y dechado de ella a los mas observantes".

94. La iglesia de la Colegiata que realiza Tolosa, seguidor de Juan de Herrera se ubica dentro de los cánones vignolescos entonces imperantes, resolviéndose la fachada con aletones y sobriedad decorativa, con huecos termales para iluminación de la nave y bóveda baída sobre el crucero. En el interior se destaca el retablo mayor, de piedra y alabastro dorado, según diseño de Juan de Herrera, ejecutado por el maestro Juan Sanz de Torrecilla, siguiendo el modelo de la basílica de El Escorial, y el púlpito renacentista y la reja de forja, así como esculturas de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, obra de Gregorio Fernández. El relicario jesuítico es de admirable valor.

95. Felipe II reconoció y proclamó a Juan de Austria como su hermano en un memorable día en el monasterio de Santa Espinas en las cercanías de Villagarcía. Del héroe de Lepanto (1571), donde Cervantes perdió el movimiento de un brazo, se conserva hoy en el museo de la Colegiata la bandera que arrebató al imperio otomano.



Fig. 1. Iglesia del antiguo Noviciado jesuítico de Villagarcía del Campo. Junto a ella se adosaba el desaparecido colegio.

Luego pasó al colegio de Valladolid, donde estudió filosofía y teología, siendo un alumno aventajado y destacándose entre los más sobresalientes.

El colegio jesuítico de Valladolid se construyó en la casa que en 1551 cedieron sus propietarios don Alonso Pérez de Vivero y su mujer doña María de las Mercedes, seis años después de la instalación de los jesuitas en aquellas tierras.

Allí fue donde se ganó el mote de "el prudente" como le decían sus superiores, que guardaban particular afecto a su persona pues "como la caridad no sabe que cria es soberbia, ni altivez, ni el padre Joachin sabía otra cosa que humillarse, abatirse y confundirse, estimándose a sí, no como igual a los otros, sino como inferior a todos, siendo sus mayores contiendas ser el ultimo lugar".

De algún modo le llegaron noticias de la provincia del Paraguay, seguramente en la lectura conjunta en el Noviciado de alguna Carta Anua, o de algún amigo o pariente que lo incitara a una nueva empresa. Pero, como sucedía con los jóvenes jesuitas europeos, el despertar de la vocación llegaba a extremos tan desafiantes como el de sumergirse en un mundo idealizado, donde las pruebas por el amor a Dios surgían como manantiales rebosantes de fe. Y así fue, mientras cursaba su tercer año de teología, decidió viajar al Nuevo Mundo. Para ello debió esperar la ocasión oportuna y el contacto necesario que finalmente se produce con el P. procurador Cristóbal de Grijalva, quien también había ingresado a la Compañía en Castilla pero cuarenta años antes que Joaquín. Grijalva había llegado a Buenos Aires en 1640 y se había destacado como docente de la universidad. Le esperaba su última misión en el Paraguay, al ser nombrado procurador en la XII Congregación Provincial de 1677 junto al P. Tomás Convidas, siendo su tarea en Europa, entre otras, la de reclutar misioneros para su provincia<sup>96</sup>.

A su paso por Sevilla y seguramente con rumbo al puerto de Cádiz, Joaquín fue ordenado sacerdote el 26 de julio de 1680 por el obispo fray Francisco Domonte. Quien en el mismo acto concedió el sacerdocio a José Carrión y Juan Bautista Zea que serán compañeros de viaje hacia América.

<sup>96.</sup> Tanto el P. Leonhardt como Furlong dan amplias noticias sobre cada uno de los misioneros embarcados en las 21 expediciones que hubo a lo largo del periodo que abarca de 1608 a 1755.

Ungidos con el hábito sacerdotal los tres jóvenes veinteañeros partieron rumbo a Cádiz, pues allí estaría esperando el procurador junto al resto de los reclutas que aguardaban tan ansiosos como ellos emprender la "conquista espiritual", como definió Antonio Ruiz de Montoya a la empresa evangelizadora que tuvo la Compañía de Jesús a su cargo en las remotas selvas paraguayas. Si todo salía bien, en tres meses alcanzarían su destino.

Testimonia la Anua que "Fue muy sentida la partida del padre Joachin para las Indias, así de los particulares, como de los superiores, por lo mucho que lo amaban y por verse privaba la provincia de un sugeto tan caval al tiempo que la avia de servir concluidos los estudios".

El viaje tuvo algunas complicaciones y fue particularmente recordado en la Anua escrita por Gregorio Orozco, sucesor del P. Donvidas que luego de su regreso por Europa fue nombrado provincial por segunda vez en 1685.

Si bien esta Carta Anua menciona el número de 48 jesuitas, el P. Leonhardt contabiliza 57 sujetos distribuidos en, 11 PP. sacerdotes, 12 HH. teólogos, 28 HH. filósofos y 6 HH. coadjutores (Leonhardt 1927: LVI). La diferencia, luego aclara la Anua, estaba en 8 sujetos que murieron en el viaje, aunque nos sigue faltando uno, sin contar al P. Grijalva que falleció al llegar a Córdoba. Esta elevada mortandad se agudiza en el resto de la tripulación elevándose al número de 33 muertos a quienes los jesuitas dispusieron "sus almas por medio de la penitencia para una dichosa muerte sin descuidar en acudir a los que quedaban vivos con continuas exortaciones y pláticas que en el discurso de la navegación se hizieron" 97.

Entre los jóvenes compañeros de viaje que como él eran HH. teólogos, figuraban el mencionado Juan Bautista Zea que llegó a ser superior del Uruguay en 1699 y provincial en 1717, el madrileño José Pablo Castañeda, nombrado superior de las misiones de chiquitos en 1695 y de guaraníes en 1715, el vasco Ignacio de Arteaga provincial en 1726, entre muchos otros.

"En el discurso de tan dilatado viaje se manifestó quan hondos fundamentos avia echado en la virtud procediendo con tanto exemplo y recogimiento, como si estuviera en el Noviciado". Efectivamente, en todo el trayecto los superiores, juzgaron pertinente que era la persona indicada

<sup>97.</sup> BS Cartas Anuas 1681-1692. Estante 11, f. 212v.

para leer filosofía a fin de ocupar el tiempo en provechoso ministerio, con lo cual incluso adelantaría en sus estudios. También al llegar a Buenos Aires, el 25 de febrero de 1681, se le solicitó brindara un acto de teología que presidió el P. Francisco de la Fuente, procurador de la provincia de Castilla en el Perú.

Llegado a Córdoba, se abocó de inmediato a sus estudios. Sólo le quedaba el último año de teología que, apenas terminado los superiores le asignaron leer el curso de filosofía. Lo hizo por el término de tres años para luego hacer lo propio con teología durante poco más de doce años. Cuenta la Anua que cuando el rector de la universidad lo señaló para leer filosofía, el P. Joaquín se rehusó humildemente mostrando su santa modestia, para lo cual el superior debió llamar a consulta para hacer formal la propuesta. Agrega la carta que en "todos los doze y mas años que leyó theología, mas parece que leía la cátedra de la humildad que la de prima; jamás se le oyó palabra que pudiese redundar en propia estimación".

En este tiempo, es cuando también actúa como profesor en el Colegio de la Inmaculada durante el rectorado del P. José Saravia por 1687. La noticia la trae Furlong señalando que el P. Saravia ya había sido rector en el periodo 1678-1680, volviendo en 1687 con el cargo de vicerrector. Compañeros del P. Joaquín fueron en el colegio santafesino, el sardo Miguel Ángel Serra, los castellanos Mateo Sánchez y Tomás Moyano, el navarro Diego de Calatayud, los bonaerenses Valeriano Villegas, Francisco Recetes y Bartolomé Quintero, el riojano Francisco Bazán, el tucumano Felipe Bazán, el gallego Mateo de la Torre, el madrileño Diego Altamirano y el murciano Francisco Medrano. Cuatro de ellos, entre los que se encontraba el P. Joaquín, Medrano, Altamirano y Francisco Bazán, eran catedráticos de Córdoba (Furlong 1962b (I): 208).

Cumplidos estos años de docencia sus méritos se habían acumulado "hasta que leyendo actualmente la cathedra de prima, creciendo siempre de aprecio, que todos tenían de sus muchas letras, reconociéndose en el aprovechamiento de tantos, y tan aventajados discípulos, que en tan dilatado tiempo juntó; fue señalado por primer rector del colegio real de Nuestra Señora de Monserrate, que fundó el doctor Dn. Ignacio Duarte y Quirós el año de 95".

Su nombramiento se efectuó en 1695 y se prolongó hasta su lamentable deceso. No contamos con el día exacto en que asume, pero sabemos, como mencionamos antes, que el 10 de abril de ese año fue el día en que

se recibió a los colegiales en el flamante edificio. El P. Peramás hace una breve descripción del acto manifestando que fue "el templo magníficamente preparado de los jesuitas, y con la concurrencia de todos los caballeros cordobeses, desde una alta tribuna, explicó un orador reputado la índole y la condición de los colegios de jóvenes y auguró que el nuevo colegio de Monserrat sería fuente de inmensos bienes a la juventud, y de gran utilidad y ornato a estas provincias" (Peramás 1937: 177). Nos preguntamos si el "orador reputado" no pudo haber sido el P. Joaquín que ya era profeso de cuarto voto. La Anua del periodo insiste en no facilitarnos el nombre, pues seguramente Peramás sacó el dato de aquí, expresando el P. provincial Frías "Presidió uno de los padres mas graves de casa muy del intento, juntando la celebridad del dia, que era domingo de Quasimodo, con la entrada de los colegiales, y la adecuación del colegio". Sabemos por ambas fuentes, aunque seguimos pensando que la Anua es probablemente la primaria, que Duarte celebró la misa cantada y luego los colegiales "hicieron voto (como lo hazen al entrar, y lo renuevan cada año la dominica infra octava de la Concepción de María Santísima Señora Nuestra) de defender la Inmaculada Concepción de esta celestial Reyna en su primer instante"98. Luego, agrega Peramás, "fueron conducidos a los aposentos, que estaban ya preparados para recibirlos".

El P. Joaquín, ocupó su nueva labor, manteniendo la cátedra de Prima o Teología "tendiendo juntamente a la enseñanza de sus discípulos, y a la crianza de los nuevos colegiales, fundándolos tan bien en sus principios, que mas parecen Novicios de la Compañía, que Colegiales seculares".

Sus responsabilidades fueron creciendo paulatinamente, siendo nombrado calificador del Santo Oficio de la Inquisición, cargo que era conferido a teólogos expertos que debían determinar el tipo de delito contra la fe doctrinal en que había incurrido el procesado. Era por entonces comisario del Santo Oficio en Córdoba el cura rector de la Iglesia Catedral Fernando de Navarrete y Velazco. También y por entonces ocupaba el cargo de calificador, el P. jesuita Gregorio Orozco, luego de haberse desempeñado como provincial en el trienio 1689-1692.

Más allá de sus actividades y cargos desempeñados, las Cartas Anuas dejan un claro semblante de su personalidad. La referencia necrológica inserta en la Anua la firmó, como dijimos antes, el provincial

<sup>98.</sup> BS Carta Anua de 1689-1700, Estante 11, f. 68.

Ignacio de Frías, paraguayo de nacimiento, quien en el año de la muerte del P. Joaquín había regresado de Europa como procurador y era elegido provincial. Varios años mayor que Joaquín, había compartido su estancia en Córdoba manteniendo vivo el recuerdo del compañero de arduas tareas. Fue así que expresó "Fue el padre Joachin de trato muy familiar con Dios, muy dado a la oración, en que gastaba el tiempo que le dexaban desembarazado sus ocupaciones; y en estas, fue exemplo a todos de un verdadero religioso de la Compañía, esmerándose en todo genero de virtud tanto, que cada una de ellas parecia en él la mas sobresaliente. Su caridad era tan uniforme para con todos, que cada uno se pudiera bien persuadir, era el a quien mas afecto tenía. Estaba tan revestido de esta virtud, que se veia resplandecer en todas sus acciones con las calidades, que dice San Pablo: pues siendo ella paciente, no sabía el padre mas que sufrir y hazer bien a todos".

Entre otras consideraciones también se expresa del P. Joaquín, su actuación como rector del Monserrat que "Jamas se le oyeron quexas de sus superiores, ni de particulares, mostrando mucha estima de todos sus hermanos, y hablando bien de todos, estimándolos como a superiores, humillándose, como si fuera el infimo, aun siendo rector jamas se le oyó palabra aspera, dura o desabrida; todas sus palabras eran benignas, suaves, discretas y dichas con mucho amor y caridad, sin que jamas se supiese haver tenido algun desman, o sinsaber que pudiese lastimar a otro".

Desempeñó todos los ministerios con responsabilidad y fervor, tanto en el confesionario como en el púlpito, y en la práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio resaltaba la virtud del recogimiento de sus sentidos. Reparaba en cosas menudas, expresando la Anua que "Sentía mucha repugnancia en ponerse cosa nueva por el amor que tenía a la santa pobreza, siendo sus mayores pleytos sobre vestirse mas viejo, y era menester, que los superiores metiesen la mano, quando por la decencia era fuerza ponerse algo nuevo". Incluso en la comida era muy sencillo negándose a los manjares más sabrosos con el pretexto de que no le hacían provecho.

Lamentablemente murió sin poder ver realizado el sueño que inspiraba a los jesuitas de entonces, es decir, el de convertir muchas almas como lo había hecho san Francisco Javier en la India, a quien admiraba con pasión. No tuvo la suerte de ser enviado a ninguna misión de indios. Tuvo otro destino, a pesar de sus insistentes pedidos a los superiores para

que lo ocupasen en ese ministerio. Sus ansias se vieron avivadas con las noticias que llegaban de lo que estaba sucediendo por ese entonces con los indios chiquitos, y sus ruegos volvían a surgir infructuosamente para ir a ese encuentro deseado. Tan insistente fue en su pedido que el superior decidió tratarlo con sus consultores. Pero fue en vano pues el conciliábulo decidió "por haver juzgado que convenía mas siguiese en su cathedra leyendo, cooperando de esta suerte, para que sus discípulos, que fueron muchos, y aventajados sugetos, se hiciesen aptos, como ocuparse en tan gloriosa empresa, teniendo no pequeña parte en tan costoso fruto, como se está cogiendo, por medio de los que se aprovecharen de su esperanza".

Como consuelo a sus pedidos los consultores lo señalaron como prefecto de la congregación de morenos. Quedó conforme el P. Joaquín "ya que la obediencia no le ocupaba en la conversión de los infieles (causa porque pasó a las Indias) resarcía en parte el no ocuparse en tan alto ministerio, entregándose con todas veras a la enseñanza de los morenos, esmerándose sobre manera en fomentarles ya con sus platicas, y doctrina, ya con la diligencia y actividad, procurando solemnizar sus fiestas lo mejor que podía, dándoles contento en esto, para tener ganadas sus voluntades y adicionarles para la asistencia de entre año a la explicación de la doctrina".

Su celo quedó ampliamente demostrado en ocasión de una epidemia general de sarampión que hizo estragos en la provincia. Toda la Compañía se puso a ayudar a la población en semejante calamidad, y fue el P. Joaquín el que cargó el peso de la ranchería del colegio "siendo llamado con tanta frecuencia, que no se dexaban tomar alivio alguno, y solo parece, que le recibia en acudir a todos infatigablemente, con tanta puntualidad, como si no tuviera mas ocupación, que de operario asistiéndole de día y de noche con todos los remedios posibles asi espirituales como temporales, siendo tan excesivo el trabajo, que cayó enfermo". Fue entonces cuando decidió ir a la estancia de Jesús María por creer que le era favorable el temple, aunque una vez allí y al no ver la imagen de Cristo en la iglesia intentó pasar a Santa Catalina.

Sus últimas horas fueron registradas con detalle. Fueron momentos de intensos dolores que paulatinamente lo acercaban a Dios. En agonía repetía las palabras de Cristo: *Pater, si posibile est, franseat a me cáliz oste: venemetenies non mea voluntad; sed tua fiat.* Día y noche imploraba a Dios, la Virgen, Santa Ana y los santos José y Joaquín, sus devociones más cercanas. Admiraba su confesor la pureza bautismal en que se

hallaba el P. Joaquín en su lecho de muerte. Recibió los sacramentos a la noche dando infinitos gestos de gratitud. Llegó el alba y la campana de la estancia sonó para dar bienvenida al nuevo día y advertido de ello se sumergió con fervor y devoción al rezo profundo, al tiempo que le suministraban la extremaunción, su alma se entregaba al Creador. Su yaciente cuerpo sin vida fue llevado a la ciudad donde sobraron las muestras del aprecio que había ganado a lo largo de sus 17 años en Córdoba.

# 3. FRANCISCO LUCAS CAVALLERO. Su primera experiencia misional entre los indios pampas

# Biobliografía del P. Cavallero

Las referencias biográficas del P. Francisco Lucas Cavallero se encuentran en algunos documentos y publicaciones contemporáneas al tiempo que le tocó vivir y también en publicaciones actuales. Entre los primeros es importante destacar que no contamos con las Cartas Anuas del periodo 1700-1714, donde posiblemente se insertaría su obituario, aunque varias Anuas nos brindan amplias referencias sobre sus pasos por las reducciones de chiquitos. Incluso encontramos noticias suyas después de su muerte, como en la referencia necrológica del P. Felipe Suárez<sup>99</sup>, con quien llegó a la región, aparecida en la Anua del periodo 1720-30. A

<sup>99.</sup> Fue rector del colegio de Tarija y antes de partir a los chiriguanos había estado en la reducción de Apóstoles. Permaneció un tiempo en Tarija y luego se le asignó la reducción de indios chiriguanos de la Presentación del río Guapay junto al P. Lucas. Pero ante un ataque de los portugueses fueron los PP acusados de entregarlos y debieron huir para las misiones de chiquitos, mientras se quemaban la iglesia y casas de la misión. Fue cuando se separaron ambos misioneros.

su vez, en el obituario de su último compañero, el P. Juan de Benavente, de la Anua 1750-1756<sup>100</sup>, donde se inserta una crónica precisa de su muerte, como destacaremos al final.

También noticias necrológicas, aunque anónimas, se encuentran en dos documentos del archivo romano de la Compañía de Jesús<sup>101</sup>, una de ellas ubicada luego de su texto original sobre el descubrimiento de los manasicas y paunacas en 1706, que dedicó al bienhechor del Instituto don Juan Campero y Herrera<sup>102</sup>. Entre los que firmaron textos biográficos, aunque inéditos, se encuentra Joaquín Camaño, quien escribió una escueta semblanza del P. Lucas dentro de un texto titulado "Catálogo de los mártires del Paraguay", siendo de los pocos autores que recuerdan que "trabajó algún tiempo en la conversión de los indios Pampas fronterizos a Córdoba"<sup>103</sup>. Específicamente sobre el martirio, finalmente se expresa el por entonces provincial del Paraguay Luis de la Roca, que visitó las misiones, en un documento inédito fechado el 28 de enero de 1715<sup>104</sup>.

Sobresale entre los que publicaron obras sobre la vida del mártir, el P. Juan Patricio Fernández (1994) que compartió su experiencia en chiquitos y dedicó varios capítulos de su accionar en esas misiones en su libro editado por primera vez en 1726. También el conocido Charlevoix (1913 (IV): 215-222, 238-240, 243-248, 304-331), pero especialmente el P. Ladislao Orosz (del Techo 1759: 53-64), en el grupo de la séptima déca-

<sup>100.</sup> BS, Cartas Anuas, 1750-1756, Estante 11.

<sup>101. &</sup>quot;Breve noticia de la muerte del Venerable P. Lucas Caballero que murió a manos de los Barbaros en las misiones de los Chiquitos", fechada el 11 de setiembre de 1711. ARSI, Paraq. 12, Hist. 1667-1785, ff 56 y 57. La otra en Paraq. 15, Necrolog. 1598-1702. Son una serie de necrológicas escritas en latín. Corresponde al P. Lucas los ff. 51v.al 52v.

<sup>102.</sup> Conocemos al menos dos relaciones sobre los Manasicas que escribió el P. Lucas en 1706. La primera, ubicada en el Archivo Nacional de España, fue publicada con el título: "Breve Relación de la nación Mañasicas", *Erudición Ibero Ultramarina*, Vol. 3; pp. 618-627, 1932 y Vol. 4, pp. 107-135, 1933. También lo hizo Serrano y Sanz (1933). La segunda Relación la firma el P. Lucas en el pueblo de San Javier el 24 de enero de 1708, se encuentra en el AGN, Biblioteca Nacional, Leg. 350, Doc. 6013, ff. 1-14v -*Diario y quarta Relación de la quarta Mission, hecha en la nacion de los Manasicas, y en la Nacion de los Paunacas nuebamente descubiertos año de 1707.* De esta última hay una copia en el ARSI, Paraq. 12, Hist. 1667-1785, f.033.

<sup>103.</sup> ARXIU, Misiones del Chaco Argentino, ACMI-03.

<sup>104.</sup> *Martirio de LC por Luis de la Roca* Carta a la Congregación de Propaganda FIDE, Córdoba del Tucumán, 28 de enero de 1715 (ASCPF, Scriture riferite nei Congressi, America Meridionale, 1714-1744, vol 2, f. 18-29 (Tomichá Charupá 2000: 484).

da de su malograda obra, consagrándolo como personaje protagonista de una pléyade de nombres que llenan este género literario tan utilizado por los antiguos jesuitas.

Fuera del periodo de los antiguos jesuitas mencionado, su biografía aparece también en el menologio de Patrignani (1730 (3): 155) y el de Guilhermy (1902 (3): 90). Mientras que entre los autores actuales podemos citar fundamentalmente el inestimable catálogo del P. Storni, el completo trabajo de Tomichá Charupá sobre chiquitos y, entre otros, al P. Javier Baptista, quien en su biografía publicada en el Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús (O'Neill – Domínguez, 2001), menciona que "Tras cursar la filosofía y teología en Córdoba del Tucumán, fue misionero itinerante". Agregando inmediatamente que "Desde 1692 a 1695, estuvo en el pueblo de Presentación, en las misiones chiriguanas".

Pues en aquellos años de Córdoba, que suman una década, le tocó además de estudiar, el de fundar en las postrimerías de la misma, nada menos que una reducción entre los pampas. Aquellos primeros años en América y sobre todo su malograda experiencia misional con estos indios, sirvieron para templar su experiencia e ir trazando el camino hacia la Gloria Eterna que consiguió con su trágica muerte en manos de los puizocas. Sin embargo, algunos pocos han recordado este periodo inicial del P. Lucas en Córdoba y entre ellos los PP. Fassi<sup>105</sup> y Costa (1992 y 2001), historiadores de la región, y los PP. Bruno (1966 (IV): 305) y Cabrera (1932), entre otros que siguieron sus huellas entre los pampas, como el profesor Herrera (2002) y la doctora Peña (1997).

El P. Lucas nació el 17 de octubre de 1661 en la pequeña población palentina de Villamuera de la Cueza, situada a 42 km al oeste de la ciudad de Palencia, en el valle de la Cueza, perteneciente a la comunidad autónoma de Castilla y León en España<sup>106</sup>.

105. Monseñor Juan Bautista Fassi se ocupó extensamente de la región en una serie de artículos aparecidos en el periódico "El Heraldo de Reducción" de la localidad de Reducción. 106. Esta población en la actualidad no llega al centenar de habitantes pero para el año 1345 ya contaba con una iglesia, servida por dos sacerdotes y tres clérigos. La actual parroquia de Nuestra Señora de las Nieves conserva de su primitiva iglesia la puerta de arco de medio punto. En su origen Villamuera pudo ser Villa Mora, repoblada por moros (mozárabes), mientras que Cueza significa cuenca u hondonada que recoge las aguas de un río, en este caso del río Cueza. Por su término pasa la Cañada Real Leonesa.

Cuenta Fernández (1994: 112) y también se menciona en la anónima necrológica, que sus padres eran de fortuna y que los primeros años de su niñez los pasó en casa de un tío que era sacerdote, y que al morir éste fue a vivir con otro tío que también era clérigo.

Los rudimentos de la gramática los aprendió en el colegio jesuítico de San Ambrosio de Valladolid, pasando luego al célebre y prestigioso Noviciado jesuítico de Villagarcía de Campos en 1678, cuna de tantos misioneros españoles, casa que había sido originalmente concebida en Simancas, luego trasladada a Medina y finalmente a la también vallisoletana localidad, en casa del señor de Villagarcía don Luis Méndez de Quijada y su esposa doña Magdalena de Ulloa donde se había educado Juan de Austria y mencionamos antes.

Apenas había dado sus primeros pasos en el Noviciado cuando solicitó al P. general su traslado a América. Al recibir la respuesta favorable sintió que "no cabiendole el corazon en el pecho de alegria, salia liquidado por los ojos, pidiendo con lagrimas a todos diessen gracias a Dios, y a el, el parabien por aver encontrado con la dragma, que con tanto deseo avia buscado "107.

Se embarcó en Sevilla el 18 de setiembre de 1680 cuando contaba con 20 años de edad. Así se consigna en el memorial de aquel año del P. Procurador Grijalva (Pastells 1938 (3): 307), agregándose en otro documento que era "mediano de cuerpo, moreno, pelo negro, ojos pardos, lunar en el carrillo izquierdo" (Tomichá Charupá 2000: 46). Llegó a Buenos Aires el 25 de febrero de 1681 en largo y sobre todo trágico viaje donde, como señalamos en la biografía del P. Gazolas, murieron ocho jesuitas (un novicio, seis hermanos estudiantes y un hermano coadjutor), entre los 33 tripulantes que también perdieron la vida en la misma flota. Viajaron en los navíos "Nuestra Señora del Populo" y "Santa Bárbara" a cargo del maestre Pedro Galíndez (Page 2007: 45 y 2000: 241-242). El mismo Grijalva, quien había llevado por compañero al P. Tomás Donvidas, falleció al llegar a Córdoba.

Entre los jóvenes compañeros de viaje ya dijimos que se encontraban, figuraban Juan Bautista Zea, que fue visitador en chiquitos dos veces y llegó a ser superior del Uruguay en 1699 y provincial en 1717; el madrileño José Pablo Castañeda, nombrado superior de las misiones de chiqui-

<sup>107.</sup> ARSI. Paraq. 12, Hist. 1667-1785, f. 56.

tos en 1695 y de guaraníes en 1715, el vasco Ignacio de Arteaga provincial en 1726, Joaquín Gazolas, primer rector del Convictorio de Monserrat, entre muchos otros.

Llegaron a Buenos Aires donde recibieron un cálido recibimiento por parte de los jesuitas del colegio, encabezados por su rector el P. Fernando de Torreblanca y los habitantes de la ciudad en general. En la Catedral los esperaba el obispo don Antonio de Azcona Imberto, que siete años después (1688) le confirió su sacerdocio. A partir de entonces le quedaba cursar en Córdoba los siete años de estudios eclesiásticos, tres de filosofía y cuatro de teología. Sabemos que en Villagarcía ya había comenzado los estudios filosóficos y que en los catálogos del Instituto expresan que en 1688 ya había concluido con ellos, ingresando al Noviciado y dedicándose posteriormente a la lectura de gramática. "Concluyó con grandes creditos, persuadiendose que el zelo de las almas sin ciencia es currus sine auriga, como dice San Gregorio" 108.

De aquellos años se conservan en el archivo romano dos tipos de catálogos: públicos y secretos. En el primero se identifican fechas como la de nacimiento e ingreso a la Compañía y en el otro se mencionan rasgos particulares de su personalidad. En general describen a una persona de ingenio, juicio y prudencia buena, de mediana experiencia, mientras que su carácter varía de "colérico" a "temperamental" 109.

Pasó a las misiones del Colegio de Tarija donde hizo sus últimos votos en 1695. Era por entonces superior de las reducciones el P. José Pablo Castañeda, siendo sus compañeros los PP. José de Arce, Juan Bautista Zea, Diego Centeno, Felipe Suárez, Francisco de Hervás, Miguel de Yegros, Juan Patricio Fernández y Dionisio de Ávila.

# Las experiencias reduccionales al sur de Córdoba

Los jesuitas expandieron sus misiones evangelizadoras mucho más allá de los conocidos 30 pueblos de indios guaraníes. Si bien hubo casos aislados de fundación de reducciones en diversos sitios del amplio terri-

```
108. Ibid, f. 56
109. Ibid, Paraq. 4-2, 1669-1770 Catal. Trien., f. 38, 395, 450 y 481.
```

torio de la provincia del Paraguay, podemos ubicar varios conjuntos de pueblos creados en tres regiones fundamentales. Para el norte de la provincia jesuítica y a fines del siglo XVII se comenzó con la exitosa evangelización de chiquitos. Para mediados del siglo XVIII con las difíciles del Chaco y aún antes con las misiones del sur que tuvieron un rotundo fracaso. Dentro de este frente hubo tres puntos de desarrollo: tres reducciones en Buenos Aires, una en Córdoba y tres en Neuquén.

Las fundadas en las dos primeras provincias argentinas se lo hizo con indios pampas, cuya denominación fue impuesta por los españoles, aunque el vocablo es quichua y significa llanura. Esta generalidad abarcó a numerosas culturas que eran cazadores de venados, ñandúes y guanacos que habitaron la extensa región pampeana. También recolectaban frutos y semillas que molían para hacer harinas. Pertenecían a la familia lingüística macro-panoano y se dividían en tres grandes parcialidades taluhet, didiuhet y chechehet. A fines del siglo XVIII las epidemias diezmaron a las poblaciones y fueron aculturizadas por los mapuches o araucanos de la región andina, quienes fueron finalmente aniquilados en el siglo XIX por medio de sendas campañas militares de exterminio.

El provincial Francisco Lupercio Zurbano en la Carta Anua de 1641-1643, transcribe una nota de un misionero que estuvo entre los pampas, quien expresa "Se pintan muy feamente principalmente los viudos y mucho más las viudas, y huyen de todo lo que es devoción y culto de Dios". Dice que siempre "andan desnudos sólo envueltos en unos pellejos". De los hechiceros expresa que "cada parcialidad tiene su hechicero, que es como su médico que los cura con ellos". Y que usan yerbas y polvos para solicitar a las mujeres "que las hacen caer miserablemente". Agrega que las mujeres para ser queridas "Se punzan con unas espinas largas, o punzones, que para el efecto tienen dentro de la nariz, y en otras partes más delicadas, y destilan la sangre en un mate, o calabazo, y con otros ingredientes hacen un betún con que se untan el cuerpo, y esto lo hacen principalmente las doncellas con lo cual los hombres se enloquecen, y pierden por ellas". Entre la práctica de varias crueldades "también usan por valentía pasar toda una flecha por el pellejo del vientre, que como lo traen siempre al aire pueden hacer esa prueba; y de estas hacen otras mil crueldades cual es el cruel tirano que los posee los enseña" (Page 2000: 137).

Las tierras donde se estableció la reducción y la encomienda de los indios pampas fueron adjudicadas al fundador de Córdoba Jerónimo

Luis de Cabrera. Cuando fue asesinado se le quitaron sus bienes, aunque fueron posteriormente restituidos a su hijo. Mientras tanto el rechazo de los pampas hacia los españoles comenzó a sentirse con continuos ataques a quienes transitaban el camino hacia Buenos Aires. La reacción no demoró y se sucedieron entradas y corridas contra los indios que fueron afectando las relaciones. Un primer intento de reducirlos transcurrió en 1612 cuando así lo sugirió el visitador don Francisco de Alfaro en sus famosas Ordenanzas, donde recomienda reducir a los indios pampas en el río Luján, y en los de Córdoba daba amplia licencia para que también se reduzcan. Aunque como bien señala Monseñor Pablo Cabrera ya había para la época una reducción ubicada en la estancia de San Esteban de Bolón, propiedad de los Cabrera (Cabrera 1932: 16).

Efectivamente la también conocida como "Reducción nueva" ubicada sobre el Río Cuarto fue empadronada cinco años después por el teniente de gobernador José Fuenzalida Meneses, quien también hizo lo propio con la reducción de San Antonio del río Tercero<sup>110</sup>. Los indios se habían reducido luego de firmar un concierto que establecía que Cabrera les perdonaría la tasa, los curaría de sus enfermedades, les daría de comer y les pagaría la doctrina, además de entre 6 y 8 pesos anuales (Grenón 1924: 8-12).

Los doctrineros en realidad nunca llegaron, aunque varios años después estuvo en visita pastoral el obispo fray Melchor Maldonado en 1641. Año en que también misionaron el jesuita santiagueño Pedro de Ibáñez (1616-1679) y el sardo Lucas Quessa (1609-1666) quienes padecieron no poco rechazo de los pampas, sobre todo de los temidos hechiceros.

Ya mencionamos la descripción que uno de ellos hace de los pampas, pero por la Carta Anua de 1644 sabemos que "Sin embargo, algunos de estos indios han pedido ser bautizados por los Padres; condescendieron al ruego de aquellos bajo la condición de que se reuniesen en un lugar fijo, a su gusto, para que los Padres los pudieran visitar y adoctrinar cada año. No les gustó la condición y así se quedaron en su infidelidad" (Page 2000: 147).

<sup>110.</sup> Fue erigida por Alonso Díaz Caballero en su estancia de Pampallacta sobre el río Tercero. Habitaba allí el cacique Quepetien expresando que varios indios ya hacía seis años que se encontraban reducidos en ese paraje. Incluso su vecino Juan de Dávila y Zárate también había a comenzado a reducir a los indios pampas a cuatro leguas al norte del anterior establecimiento en el paraje conocido como Yucat o Lacla (Cabrera 1932: 17).

Deducimos que aquella "Reducción nueva" duró poco tiempo y que no era tan fácil convencer a los indios de reducirse a pesar de las órdenes de la reina regente Mariana de Austria, del 22 de mayo de 1675, que mandaba al gobernador del Tucumán a que a los indios pampas "se reduzgan apoblacion, y se les pongan doctrineros clerigos (si los Viere) ó religiosos de la mayor satisfacción que aia acosta de los encomenderos", v que a los "indios infieles, que están levantados y hacen hostilidades procedereis ala conquista pacificáandolos por la fuerza de armas" (Grenón 1924: 18-19 y Cabrera 1932: 36-61)<sup>111</sup>. Pues a su majestad le habían llegado numerosas noticias, sobre todo las del clérigo Gregorio Suárez Cordero (Bruno 1968 (3): 194), quien manifestaba que los ataques contra los viajeros no sólo continuaban sino que se habían expandido a las estancias y perfeccionado en cuanto a nuevas armas que empleaban los indios, y que posiblemente fueron suministradas por los indios chilenos. Pues se debía intentar primeramente llevando el Evangelio y si no resultaba, pues había que recurrir a la manu militare. Pero recién se notificó de la Real Cédula el gobernador Tomás Félix de Argandeña a principios de 1691.

Los jesuitas igualmente continuaron sus misiones desde el colegio de Córdoba. Atención espiritual continua que venían haciendo desde la década del 40 como bien relata el provincial Francisco Lupercio de Zurbano en su informe al P. general (Page 2000: 136). Aunque también el Instituto organizó un plan integral de evangelización que comprendía hasta el Estrecho de Magallanes y que acogió el gobernador de Buenos Aires don José de Herrera y Sotomayor. Efectivamente el 12 de mayo de 1684, el procurador Diego F. Altamirano presentó la propuesta ante el Consejo de Indias que argumentaba ocupar la región patagónica para no dejarla a merced de potencias extranjeras. Todo fue aprobado en sendas Cédulas reales pero no pasó de proyecto, hasta 1740 en que se fundan las reducciones australes en Buenos Aires (Bruno 1968 (3): 200). Incluso el conocimiento de aquel ambicioso proyecto de las misiones magallánicas, fue el último aliento que tuvo el P. Lucas luego de la malograda experiencia entre los Pampas<sup>112</sup>.

<sup>111.</sup> Este expediente fue publicado completo en la Revista de la Biblioteca Nacional Tomo III, N° 12, Buenos Aires, 1939, pp 719 a 727.

<sup>112.</sup> En su relación de lo vivido entre los pampas justamente concluía el texto expresando: "Quiera Dios Nuestro Señor dar los medios convenientes para que tenga efecto la misión Magallanes de la que estos días desistió el gobernador de Buenos Aires, porque éste sería un

## Las noticias del P. Lucas entre los pampas

Se conserva una estupenda relación del P. Cavallero sobre lo acontecido entre los pampas (Page 2007a) y no descartamos que, en base a ella, el provincial Ignacio de Frías haya escrito su Anua del periodo 1689-1700. De tal forma que por ambos documentos conocemos detalles importantes que tendrán al P. Lucas como uno de sus protagonistas esenciales.

El relato se inicia en 1689 durante las habituales "misiones de los ríos", como llamaban a las salidas anuales que hacían los jesuitas a los ríos Tercero y Cuarto, ubicados al sur de la ciudad de Córdoba. En aquel año habían llegado los PP. a río Cuarto, pero esta vez avanzaron hacia Punta del Sauce, más específicamente al puesto de Mula Corral<sup>113</sup> de la estancia de Cabrera. Allí conversaron con el cacique Ignacio Muturo y su esposa, quien expresó deseos de que bautizaran a sus hijos. Los PP interpretando con esto como una buena señal para formar una reducción, volvieron al Colegio dando la noticia al rector<sup>114</sup> y decidieron esperar hasta el próximo año para verificar si continuaban esas intenciones.

Así lo hicieron, y de regreso al río Cuarto se encontraron con el cacique Bravo<sup>115</sup>, pariente del cacique Ignacio, a quien trataron de persuadirlo para sumarse a la reducción, no sin dejar buen esfuerzo en el feliz intento.

eficaz medio para la conversión de los indios pampas" (AGN, Biblioteca Nacional, Leg. 189, Doc. 1845, f. 109).

- 113. Mula Corral era un puesto de mulas de José de Cabrera ubicado a tres leguas de Concepción del Río Cuarto sobre el camino real. Posteriormente pasó a propiedad del monasterio de Santa Catalina hasta que se formó un pueblo con una importante base económica fundada en el comercio de mulas y caballos. Pero las continuas invasiones de los ranqueles hicieron que desapareciera en el siglo XIX. (Costa 2000: 334).
- 114. Efectivamente y según el Catálogo de 1689, el P. Donvidas era el rector del Colegio Máximo de Córdoba (ARSI, Paraq, 4, II, Cat. Trien. 1669-1799, f. 391). El P. Donvidas (Arévalo, 1618- Santiago del Estero, 1695) ingresó a la Orden en 1635. Cinco años después arribó a Buenos Aires, haciendo sus últimos votos en Asunción en 1656. Fue provincial del Paraguay en dos oportunidades, en el periodo 1676-1677 y 1685-1689. También procurador en Europa durante los años 1679 a 1681 (Storni 1980a: 86).
- 115. Sobre el nombre Bravo y entre varios homónimos, es bien conocido el también llamado Cangapol (en realidad Cacapol) cuya imagen acompañada de su mujer Huenneec inmortalizó el jesuita Falkner y describió extensamente Sánchez Labrador y Paucke. Este bravo y valeroso cacique residía sobre el río Negro, habiendo nacido en Huichín, donde

De vuelta al Colegio, por segunda vez, los jesuitas comenzaron a realizar las tramitaciones pertinentes para la fundación de la reducción. Primero lo hicieron con los superiores de la Orden, llevando el tema a la Congregación Provincial reunida en setiembre de 1689<sup>116</sup>. Luego se dirigieron a las autoridades seglares, "Hablaron al gobernador don Tomás Félix de Argandoña, que con mucho gusto vino en la empresa y así ofreció una buena limosna para la misión y señaló para el pueblo unas tierras que llamaban del Espinillo, las cuales los indios habían pedido" (Page 2000: 255).

Previamente el mandataro 117, como vimos, se notificó de la Real Cédula e inmediatamente solicitó noticias del estado de los indios pampas. Luego informó a sus superiores que los sacerdotes de la Compañía de Jesús eran los adecuados para aquellos ministerios, pues ya venían haciendo misiones anuales desde el colegio. Consultó luego con el provincial y en ausencia de éste le remitió una carta formal al rector del colegio, fechada el 3 de abril de 1691, solicitando dos misioneros para los pampas. Luego ordenó enérgicamente que los encomenderos de la región "no se yntroduzgan a ympedir la dicha reducion antes si de su partte acudiran personalmente al fomento de dicha reducion y darles alos religiosos misioneros el sustento que necesitaren, y las dichas justicias después de echa la asignación de tierras cesaran en mas dilijencias procurando de su partte, que ninguna persona debajo de graves penas ynquiete alos dichos yndios ni los saquen dela reducion donde se pusieren" 118.

nació alrededor del año de 1670. Se desplazaba por un amplio territorio, habiendo incluso visitado Buenos Aires en 1749 donde conoció a Paucke quien mencionó que era ciego. Nueve años antes había emprendido una campaña militar que asoló la región con mil hombres a su mando, siendo quien destruyó la reducción de pampas de la Laguna de los Padres en 1751 (Falkner 1974: 130 a 133; Sánchez Labrador 1910: 30 y Paucke 1942: 105-106).

116. Fue en la XIII Congregación reunida en Córdoba en setiembre de 1689 presidida por el provincial Gregorio Orozco. Según expresan sus actas, se trató el tema de los pampas (ARSI, Cong. Prov. 1690, f. 2).

117. El sevillano capitán de Caballos Corazas don Tomás Félix de Argandoña, llegó de joven a América con el virrey del Perú Pedro de Toledo y Leiva, marqués de Mancera y su hijo. Fue nombrado corregidor de Guayaquil y luego gobernador del Tucumán. A este cargo accedió por mandato real del 14 de enero de 1683, aunque recién asumió el poder en Salta el 2 mayo de 1686, permaneciendo hasta 1691. Posteriormente pasó como general del Callao (Zinny 1920 (1): 193).

118. Revista de la Biblioteca Nacional, Tomo III, Nº 12, Buenos Aires, 1939, p. 724.

Estas tierras de El Espinillo, ubicadas entre Punta del Sauce y Concepción del Río Cuarto, estaban en litigio entre dos vecinos de Córdoba: José Luis de Cabrera y Velazco y Francisco Diez Gómez, pero el gobernador prometió zanjar el problema otorgándole otras mercedes de tierras a quien resultara legítimo dueño. Acción que puso a los litigantes en franco enfrentamiento con la Compañía de Jesús, que dirimió el Dr. Diego Salguero de Cabrera<sup>119</sup>, deán de la Catedral y propietario de las tierras vecinas de Cruz Alta, quien incluso "dio de contado ciento y cincuenta pesos para la misión de los pampas" (Page 2000: 256).

Lo cierto es que al morir el general Jerónimo Luis de Cabrera (III) en 1691 había determinado dejar a los indios "el paraje del Espinillo que está en el Río Cuarto una legua a todas partes desde dicho Espinillo por ser tierras del Pueblo de Indios Pampas que fue encomendero dicho Difunto, que hacen dos leguas de ancho y dos de largo" <sup>120</sup>.

Su heredero directo fue José de Cabrera y Velazco, "odiado por los indios, por encomendero y por varón riguroso, temido por su bravura, acechado en sus estancias para matarle, acometido y herido gravemente en una "vaqueada" era el adelantado contra los "pampas" (Martínez Villada 1936: 745). Llegó a ser teniente de gobernador y con ello la *manu militare* esperada por los encomenderos, cometiendo atroces excesos como la campaña de 1708 que terminó con la captura de siete indios que llevó prisioneros a Córdoba. Tuvieron un juicio que los condenaba a trabajar perpetuamente en las minas de San Carlos de Austria, pero se escaparon y refugiaron en la casa de los mercedarios. Los sacerdotes se los entregaron ingenuamente a Cabrera, haciéndole jurar que los trataría bien. Sin embargo al poco tiempo y estando encerrados en una habitación de la guardia (por entonces casa del obispo Mercadillo) se hicieron unos huecos en el techo y se disparó a bulto (Martínez Villada 1936: 746 y Cabrera 1932: 82 a 103).

<sup>119.</sup> El doctor don Diego Salguero de Cabrera, nació en Córdoba en 1650 y falleció en 1707. Fue presbítero y doctor en teología, cura rector y vicario juez eclesiástico de diezmos, visitador de monasterios, comisionado del Santo Oficio y deán de la catedral. (Luque Colombres 1980: 355 y González Valerga de Neisius 1992: 16).

<sup>120.</sup> Esta noticia la trae Zenón Bustos que extrae de una certificación del escribano Martín Gurmendi del 1 de marzo de 1751 que dice encontrarse en una cláusula inserta en un cuaderno de autos originales de partición que se hicieron entre los herederos del general a fojas 3 (Bustos 1916: 12).

El P. rector del colegio Tomás Donvidas designó para la misión a los PP. Diego Fermín Calatayud<sup>121</sup> y como su compañero al P. Lucas Cavallero. El primero contaba con 48 años y era profesor en el Colegio de Córdoba, renunciando al nombramiento de rector por querer ir a esta misión y el P. Lucas con veinte años menos y con todos los estímulos juveniles que le daba su particular temperamento.

Por primera vez se crea una reducción entre los pampas con todas las formalidades canónicas y en armonía enteramente con las instrucciones impartidas por la Corona (Cabrera 1932: 52).

Emprendieron la marcha llegando al Río Cuarto el 6 de setiembre de 1691, no sin antes prevenirse de suficientes regalos, que acostumbraban llevar para agasajar a los indios, como yerba y tabaco. Por el camino no dejaron de predicar hasta que llegaron a la estancia del encomendero José Luis de Cabrera, quien había prometido que partiría luego para ayudarles. Pero no fue así, ya que les escribió que por varios motivos particulares no podría hacerse presente.

Pero los PP. tuvieron que pasar seis meses en la región sin respuesta del cacique quien no los quería recibir, aduciendo tener una enfermedad. Pudieron convencerle nuevamente luego que el P. Cavallero fuera a las tolderías y bautizara a una gran cantidad de niños. Allí los indios le expresaron su temor ante las consecuencias que tenía reducirse y la experiencia de la reducción de Areco en Buenos Aires, donde se juntaron 300 pampas que terminaron diezmados por la peste<sup>122</sup>. La respuesta del P. Lucas fue contundente al expresarle que esa reducción no era de jesuitas y que ellos eran los únicos que podrían garantizarle una buena vida como sucedía en las reducciones de guaraníes, que comenzaban a desdoblarse

<sup>121.</sup> El P. Calatayud nació en Tafalla, Navarra el 10 de julio de 1641, ingresando a la Provincia del Paraguay en 1660 y arribando a Buenos Aires en la expedición del procurador Francisco Díaz Taño tres años después. Su sacerdocio lo obtuvo en 1671 y sus últimos votos en 1678. Fue luego profesor en el colegio de Salta, en el de Tucumán y en el de Santiago del Estero, donde falleció en 1710.

<sup>122.</sup> Efectivamente se refiere a la reducción de pampas creada por el gobernador de Buenos Aires don Andrés Agustín de Robles (1674-1678). Fue en el año 1676 cuando luego de internarse 40 leguas con seis hombres, logró atraer en paz a ocho mil aborígenes que concentra en tres puntos. Uno en la laguna de Aguirre, otro sobre el río Luján y el tercero sobre el río de Areco. Pero el intento fracasó ante una mortal epidemia de viruela. (Razori 1945 (2): 20).

por el crecimiento de la población<sup>123</sup>. Asimismo, el P. Lucas advirtió, que era Cabrera quien no quería que se forme la reducción porque creía que los jesuitas pretendían quitarle los indios y las tierras, y con ello establecer un centro de operaciones donde dominar la pampa y vaquear libremente. Por tanto debe haber presionado a los caciques para que se negaran a reducirse.

Los indios estaban en una verdadera disyuntiva, porque también el P. Lucas les advertía que el gobernador tenía órdenes del Consejo de Indias de maloquearlos y llevarlos a las minas de Mendoza si no se reducían. Sin duda este motivo terminó por convencer a los caciques.

El P. Lucas regresó a la ciudad con el cuñado de Muturo, llamado Diego Hidalgo (o Vidag<sup>124</sup>), quien había intercedido siempre durante la estada en las tolderías. Quedaron en El Espinillo el P. Calatayud y los otros caciques con el resto de los indios que sumaban 600 almas.

Durante su permanencia en la ciudad el P. Lucas se entrevistó con el provincial Lauro Núñez, y luego con Cabrera quien le manifestó que había llegado a sus oídos que los PP. estaban soliviantando a los indios en su contra. La reunión fue tensa y el P. Cavallero accedió en principio a la propuesta de Cabrera, de llevar una docena de españoles armados a los fines de juntar indios para la reducción. El gobernador y el provincial se negaron rotundamente a esta propuesta, con lo que Cabrera disminuyó aún más su apoyo. Las autoridades en cambio, quisieron agasajar a los indios, siendo bautizado Diego Hidalgo en solemne ceremonia donde

123. Este fenómeno se produce luego de finalizadas las incursiones bandeirantes y después de la batalla de Mbororé (1641). La lograda estabilidad hace que las reducciones experimenten un crecimiento vegetativo muy importante, al punto que en los últimos 50 años del siglo XVII alcancen a triplicar la población. Pero igualmente las reducciones estaban concebidas para un grupo de entre hasta seis y siete mil personas y cuando sobrepasaba ese número, el excedente se enviaba a alguna que decrecía demográficamente o bien se fundaba una nueva reducción. Tal es el caso de las poblaciones de Concepción y Yapeyú que excedieron aquellas cifras a fines del siglo XVII y se fundaron los pueblos de Jesús (1685), San Francisco de Borja y San Lorenzo (1690) de los que seguramente se refiere el P. Lucas y al que siguieron al poco tiempo San Juan Bautista (1697), Santa Rosa de Lima (1698), Santo Ángel (1703) y Trinidad (1706), entre otros, fundados precisamente con el excedente de las primeras reducciones.

124. Así lo escribe el P. Cavallero, mientras que el P. Frías, en la Anua de 1689-1700, haciendo referencia a la misma persona, lo llama indistintamente Diego Hidalgo o Diego Vidag (Page 2000: 256).

fueron padrinos el gobernador y su esposa. Por cierto que la emotiva ceremonia, que contó con la presencia de respetables vecinos de la ciudad, se hizo en el idioma de los indios, que bien hablaba el P. Lucas.

Un tanto persuadido, Cabrera se ofreció a trasladar al P. Lucas a la reducción, llevando un auto del gobernador que los invitaba a hablar con el mandatario sobre cualquier cuestión de la reducción. Así viajaron los caciques Ignacio, Pascual, Manuel y Jacinto, llevando las propuestas de ubicación de la reducción que tenía cada parcialidad y el temor que causaba la impunidad del hechicero de Ignacio. Quedaron los caciques Bravo y Sanemte, otra vez con el P. Calatayud quien con la parcialidad del cacique Pascual comenzaron a cortar maderas y cañas para la construcción de la capilla y el pueblo.

En ausencia de los caciques principales, los indios torturaron y mataron cruelmente al hechicero. Luego del macabro asesinato, siguieron extensas borracheras que terminaron con peleas entre parcialidades que se cobraron algunas vidas.

La comisión que viajó a Córdoba, se encontró, que tanto el provincial como el gobernador no se hallaban en la ciudad. Igualmente los recibió el teniente de gobernador Juan de Perochena<sup>125</sup>, pero las cosas no anduvieron muy bien. El funcionario no les obsequió nada y los PP. del colegio no quisieron bautizarlos temiendo que no iban a perseverar. El único que los atendió bien fue el mencionado deán Salguero de Cabrera, pero no alcanzó, y volvieron "desabridos" con el P. Lucas quien llevó sendas carretas con provisiones.

Al llegar se encontró con el panorama descripto, presenciando irreconciliables discusiones entre el P. Calatayud, que comenzó a ser rechazado por los indios. El P. Lucas intervino intentando convencerles de que siguieran la Ley de Dios a lo que los indios enfurecidos contestaban "¿ Qué dice esta Ley? Y como les dijese que vivir de suerte que tuviesen uso de los sacramentos, para lo cual era necesario vivir en pueblo y lugar determinado, no fornicar, no hurtar, etc... respondían: ¿ Qué sacerdotes tienen esos españoles que viven por esos ríos que ni tienen iglesia, ni oyen misa? ¿ No fornicar?. Los mismos españoles nos vienen a comprar las

<sup>125.</sup> Perochea nació en Vera, Navarra en 1639 y falleció en Córdoba en 1698. Fue capitán de infantería y maestre de campo, nombrado teniente de gobernador en 1681 y general de la gobernación al año siguiente (Luque Columbres 1980: 245).

chinas de mejor cara por un raso. ¿No hurtar? También nos suelen hurtar los españoles nuestros caballos, como nosotros los suyos "126."

Finalmente la parcialidad del cacique Pascual abandonó la reducción. Cabrera estaba allí, callado y regocijándose con la muestra de razón que se le negaba. No obstante el P. Lucas fue al otro día al encuentro de los vasallos de Pascual. Les llevó yerba y les predicó con amor las penas del infierno, pero los indios no escucharon e incluso intentaron atacar al joven sacerdote. Al regresar se encontró que tres parcialidades se estaban peleando, por lo que el cacique Bravo se fue de El Espinillo, siendo inmediatamente atacado por indios de "tierra adentro" que acabaron con su vida, cobrando venganza por las atrocidades que en otros tiempos había hecho él mismo.

Esta sucesión de tragedias estaba perfilando el final de la reducción. Continuó con la venganza de las parcialidades de El Espinillo que decidieron internarse a buscar a los asesinos de Bravo sin que los jesuitas pudieran disuadirlos. Los encontraron y vencieron, pero los sobrevivientes que huyeron, juraron aniquilarlos juntando a todos los indios de "tierra adentro" que superaban en número y valor.

El P. Lucas fue al encuentro de los vencedores pero los encontró afligidos por semejante amenaza. Ignacio le expresó que él siempre había querido y no abandonaría la idea de reducirse, pero en las circunstancias en que se hallaba no podía menos que defender su honor y salir a la guerra, aunque sabiendo que iba a morir. Le aconsejó al P. Lucas que, si no era posible que los españoles le defendieran, abandonara la reducción antes de la llegada de sus enemigos. Le prometió que si vivía lo iría a buscar a la ciudad para formar el pueblo tan querido por ambos, a lo que consintieron los otros tres caciques que estaban junto a Ignacio.

En la mañana del 3 de agosto de 1692, el P. Lucas se despidió de los indios que se aprestaban a la defensa. Fue a buscar al P. Fermín que se encontraba esperándolo en una estancia cercana para luego partir a Córdoba. El cacique Ignacio no volvió a la ciudad y nunca más se supo de él. Posiblemente fue asesinado junto a todos sus vasallos. Sólo sabemos que una peste de sarampión desatada dos años después hizo estragos en aquel territorio, y donde debió acudir el jesuita Ignacio de Arteaga a

los fines de asistir espiritualmente a los enfermos que atendía el cura de la región, Dr. Antonio Vélez de Herrera (Cabrera 1932: 56).

El P. Frías sentenciaba poco después "Este fin tuvo la misión de los pampas, que tan grandes esperanzas dio al principio, trabajaron los misioneros lo que pudieron; no pudieron lo que quisieron. Ojalá se llegue el tiempo, en que el Señor obra el entendimiento a estos miserables, para que siendo el camino de su perdición, celebren de las penas eternas, que les amenazan" (Page 2000: 259).

#### El destino de los pampas y del P. Cavallero

Aunque sin poder formar una reducción estable, los jesuitas continuaron misionando anualmente por la región. Así lo demuestran los libros parroquiales de Concepción de Río Cuarto donde, a mediados del siglo XVIII y en no pocas oportunidades, se inscriben los bautismos y matrimonios con las firmas de los PP. Pedro Martínez (1713-1790), Andrés de Aztina (1704-1776) y posteriormente Juan Rojas (1718-1794) (Costa 1992: 31). Pues cuando en 1728 los jesuitas establecieron la estancia de San Ignacio de los Ejercicios, cuyos límites territoriales alcanzaron el Río Cuarto, ésta se convirtió en la base de las nuevas operaciones apostólicas.

Las autoridades eclesiásticas hicieron algunos intentos por reestablecer la reducción, como el obispo Juan de Sarricolea y Olea en 1727 (Bruno 1968 (3): 423). Incluso los propios indios pampas en una oportunidad, comandados por el cacique "Capitán Antonio" se presentaron en 1745 ante don Tomás de Ávila en Masangano<sup>127</sup>, expresando sus deseos de ser reducidos. Lo mismo hizo el cacique con el teniente del rey, Manuel Esteban de León, pidiendo jesuitas que tengan a cargo la reducción, a ubicarse a un cuarto de legua de aquel sitio (Costa 1992: 32). En principio los jesuitas aceptaron, pero dos años después desistieron ante los fracasos que habían tenido con los pampas bonaerenses y ante las difí-

127. Había sido encomienda de la familia Molina Navarrete desde el siglo XVI y todo el siglo siguiente. Luego se instaló el fuerte Mazangano, a orillas del río Tercero, que existió en el siglo XVIII y sirvió de defensa de los primeros habitantes colonizadores ante eventuales confrontaciones con los aborígenes. Hoy el sitio, en plena pampa gringa, es simplemente un lugar de paso. Una descripción, siguiendo al P. Francisco Miranda, la podemos encontrar en Pbro. Pablo Cabrera (1932: 166).

ciles relaciones que desde 1750 tuvieron con las autoridades, a raíz del Tratado de Madrid de 1750.

Otro grupo de indios pampas se presentó ante el obispo don Pedro Miguel de Argandoña, solicitándole un sacerdote que los asista espiritualmente en una reducción. El obispo aceptó y ofreció la misión a los padres franciscanos que se hicieron cargo en 1751, en el mismo sitio de la reducción jesuítica. Intentaron trasladarla a la banda norte a 12 cuadras de su original emplazamiento en 1778 (Fig. 1). Luego de la visita del gobernador Andrés Mestre, al año siguiente, se contabilizaron 46 personas con un simple oratorio. Poco a poco el pueblo se extinguió hasta desaparecer en la década siguiente.

En cuanto al P. Cavallero, sabemos que junto con el P. Suárez pasaron a la reducción de Nuestra Señora de la Presentación de indios chiriguanos, reemplazando al P. Arce y permaneciendo allí desde 1692 a 1695. Posteriormente fue a la otra reducción chiriguana de Nuestra Señora del Guapay y, luego de ser destruida por los infieles, fue a San Francisco Javier de chiquitos en 1696, donde, tres años después le toca trasladarlos 18 leguas al norte, por temor a las incursiones esclavizadoras de los santacruceños. A aquella reducción fueron también el P. Felipe Suárez y los jóvenes Patricio Fernández, Dionisio de Ávila y Miguel Yegros. Su compañero Felipe llegó a ser superior de chiquitos para su muerte<sup>128</sup>. Mientras que el P. Lucas se dedicó fundamentalmente a evangelizar a los manasicas, ubicados a orillas del río Mamoré. Dominó su lengua, además de la chiquitana, componiendo algunas canciones litúrgicas (Tomichá Charupá 2000: 434). Tuvo una especial dedicación, y hasta Fernández le atribuye milagros como el de la lluvia con los purasis o la cura de zibacas enfermos, incluyendo el hijo del cacique. No obstante esta última parcialidad junto a los yiritucas, intentaron matarlo en 1706, junto al P. Felipe Suárez (Tomichá Charupá 2000: 471).

El "Padre Tata" como le decían sus queridos manasicas, acariciaba el deseo del martirio casi diariamente, auque no sin temor por su vida, trágicamente apagada el 18 de setiembre de 1711. Su muerte fue un jalón importante en la historia de la antigua provincia del Paraguay y en especial de las misiones de chiquitos, del que fue su primer mártir.

128. Biblioteca Nacional de España (BNE), Ms 18577, cuad. 8. Vida del P. Felipe Suárez. También citado por Tomichá Charupá (2000).

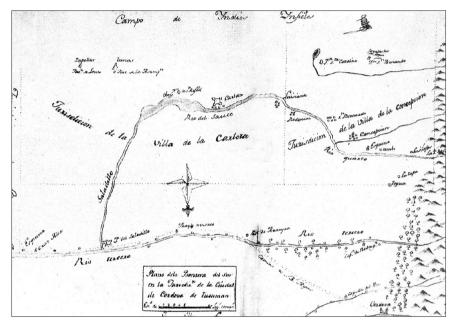


Fig. 1. Mapa (con el Norte al revés) mandado a hacer por el gobernador-intendente de Córdoba, marqués de Sobremonte en 1794. Obsérvese en la parte central a la izquierda, la "Reducción" al sureste de la desaparecida villa de La Luisiana, en su definitivo y actual emplazamiento al otro lado del río Cuarto (Archivo de la Provincia de Córdoba).

Su última acción evangelizadora la realizó junto con algunos manasicas cuando fue a visitar un poblado de puizocas o pisocas, quienes en señal de una falsa hospitalidad los repartieron en varias casas. Quiso internarse tierra adentro en busca de más indios, para lo cual cruzó en andas una laguna o pantano y recibió igual trato entregándole varios donecillos para ganarles su voluntad. Al regresar "acometieron los infieles con flechas al P. que sintiéndose herido gravemente de una de ellas, dixo a los que le llevaban, que le dexassen, y fixando su Cruz en la orilla de la laguna, puestas las manos, encomendó su alma en las manos del Señor, pidiendo misericordia y perdon para los que alevosamente le quitaban la vida. Y llegando uno de aquellos Barbaros, dio tal golpe en la cabeza del V.P. que le hizo rendir la vida, dejando las pesaderas del cuerpo, que le servian de remora a su abrasado espiritu, para volar ligero al centro de sus deseos "129.

Así fue sorprendido abruptamente y asesinado junto a una veintena de manasicas. Dieciséis indios pudieron huir, aunque al llegar al pueblo, cinco de ellos fallecieron por las heridas recibidas. En la Anua de 1750-1756<sup>130</sup>, redactando la necrológica del P. Juan de Benavente, compañero del P. Lucas en aquellos días, el provincial recuerda que listos para partir hacia los puizocas, el P. Lucas le dijo al P. Juan, que se quedara a esperarlo en el pueblo de Concepción. Así lo hizo y al enterarse de la tragedia "No descansó el Padre Benavente con eso, sino andaba solícito de hallar el cadáver de su amado Padre Lucas Cavallero. Se encaminó casi sin saber a dónde se dirigía, dejándose guiar sólo por la divina providencia. Al llegar al antiguo paradero de los indios puyzocas, de repente le vino al socorro una idea luminosa como inspirada de lo alto, indicándole por donde pudiera encontrarse el cadáver. Dirigiéndose hacia allá, adonde le dirigía la luz, la cual quedó como asentada sobre el mismo cadáver del Padre Cavallero. Se hallaba éste, puesto de rodillas delante de una cruz, a la cual el mismo Padre un poco antes había erigido. Con indecible alegría se abrazó al Padre con su compañero difunto, hallando atravesado su pecho con saetas, y la cabeza destrozada por un porrazo. Dijo el Padre Benavente entre lágrimas "¡Oh Lucas, mi querido Lucas! ¿Porqué no me has llevado contigo para que muriese yo juntamente contigo, para que

<sup>129.</sup> ARSI, Paraq. 12, Hist. 1667-1785, f. f. 56v y 57. 130. BS, Cartas Anuas, 1750-1756, Estante 11.

fuera yo compañero de tu martirio, como he sido compañero de tus viajes y sufrimientos? ¡Oh feliz compañero de los bienaventurados del cielo, acuérdate ahora de tu antiguo compañero en la tierra!".

El P. Benavente, y los soldados e indios que lo acompañaron, habían descubierto el cuerpo en circunstancias milagrosas que bien expone Fernández (1994: 163). Recogieron con respeto y cuidado los venerables despojos, y luego de una solemne acción de gracias conjunta, volvieron al pueblo con las reliquias.

En otra Anua, no tan posterior al tiempo de su deceso, se recuerda que uno de los sobrevivientes "Un indio de estos recién venidos (a San Javier), dice que delante de él mataron al venerable Padre Lucas Cavallero; y que todos los malhechores murieron de peste que les dio después que cometieron aquella maldad y que uno de ellos, que se atrevió a agarrar al venerable Padre de la sotana, cuando le mataron, se cayó muerto de repente antes de llegar a su pueblo. Todos los años, dice este mismo indio, que hay peste en aquella nación" 131.

El sacerdote paletino recibió de esta cruenta forma la recompensa buscada por muchos de los antiguos jesuitas que entregaron sus vidas por la evangelización americana. Quizás, en aquellos difíciles instantes de la agonía póstuma, muchos pensamientos de su pasado colmaron la mente del misionero. Su infancia en España, su ingreso a la Compañía de su Jesús, su viaje a América y aquel primer contacto con las culturas originarias que descubrió junto al caudaloso río Chocancharava de los indios pampas, donde conoció a su amigo Ignacio Muturo. Pero también con él, fue testigo de los sufrimientos que padecían los naturales que, sumada a la miserable condición de vida, debían soportar el humillante trato de algunos españoles.

Los jesuitas fueron, casi seguramente, la única alternativa, no solo de salvación espiritual sino también la de mejorar aquella vida, respetando su propia cultura. Pero no siempre los indios comprendieron esto y los desenlaces alcanzaron los grados más altos de dramatismo como en el caso de Ignacio y Lucas, cuyo encuentro fue un tiempo que anunció el preludio de la extinción de las culturas pampeanas, aunque intentaron evitarlo.

<sup>131.</sup> AGN, Biblioteca Nacional, Anuas de las misiones de los chiquitos1717-1718, Doc. 6054.

#### 4. ANTONIO RIPARI. DE GÉNOVA A SAN PABLO

### Biobibliografía del P. Antonio Ripari

La referencia biográfica más antigua sobre el P. Ripari la ubicamos en una relación anónima que se encuentra en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús del año 1639<sup>132</sup>. No citada por ningún historiador, creemos que puede ser del P. provincial Diego de Boroa (1634-1640), ya que en el texto se advierte su autoridad como provincial. También y buscando antiguas noticias biográficas, el mismo documento expresa que un franciscano predicó un panegírico durante las exequias fúnebres de los mártires, al igual que el dominico Jerónimo Delgadillo, quien lo hizo delante del obispo en la catedral de Santiago del Estero. Pero creemos que ambos discursos se han perdido.

En este original texto biográfico vamos a encontrar las primeras noticias de la muerte del P. Ripari y los otros dos jesuitas que lo acompañaron en el martirio, el P. Osorio y el H. Alarcón. Lo seguirán y ampliarán muchos historiadores, fundamentalmente el P. Nicolás del Techo

<sup>132.</sup> Relacion breve dela muerte del P. Gaspar Ossorio y su compañero el P. Antonio Ripario a la entrada de la missión del Chaco como amediado marco del año i 1639. ARSI, Paraq. 11, Historia, Tomo1, 1600-1695, ff. 260-261v.

(2005-1673: 631 a 634), aunque el provincial Francisco Lupercio Zurbano en la Carta Anua que firma en 1643, relata el trágico suceso para luego detallar aspectos biográficos de los mártires.

El P. Ripari nació en Casalmorano, Cremona, el 16 de agosto de 1607. A los veinte años ingresó al Instituto de la provincia de Milán<sup>133</sup>. Durante cuatro años -señala Zurbano en la Anua- enseñó gramática latina, atrayendo de su persona "su afabilidad, y su gran modestia; era tan ingenuo y candoroso, que parecía no haber pecado en Adán" (Maeder 1984: 58). Del Techo (2005-1673: 634) agrega que las humanidades las impartió en los colegios de Milán y Saona, siendo en el primero donde estudió las letras sagradas. Cuando terminó sus estudios solicitó ser destinado a Córcega, por la ferocidad del clima y la rudeza de su gente, pero los superiores decidieron enviarlo a América, llegando a fines de 1636, como lo detallaremos luego. Era profundo devoto de San José y de San Francisco Javier, de quien tenía un relicario que utilizó para aquietar las aguas del tempestuoso viaje a América. En Córdoba concluyó sus estudios teológicos e hizo su Tercera Probación.

La relación anónima comienza mencionando la llegada del P. Gaspar Osorio Valderrábano<sup>134</sup> al Colegio de Santiago, donde aprendió la lengua indígena. Unos años después hizo una entrada al Chaco el gobernador don Martín de Ledesma Valderrama, marqués de Guadalcázar<sup>135</sup>, donde levantó un fuerte. El P. Osorio llegó tiempo después al ser destinado a misionar al Chaco, por el provincial P. Diego de Boroa (1634-1640) y a solicitud del obispo agustino Melchor Maldonado de Saavedra. Allí trabó amistad con los tobas y mocovíes con quienes convivió varios meses, incluso componiendo un catecismo en idioma

<sup>133.</sup> Zurbano desconocía su fecha de nacimiento y por ende su edad, al igual que del Techo. Para precisiones en cuanto a fechas ver Storni (1980a: 240).

<sup>134.</sup> El P. Osorio nació en Castrillo de Villavega en 1595, ingresando al Instituto de Castilla en 1612. Llegó a Buenos Aires en 1622 en la expedición del P. Procurador Francisco Vázquez Trujillo. Fue rector del Colegio de La Rioja y de Salta, entrando al Chaco, haciéndolo tres veces. Sus últimos votos los realizó en Jujuy en 1630 (Techo 2005-1673: 633 y Storni 1980: 209).

<sup>135.</sup> El primer jesuita que evangelizó a los indios del Chaco fue el P. Alonso Barzana en 1587 y más específicamente en la región de los lules dos años después, y luego en los indios del río Bermejo. Mientras que a los 23 pueblos que por entonces había de chiriguanos fueron enviados los PP. Manuel Ortega y Jerónimo de Villarnao quienes estuvieron dos años misionando.

toba (Maeder 1984: 52). Confiado el gobernador del buen trato, dejó un reducido grupo de soldados y salió tierra adentro. Pero los indios robaron y mataron a los escasos españoles que cuidaban el fuerte. Previamente el P. Osorio fue llamado por el provincial Boroa para asistir a la sexta Congregación Provincial (1637). En el colegio de Córdoba insistió ante el cónclave que la empresa en el Chaco era posible, con lo que éstos designaron como sus acompañantes a los PP Pedro Pimentel e Ignacio de Medina. En el viaje de regreso el P. Osorio decidió entrar por las tierras de los ocloyas, encomendados al general Juan Ortiz de Zárate, tío del P. Medina, predicando y bautizando 200 indios de esta parcialidad. Pero un guía mataguayo que había quedado en encontrarlos no fue y si bien avanzaron un poco, tuvieron que volverse a Jujuy. Allí juntó limosnas entre los vecinos para llevarles a los indios oclovas, quienes se habían comprometido a reducirse. Efectivamente las tribus bajaron de las montañas para instalarse en un sitio ubicado a 11 leguas de Jujuy, sobre el río Normenta, donde comenzaron a construir la iglesia y las viviendas perfectamente alineadas (Maeder 1984: 54). Fue entonces cuando llegó el P. Ripari, en reemplazo del P. Medina y cuando lo hizo, el P. Osorio partió para el Chaco dejándolo a cargo. Pero los franciscanos comenzaron a reclamar ante las autoridades, derechos para misionar entre estos indios, v los jesuitas debieron abandonar la misión v los indios volvieron descontentos a sus antiguas tierras.

De tal forma y por orden del provincial emprendieron ambos sacerdotes su viaje al Chaco, sumándose el novicio paraguayo Sebastián de Alarcón y como dice la relación: "comenzó finalmente su camino mas al cielo que al Chaco" 136. Lo hicieron abriendo huellas con hachas, hasta que huyeron los indios que llevaban de guías y quedaron en medio de espesos montes atiborrados de peligrosos indios y feroces animales. Este imprevisto obligó al P. Osorio a volver a Jujuy en busca de nuevos guías, quedando Ripari con el estudiante. Pero volvió rápidamente y siguieron camino misionando entre los indios que iban encontrando, entre ellos los palomos, de los cuales algunos los acompañaron en el viaje. A su encuentro habían venido los chiriguanos a quienes los PP. calmaron con algunos obsequios. Siguieron cuatro días junto a estos indios cuando mandaron al joven Alarcón y dos indios a buscar provisiones a Salta. A los dos días de

<sup>136.</sup> ARSI, Parag. 11, Historia, Tomo1, 1600-1695, f. 260v.

caminata no sólo mataron al estudiante sino que se lo comieron y guardaron su cabeza, llevándola un "miércoles a la noche a donde estaban los Padres y ocultandola a ellos, la mostraron a sus compañeros" 137. Uno avisó a los PP. de lo que había visto y luego de una larga noche de oración, en la mañana del día siguiente, 1° de abril de 1639 "estandose paseando los Padres el uno con el diurno y el otro con el rosario vinieron los indios armados de macanas, flechas y lanzas, viendoles los que yvan con los Padres se ausentaron y escondieron en un pequeño monte de donde vieron que cercaron a los Padres, y con el furioso golpe de una macana derribaron primero al P. Gaspar Osorio, y luego a su compañero, repitiendo ambos en aquel trance el dulcísimo nombre de Jesús, por quien daban con sumo gusto sus vidas, viendolos ya difuntos les cortaron las cabezas y totalmente desnudaron sus cuerpos y aun dicen los habrieron estos cruelmente e inhumanos carniceros con animo de comerselos, y lo executaron ha no estar tan flacos, llevandose las cabezas".

Los indios que aguardaban en el monte salieron cuando los salvajes se fueron, y al no tener herramientas no pudieron enterrarlos y los taparon con ramas, huyendo luego a Salta dando cuenta de lo sucedido. Tiempo después un indio, testigo del asesinato, llamado Francisco Guichi declaró que los palomos le habían contado cómo todos los días se les aparecía resplandeciente el P. Osorio vestido para decir misa. Los chiriguanos fueron al pueblo a ver este fenómeno y volvieron espantados a sus tierras. El mismo Francisco decía que todos los que habían tocado los cuerpos habían muerto al poco tiempo.

El gobernador don Francisco de Avendaño y Valdivia mandó investigar jurídicamente el asesinato (Cabrera 1931: 16). Con esa información el obispo Maldonado la trasmitió extensamente al rey en carta del 14 de setiembre donde manifiesta, sobre todo, el conflicto con los franciscanos con la reducción de los ocloyas (Leviller 1926 (2): 99). El prelado hizo honras de sus memorias en todo el obispado, especialmente en la catedral, donde -como dijimos antes- predicó fray Delgadillo, quien "los llamó a boca llena mártires". También en el colegio jesuítico de Salta "los aclamaron por mártires gloriosos de Cristo".

A partir de los tres pilares documentales que constituyen la Relación, la Carta Anua y la publicación de del Techo se comenzaron a

137. Ibid.

suceder diversas biografías. Precisamente cuatro años después de la obra de del Techo aparecía en España la obra del jesuita Nieremberg dedicada al obispo de Toledo, donde incluye en las ilustres semblanzas allí insertas, la vida del P. Ripari, como la del P. Osorio. Expresa que Ripari "començava a trabajar co gran espiritu, y fervor, deseando convertir a Dios toda aquella Gentilidad; pero Dios se contento co el afecto, y que diesse la vida por su amor, y por su Fe" (Nieremberg 1647 (4): 215).

También en el siglo XVII, otros jesuitas dedicaron en sus obras menciones especiales sobre el P. Ripari, como la del bibliógrafo belga Alegambe (1592-1652) (1657: 534-538), su continuador Nadasi (1613-1679) (1665: 179), Andrade al año siguiente (1666 (2): 725 y 732) y quien fuera rector de la universidad imperial de Praga el bohemio Tanner (1630-1692) (1675: 504-507).

Un destacado trabajo individual, editado en Italia, por G. Tornetti (1711)<sup>138</sup>, aparece a comienzos del siglo XVIII, especialmente dedicado al P. Ripari, donde incluso se transcriben algunas cartas suyas. Mientras desde Córdoba fue recordado por el P. Lozano en 1733, cuando una nueva luz de esperanza se había encendido para la evangelización del Chaco (Lozano 1941: 174-178). De acuerdo al relato creemos que el P. Pedro Lozano contó con la relación del P. Zurbano. Así se deja entrever en su obra a la que se suma un mapa realizado por el P. Antonio Machoni (Fig. 1), con la ubicación del sitio donde acontecieron las muertes y que repite el P. Cardiel en otro mapa de 1760.

También Charlevoix da cuenta en su obra de 1754 del martirio, siguiendo a los historiadores que lo presidieron (1912 (2): 241 y 387 a 394).

Volviendo al francés del Techo, recordemos que vino al Paraguay diez años después del martirio y publicó su obra en Lieja en 1673, posiblemente basada en un trabajo anterior, inédito y perdido del P. Juan Pastor. Una segunda edición inglesa apareció en 1704 y la primera versión castellana, recién en Madrid en 1897. Si bien del Techo como Orosz no lo incluyeron en las *Decades* (1759), el primero escribió una biografía de Ripari en un manuscrito no impreso y sin fechar que, como expresa su ex-libris, era del Colegio de Córdoba. Fue escrito en latín por los indios

<sup>138.</sup> Tornetti era oriundo de Cremona y no firmó el texto, aunque Uriarte se lo adjudica. Incluso expresando que el mismo fue tomado de la Carta Anua de 1639 (Uriarte 1914: 15).

guaraníes, imitando la tipografía de la imprenta. Ripari aparece en este documento en el grupo de la Cuarta Década<sup>139</sup>.

Jarque, quien transitaba el camino de Salta a Jujuy, se encontró con los indios palomos que llevaron las noticias de la mala nueva a la ciudad. El ilustre doctor promovió en Jujuy la búsqueda de los cadáveres y mencionó los nombres de Osorio y a Ripari al hacer la biografía de Antonio Ruiz de Montoya (Jarque 1662). Pero también lo hacen historiadores jesuitas locales como Juan Patricio Fernández (1994: 215) y Dobritzhoffer (1967 (3): 414), entre los antiguos jesuitas del Paraguay.

En la segunda época de la Compañía de Jesús, la biografía de Ripari fue incluida en el tomo VI de la obra del erudito jesuita francés Charles Sommervogel (1834-1909) quien trabajó junto a los hermanos De Backer (Agustín y Aloys), mejorando notablemente sus trabajos. Su verdadera enciclopedia *Bibliothèque de la Compagnie de Jesús*, constituye una labor extraordinaria. Fue publicada en 12 volúmenes en Bruselas-París-Toulose, entre 1911 y 1932. En Louvain fue reeditada en 1960.

Por aquellos años de Sommervogel se publican en Italia dos trabajos que se fundan en la trágica muerte. El primero es un pequeño libro del P. Lanzi (1912) y otro un artículo de M. Volpe (1917: 115-116).

Hacen referencia al P. Ripari Jacques Cretineau-Joly en 1845 (IV: 263), T.W.M. Marshall en 1862 (:123) y Alexandre Pierre F. Lambel en 1881 (:119).

El P. Pablo Pastells (1912: 541-544), quien trae varios documentos del Archivo de Indias que mencionan al P. Riapari, publicó parcialmente un manuscrito del P. Ripari, que constituye una pieza de inestimable valor: Breve relacione del statu temporale, edi la terra della Provinia del Paraguay, e della viceprovincia del Chile<sup>140</sup>. Ésta fue dirigida al provincial de Milán, P. Marco Antonio Quinziano, el 10 de agosto de 1637 y luego de una nota introductoria comienza su relato con la descripción de la gobernación de Tucumán, siguiendo con la gobernación del Río de la Plata y luego la del Paraguay. Posteriormente se refiere al estado particular de las misiones y acompaña el texto un mapa del Paraguay (Furlong 1936: 26).

Avanzados en el siglo XX la vida de los mártires será recordada en publicaciones referidas a la región chaqueña, como fundamentalmente la

<sup>139.</sup> BNE, Sala Cervantes, Vitr/26/10: Nicolás del Techo SJ, Synopsis Chronologica historiae Paraquariae Provinciae Societatis Iesu, p. 384.

<sup>140.</sup> ARSI, Paraq. 11, Historia, Tomo1, 1600-1695, ff. 237-257.

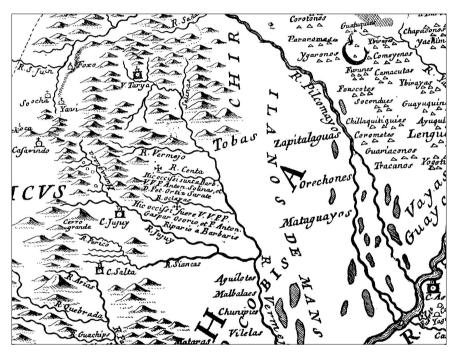


Fig. 1. Fragmento del mapa del sardo A. Machoni de 1733, publicado en el libro de Lozano, donde el autor precisa el sitio del asesinato de los PP. Osorio y Ripari en el río Ocloyas que vuelcan sus aguas al río Ledesma y este a su vez desemboca en el río San Francisco y de ahí al Río Grande.

obra de Tommasini (1933: 92). Pero también los historiadores jesuitas hicieron importantes aportes, como en el caso del alemán Leonhardt (1942: 297- 312) que escribió un artículo en momentos en que un grupo de obispos con jurisdicción en el Chaco argentino quiso renovar el proceso de beatificación en 1942. Reconoce que del Techo es la fuente que utilizan todos sus sucesores y transcribe los documentos del Archivo de Indias que publica Pastells.

También y entre los jesuitas, el erudito historiador Guillermo Furlong publicará dos retratos de Ripari (1978: 308 y 326), de los cuales uno ubicamos en el Archivo romano del Instituto, grabado firmado por R. Scotti (Fig. 2). Pero fue el P. Hugo Storni (1979: 42 y 1980: 249)<sup>141</sup> quien precisará los momentos más importantes de su vida en varios escritos muy importantes.

Finalmente, el más destacado historiador de la iglesia Argentina, el P. Cayetano Bruno trae interesantes aportes en su monumental obra, sobre todo expresando que en las Congregaciones Provinciales de 1657 y 1661 se decidió continuar con el proceso de beatificación y canonización de los mártires del Caaró e Yjuhí a los que se incluyeron entonces a los PP. Osorio y Ripari. Al pedido se sumaron autoridades eclesiásticas y civiles, incluso el virrey Conde de Lemos y el mismo rey por Cédula Real del 23 de julio de 1672 enviada al embajador español en Roma. Recién en la Congregación Provincial de 1750 se insistió, pero solo por la causa de los tres primeros (Bruno 1967 (2): 252) que tuvieron favorable resolución con la beatificación de 1932 y la proclamación de Santos por Juan Pablo II en 1988. El P. Bruno trae además una serie de documentos que se elaboraron para la iniciación y continuación de la causa, distribuidos en el Archivo General de Indias y la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro (Bruno 1968 (3): 286-287).

# Los viajes de los jesuitas a América en el siglo XVII y la expedición del P. Juan B. Ferrufino

La Provincia Jesuítica del Paraguay fue creada en 1604, aunque su primer provincial el P. Diego de Torres llegó a Córdoba en 1607 para

141. Junto al P. Caraman también el P. Storni escribe una biografía de Ripari en el Diccionario (O'Neill - Domínguez 2001).



Fig. 2. Grabado del P. Ripari firmado por R. Scotti que se encuentra en el legajo de su relación de viaje

establecer su sede. A partir del año siguiente comenzaron a sucederse periódicamente las Congregaciones Provinciales. Se realizaban, aunque no muy rigurosamente, cada tres años en Europa y seis en América, según lo establecían las Constituciones del Instituto. En estos cónclaves que reunían a los principales sacerdotes de la jurisdicción, elevaban una serie de peticiones o "postulados" al P. general. No obstante, el momento más importante era cuando se elegía al Procurador a Europa.

La tarea de éstos consistía en ir a Europa y reclutar misioneros para la provincia. Aunque también tenían que cumplir con otros encargos, desde visitar e informar de las cuestiones de la provincia al P. General en Roma, hasta conseguir libros, herramientas, elementos de liturgia para sus iglesias, e incluso pedidos de particulares. Con todas estas complejas labores se mantendrían ocupados varios años en Europa.

La elección de procuradores recaía en los sacerdotes más destacados, pues su misión requería de una sólida formación y que conociera a la perfección el estado de la provincia, tanto en sus necesidades humanas como materiales. Debían tomar resoluciones a veces muy delicadas y para ello debía ser una persona equilibrada y prudente.

En principio sólo se elegía un sacerdote hasta que en la Congregación de 1671 y por orden del P. General Pablo Oliva se designaron dos sacerdotes, de los cuales al menos uno debía haber sido superior de las misiones. Desde 1689 se eligieron tres jesuitas: dos viajaban y uno quedaba como suplente. Pero no quiere decir que todos se embarcaran a Europa, incluso a veces ninguno de los tres lo hacía. Algunos no regresaron como Vicente Alcina, Bruno Morales, Pedro Arroyo y Simón Bailina, que murieron en Madrid. El P. Nicolás de Salas se quedó en Italia y no regresó, mientras que Gervasoni fue desterrado y los últimos procuradores José Robles y Domingo Muriel los sorprendió la expulsión cuando estaban a punto de zarpar rumbo a América. También podrían no viajar al encomendarle el P. General otro cargo como los PP. Luis de la Roca y Lauro Núñez que fueron designados provinciales; o que murieron antes de partir como los PP. Cipriano de Calatayud y Antonio Parra.

De tal forma que, una vez designado, el procurador viajaba de Córdoba al puerto de Buenos Aires y allí buscaba una poco frecuente embarcación que partiera a Europa. La espera podía prolongarse hasta tres y cuatro años. Si hasta entonces no conseguía embarcarse, una Congregación Abreviada lo destituía y nombraba otro (Page 2007).

El procurador llevaba una importante cantidad de recomendaciones de obispos, gobernadores y virreyes que justificaban la solicitud de nuevos misioneros. Con esos papeles comenzaba la ímproba labor de reclutamiento, para lo cual también contaba con un organizado sistema propagandístico<sup>142</sup> que hacía que siempre hubiera un nutrido número de aspirantes que solicitaran su candidatura al mismo P. General (Borges Morán 1977), y que habitualmente se encontraban en la etapa de formación.

Contaba con la ayuda del P. Procurador General de las Indias Occidentales que residía en Sevilla (luego, desde 1719, en el puerto de Santa María y diez años después en Cádiz), que se encargaba de todos los preparativos previos al viaje. Durante la larga espera de la partida, que por lo general llegaba a más de un año, los expedicionarios se alojaban en el Hospicio de Misiones "Nuestra Señora de Guadalupe", adjunto al Colegio de San Hermenegildo, cuyas instalaciones cumplían esa función exclusiva desde 1688. Para 1730 los jesuitas contaban también con otras instalaciones en el puerto de Santa María de Cádiz, con 80 habitaciones para todos los misioneros que partieran a Indias. Allí practicaban los Ejercicios Espirituales, salían a misionar por los alrededores de la ciudad y hasta comenzaban a estudiar las lenguas indígenas de sus destinos, amén del castellano para los extranjeros.

142. Estas propagandas podían ser externas al Instituto o generadas por la misma Compañía de Jesús. En primer lugar pueden mencionarse las exhortaciones al aislamiento misional, como la célebre de Zumárraga de 1533 o las de Díaz de Luco y el carmelita Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, entre otros. Siguen las relaciones históricas descriptivas, generalmente redactadas en América y que podían ser martiriales, hagiográficas o simplemente descriptivas. Dentro de las primeras los jesuitas difundieron suficientemente el martirio de Roque González y sus acompañantes, prácticamente desde ocurrido el hecho y durante varios años. En idioma italiano se publicó la Relatione del P. de Forlí, José Oreggi y la muy difundida de Francisco Crespo, editada en varios idiomas entre 1630 y 1632. También y para la provincia del Paraguay podemos mencionar el martirio del italiano Antonio Ripari compuesta por José Tornetti en 1711, ya mencionado, la del holandés Bartolomé de Blende aparecida en 1718, el martirio de Agustín Castañares, el de Juan de Montenegro de 1746 o la vida, virtudes y muerte de Francisco Ugarde de Pedro Juan Andreu de 1761, entre muchísimas otras. Otro tipo de instrumentos propagandísticos fueron las cartas privadas de los misioneros, sobresaliendo las famosas Lettres edificantes et curioses, editadas por el P. Diego Davin e integradas por 24 volúmenes aparecidos entre 1702 y 1706. Como cartas también podemos mencionar las Cartas Anuas que los provinciales enviaban al P. General y que en muchos casos eran copiadas y en otros impresas para distribuir entre las provincias europeas.

No era menor el trámite que debía hacer el procurador a fin de obtener las patentes de pases a América ante el Consejo de Indias, y en este sentido aclaremos que siempre hubo resistencia por parte del Consejo para dar licencias a jesuitas extranjeros. Una vez que las obtenía, la Casa de Contratación le entregaba el pago del malotaje (provisiones de alimentación), avío (vestuario, colchón, almohada y frazada para el viaje) etc. Los gastos del viaje efectivamente eran abonados por el rey, en virtud del patronato Regio, por el cual les concedía la exigua suma de uno o dos reales por día y por religioso. Ese monto debía alcanzarles para el mantenimiento de los misioneros que aguardaban su viaje. No obstante, tendrían ayudas de las provincias de origen como también de los procuradores indianos que aportaron importantes sumas de dinero.

También los efectos materiales que se transportaban, como los numerosos y variados objetos de devoción, libros, herramientas, comestibles y los requeridos para el mismo viaje, como ropa, medicamentos, entre otros, necesitaban de la aprobación y permiso de las autoridades, describiendo cada uno de los cajones, su contenido y destino. Debían incluso sujetarse a un minucioso control para lo cual quedaban decomisados los objetos no autorizados.

El P. Juan Pastor, en su Carta Anua del periodo de 1650-1652, cuenta su viaje a Europa haciendo una síntesis de los lugares que recorrió y las tareas que allí realizó. Comienza relatando, y lo aclaramos por lo nada habitual, sobre su viaje a Europa desde Córdoba por el Perú. Llegó a Cádiz enfermo y de allí fue a Madrid a gestionar en el Consejo de Indias el permiso de los 39 misioneros que solicitó. Pasó luego al puerto de Valencia y embarcó rumbo a Génova, y de allí se dirigió a Milán y Loreto, hasta alcanzar Roma cuando hacía poco había concluido la Congregación General que eligió al P. General Vicente Caraffa. Escribe el P. Pastor que "Me recibió este con paternal cariño, y me concedió liberalmente todo lo que solicité en nombre y en bien de mi Provincia. Solo me prohibió quejarme ante el Sumo Pontífice sobre las injurias que hemos sufrido de parte del obispo de la Asunción" (Page 2000: 163 y 2007b: 9-18). Dos meses estuvo en la Ciudad Eterna y lejos estuvo de deslumbrarse y hasta hubiera evitado ver al Papa, según él mismo lo refiere. Allí también se entrevistó con el Asistente jesuita de Alemania quien le proveyó de 13 sacerdotes y 6 coadjutores. Lo propio hizo el Asistente de Italia con 10 misioneros y otros tantos el de España. Embarcó en Génova y en Valencia entrevistó al provincial de Aragón, de quien esperó ayuda que no recibió. Durante el viaje se escribió con su familia pero obvió visitarla concentrándose en sus tareas. Fue a Madrid a buscar los despachos reales y de allí a Sevilla a preparar el viaje. Pero estando en el puerto recibió cartas del Paraguay, que le informaban acerca de las injurias manifestadas por el obispo Cárdenas, por lo que decidió ir a la Corte y consiguió Cédulas reales y decretos del Tribunal de la Inquisición "para reprimir la audacia desenfrenada" del obispo. No fue suficiente ya que la réplica de Cárdenas fue demoledora. Cuando estaban por partir, un pregón anunció en el puerto que el presidente de la Casa de Contratación prohibía embarcar a cualquier jesuita extranjero que pretendiera viajar a las Indias. El P. Pastor luego de las discusiones del caso debió mandar de vuelta a sus casas a los italianos y alemanes, mientras que los problemas con Cárdenas seguirían y tendrían consecuencias posteriores mucho más nefastas (Page 2000: 164).

En tiempos más tranquilos, ya reunidos en el puerto, los viajeros debían esperar el momento en que el capitán de la flota decidiera la partida, detonando un disparo de cañón desde la nave.

Una vez que se tenían las patentes se pasaba la "revista", donde el juez de embarque, que era un oficial real, verificaba la correspondencia de la lista con los sujetos. Al llegar tenían una nueva inspección y se confrontaban los papeles realizados en la península.

La partida del colegio se hacía con toda solemnidad. La realizaban en procesión, cantando la letanía lauretana. Era realmente considerada como una despedida a la eternidad. Así relata el instante procesional de la partida el P. Fanelli (Nacido en Bari) en 1698 "Cada uno llevaba colgante del pecho un Santo Crucifijo, como centro de sus afectos, y guía de tan largo camino emprendido, y un Santo Breviario entre las manos, a la manera Apostólica. Seguíase una multitud de pueblo, que llevados de la admiración, otros por la curiosidad; y otros por el cariño, viendo el sacrificio de tantos Misioneros, haciéndolo al Señor, dejando la Europa, los Parientes y los Amigos, por la conversión de los Infieles "143. Luego seguían los abrazos y las lágrimas de una despedida que generalmente era la última.

<sup>143.</sup> Primera Relación de toda la Navegación de la misión a Chile, desde Europa a la América Meridional, Buenos Aires, 16 de noviembre de 1698 (Fitte 1965: 20).

Fue en la V Congregación Provincial, reunida en Córdoba el 20 de julio de 1632, cuando se eligió por procurador a Europa al P. Juan Bautista Ferrufino<sup>144</sup>. Uno de sus encargos más requeridos era conseguir una imprenta y un hermano impresor para que se pudieran publicar los vocabularios y catecismos hechos por los PP. Ruiz y Lope de Castilla, en lenguas guaraní, cacá de los calchaquíes y curiosamente de Angola. Pero también solicitaba Ferrufino la asistencia de cinco coadjutores que entendieran: de administrar haciendas, de sastre, de botica y medicina, un pintor para los retablos de las iglesias y un carpintero para construir iglesias y casas<sup>145</sup>.

Pero sin conseguir lo que solicitó, a pesar de la autorización del P. general, se embarcó con 6 sacerdotes teólogos, 14 estudiantes y 2 Hermanos, al menos esta es la lista incompleta que da Leonhardt, en la que no figura Ripari (Leonhardt 1927: LIV). Pero como veremos, efectivamente zarpó el 16 de abril de 1634, arribando a Buenos Aires el 24 de diciembre de 1636, con lo que se convirtió en el viaje más largo y accidentado que hayan tenido los jesuitas al Río de la Plata.

#### La relación del P. Ripari sobre su viaje de Europa

El texto inédito que hace referencia al viaje de Ripari y sus compañeros, se encuentra en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús<sup>146</sup>. En realidad es una transcripción que encontramos en este repositorio que hace el P. J. B. Bazhdari SJ en 1908 del original que dice se encuentra en la Casa de San Antonio, en Chieri.

144. El P. Ferrufino nació el 28 de marzo de 1581 en Milán, donde ingresó en la Compañía de Jesús en 1599. Llegó al Paraguay y se trasladó a Santiago de Chile en 1607 donde se consagró sacerdote al año siguiente. Luego pasó a Córdoba y dio sus últimos votos en 1614. Fue elegido procurador a Europa en 1632, siendo después provincial de Chile, entre 1637 y 1643, y después del Paraguay entre 1645 y 1651. Falleció en Buenos Aires el 4 de octubre de 1655 (Storni 1980a: 101).

145. ARSI, Cong. Prov, II, 1933, f. 300.

146. Ibid, Paraq. 22, ff. 2-41. Breve Relazione del viaggio di 24 della Compagnia di Gesú che per la Provincia del Paraguai con il Giovanni Battista Ferrufino Procuratore e Provinciale del Chile partirorono dal porto di Lisbona agli 11 di febraio l'anno del Signore 1636.

No es el viaje completo sino que lo firma en el colegio de San Pablo (Brasil) el 16 de junio de 1636. Aún le faltaban varios meses para arribar al Río de la Plata (llegó a Buenos Aires, el 20 de diciembre de ese año). Existe además otra relación del mismo viaje, escrita por el P. Procurador Ferrufino, que incorporó el provincial Diego de Boroa en la Carta Anua del periodo 1635-1637 (Page 2000: 98-102).

Ripari se encontraba en Génova en 1629, ya que el 31 de julio dio sus primeros votos (Storni 1980: 240). Como afirma del Techo, posiblemente allí es cuando se encontró con "El P. Marcelo Mastrilli<sup>147</sup>, que se dirigía al Oriente, lo quería mucho porque era devoto de San Francisco Javier" (Techo 2005-1673: 634).

Partió en un buque de Génova rumbo a Alicante el 19 de noviembre de 1634. Cuenta que en su viaje por el Mediterráneo padeció una gran tempestad en el golfo de León, que relató en una carta que escribió desde Sevilla y no hemos localizado. Llegó "en la vigilia de San Andrés" (30 de noviembre).

Pronto se sumará a la expedición del P. Ferrufino, que tiene cierto enigma, pues a diferencia de otras no se conoce el paradero de 13 de sus tripulantes de un total de 37 jesuitas, entre sacerdotes, estudiantes y coadjutores que fueron inscriptos para viajar. Igual cifra da el provincial Diego de Boroa en la Carta Anua pero aclarando que sólo pudieron embarcarse 22 personas. No obstante, la lista que da Pastells está fechada el 23 de diciembre de 1634 y, saliendo dos años después, pudo haber deserciones, pero sólo conocemos el caso de uno de ellos, que se quedó en Murcia y otro, una vez en el Río de la Plata, se hizo franciscano. Del resto no tenemos noticias. Pero Ripari dice que son 44, aunque finalmente se embarcan 24<sup>148</sup>.

En cuanto a las nacionalidades de este grupo de jesuitas, la mayoría son españoles, hay un portugués y nueve italianos, de los cuales uno pasó a la viceprovincia de Chile y otro, llamado Beltrán Lomberti no se sabe que haya arribado ni vivido en el Paraguay, siendo del grupo de los 13 que mencionamos. Los jesuitas italianos tenían entre 34 y 38 años, procedentes de diversos lugares de la península, habiendo en su mayoría ingresado al Instituto en Roma, dos en Milán y uno en Venecia.

<sup>147.</sup> El famoso mártir del Japón fue pariente del napolitano Nicolás Mastrilli Durán, quien alcanzó a ser rector del colegio de Lima y provincial del Paraguay.

<sup>148.</sup> ARSI, Paraq. 22, f. 7 y 9.

El P. Ripari menciona sólo algunos de sus compatriotas, que son seguramente con los que estuvo en Génova: los PP. Leria y Arconato. El primero, al llegar a Alicante se irá a Madrid, mientras el segundo 149, de la misma edad que el P. Antonio, lo acompañó en todo el viaje. De Alicante pasaron a Murcia y luego a Caravaca, Granada y finalmente Sevilla en la tarde de la navidad de aquel año. Allí se les unieron luego los PP. de la provincia romana Marcelo Salamito de Téramo, Simón Vandini de Venecia, Juan Sassatelli de Perusa, además de dos coadjutores, que el P. Ripari no menciona<sup>150</sup>. Mientras que de la provincia de Parma llegó el P. Beltrán Correggio. Todos ellos habían partido de Génova en una galera, dos días antes que Ripari, Leira y Arconato. Pero desembarcaron en Marsella de donde pasaron a Barcelona, después Madrid y finalmente Sevilla. En este colegio, tanto Vandini, Sassatelli, Ripari, Correggio y Arconato, además de tres españoles y dos diáconos, fueron ordenados sacerdotes "una parte antes y una parte después de Pascua de Resurrección "151.

El procurador Ferrufino llegó a Sevilla, procedente de Madrid, para el día de Reyes, y rápidamente fue a Lisboa a los fines de preparar el viaje. En mayo ya todo el grupo se encontraba en el puerto de Belén. Pero no era tan fácil conseguir una embarcación y debieron permanecer varios meses en Coimbra y Evora con toda la ansiedad que significaba, y las variadas posibilidades que se desvanecían. Hicieron misiones tanto en la ciudad como en los barcos y al fin, en el mes de diciembre, ya estaba todo listo. Se embarcaron en un buque el día 19, pensando en zarpar al otro día, pero los marineros demoraban la partida porque querían pasar Navidad en sus casas. El mal tiempo los favoreció en su objetivo y tuvieron que volver a la ciudad hasta recibir nuevas órdenes de embarcarse. Lo hicieron, pero nuevamente tuvieron que bajar hasta que al fin, el 10 de febrero lograron hacerse a la mar los siete buques que componían el convoy que tenía diversos destinos en Brasil.

<sup>149.</sup> El P. Carlos Arconato nació el 9 de mayo de 1607 en Castana, Pavía, ingresando a la Orden en Milán en 1623. Es decir cuatro años antes que Ripari. Hizo sus últimos votos en la reducción de Encarnación muriendo el 12 de noviembre de 1647 (Storni 1980: 19).

<sup>150.</sup> Según las fuentes consultadas (Leonhardt, Pastells, Storni y Molina) creemos que pueden ser Pablo Annestanti (1604-1656) de Terni y Sebastián Discreti (1605-1669) de Macerata.

<sup>151.</sup> ARSI, Paraq. 22 f. 6.

Tomaron rumbo a la isla Madeira y en la primera noche un corsario moro pretendió asaltarlos, pensando que no iban armados, como generalmente estaban los buques holandeses que llevaban trigo y otras mercaderías a Lisboa. Unos golpes de artillería, algunas persecuciones que se prolongaron hasta la siguiente mañana y el moro desistió de su intento.

En cuanto pasaron la isla, un fuerte viento los forzó tomar rumbo al este y luego con un cambio brusco lo hicieron hacia las Canarias, cuando presenciaron un eclipse de luna. El 21 de febrero avistaron la isla de Palma y la pasaron entre la isla Fierro en dirección a las islas de Cabo Verde. Se menciona como extraño, que el P. Ripari no señale ningún desembarco en una de estas islas pues era lo habitual.

Lo cierto es que saliendo de ellas era cuando comenzaban otros peligros. Las embarcaciones se distanciaron unas de otras al punto de perderse de vista. No llegaron a las islas de Cabo Verde pero las dejaron a la derecha, lejos de las costas brasileras por temor a los holandeses. El calor comenzaba a hacerse sentir por esta zona tórrida, provocando dolores de cabeza y de estómago. Pero en principio predominaba la tranquilidad, pasando el tiempo en la pesca de tiburones, que no se lo hacía para alimentarse sino como mera diversión, pues al abrirlos podían encontrar objetos insólitos.

Llegó el día de San José, cuando comenzó un fuerte viento que los llevó a la isla de Ascensión, ubicada en medio del océano. Allí sí comenta el P. Ripari que se detuvieron por unas horas y los marinos fueron a buscar peces. Una vez concluida la labor tomaron rumbo al río de la Plata. Fue entonces cuando comenzaron los vientos tempestuosos que hicieron retroceder la nave, recibiendo fuertes golpes de las olas y con ello produciendo un temor indescriptible. Fue entonces que, luego de intensos rezos, votos, penitencias, misas y ayunos, el P. Ripari bajó al mar una reliquia que tenía de San Francisco Javier y luego de tocar las aguas se calmó la tormenta. Esto Ripari no lo cuenta, sí lo hace Ferrufino, aunque no da el nombre del P. y lo repite del Techo (2005-1673: 634), dando a entender que quien lo hizo fue el P. Ripari.

Al llegar a la boca y a punto de entrar, un gran viento los arrastró hacia atrás y el piloto decidió ir al puerto de San Vicente en Brasil (Fig. 3) y pasar allí el invierno. Pero también llegar a este puerto supuso pasar nuevamente por grandes vicisitudes. El 18 de mayo llegaron a la cercana

isla de San Sebastián, "isla deliciosa y tranquila por cierto tiene un puerto muy bueno entre esa y tierra firme, en cual entramos para procurarnos de agua y lo demás necesario y fuimos recibidos por los habitantes portugueses con muy grande amabilidad" 152. Recibieron de ellos toda clase de alimentos, especialmente los de la tierra. La villa había sido fundada hacía poco tiempo con portugueses que huyeron de Pernambuco por las persecuciones holandesas. Cuenta Ripari que allí vivía un peltrero milanés llamado Bonete, con buena descendencia, que había llegado de pequeño a Brasil y tenía una importante propiedad en la isla.

El 22 de mayo partieron rumbo a San Vicente. Cuando se enteró del próximo arribo, el rector del Colegio de Santos, los fue a buscar con una pequeña embarcación "una canoa, especie de barco que emplean aquí en América en los ríos y en la costa del mar los indios y hombre blancos, todos de una pieza, cóncavos a la manera de una concha, pero largos y hondos conforme el árbol" 153.

La casa de los jesuitas era pequeña y sólo vivían cuatro PP. invadidos de la alegría de estos visitantes (Fig. 4). Pero el rector del cercano colegio de San Pablo, inmediatamente envió dos coadjutores para que vayan a buscarlos para pasar el invierno. El P. Ferrufino envió 15, de los cuales doce eran de los que tenían que terminar los estudios, más tres coadjutores, incluido allí Ripari. Algunos se quedaron en el colegio y otros fueron por los pueblos de indios de la zona a colaborar con los PP. que allí misionaban.

El trayecto de Santos a San Pablo, lo describe Ripari detalladamente. Fueron asistidos por alrededor de cincuenta indios que llevaban sus camas y equipaje. Incluso "para llevarnos en unas redes que ellos usan cuando estuviéramos cansados"<sup>154</sup>. Atravesaron montañas, selvas y pantanos, durmiendo en unas chozas que construían los mismos indios. Antes de arribar fueron a su encuentro varios estudiantes con algunos caballos. Cuenta que el trigo escaseaba y se comía un pan con harina de mandioca, aunque la carne era muy abundante. Pero le llamaba la atención ver a "tantos indios pobres y desnudos" que los portugueses "les hacen trabajar más de lo que los pobres pueden"<sup>155</sup>. Estaban acostumbra-

<sup>152.</sup> Ibid, f. 24.

<sup>153.</sup> Ibid, f. 26.

<sup>154.</sup> Ibid, f. 28.

<sup>155.</sup> Ibid, f. 30.

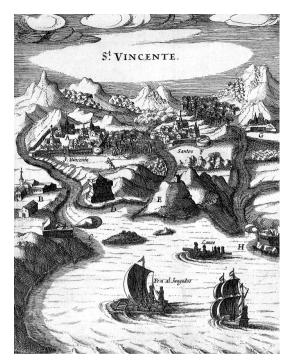


Fig 3. Puerto de San Vicente, Brasil.



Fig 4. Iglesia y Colegio do São Miguel da Vila de Santos (1585-1759) del pintor Benedito Calixto

dos a sólo buscar comida en la selva y esto los perjudicaba a tal punto que, ya por entonces muchos habían muerto por "los trabajos, sufrimientos y enfermedades". Así es como los portugueses sigue escribiendo Ripari- se internaron en las selvas del Guayrá en busca de mano de obra, "destruyendo 13 reducciones floradísimas de tres y cuatro mil indios cada una". Incluso por aquellos días habían partido de San Pablo a la selva 500 portugueses con indios y negros a la caza de indios para esclavizar. Y dice Ripari "cierta categoría de frailes (no quiero nombrar la religión, aunque aquí la cosa es pública), que los acompañan todavía en la búsqueda de indios para prendarlos".

El P. Ripari estaba siendo testigo de una de las páginas más cruentas de la historia de las misiones y su descripción de San Pablo es conmovedora "Este lugar de San Pablo es el refugio no solo de malvados de Brasil sino todavía de Portugal, donde mandan en exilio varia clase de gente malvada, y muchos que en el reino se judaizan, aquí la justicia no tiene mucho lugar y, como dicen, son casi rebeldes de otras partes de Brasil, donde los gobernadores, los cuales no pueden remediar a tantos inconvenientes para ser tierra muy lejana y a los confines de Brasil, que no se preocupa de las ordenes del rey ni de sus oficiales "156."

El P. Ripari promete hacer una relación detallada a los PP. de Milán, de todo cuanto estaba presenciando, como así lo hizo y nos ha llegado a nuestros días, aunque su texto permanezca inédito<sup>157</sup>.

En cuanto a su permanencia en San Pablo, parece que se hablaba mucho de la navegación a Europa y cómo hacerla mejor. Era un tema que "estaba en boca de todos" y el P. Ripari destaca algunas cosas interesantes de la manera de navegar más segura, con lo que incluso concluye su relación.

Sabemos por la relación del P. Ferrufino que estuvieron seis meses en Brasil, incluso que sus gastos fueron costeados por el rector del colegio de Río de Janeiro. Partieron del puerto de Santos por el mes de diciembre de 1636, llegando a Buenos Aires en la víspera de Navidad, luego de un largo y accidentado viaje de un año. Allí fueron recibidos por los PP. del colegio con mucha alegría como era habitual (Page 2000: 102).

<sup>156.</sup> Ibid, f. 33.

<sup>157.</sup> Breve relacione del statu temporale, edi la terra della Provinia del Paraguay, e della viceprovincia del Chile (Page 2007c: 14).

#### A modo de conclusión

Los viajes a América del siglo XVII fueron verdaderas odiseas, ante las dificultades propias que implicaban, por un lado lo desconocido y por el otro la tecnología de aquel tiempo. Normalmente se podía extender poco más de tres meses, pero dependía a su vez de la estación del año y los vientos que ella trajera, que era fundamental y único medio para mover estas naves.

La historiografía de viajeros es abundante, no tanto los textos referidos al viaje intercontinental por mar, y menos aún que de ellos se refieran los jesuitas de esta época. Pero es fundamental analizar dicha etapa dentro de la vida de los ignacianos que vinieron a América, pues comenzaba a partir de este viaje una de las historias más ejemplificadoras de la Humanidad.

Para la Provincia Jesuítica del Paraguay, y para el siglo XVII, sólo conocemos descripciones del viaje de Europa del P. Ferrufino, que fue el procurador que trajo al P. Ripari y además del relato anónimo de 1608, se encuentran los de los PP. Mastrilli (1628), Pastor (1648), Sepp (1691) y Fanelli (1691) (Page 2007b), además de los de Viana (1616) y García (1622) (Page 2008d). El relato inédito de Ripari fue escrito antes de arribar a su destino final que era Buenos Aires. Si bien él mismo dice que escribió otras cartas, ellas se encuentran perdidas o quizás ya no existan. Pero perduró este texto, redactado en San Pablo, luego de haberse ausentado de su patria hacía casi dos años. Tendrá la ocasión de volver a escribir otro extenso e importante texto describiendo la provincia e incluso delinear un mapa de la misma. Pero su permanencia en tierras americanas fue fugaz ante la muerte que le esperaba en las manos de los temibles indios chiriguanos.

En su texto de viaje desborda el entusiasmo del joven misionero por alcanzar lo tan deseado y esperado. Aquello que con noticias no muy precisas fue armando en su mente y poniendo su esperanza de vida en la entrega que hicieron estos jóvenes, dispuestos a ceder alma y cuerpo por un ideal que era iluminado por una profunda fe religiosa.

Como todos los italianos, e incluso los jesuitas oriundos del norte de Europa, van a partir generalmente del puerto de Génova para cruzar el temible Mediterráneo y llegar a la península ibérica. Allí comenzaba la larga espera para embarcarse a América, que se matizaba con la continuidad de los estudios religiosos e incluso de la lengua castellana, y en ocasiones también la de los naturales. Los peligros del océano son contados por Ripari en detalle, reluciendo el devenir del relato en emotivas pinceladas que pretendimos aquí recordar, sumadas a sus impresiones sobre San Pablo y el pavor que le causará la realidad que se vivía con los indios.

# 5. MARTÍN LÓPEZ. Los estancieros y el recuerdo a un hermano coadjutor

#### Los Padres estancieros

En las Cartas Anuas que los provinciales remitían periódicamente al general de la Compañía de Jesús, encontramos los más remotos testimonios en cuanto a la adquisición de estancias, destinadas a solventar los gastos de los primeros emprendimientos de los jesuitas en la Provincia del Paraguay. En la tercera de ellas, firmada por el P. Diego de Torres el 23 de diciembre de 1610, se comenta que había persuadido al P. rector del recientemente creado Colegio Máximo, de formar una estancia de ganado (Leonhardt 1927: 93). Unos años después, en 1618, su sucesor el P. Pedro de Oñate hace referencia a que el sacerdote secular Alejandro Osma donó su hacienda para la fundación del colegio de Salta (Leonhardt 1927: 121). También y en esta misma Anua se refiere a la adquisición de una estancia en Santa Fe con tres mil cabezas de ganado. Lo propio sucedía en Mendoza donde doña Inés de Carvajal aportó con su esposo el solar para la iglesia y el colegio, además de una estancia y chacras (Leonhardt 1927: 161). En la por entonces jurisdicción de Santiago del Estero (hoy Catamarca) adquirieron por donación del obispo Trejo la hacienda de Quimilpa, en Tucumán una buena estancia de yeguas, en Buenos Aires una estancia de ganado mayor y menor para sustento del Colegio (Leonhardt 1927: 174 y 199), en Asunción obtuvieron primero una chacra y luego la famosa estancia de Paraguarí. También y cercana a esta última, en la zona del Guayra, los PP. entablaron en 1613 una estancia con "un rebaño de ganado vacuno, la plantación de una viña, y otra de caña de azúcar, la cual se beneficia por medio de un trapiche" (Leonhardt 1927: 341). En principio las estancias de los indios fueron comunes para el usufructo de todos los pueblos, hasta que cada uno tuvo la suya, incluso pueblos no guaraníes.

Es así que van apareciendo los primeros núcleos rurales. Empresas que son en cierta forma promovidas desde las mismas *Constituciones* de la Compañía de Jesús del siglo XVI y el resto del planeamiento organizativo del Instituto concluido alrededor del 1600, bajo el generalato de Claudio Aquaviva. Se señala que cada Colegio, además de contar con un monto establecido para su fundación, debía estar preparado para afrontar sus futuras necesidades y tener un administrador de sus bienes. A este funcionario se lo llamó Procurador que, etimológicamente, significa: el que provee o cuida a otro, es decir un ecónomo o gerente de negocios. El Procurador tenía que proveer al Colegio de mercaderías temporales, llevar libros de cuentas, como de recibir ingresos en dinero y artículos que intercambiaban entre colegios y reducciones.

Ellos estaban para cada casa y colegio, para las estancias, para los bienes comunes de la Provincia y para los intercambios necesarios con Europa. Este último cumplía la doble función de reclutar misioneros para su Provincia. Pero los que más contribuyeron para el adelanto material fueron los procuradores de puerto y los procuradores de estancias. Los primeros se ubicaron primeramente en Santa Fe y luego en Buenos Aires. Eran los llamados procuradores de misiones, a los que se refiere Pablo Hernández SJ, escribiendo que "al principio toda la yerba tenía que ir a Santa Fe; y así allí se hubo de poner un P. procurador de las misiones, que se encargase de reducir a plata la yerba y efectos que venían en nombre del pueblo, de pagar el tributo en plata a los oficiales reales, y de comprar los géneros que el pueblo pedía y entregárselo a los indios para que los llevaran de tornavuelta. Más tarde fue necesario poner otro en Buenos Aires con cargos semejantes, sin que conste de las fechas exactas en que empezaron estos procuradores" (Hernández 1913 (1): 242).

Sobre los PP. estancieros se refiere elocuentemente el P. Gregorio Orozco en la Carta Anua del periodo 1681-1692 cuando escribe "depende tanto de lo temporal, asi de este colegio, como de los demas, el bien de tantas almas, que se perdieran sino fuera por los sujetos que en ella se alimentan. Ninguno de los colegios tiene renta que tenga estabilidad, todo depende del trabaxo, y asistencia de alguno de los padres o hermanos que se aplican a cuidar de las haciendas, no sin mucha fatiga, y afán porque como depende el mantenerlas de gente por la maior parte asalariada, que son indios, mestizos, y mulatos, gente sobre manera inconstante, tiene bastante que ofrecer a nuestro Señor. Los que con ellos tratan para mantenerlos en las haziendas". Agrega seguidamente que "De aquí es que los sujetos que aplican su solicitud, trabaxo e industria para mantenerlas no sin mucha razón pueden merecer el renombre de insignes benefactores de la Compañía porque el ornato, y culto de los templos, ya el sustento y vestuario de los sugetos, ya lo material de los edificios, y los abios para los dilatadisimos viajes que ay en esta Provincia, y lo que mas es el excesivo gastos que los padres procuradores generales que ban a Roma hazen en conducir sujetos para esta provincia no depende de otra renta que la que se adquiere con sudor del rostro. Este es el fruto principal y la mas segura finca de esta provincia"158.

En las estancias había generalmente dos jesuitas. Uno encargado del aspecto administrativo o temporal y otro de la parte doctrinaria o espiritual. El primero, comúnmente llamado padre estanciero o procurador de estancia era -según lo ordenado por el P. general- el superior y como tal debía ser respetado por todos mientras estuviese en ella. En tanto que los capellanes o doctrineros cuidaban del aspecto religioso, no debiendo inmiscuirse en lo temporal, aunque de hecho hubo una total complementariedad de labores.

El oficio, cargo o empleo de estanciero era desarrollado generalmente por los *hermanos coadjutores*, es decir los que cursaban el Noviciado pero que habían desechado hacer la *Scholastici*, es decir los que luego emprendían los estudios de filosofía y teología y adquirían el grado de *professus* y más adelante el de *coadjutores espirituales*. Pues entonces el primero, es decir el coadjutor o hermano laico, era la herramienta de gestión económica (Colmenares 1998: 11). Hasta la segunda o

tercera década del siglo XVIII los PP. estancieros –según comprobamos en los mismos libros de cuentas- eran sacerdotes de ciertas luces o prestigio intelectual, como que en algún momento se desempeñaron como catedráticos e incluso como rectores de colegios. Luego fueron HH. coadjutores, pero nunca se otorgó la tarea de administrar bienes a seglares, ya que se desconfiaba de ellos (Page 2001b: 148).

Los padres o hermanos estancieros tenían como finalidad administrar los establecimientos rurales, siendo no poca la responsabilidad que asumían, por el hecho de que las estancias constituían el sustento económico de gran parte de las actividades de los jesuitas.

Aparentemente más hábiles en las cuestiones del trabajo, los estancieros "dirigían a los indios asalariados y a los muchos más numerosos esclavos negros que poseían, conduciéndolos a las múltiples actividades que debían desarrollar" (Page 1998). El P. Gracia (1940: 371) define al estanciero, escribiendo que "Este por necesidad, reunía en su sola persona muchas actividades; era pues herrero, e instalaba fraguas, fabricando arados y ruedas, clavos, rejas... era carpintero empezando desde el corte de los árboles... era tejedor y montaba telares en los obrajes, era albañil, pintor, hortelano... y a fuerza de paciencia, constancia, y sobre todo con grandísima abnegación -que solo podía nutrir la vocación religiosa- los yermos se trocaron en zona de cultivo, donde alternaban las cosechas, y donde los arroyos, acequias y tornas, nos han dejado un testimonio mudo, pero elocuente, de un trabajo cual no se podía esperar de su época".

# Una galería de personajes ilustres

Podríamos exhibir una amplia lista de estancieros destacados siguiendo los obituarios de las Cartas Anuas. Tomaríamos como ejemplo y para comenzar, al P. Francisco Jiménez, quien como expresa el documento escrito un año después de su fallecimiento "Fue enviado al Paraguay, a gran provecho de aquellas misiones, desplegando él allí todos sus dotes naturales para adelantarlas. Siendo absolutamente necesario acostumbrar a los indígenas, recién sacadas de las selvas, al trabajo, para que procurasen su sustento, y para que, por la ocupación, no tuviesen tiempo para la maldad, puso él mismo mano a la obra, aunque antes nunca

acostumbrado a tales trabajos, y guiándole únicamente su propia inteligencia. Así construyó casas, fabricó carretas para los neófitos, que nunca habían visto semejantes aparatos, labró la tierra con el arado y echó la semilla, para que los indios hiciesen otro tanto. Hasta se hizo domador de caballos, enseñando a ensillar y andar con ellos. Otra vez dirigió un gran rodeo de animales vacunos o cimarrones en frente de una multitud de indios, afuera en los vastos y fértiles campos de pastoreo, a muchas leguas de distancia. Dios bendijo el trabajo, logrando el padre con su comitiva juntar unos veinte mil reses, y conducirlos a las dehesas destinadas para ellas; por lo cual quedó asegurado en adelante el sustento de las reducciones". Fue trasladado para enseñar teología en Córdoba y murió en Buenos Aires el 10 de mayo del 1668, cuando contaba con 65 años de edad, habiendo estado 51 años en el Instituto<sup>159</sup>.

No sólo se procuró comida para los indios, sino también vestido. En las Anuas de 1650 se menciona sobre Yapeyú que "Resultó de la modesta siembra de algodón una cosecha tan abundante, que bastó para hacer de los tejidos de este algodón ropa para tres mil habitantes" 160. Además en Loreto había abundante algodón, como manifiesta la necrológica del H. Antonio Palerm, quien profesó allí sus últimos votos e hizo construir su templo. A su vez "Hizo labrar la tierra con el arado, para una extensa plantación de algodón, teniendo así el pueblo no sólo comida abundante, sino también materia prima para ropa" 161.

De la reducción vecina de San Ignacio se menciona que a los que lograron escapar de la peste de 1665 "hubo que repartir ropa para cubrirse; a este fin contribuyeron los pueblos vecinos con 4.000 varas de paño de algodón". Agregando luego "Para prevenirse de estas graves calamidades, se ha comprado, con gran sacrificio, por nuestros padres, una estancia de ganados, por la cual hay esperanza de que ya no habrá estos frecuentes

<sup>159.</sup> BS, Cartas Anuas 1668, Estante 11, f. 166. El padre Storni menciona que nació el 12 de noviembre de 1602 en Villarobledo, ingresando a la Compañía en 1619 y llegando a Buenos Aires cuatro años después (Storni 1980: 149). Una biografía del padre Jiménez fue incluida en las *Décadas* del padre Nicolás del Techo (1759: 360-363).

<sup>160.</sup> BS, Cartas Anuas 1650-1652, Estante 11, f. 7.

<sup>161.</sup> Ibid, f. 45v. El H. Palem nació en Pala de Mayorca en 1602. Ingresó a la Compañía de Jesús en la provincia de Aragón en 1624 y llegó a Buenos Aires cuatro años después. Falleció en Encarnación de Itapúa en 1665 (Storni 1980a: 212).

hambres en el pueblo; además se comenzó una gran plantación de algodón, por lo cual los indios se proveerán de ropa "162.

Por otra parte para prevenir las borracheras de los indios salvajes, era importante proveer a los indios reducidos de la "yerba mate". En estos primeros tiempos se la buscaba todavía en lejanas selvas vírgenes, hasta que entrado en el siglo XVIII, cada pueblo tuvo su propio yerbatal plantado cerca de cada uno de los mismos. Al respecto se escribe de los misioneros en la Carta Anua de 1667 "Auméntase el trabajo por su vigilancia sobre las expediciones de los indios a los yerbales, ya muchas veces mencionados, cuyo producto hay que despachar por el río, a las ciudades de los españoles, para poder pagar el tributo de un peso por cada cabeza" 163. De lo sobrante se compraban otros objetos que faltaban en las reducciones, en especial los destinados al culto. Esta era la ocasión de disgustos con españoles.

Ya vimos en el caso del P. Jiménez –como en muchos otros- la importancia que tienen las necrológicas de las Cartas Anuas. De tal forma podemos seguir rescatando del olvido a varios otros estancieros que constituyeron un verdadero ejército al servicio de la Compañía de Jesús.

La Carta Anua de 1667 trae la necrológica del H. Benito Panis (1583-1667). Era francés, ingresó a la Compañía de Jesús de España como sastre de profesión. Llegó al Paraguay con la expedición del P. procurador Francisco Vázquez Trujillo en 1621, por especial encargo del P. general, como dicen las Anuas, las cuales continúan expresando que: "Los gloriosos sudores de este hermano, acostumbrado al trabajo, derramados en las misiones y colegios, han contribuido mucho a su prosperidad, como lo experimentó en especial este de Córdoba del Tucumán, cuyo estado material se mejoró grandemente por la industria de este hermano, invertida tanto en las estancias como en casa "164". El H. Benito murió en Córdoba a los 87 años de edad.

En la misma Anua se menciona la muerte de otro destacado estanciero, el H. portugués Juan de Acuña (1612-1667). Ingresó en la Compañía en 1636 teniendo a su cargo, casi durante toda su vida, la administración espiritual de las quintas y estancias, tanto de Córdoba, como

<sup>162.</sup> Ibíd, f. 147.

<sup>163.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1667, Estante 11, f. 162.

<sup>164.</sup> Ibíd, f. 158

de los otros colegios. Murió a la edad de 56 años cuando fue llamado desde su residencia en la estancia de Jesús María para asistir a un moribundo a 14 leguas de su casa <sup>165</sup>.

En la Anua de 1659 a 1662 se menciona la necrológica del H. también portugués, Antonio Bernal (1582-1661), el conocido militar que ingresó a la Compañía y tuvo una participación especial en contra de los bandeirantes paulistas. Pero también en las misiones "fue el primero que allí introdujo la caballada y la ganadería, la cual prosperó, gracias a su industria, en adelante muy maravillosamente, proporcionando a los indios y sus misioneros abundante sustento" 166.

Efectivamente unos años antes, en 1634, el P. general Vitelleschi concedía autorización para fundar una estancia exclusivamente para las reducciones guaraníticas.

Uno de los primeros estancieros de Córdoba fue el H. Juan Díaz. Lo fue en tiempos difíciles donde las pestes y enfermedades que asolaron la Provincia comenzaron en 1634 y se prolongaron por dos años. "Y la muerte a hazer su oficio llevándose mucha gente, y a veces casas enteras sin perdonar a nadie quiso nuestro Señor coger en cassa la cosecha sasonada de los nuestros, llevándose para si y a mejor vida los que hallo dispuestos y llenos de meritos para darles el premio de sus trabajos". Era el tifus y el sarampión que "Comenzaron primero unas recias callenturas, y dolores de cabeza con temblores del cuerpo, que los naturales llamaban chaualongo y después se continuaron unos recios tauardillos, y últimamente un cruel sarampión" (Leonhardt 1929: 458). La peste causó la muerte de españoles, negros e indios de Córdoba y sus inmediaciones. Además de la gente de servicio fallecieron cuatro jesuitas que se contagiaron tratando de ayudar a los enfermos. Eran el H. portugués Manuel Sosa, el anciano médico Blas Gutiérrez, el sacerdote napolitano y profesor de la universidad César Graciano, y el estanciero Juan Díaz.

La casa de los jesuitas se había convertido en un verdadero hospital. El primero que murió fue el H. Juan, quien había nacido en Baeza en 1582, ingresando al Instituto en 1607 y arribando al puerto de Buenos Aires en el verano de 1617 (Storni 1980a: 83). Llegó a Córdoba junto con la expedición del P. Juan de Viana, quien había sido elegido procurador a

<sup>165.</sup> Ibíd, f. 159

<sup>166.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1659-1662, Estante 11, f. 96.

Europa en 1614. Volvió en el verano de 1617 con muchos extranjeros que castellanizaron sus apellidos para poder ingresar a América, pues no lo podían hacer por disposición real. Entre los compañeros de viaje figuró el mártir Alonso Rodríguez.

Señala el provincial Diego de Boroa en la noticia necrológica del H. Díaz que "trabajó muchísimo en orden a entablar las chacras, y haciendas con que se pudiesen sustentar los nuestros en este colegio, el qual como no tiene fundación alguna, y todo el sustento y gasto pende del cuidado de los nuestros". De esta manera el H. Díaz se puso al frente de los flamantes emprendimientos que facilitarían el sustento de la educación en Córdoba. Lo hizo con fervor y celo, para lo cual "trabajó incansablemente y asistiendo personalmente en las haciendas, y haciendo officio de procurador así del colegio como de la provincia y acudiendo a los demas oficios que le ordenaba la obediencia con puntualidad y satisfacción".

El H. Díaz se ocupó con suma edificación del cuidado vigilante de realizar sus Ejercicios Espirituales, destacándose en los días de fiesta y domingos en darle la doctrina cristiana a la gente de servicio de la estancia. De tal manera que acordó con los superiores "le hiciesen una capilla donde se dixesse missa y se enseñasse la doctrina a la gente de servicio que avia en las haciendas como se hiço".

Cuatro meses antes de su muerte, se enteró de su enfermedad mortal, y a partir de entonces se entregó con devoción a permanecer casi todo el día en la iglesia, visitando al Santísimo, ayudando o escuchando misa. Pues como él decía "quería oir tantas missas como dias avia vivido" (Leonhardt 1929: 458 a 460). Padecía de tabardillo, como se llamaba entonces al tifus, enfermedad incorporada por los españoles, trasmitida por el piojo. Finalmente le privó de sus sentidos y le quitó la vida temporal, falleciendo el 28 de diciembre de 1636.

Siguió su trágico camino el H. Gabriel Brito, nacido en 1612 en Villarrica, Brasil y fallecido en Córdoba dos años después que el H. Díaz. Ingresó en la Provincia del Paraguay en 1632. Dice su carta necrológica que luego de ser por breve tiempo maestro de primeras letras "En Córdoba se le encargó la administración de la estancia". Agregando "En su nuevo oficio le sorprendió el común contagio de viruela que estaba desbastando la región de Córdoba. Se había retirado Gabriel al colegio para hacer sus Ejercicios Espirituales anuales. Los hizo con tal fervor, como si hubiera presentido su cercana muerte. Volvió al campo y allí asistió a los

muchos obreros enfermos, atacados por la peste, hasta que la enfermedad lo atacó a él mismo" (Maeder 1984: 40-41).

La estancia de Santa Catalina, también en Córdoba, tuvo análogos acntecimientos. Para ella se adquirieron por la época 25 esclavos, en reemplazo de otros tantos, muertos por la viruela. Pero todos fueron atacados v su ranchería se convirtió en hospital, sirviendo a ellos de enfermeros los mismos PP., con gran humildad y caridad. Murió en la misma estancia el coadjutor madrileño Manuel Navarro (1670-1728), el cual la había administrado con gran esmero por espacio de 26 años, y esto entre muchas privaciones. Había vivido cuarenta años en el Instituto y treinta en el Paraguay, habiendo entrado en la Provincia de Toledo en 1688. A su habilidad y trabajo se debía el abundante sustento de los moradores de esta casa. Era muy cumplido en los Ejercicios Espirituales, aunque a veces abrumado de trabajo. Tenía un corazón muy compasivo con los pobres y afligidos, cuidando mucho del bienestar de la servidumbre, esmerándose con gran solicitud en corregir sus costumbres. Como supo juntar la bondad con la seriedad, sucedió que todos le amaban y respetaban al mismo tiempo.

Tan querido fue este coadjutor que provocó en sus pares profundos lamentos al ver que se les moría. Con increíbles señales de dolor, todos acompañaron sus restos a la ciudad de Córdoba. Estaba muy bien preparado Manuel para su viaje a la eternidad, acordándose mucho de la muerte en los dos últimos meses, repitiendo en reiteradas ocasiones que se iba a morir, como así sucedió el 6 de mayo de 1728, a la edad de 58 años<sup>167</sup>.

Otra necrológica de un H. estanciero la trae la Carta Anua del periodo 1714-1720. Se llamaba Antonio Martínez (1685-1718) y era oriundo de Salamanca. Murió muy joven, luego que había sido enviado a la estancia de Santa Catalina para ayudar a indios y morenos que estaban siendo diezmados por una terrible epidemia que le arrebató la vida junto al P. Antonio Torquemada, por entonces rector del Convictorio 168. Otro H. llamado igualmente Antonio Martines (1614-1685), aunque portugués de origen, también fue un destacado estanciero. Llegó de niño a Buenos Aires donde ingresó al Instituto, siendo su maestro de novicios el P.

<sup>167.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1720-1730, Estante 12, f. 15v.

<sup>168.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1714-1729, Estante 12, f. 335v.

Francisco Vázquez de la Mota, uno de los primeros jesuitas del Paraguay, muerto en 1666. Hasta su avanzada edad el H. Antonio se desempeñó como hortelano y estanciero de varios colegios. Murió en Santiago del Estero a los 74 años de edad<sup>169</sup>.

Volviendo a Córdoba y a la estancia donada por Duarte Quirós a fines del siglo XVII, ya mencionamos en la biografía del P. Gazolas al H. Montijo quien cuidaba de la estancia de Caroya.

Finalmente citaremos a otro coadjutor estanciero mencionado en las Anuas de 1689-1700. Se llamaba Diego Vidal, muerto en Itapúa en 1699 a los 86 años. Era andaluz y vino en 1636 con el P. Ferrufino. Trabajó como estanciero en Jesús María y Alta Gracia, de Córdoba; en Silipica, Santiago del Estero; en la estancia de los indios Lules en Tucumán; en la de San Lorenzo del Paraguay y en la estancia común de los indios guaraníes<sup>170</sup>.

Pero en medio de estos memorables retratos, y quizás el más destacado de todos pues fue mencionado con excepcionales consideraciones por los PP. generales en sus cartas a los provinciales, e incorporado en una de las biografías del padre Orosz, fue el P. Martín López, quien formó y administró la estancia de San Ignacio en Córdoba. Importante establecimiento que tenía por objetivo solventar los gastos de la práctica de los Ejercicios Espirituales en la Provincia (Page 2001b: 147-157).

### La cadena de mando y sus instrumentos

En la conformación del sistema económico jesuítico fue muy importante la estructura de gobierno piramidal, de donde emanaban instrucciones diversas que se cumplían con regularidad. Esta relación indudablemente fue uno de los más importantes fundamentos para que la empresa económica funcione. Las cartas de los generales, dirigidas a los provinciales constituyen documentalmente, el primer nivel en esta escala de mando. Seguirán los memoriales de los provinciales que mantendrían aún una más estrecha comunicación con el resto de los responsables, es decir, rectores de colegios, estancieros, entre otros.

169. Ibid, Cartas Anuas de 1681-1692, Estante 11. 170. Ibid, Cartas Anuas 1689-1700, Estante 11, f. 61.

El P. general estaba al tanto de todo lo que acontecía en cada reducción, colegio y estancia. Para ello recibía las Cartas Anuas, además de variada correspondencia de los miembros del Instituto, y los informes que personalmente suministraban los procuradores que viajaban periódicamente a Europa.

No dejaba entonces de hacer habituales recomendaciones sobre todos los temas, donde no quedaba excluida la relación de las estancias con los colegios. De todas formas quien era responsable de las compras y ventas era el provincial con la anuencia de los Consultores Ordinarios y ad graviora (Page 2008b).

El P. provincial redactaba como instrumento de mando el memorial que dejaba al estanciero generalmente luego de alguna visita. Eran una serie de instrucciones referidas al mejor funcionamiento del establecimiento. Los temas son variados aunque predominan los referidos a las construcciones, desde reparar goteras a levantar nuevas habitaciones. También se hace referencia desde limpiar la maleza de la huerta hasta el traslado de ganado o granos al colegio. Desde recordar llevar bien las cuentas y no vender ni comprar nada sin autorización, hasta no prestar libros. Desde el buen adoctrinamiento de indios y de negros, hasta el traslado de estancieros y arquitectos.

De tal forma que, en base a la experiencia acumulada y sucesivas disposiciones de los PP. generales o bien con las expresas órdenes transmitidas por los PP. provinciales o los mismos visitadores, elaboraron instrucciones o reglamentos generales para el funcionamiento de las estancias. También lo hacían para las que se encontraban en las misiones y en este caso son ejemplo de ello las "Ordenaciones del P. Diego de Boroa" de 1638, o el "Compendio de órdenes de los provinciales Torres, Oñate, Durán, Vázquez Trujillo" o las "Órdenes que el provincial Juan Pastor ha puesto en la Provincia del Paraguay". En las misiones se llevaba un Libro de Ordenes referido "a la educación de los indios en lo espiritual, político, económico, y militar, y todo él estaba compuesto por fragmentos de cartas de provinciales o de superiores de doctrinas, reprobando algunos abusos, disponiendo algunas prácticas o prohibiendo algunas otras. Cada semana, así el Cura como su Compañero, y demás PP., que hubiese en el pueblo, debían reunirse y leer en alta voz, durante media hora, las órdenes contenidas en este volumen" (Furlong 1978: 266).

Este tipo de disposiciones para las estancias, también las vamos a encontrar en otras regiones de América. Efectivamente en 1950 François Chevalier (1950) publicó un manuscrito anónimo mejicano, que hacía referencia a una serie de instrucciones impartidas a los administradores de las estancias jesuíticas de Nueva España. Consideramos que éstas tuvieron muy similar acatamiento, por lo menos en gran parte de sus aspectos generales, tanto en México como en Argentina. En el extenso documento, que Chevalier estima puede ser no anterior a 1722 o 1723, se mencionan unas anteriores instrucciones del P. general Claudio Aquaviva (1581-1615) redactadas para las estancias del Instituto donde se hace referencia al buen gobierno, tanto en lo referente al culto como a la conducta que debían asumir los trabajadores, la relación con vecinos y la mejor manera de utilizar el suelo. El documento incluso cita anteriores instrucciones, hoy perdidas, dictadas por el P. provincial Ambrosio Odón para los ingenios azucareros del Colegio Máximo de México a fines del siglo XVII.

Estas instrucciones no dejan de tener especial similitud con las que en Lisboa se publican en 1711 sobre la ganadería y fabricación de azúcar en el Brasil, que escribe un jesuita portugués. También pueden ser comparables con las instrucciones del Perú que publica Pablo Macera.

Para la Provincia del Paraguay vamos a encontrar las instrucciones del P. Andrés de Rada, consideradas por Furlong como "la carta magna de los estancieros" (Furlong 1962b (1): 384-389 y Cushner 1983) y las de Antonio Garriga<sup>171</sup>, referidas sobre todo a las prohibiciones en el comercio. Finalmente también podríamos agregar los consejos que el P. Antonio Sepp dejaba a los novicios en 1732, un año antes de su muerte.

En medio de las dos instrucciones, la de Rada y de Garriga, y durante el provincialato del P. Lauro Núñez (1692-1695) se copiaron en un solo texto varios preceptos de diversos antecesores, a fin de que no se descuidara su particular acatamiento. Se refieren a las órdenes de los PP. provinciales Agustín de Aragón (1669-1672), Cristóbal Gómez (1672-1676), que dejaba escrito en diciembre de 1673 después de asesorarse con sus consultores, las de Diego Francisco Altamirano (1677-1681) en carta del 7 de noviembre de 1679 confirmada por el general Pablo Oliva dos

<sup>171.</sup> La mayoría de la nutrida documentación que dejó el P. Garriga las transcribe Bernardo Ibáñez de Echavarri en su apéndice, cuyo manuscrito se encuentra en la Biblioteca de San Estanislao de la residencia jesuítica de Salamanca.

años después y las de Tomás Donvidas (1685-1689) acatando lo mandado por el general Tirso González (Page 2008b).

Las órdenes del P. Rada, compuestas por 21 artículos o apartados, mantuvieron su vigencia durante casi cien años. Da cuenta de esta afirmación el P. provincial José de Barrera cuando visitó la estancia de Alta Gracia en diciembre de 1753. Menciona las instrucciones del P. Rada que debían leerse una vez por mes ya que su "observancia encargo en esta ocasión como muy importante para el buen regimen de nuestras estancias" 172.

Toda la actividad económica debía ser cuidadosamente registrada en libros contables. Así lo señalan las Ordenaciones del P. Andrés de Rada de 1663 en un extenso articulado dirigido a los estancieros, que "Para que conste del util de la hacienda, el que cuida de ella, ha de tener el libro, que dejó encargado el Padre Rector con la división necesaria, para que haya la claridad que conviene" (Furlong 1962b: 368). De tal forma que los estancieros debían llevar un libro dividido en dos partes, una anotando las entradas y otras las salidas; otro libro de caja también dividido en dos partes; otro de las siembras y cosechas de cada año; otro de asiento de trabajadores o conchabados donde anotaban el nombre, fechas en que trabajaron y el salario; otro de inventario general de la hacienda; otro de índice de mercedes y títulos de tierras; otro donde asentar los deudores y acreedores y otro donde se junten todo tipo de papeles sueltos como recibos, vales, e incluso los memoriales de los superiores. Estos libros no debían ser mostrados a ninguna autoridad del gobierno que eventualmente llegara para inspeccionar, debiendo remitirlos a la Procuraduría General de Provincia.

Los libros de cuentas de las estancias no fueron pensados para contabilizar las ganancias o pérdidas de las mismas, sino que deben entenderse como libros en los que se asentaban los artículos que el colegio enviaba a la estancia y los que la estancia enviaba al colegio, funcionando como un sistema económico en conjunto y no individual.

Como afirma Cushner, los métodos contables usados por Colegios y cualquier otra empresa jesuita del Tucumán, seguían estrictamente los mis-

<sup>172.</sup> Museo Histórico Nacional Casa del "Virrey Liniers" (MHL). Libro de la estancia de Alta Gracia. 2da parte Lo que la estancia remite al Colegio y lo que en ella se gasta, f. 237. El museo atesora desde 1974 una serie de siete libros antiguos y de esta naturaleza, de los que se despojaron los jesuitas de San Miguel luego de la muerte del P. Furlong (Page 2002b: 241-250).

mos procedimientos empleados en Perú y en Quito (Cushner 1983: 114). Estos métodos también se aplicaron en las estancias jesuíticas de Méjico, tal como lo consigna François Chevalier en las instrucciones dejadas para las haciendas de ese país. Incluso en el reciente libro de Carbonell de Masy, un capítulo entero está dedicado a la contabilidad de las misiones de indios guaraníes, donde también se coincide con el método. De tal forma que también en las misiones y desde la Congregación Provincial de 1637 se dejó establecido, que "Todo se escriba en un libro aparte de entradas y salidas con su cuenta y razón para que siempre conste y lo vea el Superior y el Provincial cuando visitan" (Carbonell de Masy 1992: 233-266).

La necesidad de llevar adelante una administración contable de las estancias nos exime de comentario ante la magnitud de semejantes empresas. Tener un sistema de información sobre las posesiones del Colegio requería un cuidadoso manejo financiero, de coordinación y a veces de cooperación. Para ello los inventarios o estadísticas, las entradas y salidas debían anotarse en forma precisa para asegurar que las decisiones económicas fueran correctas. Pues, todas estas actividades las realizaban los sacerdotes o coadjutores estancieros.

### Otras actividades de los Padres

Finalmente es preciso consignar el ministerio de las misiones rurales que asiduamente practicaban desde los primeros días. Testimonio de ello nos dejó el P. Torres en la primera carta Anua de 1610 manifestando que, además de contar que las hacía él mismo, junto al P. chileno Martín Alonso Aranda Valdivia, se realizaban a pie no apartándose mucho de los puestos y en grupos de dos sujetos quienes sólo contaban con "sus fresadillas que llevaban en una pobre cabalgadura con el ornamento" (Leonhardt 1929: 8).

Fueron sumamente significativas las salidas apostólicas de los hijos de San Ignacio, realizadas durante las vacaciones, y ocasionalmente en otra fecha del año. Las hacían porque eran conscientes que los párrocos no podían atender como debían la creciente población rural. Juntaban un grupo de personas y durante todo el día se les leía el catecismo y se les oficiaba una misa, se bautizaba a los nacidos el último año y eventualmente hasta se bendecían los matrimonios. La tarea de los misioneros no

se limitaba a lo pastoral sino que ayudaban en las labores del campo o trataban de solucionar problemas domésticos (Peña 1997: 291).

A veces eran realizadas por los profesores de teología e incluso por los mismos superiores. Tenían un éxito importante, ya que cuenta el provincial Simón de Ojeda en las Anuas de 1658-1660 que en una sola salida hubo 1340 confesiones<sup>173</sup>.

Para fines del siglo XVII el diagnóstico que hacían los jesuitas para los alrededores de Córdoba era que contaban con un gran número de estancias donde "Los más de los españoles viven en ellas casi todo el año con toda su familia y los que más ordinariamente transitan en las ciudades tienen en las estancias la gente de su servicio, como son negros, indios, mulatos, y a veces algunos mestizos para la guarda y cultivo de sus haciendas. Lo mas ordinario de esta gente es no oir misa en todo el año, sino es los que estan cerca de la ciudad, o de alguna capilla o ermita, donde se celebra" 174.

En la Anua que escribe Lozano y firma el provincial Jaime de Aguilar en 1735, se señala que "salen nuestros padres cada año dos o tres veces, muy difíciles, por tupidas selvas, empinadas montañas, escarpadas rocas, sirviendose ahora de una carreta agreste, o de un jumento, o andando a pie, cada vez por unas 200 leguas (u 80 millas itálicas), hasta volver a casa. Dura dos o tres meses cada una de estas misiones rurales, y por todo este tiempo carecen de las comodidades del colegio en lo referente a manutención y alojo, viviendo en cada lugar, donde se detienen, bajo el toldo de campaña, único abrigo durante las molestias de viaje. Hay que añadir a todo esto el inminente asalto de los indios infieles, los cuales infestan hoy día con sus invasiones toda la provincia del Tucumán, y son enemigos jurados del nombre cristiano "175."

De esta manera los estancieros participaron en estos ministerios en no pocas ocasiones. Eran los que dirigían el bienestar espiritual y material de los obreros: indios en las estancias de las misiones y esclavos africanos en las de los colegios, extendieron su actividad como capellanes campestres a los habitantes dispersos de la comarca. Así por ejemplo en la Carta Anua del periodo 1628-1632 de la estancia de Santiago del Estero "En Quimilpa, que es una hacienda nuestra, 30 lenguas distante de la ciu-

<sup>173.</sup> BS, Cartas Anuas 1658-1660, Estante 11, f. 71.

<sup>174.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1689-1700. Estante 11, f. 12.

<sup>175.</sup> Ibid, Cartas Anuas 1730-1735. Estante 12, f. 1 y 1v.

dad ha estado ordinariamente el padre Antonio Macero con un hermano que la tiene a su cargo, y como está en continua misión, porque toda la gente de aquella comarca, que es muy necesitada, acudía a él aunque tuviere a mano su cura, y se han impedido muchas borracheras y otros pecados publicos. Salía también a confesar los enfermos distante de 6 y 8 leguas" (Leonhardt 1929: 392).

También de la estancia del colegio de Asunción se menciona "A los indios de fuera del pueblo se les ha acudido con algunas misiones, y a ellos y a los españoles que viven lo más del año en el campo, con una continua misión en la heredad o chacra del colegio, a donde va yn padre cada 15 días, y se llena la iglesia que es muy capaz de gente" (Leonhardt 1929: 429).

Son numerosas las descripciones de estas misiones, prácticamente no faltan en ninguna Anua. Por ejemplo en la de 1650-1652, escrita por el P. Juan Pastor, se menciona que "está la región de Córdoba llena de quintas campestres, hasta una distancia de ocho, diez, veinte y más leguas; las más de las veces pobladas con las familias de la ciudad, y siempre con numerosa servidumbre y con negros. Así es, que nuestros Padres estancieros son llamados muchísimas veces afuera para ejercer los ministerios acostumbrados de la Compañía." Más adelante da un ejemplo "Mencionaré solo unos pocos casos interesantes, para que se tenga una idea de esta clase de trabajos. Fue llamado un día el Padre estanciero, para confesar a un enfermo. Al volver, por una rara casualidad y seguramente por especial disposición de Dios, perdió el camino, encontrando al fin a un español, el cual le avisó de su equivocación, preguntándole como había venido acá. Contesto el Padre: Viniendo de una confesión. Entonces aquel individuo fue tocado por la gracia de Dios, y lleno de dolor y arrepentimiento, pregunto al Padre: Si sería capaz a oír en confesión también a él. Como no! dijo el Padre, y continuo aquel: Pero son muchas mis barbaridades. Como me puede dar la absolución?. La daré, dijo el Padre, si te confiesas bien. Después de progresados algunos pasos, comenzó a llorar el hombre y, apeándose los dos, echose el hombre a los pies del sacerdote, confiándole los secretos del corazón, y, sacando al viejo Adán, fue trocado en hijo de Dios. Pues, si el Padre no hubiese perdido el camino, aquel individuo hubiera seguido en sus malos pasos; por lo cual se puede decir bien al caso: "No hay mal que por bien no venga" 176.

176. Ibid, Cartas Anuas 1650-1652, Estante 10, f. 12v. y 13.

En la Carta Anua de 1681-1692 hay un capítulo entero dedicado a las Misiones pertenecientes a los colegios por las caserías o estancias de españoles, y pueblos de indios cristianos. También en la Anua de 1689-1700 se explicita las Misiones por las estancias y pueblos de españoles y indios cristianos, seguido de Misiones en las estancias de Córdoba, en un extenso capítulo descriptivo de las vicisitudes del ministerio.

De tal manera que las estancias jesuíticas, esos importantes monumentos de arquitectura colonial de los que quedan pocos en pie, guardan entre sus muros una serie de significados intangibles a los sentidos y que se constituyen en auténticos testimonios de valores humanos. Pues no sólo son obras magníficas sino que, fundamentalmente, fueron levantadas por un grupo de hombres que no se amilanaron ante la adversidad de su tiempo.

Fueron los sacerdotes y coadjutores estancieros piezas de un engranaje fundamental que permitió a la Compañía de Jesús el desarrollo de un proyecto evangelizador cuyos resultados constituyen hoy una de las páginas más reveladoras de la historia de la humanidad.

### Martín López y la estancia de San Ignacio de los Ejercicios

El P. Martín López nació en la pequeña población de Hecho (según Storni 1980a: 166) o en Jaca (según Leonhardt 1927: LX)), ubicada 40 kilómetros al sur de la anterior, ambas junto a los Pirineos, en la provincia española de Huesca, el 10 de noviembre de 1686. A los 23 años ingresó a la Compañía de Jesús, realizando sus últimos votos en Santiago del Estero en 1726. Murió diez años después en la estancia de San Ignacio, el mismo día que cumplía 50 años de edad.

Estos son los datos más conocidos. Pero su vida como misionero tuvo sus ajetreos que se iniciaron apenas tomó la decisión de embarcarse a las lejanas Indias Occidentales. Fue así que tuvo la poca suerte de reclutarse en la accidentada expedición que formó el P. Francisco Burgés (1642-1725), quien había sido provincial de Chile (1695 y 1699) y procurador del Paraguay a Europa (1703-1712). Fue entonces cuando llevó consigo órdenes expresas de traer un buen número de jóvenes reclutas. De esta manera se inició el viaje, que comenzó el 11 de febrero de 1710 y donde se habían sumado 45 futuros misioneros. Pero fue el 8 de setiem-

bre del mismo año cuando fueron apresados, con otros 33 misioneros que iban a Chile, por un grupo de holandeses, que terminaron arrojándolos sin sus pertenencias en Lisboa, entre ellos Martín López. Por tal motivo en la capital portuguesa se dispuso una ayuda de 8.000 pesos para tratar que no fracasara la misión, y el 9 de octubre de 1711 se asignaron otros 6.000 pesos, aunque se vieron forzados a regresar a Sevilla. Al fin partieron desde el puerto de Cádiz, llegando al de Buenos Aires el 8 de abril de 1712<sup>177</sup>, luego de haber pasado 13 años en que ningún misionero arribara de Europa. En esa expedición llegaba también el P. visitador Antonio Garriga (1662-1733), quien despuésde dejar una serie de instrucciones a la provincia del Paraguay se lo trasladó como provincial al Perú.

El P. Martín comenzó de esta manera su vida como futuro jesuita. Estudió en el Noviciado de Córdoba y luego pasó como dijimos a Santiago del Estero, donde entre sus habituales actividades pastorales se encargó de la construcción de una Casa de Ejercicios, en base a una donación que había efectuado Alonso de Alfaro, gobernador del Tucumán interino, nombrado por la Audiencia de Charcas en 1725. Al respecto apuntamos que cuando se estaba levantando aquel edificio y se llegó a la altura del techo, se decidió ceder la propiedad posiblemente en alquiler. Los materiales hasta ese momento acopiados, como las tejas, se llevaron al Colegio de Córdoba. Decisión que irritó al P. general, quien ordenó en 1737, que se anulara la operación, mandando a que el P. Martín López continuara la obra, aunque sin saber éste que el P. López había fallecido. Luego de la donación, efectuada en 1726 por el comerciante español Pedro Echazarraga (1685-1762), quien lo hacía al ingresar a la Compañía de Jesús como coadjutor, el P. provincial Ignacio de Arteaga nombró en 1728 al P. López como "Procurador General" de la estancia de San Ignacio, es decir su padre estanciero (Fig. 1). La misma estaba destinada a solventar los gastos de la práctica de los Ejercicios Espirituales de la Provincia jesuítica del Paraguay. De esta manera quedaba facultado para dictar disposiciones, actos y contratos concernientes al mayor aumento de las rentas y hacienda (Page 1998: 18-20). Esta actividad la cumplió con meritorio celo durante los ocho últimos años de su vida.

<sup>177.</sup> Una descripción muy completa sobre cómo por entonces era un viaje hacia América, la podemos seguir en la carta que envió el P. Melchor Strasser al P. Santiago Dedelley en 1744 (Mühn 1930: 89 y Page 2007b: 203).

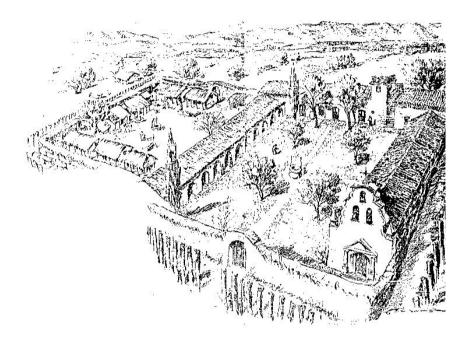


Fig. 1. Reconstrucción de la estancia de San Ignacio publicada en folleto de venta de lotes circundantes

### Las menciones del Padre General

Su desempeño debe haber sido muy importante, por lo que deducimos de las continuas referencias a su buena aplicación, hechas nada menos que por el P. general Francisco Retz (1730-1750). Luego de entrevistarse con sus consultores, el 25 de febrero de 1732, el P. provincial Jerónimo Herrán decidió traer al P. López al Colegio pero sin desligarlo de la administración de San Ignacio, mientras aún se le seguía entregando la donación de Echazarraga para que disponga de ella<sup>178</sup>. Por aquella decisión se cruzó con la carta que el 13 de diciembre, el P. Retz escribió desde Roma agradeciendo la labor del P. López y felicitándolo por su "zelo y buena conducta", agregando que "no será removido de su administracion hasta que esté esta obra enteramente acabada", refiriéndose a la estanca de San Ignacio. A esta carta se sumó otra del mismo P. general donde expresa su disgusto por las negativas cuentas del Colegio, debido a la mala administración de sus estancias cargando las culpas a los procuradores y administradores de las mismas, calificándolos como "sugetos, que no tienen aplicación ni inteligencia".

Aquella carta laudatoria no será la única, ya que dos años después el P. Retz volvió a insistir con la "buena administracion, zelo y pericia" del P. López quien contribuía con sumas importantes de dinero para los colegios en los gastos de los ejercitantes, agregando que en esos últimos cuatro años el valor de la estancia se había duplicado, aconsejando finalmente que se lo conserve en su puesto. Tenía por compañero al H. portugués Domingo Duarte (1660-?), siendo su actividad tan ardua en la estancia que se lo eximió de todo otro ministerio y pasó a residir en forma permanente en la misma.

En 1734 el P. López tuvo la visita del P. provincial Jaime de Aguilar quien le recriminó que no llevaba las cuentas de la estancia, ordenándole que a partir de entonces anotara todo en un Libro de Cuentas. Pero también el provincial le ordenó que acopiara abundantes materiales como piedras, ladrillos y un horno de cal junto a una cantera. Mientras tanto le ordenaba al arquitecto jesuita Giovanni Andrea Bianchi que proyectara el edificio para luego poner su aprobación a disposición de los PP.

Consultores, con el fin que el P. López lo comenzara de inmediato, aprovechando los "dos muchachos" que siempre acompañaban al ilustre arquitecto.

Al mes que había fallecido el P. López, más precisamente el 21 de diciembre, los PP. Antonio Miranda y Ramón Huarte firmaron el inventario de las pertenencias de la capilla ya concluida, donde se encontraba un gran cuadro traído de Italia representando a la Virgen en el momento que le daba los Ejercicios a San Ignacio, una imagen de la Virgen y un gran crucifijo de bulto, que posiblemente sea el que hoy se encuentra en la histórica capilla de Santa Rosa de Calamuchita, entre otras numerosas imágenes de bulto y cuadros, de los cuales quizás algunos formen parte de la colección del Museo de Jesús María (Page 2008b: 25-28).

### La biografía escrita por el P. Ladislao Orosz

Las consideraciones de los superiores rebalsan en méritos, cuando nada menos que Ladislao Orosz, quien luego de ejercer el cargo de rector del Convictorio de Monserrat, tiempo en que hizo traer la primera imprenta y ser destinado como Procurador a Europa (1746-1749), llevó entre su equipaje un libro de su autoría para publicar en su lejana patria Tyrnau en Hungría, donde volvería luego de la expulsión a dirigir su Colegio y quien falleciera en 1773. Era la segunda parte de la poco conocida "Decades", que continuaba la primera, escrita por el P. del Techo.

Entre las 39 biografías que escribe Orosz sobre del Techo, Lauro Núñez, Francisco Burgés, Antonio Sepp, Julián Lizardi, y otros varios provinciales, procuradores y hombres de destacada actuación, figura en la década 9, páginas 143 a 146, un solo sacerdote administrador de estancia, nada menos que el de San Ignacio de los Ejercicios de Calamuchita. Lo curioso de este libro, escrito en un latín "macarrónico" -como nos expresara el P. Sixto Castellano S.J., quien nos tradujo el texto- es que corrió un magro destino al salir de las prensas en 1759.

La biografía del P. López fue escrita un año después de su muerte, es decir en 1737, como lo confiesa su biógrafo al comenzar el texto, quizás un poco desorganizado en su cronología pero indudablemente ilustrativo en sus claras expresiones. Orosz señala que "en los primeros años"

## VIRORUM ILLUSTRIUM PARAQUARIÆ.

quietem lecto nunquam usus fuisset, in extrema etiam ægrotatione co abstinuit. Sæpe binas, aut ternas duntaxat horas somno concessit; nostis reliquum coelestium rerum commentationi, piæque lectioni dedit, collectis summa diligentia candelarum rejectaneis, ad lumen nocturnum alendum. Affectiones animi, longo exercitio fractas, fua in potestate constanter habuit, ut ex vero nominari potuerit : Ignatius Artiaga ladere, O ladi nescins; adeo verissimum est illud: domito corpore, nunquam impatientem jugi animum esse. Fato sublatus in Collegio Cordubensi die VIII. Julii , anni MDCCXXXV. pulcherrimarum virtutum documenta Sociis Paraquaricæ provinciæ reliquit.



# MARTINUS LOPEZ

### ARRAGONIUS HACENSIS.



Ltero anno diem fuum obiit Pater Martinus Lopez, eo potissimum nomine inter Illustres Paraquariæ Viros commemorandus, quod potiorem etatis partem in tradendis B. Ignatii facris commentationibus exegerit. Ob raram. agendi cum Viris primariis facilitatem, excitus a provinciæ

Præside, ad jacienda fundamenta domicilii Societatis, quod cives Xuxujenses summa voluntatum consensione meditabantur, cum obortis difficultatibus negotium fine fine traheretur, ac tandem spes ædificii evanesceret , in urbem S. Jacobi (vulgo S. Tago del Estero nominatam ) Superiorum justiu discedit, ut loci illius cives Ignatianis commentationibus pro veteri more, institutoque Societatis excoleret. Amotis diuturna patientia, que hostis humani generis intulerat, impedimentis, utilissimum revocandæ, firmandæque pietatis Christianæ opus aggressus, incredibile dictu, quam varios, quam uberes fructus in ea promiscua hominum multitudine fecerit. The bright and appliance of the manufacture

Istud gravi multorum pœnitentia, & subita morum, ac vitæ mutatione satis, superque declaratum est. Unum torquebat Patris Lopezii animum, quod Prætor provinciæ, hoc adminiculum privatæ, publicæque pietatis, primis diebus nullo fere loco habuerit, infra dignitatem reputans, sua præsentia accurrentis populi agmen augere. Officiis & charitate Lopezii fuaviter expugnatus, oracula veritatis Evangelicæ, fedata mente audit, expenditque ; tum saluberrima meditatione vegetatus,

Fig. 2. Página del libro de Ladislao Orosz que inicia la biografía del P. Martín López

de su niñez los pasó el P. López en las estancias de Aragón. Llevado por razón de sus estudios a Cesaraugusta<sup>179</sup>, en ese noble emporio de buenas letras, aprovechó muchísimo en doctrina y piedad. Muy reconocido en filosofía, y con el deseo de acercarse a la Compañía se allegó al P. Miguel Jerónimo Monreal<sup>180</sup> y siguiéndolo a él, esperó llegar a hacer los votos. Empero el Prepósito Provincial difirió para más adelante a Martín, por que en aquellos dificilísimos tiempos, por los que pasaba España<sup>181</sup>, a ninguno de los candidatos al noviciado, creyó prudentemente que conviniera admitir. Tedioso por las demoras y además estimulado por los extraordinarios hechos de San Estanislao<sup>182</sup>, cuya vida por aquellos días leía; inflamado, decidió partir hacia la ciudad de Roma para conseguir felizmente la admisión del R.P. Prepósito General". De este viaje señala: "Atravesada la Galia, llegó a Génova y de allí a Roma, mientras Italia ardía en guerra, comenzando el año de 1705. El Prepósito General Miguel Angel Tamburini gozoso de la generosa índole del adolecente lo autorizó a pedir entrar en el noviciado o en la provincia romana o en la Aragoneza. Prefirió a ésta, pero no apagados todavía lo fuegos de las armas, primeramente fue asimilado al trienio, después del noviciado."

Fue entonces que mientras estaba haciendo su segundo año en el noviciado fue reclutado por el P. Burgés, y de su agitado viaje agrega el P. Orosz, que luego de quedar cautivo de los holandeses, fue "Abandonado"

179. Fue el nombre de la ciudad de Zaragoza en tiempos romanos, cuando fue fundada en 14 aC sobre la ciudad de Saldvie de los ibéricos edetanos.

180. El P. Monreal (1664-1740) escribió dos obras referidas a la Bula de la Santa Cruzada cuyos manuscritos se encuentran en la Biblioteca Histórica de la Universidad de Valencia. Se publicaron tres tomas de su *Escala mystica de Jacob*, en Zaragoza entre 1750 y 1751.

181. Eran los comienzos del reinado de Felipe V cuando azotó a la península una encarnizada guerra civil, desatada cuando en Viena fue proclamado rey de España el archiduque Carlos, quien contó en principio como aliados a Inglaterra, Portugal, Holanda y Saboya. Para 1707 la situación del Borbón era catastrófica y siguió empeorando hasta luego de la Paz de Utrecht, cuando el rey abdicó a favor de su hijo Luis I. Al fallecer a los siete meses su padre volvió a ocupar el trono en 1724. Todos estos conflictos afectarían también a Italia, donde España tenía otras posesiones.

182. Se refiere a San Estanislao de Kostka (1550-1568) por entonces beato jesuita, fallecido a los 18 años, cuya vida y virtudes atrapaba a la juventud de entonces. Estudió en Viena con los jesuitas con la idea de ordenarse sacerdote, a pesar de la oposición de su padre, el senador polaco Juan Kostka. Por tal motivo huyó a Augsburgo y a Dillingen, y luego fue enviado a Roma por el padre Canisio para ingresar al noviciado en 1567. Fue canonizado por Benedicto XIII el último día de 1776 junto a San Luis Gonzaga.

con los compañeros en el puerto de Ulysi ponurse" 183. En el tiempo que transcurrió hasta que se volvió a embarcar definitivamente "En la provincia Bética, en Carmona de las mejores letras y en Granada enseñó filosofía." Pero como afirma su biógrafo, nunca se enfrió por ello su deseo de viajar a América.

Llegado a Córdoba comenzó a estudiar para completar su formación, pero su salud siempre fue delicada. Así lo explica Orosz "la teología antigua cultiva y se prepara para tratar las almas. Por una siniestra casualidad, tanto sufrió de su salud que se vió obligado a interrumpir los cursos comenzados. Pues, en efecto, por causa del ejercicio en el comedor, dirigiendo la palabra, de acuerdo a la costumbre de los misioneros, se le rompió la vena del pecho, seguido de tanto vómito de sangre que, desde el púlpito casi es llevado al sepulcro. Mandado a evitar, por razón de su salud, el ambiente del escolasticado, por dos años; como a uno de los encargados de cuidar las cosas domésticas, se ocupaba de las cosas mas humildes en cuanto, por sus fuerzas, le fuera lícito."

Posteriormente el P. López fue mandado a Santiago del Estero para dar los Ejercicios y allí conoció a Echazarraga, quien Orozs describe como un "hombre rico y piadoso, quien con el procurador colaboraba desde antiguo, en el área". Allá López le impartió los Ejercicios hasta que decidió ingresar al Insituto donando sus bienes. Fue entonces, y es claro Orosz en este punto que, "con el consejo del P. López se adquirió una estancia que, él mismo, durante muchos años, con extraordinario éxito económico administró y logró que, por muchos años, el sostenimiento fuera suficiente, con la repartición de los productos de esa estancia". Cómo actuaba el P. López en aquellas labores, sigue explicando Orosz: "...no soportaba el dejarse arrebatar por mucho tiempo por la administración agraria como para que se olvidara de sus responsabilidades principales". Se refiere a la práctica de los Ejercicios que daba y donde "Acudían con presteza a la estancia los principales varones".

Cuenta Orozs que en los días domingos o festivos todos iban a escuchar al P. López, donde "ni la voz ni las fuerzas le faltaban". A sus

<sup>183.</sup> Este puerto provisorio lo establecieron los romanos cuando invaden la península y lo bautizan con el nombre del héroe de la mitología griega. Obviamente ya no se halla. Se encontraba al sur de España en la antigua y desaparecida provincia Bética que comprendía Andalucía, parte de Castilla la Nueva, Extremadura y Portugal.

arengas "Solían allegarse la muchedumbre de esclavos y rudos etíopes. A éstos él abrazaba con toda benevolencia, instruyéndolos en preceptos de la fe y saludables amonestaciones, para que evitaran los crímenes".

López era fogoso en sus alocuciones "sin usar adornos y sin ningún sabor a erudición afectada". Profundizando en su personalidad afirma Orosz que "amaba ponerse por debajo de todos, huyendo de las prefecturas más espléndidas que ofrecía Roma, las acciones notables hechas por él, apocarlas. La fuerza en el decir y otras cosas de donde se siguiera celebridad o fama, incubrirlas. Ingenioso en atribuir a Dios y a los otros el éxito de los trabajos". Como sabemos falleció en la estancia, agregando Orosz que "Estando floreciente en fuerzas, la enfermedad comenzó a maltratarlo".

### Conclusión

En medio de un texto tan laudatorio se nos complica arribar a una conclusión sobre la persona de Martín López. Este religioso de la Compañía de Jesús confirma la hipótesis de que los jesuitas, además de ser por entonces sólidamente eruditos en teología y filosofía, fueron absorbiendo una consistente formación en economía y política. Al tiempo de adquirir los conocimientos necesarios de producción agropecuaria y técnicas de riego, como una racional competencia en arquitectura y organización territorial, se convirtieron en exitosos administradores de grandes estancias. Es decir que en su formación estaba la clave de su conquista. De allí que no nos extrañe la capacidad que tuvieron en proyectar y organizar estos establecimientos rurales de tanta importancia, que les permitió ostentar una sólida estructura de poder independiente, donde el sistema debió ceder a la imposición de las reglas de juego que ellos mismos establecían en el comercio regional.

Como contrapartida debían soportar estar rodeados de una profunda soledad, sujeto a tentaciones, sin un superior que los llamara y controlara, con una independencia que les hacía asumir una notable responsabilidad. Pero tenían de consuelo una multitud de almas, sobre todo africanos esclavizados a quienes entregarse con total plenitud y sinceridad.

Martín López fue, ante la evidencia aquí presentada, quizás el mejor o el más representativo de todos los administradores. No todos fueron como él.

Cuando en 1998 visitamos las ruinas de la estancia con una nutrida y calificada comisión, el doctor Schávelzon advirtió la existencia de una tumba, quizás sea ésta la del P. López que dejaba el mundo terrenal hace ya más de dos siglos y medio.

### 6. PEDRO DE ESPINOSA. Vida, martirio y un aporte a la arquitectura jesuítico-guaraní

### Las primeras reducciones y sus edificios

Las reducciones jesuíticas se trazaron en base a la normativa hispana en la materia, pero con los traslados y nuevas fundaciones que surgieron con el transcurrir del tiempo, se gestaron ciertas particularidades que le dieron un carácter propio y diferenciado de los emplazamientos hispanos.

El primer periodo de formación, podemos fijarlo aproximadamente entre 1609 y 1631. Fechas que responden al establecimiento de la primera reducción y la transmigración de las últimas dos sobrevivientes en momentos que todas quedaron destruidas. Se desarrollaron hasta entonces dieciséis reducciones en la región del Guayrá y diecisiete entre los ríos Paraná y Uruguay, aunque algunas de permanencia efímera (Fig. 1), donde actuaron varios jesuitas entre los que cabe señalar especialmente al peruano Antonio Ruiz de Montoya<sup>184</sup>. Pero, desde 1627 comenzó a agu-

184. El P. Ruiz de Montoya nació en Lima en 1585, ingresando al Instituto en 1606. Al año siguiente participó en la primera Congregación Provincial en Chile y luego pasó a Córdoba donde fue ordenado sacerdote por el obispo Trejo en 1611. Fue misionero entre 1612 y 1622, año en que fue designado superior de las misiones del Guayrá. En 1637 se lo

dizarse el conflicto con los bandeirantes que arrasaron paulatinamente todos los pueblos. Desde entonces y hasta 1630 los portugueses habían capturado 60.000 indios de las reducciones. Es tiempo de la epopeya de la transmigración de los pueblos sobrevivientes y la refundación de las reducciones de Loreto y San Ignacio que se ubicaban originalmente en las márgenes del Paranapanema, siendo llevadas en 1632 junto al Paraná en actual territorio de Argentina.

En esta etapa de conflicto (1628-1631) también se desarrollan las reducciones de la región del Itatín (actual estado de Mato Grosso do Sul) y del Tape (actual estado de Rio Grande do Sul). Las primeras sobreviven aunque en constantes traslados<sup>185</sup> y las otras, que sumaron once, se mantuvieron hasta los ataques paulistas de 1636 y 1638.

Cuando el P. Roque González cruzó por primera vez el río Uruguay y fundó San Nicolás en el Piratiní en 1626, los guaraníes y jesuitas comenzaron una resistencia, no sólo contra algunos grupos indígenas, sino también contra los bandeirantes. Sus protestas dejaron en evidencia la complicidad de las autoridades hispanas que se negaron ayudar militarmente a las reducciones. De tal forma que en 1639 hicieron frente al ejército de mamelucos y tupíes, terminando la contienda con la batalla de Mbororé de 1641. A partir de entonces y hasta el último tercio del siglo XVII, se fundaron nuevas reducciones agrupadas en las márgenes del Paraná y del Uruguay quedando establecidas 22 doctrinas, rango que alcanzaron en 1655 (Hernández 1913: 324-329).

De tal manera que en este primer período (1609-1631) la actividad desplegada por los jesuitas fue intensa. Los trazados urbanos fueron realizados a la manera española, aunque no nos ha quedado ningún testimonio

nombró superior de todas las misiones y en ese mismo año se lo designó procurador a Europa, donde estuvo hasta 1643. Murió en su ciudad natal en 1652 (Storni 1984: 425-442 y Rouillon Arrospide, 1997).

185. En 1632 se fundaron cuatro reducciones: Ángeles, San José, San Benito y Natividad. Al año siguiente fueron invadidas por los mamelucos y con las personas que las conformaban fundaron las reducciones de Andirapucá y Tepotí. Ambas se concentraron en una en 1634 con el nombre de Yatebo. Pero al año siguiente se volvieron a dividir formando Santa María de Fe y San Ignacio de Caaguazú. La primera se trasladó un poco al sur en 1648 y dos años después se mudaron al sitio de Aguaranambí. Mientras que San Ignacio pasó a Caaguazú del sur. Finalmente en 1659 las dos se reubicaron al sur del río Tebicuarí, ocupando los parajes donde aún hoy están los pueblos de Santa María y Santiago (Hernández 1913: 13).

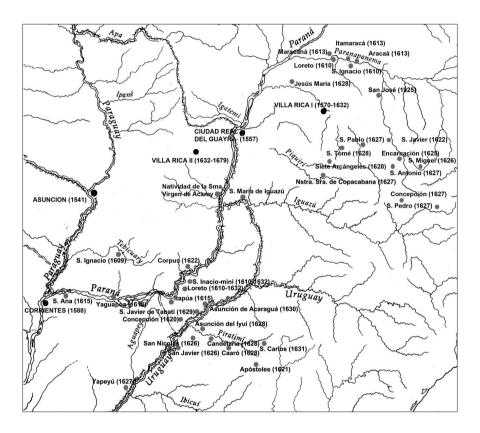


Fig. 1. Mapa que muestra las antiguas ciudades españolas y las reducciones del Tape, Paraná-Uruguay y el Guayrá, que se desarrollaron entre 1609 y 1631, con las refundaciones de Loreto y S. Ignacio en 1632 (Reelaboración a partir de Maeder-Gutiérrez 1995: 61 y Hernández 1913: 9).

material, ni siquiera un esbozado sobre papel. Pero hubo ante todo un cuerpo legal que respetar, basado en la larga experiencia reduccional americana que hasta entonces se había alcanzado. Se contaba con prescripciones sobre el modo de entablarlas y gobernarlas que dieron el marco general de su diseño. Fueron las que utilizaron otras órdenes religiosas, desde los jerónimos en las Antillas hasta los franciscanos en la región<sup>186</sup> y experimentaron los mismos jesuitas en las doctrinas del Perú, como las de Juli, Huarochiri y Santiago del Cercado, aunque fueran experiencias diferentes entre sí. Pues ello no quiere decir que la tantas veces mencionada Juli<sup>187</sup>, la debamos definir como un modelo urbanístico, pues si lo hubo fue ante todo el que imponía la ley. Incluso cuando el P. Torres manifiesta que se hagan los pueblos "al modo de los del Perú o como más gustaren a ellos", se refiere al modelo limense impuesto en esta región para los trazados urbanos. Trazado inspirado en una legislación que tiene un punto de inflexión en las Ordenanzas de Felipe II de 1573, que responden tanto a la ciudad vitrubiana como al modelo de Santo Tomás de Aquino. Pero esta aplicación va a darse sólo en el primer período, donde se produjo una experimentación en el sistema para luego abandonar parte de las rígidas leves, adoptando un modelo propio que se fue gestando a medida que se fundan pueblos y a partir sobre todo, de la segunda etapa en la que comienza con la refundación de Loreto y San Ignacio en 1632, hasta alcanzar el modelo acabado de los tiempos de la expulsión.

En cuanto al emplazamiento de las reducciones, en principio se creyó conveniente consultar a los españoles de las ciudades de la región. Al menos así lo ordenó el P. Torres a los PP. Cataldino y Mascetta cuando los envió al Guayrá en 1609. Incluso en sus órdenes parece seguir las

186. Recordemos que los PP. Lorenzana y San Martín antes de entablar la primera reducción San Ignacio-Guazú en Yaguaracamigtá fueron a visitar a fray Luis Bolaños, superior de las misiones franciscanas de Yute, Caazapá e Itá, ubicadas no muy lejos de donde fundarían los jesuitas. Allí tuvieron contacto directo con la experiencia franciscana y los métodos y logros alcanzados (Astraín 1996: 76).

187. La hipótesis de que Juli fue un "modelo" la trajo por primera vez el historiador jesuita Francisco Mateos (1944 (1): 122), (aunque muchos la tomaran como propia) quien planteó que estas primeras reducciones peruanas fueron el modelo de las reducciones del Paraguay, tanto en el régimen de vida, en las estancias de comunidad y en el excluir por completo a los españoles del pueblo. Pues estas características eran una larga experiencia de otras órdenes y en Juli los jesuitas poco se contentaban con ser párrocos, a la espera de organizar reducciones independientes.

Ordenanzas de Población de Felipe II en cuanto a emplazamientos, al trazado de manzanas divididas en cuatro solares, de los que serían entregados uno a cada indio para que tengan su propia huerta, la iglesia en la plaza y la casa de los PP., pegada a ésta (Hernández 1913: 582). Similares instrucciones dio al año siguiente para los pueblos a levantarse entre los guaycurúes.

En este origen aparecieron los primeros aportes indígenas. Pues resultó más conveniente que el sitio fuera escogido por los mismos indios, además de reemplazar el espacio privado por el comunitario, es decir una negación a las manzanas con solares y de viviendas emplazadas en solares privados. Pero estas primeras reducciones que situamos entre 1609 y 1631 debieron levantarse en principio siguiendo en su mayoría la ley española, como lo ordenó el P. Torres, aunque con variantes en las viviendas que siguieron el tipo funcional y tecnológico de los indios.

Las descripciones y planos que aportaron los PP. expulsos como Peramás, hablan de las reducciones al momento de la expulsión y en su etapa final, sin embargo en los textos de los primeros misioneros podemos encontrar lo que venimos afirmando. Tal es el caso del P. Roque González, uno de los principales habilidosos de su época, cuya carta trascribe el P. Diego de Torres en 1615 manifestando que su pueblo de San Ignacio ya estaba habitado por 300 personas y que: "me resolví a construirlo a la manera de los pueblos de españoles, para que cada uno tenga su casa, con sus límites determinados y su correspondiente cerca, para impedir el fácil acceso de una a la otra, como era antes, proporcionando inevitable ocasión para las borracheras y otros crímenes" (Leonhardt 1927: 344-345). De esta conformación urbana que no prosperó, también escribe el P. Diego de Boroa en su Carta Anua de 1637 haciendo una historia de aquellas primeras reducciones y escribiendo "Los pueblos estaban dispuestos en forma cuadrada con calles rectas e iguales, y con casas cómodas y elegantes. Cada una tenía su patio con jaulas de gallinas, gansos y otras aves domésticas" (Leonhardt 1927: 226).

Nada de esto es casual, las reducciones debían enmarcarse estrictamente en las ordenanzas hispanas. De hecho para su fundación o traslado debían contar con la autorización regia. No vamos a enumerar la larga lista de instrumentos legales indianos, pero vemos con claridad cómo fueron aplicados, al menos en este primer periodo experimental. Paulatinamente las reducciones fueron sintiendo tanto transformaciones urbanas como arquitectónicas.

En cuanto a la arquitectura de los primeros tiempos, fue fundamental adaptar funciones del mundo cristiano, con los materiales constructivos y mano de obra con que se contaba. Es decir que la función religiosa como la iglesia, se concibió como requisito funcional europeo con el aporte de la tradición y la cultura del medio geográfico y sus habitantes.

De allí que las primeras construcciones fueron de sencilla factura, siguiendo la tradición guaraní en el arte de construir. Chozas confeccionadas con una trama de varas flexibles clavadas en el suelo en dos hileras separadas entre sí y unidas en sus extremos y luego cubiertas por hojas de palma trenzadas. Una tecnología usada por una tradición ancestral donde cada elemento tenía un sentido mítico. Precisamente Darko Sustersic escribe sobre esa misticidad trayendo el concepto de og-jecutú, es decir de "casa clavada" (Sustersic 1999a: 253).

En el medio guaraní estas casas eran rectangulares y se ampliaban a lo largo, llegando a vivir entre 40 y 50 familias juntas "sin más distinción de tabiques y aposentos" como recuerda el P. Hernández siguiendo a Peramás (Hernández 1913: 86). Según los grabados del cautivo soldado alemán Hans Staden (Fig. 2), el muro-cubierta era sostenido en el centro por un horcón y el espacio formado entre ambos era destinado a una familia. El P. Hernández reafirma estas características habitacionales siguiendo a historiadores como del Techo y Lozano.

Las primeras y sencillas iglesias no se diferenciaron de las viviendas, aunque en el momento fundacional fueran simples y pequeñas chozas que se levantaban sólo para cubrir el altar, o como lo manifiesta el P. Lorenzana en los primeros días de San Ignacio (1609) "semejante al portalito de Belén" (Leonhardt 1927: 45). Pero no debemos olvidar que los guaraníes poseían una tradición religiosa que incluía santuarios ceremoniales, donde los chamanes tenían huesos de ancestros como medio de comunicación con los espíritus. Un culto a las reliquias que era común en el cristianismo aunque con otra interpretación. Esos huesos eran depositados en santuarios ubicados fuera de la aldea en sitios privilegiados como por ejemplo un cerro, y que era de uso común con otras aldeas. El P. Ruiz de Montoya los describió siendo un sitio "capaz y bien aderezado" que se dividía en dos partes, una donde vivía el chamán y otra donde se ubicaba el templo con "muchos bancos donde se sentaba el pueblo" para escuchar al chamán (Sustersic 2010: 70).

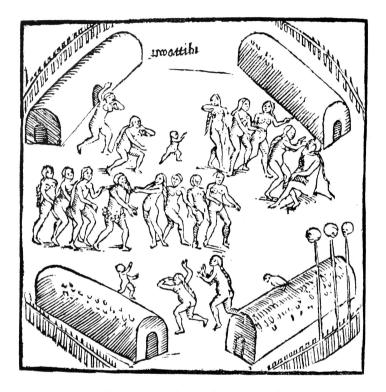


Fig. 2 Uno de los varios grabados de Hans Staden (1557) de la conformación de una aldea Tupinamba. Grupo reducido de viviendas cercadas con casas macrofamiliares con espacio común central (Staden 1944: 87).

Con el paso a una mayor vida sedentaria de los pueblos jesuíticos-guaraní se debió reforzar la durabilidad de las viviendas y para eso se revocaron los muros. Por tanto, aún sin divisiones interiores, sufrieron un primer cambio con la separación entre el muro y la cubierta, donde los horcones centrales pasaron a sostener el techo tijera, ahora a dos aguas, cubierto de paja, con largos aleros que protegían los cerramientos revocados con barro. Esta fue una innovación importante, tal como se hizo en la iglesia de Encarnación cuando, reemplazando a una chozuela, se la concluyó en 1615, afirmando el gobernador Hernandarias que la iglesia "estava blanca y curiosamente aderezada" (Cortesão 1951: 24-25). De tal forma que en principio, a las mismas esteras y cañizos, se le adosó una mezcla terrosa que cambió la tonalidad del ambiente que fue diferenciándose con las viviendas, aunque pronto se utilizarán en todos los edificios.

La segunda transformación vendrá con la implementación del par y nudillo. Este sistema surge al reemplazar los techos de paja por teja, debido a los múltiples incendios que se producían. Pero el peso de la cubierta aumentará y será necesaria una nueva solución estructural que la brindará justamente el nudillo. Esta solución permitió además y como señala Sustersic, desplazar la visualmente molesta columna central, otorgando al espacio religioso direccionalidad, pies y cabeza (Sustersic, 1999a: 29). Recién estas casas largas se dividirán en su interior por orden del P. Roque González para albergar a varias familias. Esto fue otra gran innovación que introdujo el santo a su llegada a San Ignacio en 1611, aunque la iglesia aún no se diferenciaba tanto de las viviendas, sobre todo en su aspecto tecnológico (González de Santa Cruz et. al. 1994: 36-37).

Para levantar una iglesia, por más provisoria que fuera en estos primeros años, debían obtener el permiso correspondiente del provincial, quien no exigía una tipología preestablecida sino por el contrario recomendaba mesura en los trabajos que se le daban a los indios, sin importar que se levantaran con la tradición constructiva guaraní. Incluso la utilización de una planta basilical estaba vinculada directamente a la vivienda indígena.

El segundo provincial Pedro de Oñate en cambio, estableció algunas directrices como que "en todas las iglesias se haga baptisterio, cercado de rejas, con pila muy hermosa, cerrada con llave, y una alacena muy adornada para los santos olios" (Pastells 1912: 357). Baptisterio que ya había construido Roque González en San Ignacio (Leonhardt 1927: 467) y que en principio tuvieron ingreso independiente.

Poco a poco y en lento proceso se fueron introduciendo ideas europeas como proporciones, materiales constructivos y aspectos morfológicos, debido a la llegada de los primeros profesionales que aparecieron después, con un marcado intento de imponer sus conocimientos técnicos. Por ahora y con los primeros misioneros, prevaleció en la arquitectura una visualización clara y hasta predominante del aporte indígena.

Las iglesias fueron "amplias y hermosas desde el principio", siendo éste un concepto a discutir si seguimos desmenuzando el primer periodo del que venimos tratando. Aunque ciertamente estamos hablando de grandes ámbitos para poblaciones de más de mil habitantes, como Loreto del Pirapó o San Ignacio de Itaumbuzú, pero guardando características constructivas similares que para las originales viviendas indígenas.

La idea del proyecto de esta nueva tipología arquitectónica que significaba para los indios una iglesia, la daban al principio los mismos sacerdotes, contando para ello, con una nutrida mano de obra con experiencia en un tipo constructivo. Pero eran los mismos religiosos quienes informaban en 1618 que habían: "hecho casa y unas iglesias admirables y capaces", en Loreto y San Ignacio, mientras que ellos eran a la vez "los carpinteros, albañiles y arquitectos, y enseñando a los indios y haciéndoles oficiales" (Leonhardt 1929: 204-205). Pues seguramente exageraban, porque no iban a enseñar a los indios lo que ya sabían hacer, excepto en las modificaciones que señalamos. De tal forma que la participación indígena en las decisiones tecnológicas era contundente. No así en lo urbanístico al que los PP. luego debieron adaptarse en algo que parecía no negociable: la vivienda, al menos en su morfología, mientras que su tecnología mejorará con el aporte de técnicas europeas.

La iglesia de la reducción de Loreto, pueblo trasladado en 1615 junto con el de San Ignacio y donde se encontraba el P. Ruiz de Montoya, debe haber tenido antes de la transmigración una verdadera imponencia, pues el provincial Mastrilli Durán la describe al verla como "grande y de tres naves, tan bien hecha y tan alegre, y estaba tan adornada de flores y otras invenciones que me pareció retrato del cielo", y la reducción de San Ignacio del P. José Cataldino, con una iglesia "de la misma forma y capacidad" y casa para el misionero "tan capaz y con tanta vivienda y buena arquitectura, con muy lindos corredores y extremado jardín que pudiera ser buen colegio donde quiera" (Leonhardt 1929: 304). Al menos la iglesia de Loreto sería la nueva a la que se refiere Jarque citando el libro de

Montoya: "En medio de ambas iglesias. Vieja y nueva, estaba arbolada una hermosísima cruz" (Jarque 1900 (1): 314).

Contemporáneos a nuestro personaje fueron los PP. Silverio Pastor, Ignacio Henart y Roque González de Santa Cruz, que también participaron activamente en el trazado de sus pueblos y en levantar sus edificios. Ninguno fue formado en el arte de construir, lo que los hacía más permeables a la iniciativa indígena. El primero construyó la iglesia del pueblo de San Nicolás, una vez trasladado; mientras el segundo hizo lo propio en el Guavrá sorteando las embestidas portuguesas. Finalmente del santo paraguayo habría mucho que enumerar. Pues de sus escritos y referencias encontramos un rico material sobre el tema. Su compañero en la misión del Paraná, el P. Francisco del Valle escribió: "todo esto se ha levantado mediante los increíbles trabajos del Padre Roque González. El mismo en persona es carpintero, arquitecto, y albañil; maneja el hacha y labra la madera, y la acarrea al sitio de construcción, enganchando él mismo, por falta de otro capaz, la yunta de bueyes. El hace todo sólo" (Leonhardt 1927: 467). Insistimos que esta falta de profesionalidad en los misioneros dio mayor libertad a los indios para continuar usando sus métodos y sus técnicas constructivas para un hábitat transitorio, que dejó de prestar utilidad cuando pasaron a ser sedentarios, imponiéndose así técnicas europeas para su mayor conservación.

Toda la arquitectura se sustentaba básicamente en la madera, de allí que como transición entre los curas voluntariosos y los que ya venían con una profesión, pasaron a tener gran protagonismo los coadjutores carpinteros que fueron llegando. Entre ellos Bartolomé Cardeñosa, arribado en 1622 y luego Felipe Lemaire en 1640 que reinterpretaron la tratadística existente en la materia y en su tiempo, actuando no sólo en las construcciones de las reducciones sino también en los colegios. Siendo ellos quienes introducen las bóvedas de madera para las iglesias.

Pero antes que ellos, el P. Espinosa fue el primero que se dedicó especialmente a la construcción de iglesias. Ya no era sólo el misionero que construía los edificios en su reducción, sino que éste comenzó a intervenir en todas las construcciones que pudo, seguramente luego de una decisión del superior de señalar un jesuita para esta función (Levinton 2008: 51). Por tanto consideramos que fue la figura que estuvo entre los idóneos y los artífices, y quien como veremos luego en detalle, introdujo el sistema de par y nudillo (Sustersic 1999b: 37). De tal forma

que por eso Furlong escribe: "el único de ellos verdaderamente arquitecto fue el mencionado P. Pedro de Espinosa, a quien le cabe la gloria de haber sido el primer profesional que tuvo la Compañía de Jesús en el Río de la Plata" (Furlong 1946: 53). Aunque asimismo creemos que Furlong no hace una correcta diferencia entre idóneos y artífices (Levinton 2008: 44). Destaquemos que los primeros sacerdotes debieron ocuparse de todos los oficios y algunos se destacaron más que otros en tal o cual trabajo. De allí que se convierten en grandes habilidosos, en este caso en el arte de construir.

### El P. Pedro de Espinosa

La primera referencia biográfica que tenemos del P. Pedro de Espinosa nos la brinda la noticia necrológica escrita en la Carta Anua de 1635-1637 que envió a Roma el provincial Diego de Boroa, aunque no se ha conservado el original y sí una impresión de las mismas de 1642 (Leonhardt 1927: 752-759) (Fig. 3). También y casi contemporáneamente se refirió a él su compañero el P. Antonio Ruiz de Montoya en su famoso libro publicado en Madrid en 1639 (Ruiz de Montoya 1989) (Fig. 4). En ambas descripciones de su vida se enfatiza el carácter especial que cobró su muerte de manos de los indios y de sus aptitudes personales. En base a estos primeros documentos y otros, dados a conocer con posterioridad, se fueron construyendo varias biografías sobre este personaje. Sobre todo Nieremberg (1647) y Vilches (1653) (Fig. 5) que contaron con ambos libros y agregaron documentación<sup>188</sup>. Incluso fue sumado en una suerte de martirologio jesuita del Paraguay que se encuentra en Barcelona<sup>189</sup>.

El P. Pedro de Espinosa nació en Baeza, provincia de Jaén, el 17 de setiembre de 1596 (Storni 1984: 92)<sup>190</sup>. La necrológica de la Anua citada

<sup>188.</sup> Ver también Andrade 1667: 441, Sommervogel 1898, Guilhermy 1902, Uriarte y Lencina 1929-1930.

<sup>189.</sup> ARXIU, AC-MI-02 Chaco, ff. 447-448.

<sup>190.</sup> Storni sigue el ARSI, Paraq. 4/I, f. 71. Mientras que el P. Vargas señala el año de 1598, siguiendo a Uriarte (Vargas 2000: 83 y Uriarte y Lencina 1929-1930: 528).

# LITTERE ANNUE PROVINCIE PARAQUARIE SOCIETATIS IESU

Ad admodum R.P. Mvrivm Vitellescym ejuldem Societatis Prepofitum Generalem Milfæd R.P. Jacobo de Beroa Paraquariæ Prapofito Provinciali, Ex Hispanico autographo Latinè

redditæ à P. Francisco de Hama. Belgâ Societatis ejuldem.

SHU JE

Typis TOSSANILE CLERCO.
Superiorum permissus.

Societati te fa e Paraquarit, 329, no animo effe julio expiandam confessione mentem stadet. Et ecce post remissa peccata contenud valetudini prissine restitutiur adolesen.

# Narratio vita & mortis P. Petri de Espinosa.

A pro coronide historiza hujus esto. Natus est Pertus in ea Bociteza integritate illudiciar. Parentes shabiti vitza integritate illustres, his liberi quinque; quorum mateuli quar tuor Deo se in Societate steratunt; quinta quo potuit modo startes imitata eccilibatum pudicitiza succenta successi in successi in successi il pudicitiza successi sunte a collibatum pudicitiza successi successi

Perus quo de aginus in assidua nostrorum familiarizate lac virtutum suxit, lubentilis & frequentilis cum sociis quam cum parentilus agere solitus inde usque à prima ærate. Hine tenera menu magna consessiona de la bina signa arque adeò omnium virtutum aviditas. Quoda illis occiduo quondam abstinuisse velut de magno ingrattudinis erimine sele cum Fig. 3. Fascímil de la portada y página donde comienza la noticia necrológica del P. Espinosa de la Carta Anua de 1635-1637. Fue editada por el jesuita belga Francisco de Hamal e impresa en 1642 por Tossani y el parisino Jean Le Clarc, enviada por el P. provincial Diego de Boroa al General Viteleschi. Este libro se encuentra en bibliotecas de Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos. Fue traducido y publicado por el P. Leonhardt en 1929.

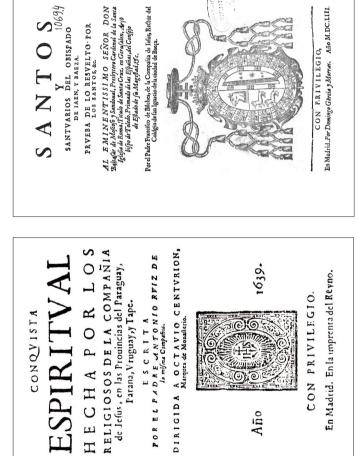


Fig. 4 y 5. Portadas de los libros de Montoya (1639) y Vilches (1653). Este último contó con las menciones de Montoya, la edición de la Anua (1642) y la biografía de Nieremberg (1647), pero además incluyó una serie de cartas inéditas del P. Espinosa, entre otros valiosos datos de Jaén que lo convierten en su mejor biógrafo.

expresa: "tenía padres muy buenos. Tenían ellos cinco hijos, entrando los cuatro varones a la Compañía y la única hermana<sup>191</sup> guardó su virginidad, muriendo en olor de santidad". Su padre fue don Antonio de Espinosa (Vargas 2000: 83 y Cózar Martínez 1884: 310) y su madre Isabel de Vilches, ambos "bien conocidos en Baeza por su virtud y noble condición" (Bilches 1653: 235). Mientras que de sus hermanos mayores -continúa la Anua- el poeta y platero baezano Alonso de Bonilla (1569-1642) celebró sus vidas en elegante verso. Los publica en 1653 su biógrafo y a su vez rector del colegio de San Ignacio de Baeza, P. Francisco de Vilches (1575-1649) <sup>192</sup>, jesuita que incluso había escrito una historia de la ciudad de Baeza<sup>193</sup>.

El P. Vilches a su vez da los nombres de los hermanos, los jesuitas Agustín, el mayor, <sup>194</sup> y Alonso, que ingresaron al Instituto en 1606 en el Noviciado de Montilla. El primero murió en Ecija donde fue rector de su colegio, mientras que Alonso, nacido en 1585, murió en viaje hacia el Paraguay en 1611 (Vargas 2000: 81 y Storni 1984: 92). El tercer hermano fue Francisco, aunque fue el primero que ingresó en la Compañía.

Según lo refieren las Anuas, Pedro "estaba, desde su niñez, relacionado con nuestros Padres, hallándose más entre ellos, que en su propia casa" (Leonhardt 1929: 752). Efectivamente, creció en un ambiente religioso donde todos sus hermanos profesaban votos religiosos. Incluso del desafortunado Alonso sabemos que rumbo a su destino escribió desde Cartagena de Indias a sus padres, diciendo que "educasen bien a Pedro, todavía niño, porque estaba destinado por Dios a ser misionero de Indias y mártir" (Leonhardt 1929: 753 y Bilches 1653: 238).

<sup>191.</sup> El dato de haber tenido además de cuatro hermanos varones, una hermana mujer, sólo lo da su nota necrológica (Leonhardt, 1929: 752) y no todos los biógrafos la siguen. Sabemos que se llamaba Beatriz por el citado martirologio de Barcelona.

<sup>192.</sup> Una de las hazañas prodigiosas/ De aquella sempiterna y sabia mano/ Fue producir entre el linaje humano/ De una espinosa rama, cuatro rosas//Por heroicas virtudes olorosas/ Al Consistorio Trino y Soberano/ No manejadas del Dragón Tirano/ Por ser contra sus vicios espinosas// Ilustre An[¿?]o tan heróico hecho/debieran celebrarlo coronistas/ venidos de seráficas legiones// Pues en la Iglesia sois tan de provecho/ Que si no disteis cuatro evangelistas/ Disteis cuatro Evangélicos varones (Bilches, 1653: 236).

<sup>193.</sup> Historia de la ciudad de Baeza, por el P. Francisco Bilches, de la Compañía de Jesús. MS Nicolás Antonio, Bibliotheca hispana nova, tomo I, p. 407 (Muñoz y Romero1858: 46).

<sup>194.</sup> Una biografía suya en Nieremberg y Otin, 1891 (7): 203.

El mismo P. Vilches, además de ser su biógrafo, fue profesor de estos hermanos Espinosa de quienes señala como "ejemplo de estudiantes fervorosos y devotos de que soy testigo", teniendo también como profesor al P. Gonzalo Ramírez (Bilches 1653: 236).

La participación jaenera en la iglesia española fue importante y más aún en América. Tierras por donde dejó su huella, San Juan de la Cruz, que fundó un convento en Baeza, al igual que San Juan de Ávila con el Colegio que luego se convertirá en la universidad. A las nuevas tierras fueron un sinnúmero de misioneros de todas las órdenes religiosas. Basta señalar al andaluz fray Bartolomé de las Casas. Baeza aportó varios mártires de distintas órdenes y entre los jesuitas cabe mencionar al beato Juan de Baeza, muerto en la expedición que se dirigía a Brasil con el P. Ignacio de Acevedo en 1570 (Sena Medina 1990: 268).

Baeza contaba con el colegio jesuítico comenzado a construir a principios del siglo XVII y terminado en 1648, a expensas del baezano obispo de Cuzco don Antonio de la Raya y Navarrete, quien aportó a esta fundación la suma de cuarenta mil ducados, consiguiendo hacer una de las mejores instalaciones de Andalucía.

Antes de cumplir los 18 años, Pedro ingresó en la Compañía de Jesús de la provincia de Andalucía, el 9 de junio de 1614 (Storni 1984: 279)<sup>195</sup>. Sabemos que hizo su noviciado en Montilla (Bilches 1653: 237), nada menos que dirigido por el H. Alfonso Rodríguez (1538-1616) santo y autor de "La práctica de la perfección cristiana" (1609). Luego lo encontramos como escolar en el colegio de Córdoba (España), pues la Anua relata un hecho prodigioso en el que Pedro tiene una visión que cuenta a un compañero suyo: "un día orando fervorosamente en la iglesia de nuestro colegio de Córdoba, cuando se vio un espíritu arrojado al suelo por unos bárbaros, arrastrado, apaleado, y luego tendido en el suelo, donde se vio aplastado a porrazos" (Leonhardt1927: p. 753). Andrade dice que aquella visión le despertó su vocación por ir a las Indias (Nieremberg y Andrade 1889 (IV): 442) y fue a su vez la visión de su muerte.

La provincia Jesuítica de Andalucía fue creada por San Ignacio en 1554, junto a las provincias de Aragón y Castilla. Hubo un primer intento por parte de doña Catalina Fernández de Córdoba, de fundar un cole-

<sup>195.</sup> Según el manuscrito de Barcelona en la misma fecha pero un año antes.

gio en Córdoba en 1546. Pero por diversas dificultades no tuvo lugar por entonces y necesitaron una década para ver concretada aquella aspiración. Finalmente se fundó en 1553 con el aporte de Juan de Córdoba, deán de la Catedral y abad y señor de Rute y Zambra, hijo del tercer conde de Cabra. Fue el primer colegio de Andalucía, aunque dos años después, al tiempo de la muerte de Ignacio, ya estaban establecidos también los colegios de Sanlúcar, Sevilla y Granada (Borja de Medina 1991: 12).

Fue destinado como rector del Colegio de Santa Catalina de Córdoba el hijo de Catalina, don Antonio de Córdoba. En sus aulas estaban establecidos los estudios mayores y menores completos, es decir los de teología, con dos cátedras de teología especulativa, una de moral y otra de Sagrada Escritura; contaba además, con una cátedra de filosofía. Adviértase que en Baeza se fundaron varios años después los colegios de Santiago y San Ignacio, éste último destinado a los novicios de la Tercera Probación (Borja de Medina 1991: 14).

Estando Pedro aún en España, la Anua nos informa que "intervino en los debates sobre el ministerio de la Inmaculada Concepción, obligándose él por voto, a defenderla hasta la muerte". Además de ello compuso una novena para la fiesta de este ministerio, donde expone los méritos de la Virgen y sus prerrogativas (Leonhardt 1929: 757).

En la Córdoba andaluza fue también –como dijimos- donde aumentó el deseo de partir hacia las Indias. Consultó con su hermano Agustín y escribió luego al P. General quien concedió la ansiada partida luego de haberse ordenado sacerdote.

Por entonces llegaba a España como procurador del Paraguay el P. Francisco Vázquez Trujillo, elegido en la Congregación Provincial de 1620 y que unos años más adelante llegaría a ser provincial (1629-1633). Formó una nutrida expedición con jesuitas de las ya cuatro provincias españolas, sumando un total de 30 jóvenes. La de Andalucía estaba representada por los PP. Espinosa y Esteban Subiesta y los HH. Andrés Ortiz, Juan Bautista Mexía, José Martínez, Cristóbal Mendiola y Francisco de Ojeda (Leonhardt 1927: LIII).

En Sevilla, Pedro escribió una carta a su padre, pues no tuvo oportunidad de despedirlo en Baeza<sup>196</sup>. El grupo partió a Lisboa de donde

<sup>196.</sup> Fragmento de carta fechada el 27 de setiembre de 1621 (Bilches 1653: 237.

zarparon el 8 de noviembre de 1621, arribando a Buenos Aires el 12 de marzo de 1622 (Page 2007b: 44), casualmente el día en que el Papa Gregorio XV canonizó a San Ignacio de Loyola. El viaje fue detalladamente relatado por el P. Gaspar García (Soria, 1587 - Tucumán, 1626). Del grupo que se formó en España no llegó a destino el P. Agustín López Colodrero pues murió en Lisboa en octubre de 1621.

El texto del P. García es una carta a un amigo. Comienza disculpándose por la involuntaria tardanza en escribirle e inmediatamente avanza en el relato contando la demora que sufren en Canarias por cuatro días, ante los fuertes vientos que azotaban el océano. Luego que logran zarpar, la calma de las aguas se presenta temerosa sin poder avanzar. Retomado el viaje, se encontraron con un gran barco, y luego otro que los acompañó asechante por un largo trecho, hasta que se decidió a disparar un tiro al aire en señal de amistad. Luego lo encontraron en el puerto de San Salvador de Bahía y discurrieron que aquellos querían atacarlos pensando que eran enemigos. Describe el puerto y a los atentos jesuitas que fueron a recibirlos con el ritual del lavado de pies de Jesús y un posterior banquete de frutas y carnes. Permanecieron 10 días en Brasil, partiendo el Miércoles de Ceniza con poco viento a favor, hasta que una fuerte tempestad los retrotrajo en su avanzada. Al fin entraron al Río de la Plata, donde navegaron por tres o cuatro días en medio de fuertes vientos y peligrosos bancos de arena que deterioraron el navío. En Buenos Aires fueron recibidos por toda la ciudad con regocijo, instalándose por 15 días en el Colegio que dirigía el P. Francisco Vásquez; de allí unos fueron a Córdoba a terminar sus estudios y otros a las reducciones (Page 2008a: 504). Era provincial el P. Pedro de Oñate, quien junto al P. Ruiz de Montoya fueron a Buenos Aires a recibir al flamante grupo de europeos acompañados por tres coros de indios músicos (Jarque1687: 117-118).

Con gran fervor religioso completó en Córdoba sus estudios de teología e hizo la tercera probación. Mientras tanto en aquella ciudad fue destinado al ministerio de negros, por quienes tanto hicieron, los PP. Diego de Torres y Francisco Díaz. Así lo manifiesta el primer provincial en 1623, quien siguiendo lo que se hizo en Cartagena, se examinaron los bautismos de negros sub conditiones, pues ya por entonces entraban en Buenos Aires más de 1.500 por año. En esta tarea el P. "Espinosa, que con mucho celo y caridad nos ha ayudado en este ministerio" (Pastells 1912:

297). El mismo P. Pedro escribe una carta al P. Diego Ruiz, fechada en Córdoba el 21 de diciembre de 1622, donde cuenta que los negros pasaban por cientos en Córdoba, con destino al Perú, y que el P. Torres había recibido el apoyo del obispo para estos bautismos, agregando luego una explicación de cómo era este ministerio en Loanda (Pastells 1912: 300-301) siguiendo en el relato, aunque sin mencionar, el libro de Sandoval.

Luego de su estada en Córdoba, Pedro fue enviado a las misiones guaraníticas, donde tuvo una intensa actividad. Aprendió con gran erudición la lengua guaraní y se prestó con fervor para el oficio. Así lo testifica la Anua: "Tenía un don especial para domesticar a los bárbaros, arrancarlos de sus costumbres salvajes y conducirlos suavemente a la fe" (Leonhardt 1929: 754).

En carta que escribió a su padre, Pedro le manifiesta que para octubre de 1624 hacía cinco meses que esperaba en Asunción al P. Provincial para que le diera un destino<sup>197</sup>. Llegado a Asunción, el P. Ruiz de Montoya, lo llevó al Guayrá (Jarque 1900 (2): 104). Finalmente entró a las tan anheladas tierras de los indios, junto con otros jesuitas, y con la perspectiva de fundar varias reducciones que estaban proyectadas. Hasta entonces se encontraban siete en el Paraná y seis en el Guayrá, construyéndose después de su llegada, diez más en el Paraná y otras diez en el Guayrá. Cuenta en la misma carta señalada arriba, que en Jesús María, los jesuitas destinados estuvieron cerca de ser asesinados. Por eso reflexiona que él estaba dispuesto a correr esos riesgos y le escribía a su padre "ruegue vuestra merced al Señor, que si ha de ser para su mayor gloria y honra, le haga padre de un mártir, dándome a mi la gloriosa corona que no merezco" (Bilches 1653: 239).

Como él mismo lo refiere fue al Guayrá, como compañero del P. Antonio Ruiz de Montoya, superior en aquellas regiones. Fue en ese tiempo que visitó las reducciones el provincial Mastrilli Durán, como señala la Anua de 1627. Llegado en compañía del P. Ruiz de Montoya a un puerto del Paraná, situado a dos leguas de la pequeña Ciudad Real del Guayrá<sup>198</sup>, fue recibido por el P. Espinosa y autoridades del Cabildo. Al

<sup>197.</sup> Fragmento de carta fechada el 21 de octubre de 1624 (Bilches 1653: 328).

<sup>198.</sup> Fue fundada por Ruy Díaz Melgarejo en 1557 en la margen izquierda del Paraná, en la desembocadura del río Piquirí (Brasil). Sufrió varios ataques del bandeirante Antonio Raposo Tavares, quedando finalmente destruida en 1638.

otro día fueron a la ciudad, donde se le pidió fundase un colegio (Leonhardt 1929: 302). De allí remontaron el Paraná hasta llegar a Loreto donde los esperaba el P. Cataldino. El provincial quedó muy impresionado del recibimiento y de la reducción con su iglesia. Igual sorpresa le causó San Ignacio, pasando luego a San Francisco Javier, suspendiendo el viaje a Encarnación y San José, reducciones a cargo de los PP. Mendoza y Ortega respectivamente, pues estos jesuitas aconsejaron no ir porque se hallaban muy en sus comienzos (Leonhardt 1929: 302-304).

Encarnación de Nuatingui fue fundada por el P. Ruiz de Montoya, a instancias del provincial Mastrilli Durán, luego de haber hecho lo propio con San Francisco Javier. Se ubicaba en las tierras de Tayatí, gobernadas por el cacique Pindoviyú, quien en principio opuso resistencia a la llegada de los jesuitas. Quedó a cargo de la reducción el P. Cristóbal de Mendoza, pero el sitio debió mudarse y en ese trance –escribe Mastrilli Durán- el P. Espinosa ayudó en 1627 a "mudar el pueblo a un sitio muy alabado de los indios donde tienen muy cerca las chacras con lo cual se ha aumentado mucho y se debe gran parte al Padre Pedro" (Leonhardt 1929: 335-336). Al año siguiente la Anua parcial del Guairá que escribe el P. Ruiz de Montoya expresa que "con la ayuda del P. Espinosa se levantó la iglesia, casa y muy buena huerta" (Rouillón Arróspide 1997: 193). Pues vemos cómo el P. Pedro se encargaba de estas tareas en las reducciones.

Una vez acabada esta responsabilidad con éxito, el P. Ruiz de Montoya designó al P. Pedro a la reducción de las tierras del cacique Tayaova "porque va este Padre mostrando muy grandes partes" (Leonhardt 1929: 335). Antes había estado tres veces el P. Ruiz de Montoya por esta región, dejando el camino abierto para la fundación de la reducción, no sin peligros ante gente antropófaga. Tayaova tenía especial aversión contra los españoles, pues lo tuvieron preso junto a otros tres caciques y sólo él pudo escapar y sobrevivir. Pero Ruiz de Montoya pudo convertirlo y bautizarlo con el nombre de Nicolás, junto con su mujer principal y sus 28 hijos. Cuenta el mismo fundador: "comenzamos el pueblo plantando una muy hermosa cruz de 7 brazas de alto, y se hallaron a levantarla más de trescientos indios. Señaleles sitios, y con mucho fervor dieron principio a sus casas y yo a la iglesia" (Leonhardt 1929: 342).

Por aquellos primeros años en que los jesuitas recorren extensos y difíciles territorios, debieron afrontar no sólo el problema del idioma sino también sortear una cultura diferente, no aceptada plenamente por el cato-

licismo. Tal el caso de la antropofagia, venciendo Pedro "las dificultades con su tenacidad asistida por la divina gracia, la cual alcanzó por medio de oraciones y penitencias" (Leonhardt 1929: 754). Pero también la extrema pobreza, el clima y la mala alimentación van a ser vicisitudes que debieron soportar estos primeros misioneros. Casi todos enfrentaron enfermedades extremas en circunstancias que los llevarán a convertirse en "esclavos de los pobres y enfermos", rozándole la muerte a cada instante.

En 1628 el P. Espinosa se encontraba a cargo de la flamante reducción de Los Siete Arcángeles de Tayaova, pues el 31 de octubre de ese año le escribió al gobernador del Paraguay Luis de Céspedes García Xería (Hernández 1913: 17), expresándole que era inminente un avance portugués porque no sólo sabía del rumor sino que los había visto y "puesto en campo contra ellos más de 1.500 indios, que las nuevas fundaciones de San Francisco Javier, en el Ibiterembeta; la Encarnación, en el Ibatinguí; San Pablo, en el Iniay; San José, en el Tucutí y la que él tiene a su cargo que es la de los Ángeles<sup>199</sup>, todas son del rey, porque en nombre y por mandado de SM se han fundado y asimismo las que en adelante se fundaren" (Pastells 1912 (1): 427).

El mismo Vilches señala que "El principal apostolado del Padre Pedro de Espinosa fue el pueblo de Los Angeles del Rey", reducción nueva, de apenas 100 indios en sus inicios, que se ubicaba en la región de Tayaova, donde también se habían fundado las reducciones de Jesús María y Santo Tomás en 1628. Entre sus mayores enemigos se encontraba el hechicero Guirabera, principal responsable de varios ataques que pretendían acabar con su vida, habiéndolo amenazado de arrancarle la lengua "para comérsela en compañía de otro hechicero grande amigo suyo" (Pastells 1912 (1): 238). Pero al final, y luego de un largo peregrinar, logró primero convencer a sus seguidores y luego al mismo hechicero para que fueran a vivir a la reducción. Todo fue en vano porque en 1632 los paulistas arrasaron con los pueblos del Tayaova, esclavizando a sus habitantes (Hernández 1913: 13).

199. Esta reducción que llama Ángeles, en realidad era la de los Siete Arcángeles. Nombre impuesto por el P. Ruiz de Montoya luego que tuviera una aparición de los Siete iluminacdos por la luz de la Trinidad: Miguel, Gabriel, Rafael, Uriel, Jofiel, Samuel, Zadkiel. Una reducción llamada Ángeles se fundó en el Itatí después de la transmigración de 1631, junto a otras cuatro que fueron destruidas en 1632 por los bandeirantes (Hernández 1913: 12-13).

La complicidad con los portugueses del gobernador Céspedes quedó por demás develada con el esclarecedor informe que hizo el P. Boroa al general Vitelleschi el 17 de noviembre de 1634<sup>200</sup>, cuando relató que al viajar a Río de Janeiro, el gobernador contrajo nupcias con la hija de su par de aquella ciudad, Victoria de Sá, que no era afecto a los jesuitas va se sabía, porque había estado antes en Chile donde injurió al P. Valdivia. Regresó por el Paraná y visitó las reducciones del Paranapanema en enero de 1629. El P. Ruiz de Montoya lo agasajó con toda la pompa que merecía su investidura pero sus desaires también inquietaron a los jesuitas de las misiones. Al irse de las reducciones y a su paso por Mbaracayú dictó ordenanzas de trabajo, injustas para los indios y en el salto del Guavrá, donde los indios con anterioridad habían abierto un camino para el paso del provincial Mastrilli Durán, lo mandó cerrar para que no pasara nadie para avisar la invasión portuguesa que se avecinaba. Fue entonces que, enviado el P. Espinosa al sitio, plantó en el paso una cruz con la inscripción "R.P. Nicolaus Duran, Prov. Visendi Reducciones causa primus iter hoc felix faustumque fecit". Pero el gobernador lo mandó borrar y poner "Por aquí pasó muerto de hambre el gobernador de Paraguay" (Pastells 1912 (3): 2-11).

Estas actitudes, más sobre todo su absoluta inmobilidad por defender las reducciones de los ataques paulistas, motivaron al Presidente de la Real Audiencia que le ordenara una inmediata acción al respecto. Pero no hizo caso y comenzó a interceptar la correspondencia entre los jesuitas.

A pesar de los esfuerzos de los PP. por evitarlo, llegó el arrasador avance portugués y con ello una verdadera epopeya como lo fue el éxodo indígena hacia otras tierras. Todo este conflicto se desató alrededor de 1627, cuando los paulistas llegaron a los territorios de las reducciones con el afán de esclavizar indios no cristianos. Las destrucciones asechaban los alrededores hasta que dos años después, la reducción de San Antonio le dio refugio a un cacique fugado de los bandeirantes. Fue excusa suficiente para saquear el pueblo y continuar con otros como San Miguel y Jesús María.

Cuando se supo en Santo Tomé y en Tayaova de las atrocidades cometidas en Jesús María, los indios de ambas reducciones organizaron un ejército a cargo de los caciques más valerosos y de los PP. Francisco Díaz y Pedro de Espinosa. Las huestes del P. Espinosa, que venían de Santo Tomé, llegaron a Jesús María encontrando gran cantidad de muertos y algunos sobrevivientes que habían huido del enemigo. Al regresar contaron al espantado jesuita cómo habían sido degolladas las mujeres resistiendo a la violación. En ese viaje fue cuando el P. Espinosa tropezó y pegó su cabeza en una piedra. Luego de permanecer inconsciente por tres horas los indios lo dieron por muerto (Pastells 1912 (3): 49-50).

Pero ni los indios ni los jesuitas se dieron por vencidos. Los P. Díaz y Boroa fueron enviados a Asunción a dar cuenta de lo sucedido, mientras el resto comenzó con la restauración de Jesús María con la ayuda del cacique Guiravera. Lo primero fue buscar por los montes a la gente que había huído. En esa tarea estaban los PP. Mascetta y Mansilla quienes encontraron indios moribundos y otros muertos en el camino, hasta que hallaron a los prisioneros e intimaron a sus captores para que dejaran libres no sólo a los cristianos, sino también a los infieles como Guiravera. Al volver al Tayaova hubo una reunión de caciques por paces, a la que asistieron los PP. Cataldino, Matínez, Suárez y Espinosa, decidiendo refundar el pueblo de Jesús María pero en otro sitio. Comenzaron levantando la tradicional cruz y luego siguieron con la construcción de su iglesia (Pastells 1912 (3): 118-122).

Los ataques se sucedieron una y otra vez, incluso llegaron hasta Villa Rica, obligando al obispo fray Cristóbal de Aresti a trasladar la villa, al pueblo de Maracayú. En 1630 los bandeirantes no sólo no habían devuelto a los cautivos sino que regresaron atacando San Pablo, mientras que Encarnación fue abandonada antes que llegaran. El nuevo ataque a las reducciones lo relata el P. Boroa, contando que llegaron en las vísperas de la fiesta del Corpus, cuando los indios estaban a pleno, levantando arcos para la procesión. Bandeirantes y tupíes atacaron sin piedad, mientras los jesuitas pidieron infructuosamente auxilio a los españoles. En esos días llegaba del Brasil a Asunción la esposa del gobernador que ya estaba anoticiado de esos ataques y los que se vendrían<sup>201</sup>.

Enterado de lo sucedido, el provincial Vázquez Trujillo decidió partir para el Guayrá junto con su compañero Miguel de Ampuero, aunque corriera riesgo su vida, pero enviando al mismo tiempo al P. Díaz a la

Audiencia, para que relatara los hechos como testigo de vista. Se abandonó San José, congregándose algunos evacuados cerca de Loreto. Finalmente embistieron contra San Pedro y Concepción, mientras los paulistas atacaron San Javier. En ese momento un grupo de soldados con el provincial fueron en su defensa. Pero al llegar, los soldados huyeron dejando a los jesuitas y volviendo a Asunción con la falsa noticia de triunfo, y que los PP. habían concertado con los portugueses entregar a algunos indios. El gobernador ordenó hacer una gran fiesta pero una carta del provincial se las aguó, pues contaba la masacre que realmente había sucedido<sup>202</sup>.

Quedó en pie sólo Loreto y San Ignacio, que fueron las dos únicas reducciones sobrevivientes, ubicadas sobre el río Paranapanema. Mientras tanto el P. Ruiz de Montoya se trasladó con los PP. Mascetta y Espinosa, para organizar la defensa de Loreto y San Ignacio. Pero resultaba inútil enfrentar las armas de fuego, siendo entonces cuando el superior de las reducciones dispuso trasladar a toda la muchedumbre río abajo (Pastells 1912 (3): 198-199). De tal manera que en 1631 el P. Ruiz de Montoya dirigió la evacuación de las dos reducciones con 12.000 indígenas que navegaron en 700 balsas río abajo por el Paranapanema y luego por el Paraná. Tres días después llegaron los bandeirantes a las despobladas reducciones que las terminaron destruyendo. Incluso en el trayecto que hizo Montoya, y al llegar a la ciudad española del Guayrá, encontró que los españoles querían capturar a los indios que iban con él para llevarlos a sus encomiendas.

Antes de partir y desde Loreto, el P. Montoya encomendó al P. Espinosa para que juntara la gente de la región del Tayaova y la llevara hacia el salto del Guayrá para unirse a los de Loreto y San Ignacio. La transmigración del P. Espinosa se hizo en dos etapas, porque no alcanzaban las canoas para transportar dos mil indios de la región. De tal manera que una primera tanda viajó al salto del Piquirí con el P. Diego de Salazar, quien luego volvió con el resto, encabezados por el P. Espinosa y el cacique Nicolás. La crecida del río favoreció para sortear el salto y encaminarse hacia el Salto Grande. Este viaje duró dos meses hasta el salto del Guayrá, donde esperaba el P. Ruiz de Montoya.

Pero aún faltaban llegar algunos jesuitas y el superior envió al P. Espinosa en su búsqueda. Fue cuando Paraná arriba encontró al P. Martínez que venía retrasado con gente de Loreto, que cargaban con imágenes y ornamentos. Allí fue cuando el P. Martínez continuó al Piquirí y el P. Espinosa regresó al Salto (Pastells 1912 (3): 216-220). Una vez que se reunieron el P. superior ordenó avanzar por escuadrones. Ante la terrible escasez de alimentos, el P. Montoya acudió a la piedad del teniente de gobernador de Corrientes, el maestre de campo don Manuel Cabral de Alpoim, quien autorizó se llevara algunas vacas. Y a esa caza fueron el mismo superior y el P. Espinosa.

Ya en el Yabibiri y con la presencia del provincial, fue entonces que el P. Montoya envió a los belgas al Itatín a fundar reducciones. Con graves penurias había concluido el viaje y refundaron en 1632 San Ignaciominí y Nuestra Señora de Loreto a orillas del Yabebirí, aunque sólo lograron llegar 4.000 guaraníes.

Luego de la trasmigración, el P. Espinosa permaneció en la nueva reducción de Loreto donde dio sus últimos votos el 18 de abril de 1632 (Storni 1984: 92). Pero el gobernador no salió ileso, por el contrario, la Audiencia envió a don Juan Ursuchi de Abreu para que levantara un sumario en contra del gobernador y lo remitiera preso a Charcas, donde fue condenado por favorecer a los bandeirantes<sup>203</sup>.

Tocaba ahora trazar los nuevos pueblos sobre este río, al tiempo que los indios ya podían cosechar en sus sementeras. Se buscó con diligencia los lugares y Jarque escribe que "A lo cual no poco le ayudó la gran caridad, celo y maña del gran siervo del Señor el P. Pedro de Espinosa" (Jarque 1900 (3): 304).

En este trance fue cuando el superior envió al P. Espinosa en busca de ovejas a Santa Fe. Habían vendido todas las alhajas y hasta las sotanas para hacer frente a los requerimientos alimenticios. Nos acercamos a su muerte cuando poco antes -dice la Anua- Pedro hizo confesión general. Rememora este documento que fue la cumbre anhelada de sus trabajos. La tarea era llevar ese ganado, contando con una escolta de indios y un baqueano español. Llegaron a Santa Fe y de regreso encontraron uno de los varios ríos que tenían que sortear extremadamente crecido, por lo que construyeron unas improvisadas balsas para pasar las ovejas. Habían trasladado alrededor de 800 animales, la mitad del total, cuando los arrieros

prendieron fuego para calentarse en un descanso. El humo advirtió a un grupo de indios no cristianos que merodeaban por el lugar y habían sido maltratados hacía poco por unos españoles, con lo que no dejaron de perder la oportunidad para tomar venganza. De tal forma que a media noche atacaron sin piedad. Primero mataron a cinco indios que dormían junto al P. Pedro, a quien derribaron a porrazos quitándole la ropa, y luego continuaron con una gran macana hasta matarlo. Sólo encontraron de él un brazo y una pierna, porque se ve que el resto del cuerpo fue devorado por animales o quizás por los mismos indios. En ese mismo momento su imagen iluminada le apareció al P. Justo Van Suerck que se encontraba en Itatí, manifestándole que ya se iba al cielo (Leonhardt 1929: 758-759 y Astraín 1996: 405).

Jarque conoció al P. Espinosa en el colegio de la Inmaculada de Santa Fe. Lo manifiesta en varios de sus escritos y dijo que a dos personas se les reveló su muerte. Una fue el H. Mateo Fernández, natural de Villa Rica, que había sido compañero en Tayaova y tuvo igual desgracia tiempo después, al ser asesinado por los chiriguanos, junto al P. Pedro Romero. La otra persona que recibió la revelación de Dios antes que sucediese -dice Jarque- fue su amigo el P. Ruiz de Montoya. Pero Jarque también menciona que en las conversaciones con el P. Espinosa, éste le manifestó en Santa Fe que en este viaje iba a morir. Al partir hacia las reducciones se dio el caso que sudó la imagen de la Virgen, pintada por el H. Berger (Jarque 1687: 152) ubicada en el altar de los congregantes de la iglesia jesuítica del colegio. Con los paños mojados de su sudor se curaron muchas enfermedades (Jarque 1900 (3): 309). Era rector del colegio el P. Pedro de Helgueta quien no dejó pasar el prodigio de la pintura y levantó casi medio centenar de testimonios ante escribano (Furlong 1936a). Lo cierto es que con la muerte del P. Espinosa varios autores, hasta el mismo Storni, la dan como el 3 de julio de 1634<sup>204</sup>, es decir casi dos años antes de este singular testimonio. Mayor confusión dan otros historiadores que ubican su muerte en 1637<sup>205</sup>, cosa que es imposible, pues la Anua es anterior a esa fecha y relata ambos sucesos sin determinar ninguna fecha precisa. Pues el sudor de la Virgen aconteció el 9 de mayo de 1636, y tanto Jarque como Montoya y Andrade, relacionan la

<sup>204.</sup> También Diego González y Esteban Guilhermy.

<sup>205.</sup> Andrade dice que fue el 3 de julio de 1637 y Bilches el 16 de junio de 1637.

muerte del P. Espinosa con el sudor de la Virgen (Furlong 1936a: 80). Los despojos del baezano fueron llevados a la reducción de Loreto, en cuya urna se depositaron luego los restos del P. Montoya, fallecido en Lima en 1652 (Furlong 1978: 148).

## La obra edilicia del P. Espinosa

En tiempos que llegó el P. Espinosa al Guayrá florecían -como dijimos- trece reducciones entre guaraníes, siendo Loreto y San Ignacio las más antiguas e importantes. Tenían considerables iglesias que competían con las de las ciudades españolas. Así relata como mencionamos antes el P. Diego de Boroa en la Anua de 1637 cómo eran aquellas, antes de la mudanza al Yabebirí: "En las dos iglesias había un ábside triple con su respectivo altar y retablo pintado. Existían a ambos lados de la nave central una hilera de columnas con su pedestal y capitel, con su pórtico y toda clase de ornamentos bien cincelados. Detrás de ellas, arrimados a la pared, había confesionarios del mismo estilo artístico, con su correspondiente distancia entre si. Toda la obra estaba construida de madera de cedro. No faltaban pila bautismal, tabernáculo, bancos y demás mobiliario necesario, todo bien labrado según un estilo armonioso" (Leonhardt 1929: 726). El mismo gobernador Céspedes Xería elogió a su paso por estas reducciones sus "hermosísimas iglesias, que no las he visto mejores en las Indias, que corrido del Perú y Chile" (Jarque 1900 (3): 7). Recordemos que estos pueblos tuvieron un importante crecimiento demográfico en 1614, al unificarse con los otros tres pueblos que los jesuitas atendían en la región y que no tenían un operario fijo (Lozano 1755 (2) 761-717). Fue entonces cuando se trasladaron y comenzaron a construir nuevos templos en ambos pueblos, llegando a afirmar la Anua de 1617, que las hicieron los indios "de tres naves tienen de largo 150 pies, de ancho 80", incluso acarreaban "tierra para sus paredes" (Leonhardt 1929: 150). Sabemos que fue inaugurada en 1616 (Leonhardt 1929: 151), pero desconocemos su exacta estructura edilicia y si perduró en el tiempo o fue reemplazada. La instalación del Santísimo Sacramento en Loreto fue el 29 de setiembre de 1617. En la oportunidad asistieron dos sacerdotes jerónimos, un mercedario y tres jesuitas. Presidió el acontecimiento

una procesión con cinco pendones, una cruz con manga de seda, llevando en andas a San Ignacio, luego la Virgen de Loreto y finalmente el cáliz con el Santísimo. Se desplazaron en calles con arcos donde se levantaron siete altares. Continuó la fiesta con danzas y banquetes (Rouillon Arróspide 1997: 185).

En cuanto a las iglesias de tres naves, tenemos un primer antecedente en el memorial del provincial Mastrilli Durán que así la encarga construir en Encarnación de Itapúa<sup>206</sup>. Pero sabemos con certeza por el documento mencionado, que sí las tuvieron Loreto y San Ignacio del Paranapanema, obviamente continuando con su primera chozuela, luego iglesia pequeña y finalmente, posterior a la mudanza mencionada, la iglesia de tres naves con 45 metros de largo y 24 de ancho (Lozano 1755 (2): 150).

Si bien los relatos de los jesuitas atribuyen a que ellos eran los constructores, insistimos que es dable suponer que no era así, pues para la construcción de estos edificios se necesitaba un número bastante superior al de dos misioneros. Sí pueden haber participado ellos como obreros junto a los indios, pero incluso dudamos que pudieran dirigir las obras por lo del temperamento guaraní de entonces, de no tener líderes.

Con respecto a la autoría de la iglesia de Loreto, es contundente el testimonio del P. Espinosa, quien luego de varios años en las reducciones da cuenta de sus obras manifestando en una carta fechada el 22 de diciembre de 1631 que: "Se y ejercito, gracias a Dios, todos los oficios, he hecho con mis manos muchas casas para los indios, y algunas iglesias para ejercer nuestros ministerios, no sólo en lo material del edificio, sino también en lo formal de su adorno. En Nuestra Señora de Loreto hice, demás de la iglesia, un sagrario, con columnas y molduras muy ajustado al arte. Los nuestros que lo han visto, le juzgan por obra digna de un buen artífice, y que puede parecer en España". Agregando luego que "De manera que sin tener otro maestro que a Dios, he salido arquitecto, albañil, ensamblador, carpintero", entre otros oficios que ejerció por necesidad (Bilches 1653: 240-241). Incluso añade Vilches que en algunas de sus cartas solicita a su padre y hermanos que le envíen "barrenas, compases y otros instrumentos para labrar madera", agregando "y enviaba señalados los modelos harto bien dibujados" entre otras cosas, que iban desde agujas y anzuelos hasta juguetes para los niños.

206. AGN, Sala IX, 7,1,2, Compañía de Jesús, Legajos Varios Años.

Vilches también menciona que el P. Espinosa luego de haber puesto en perfección la reducción de los Ángeles, dio principio a la de San Francisco Javier y después fue a Loreto (Bilches 1653: 241). La Anua reafirma algunas partes de este texto al expresar que construyó: "Un cuarto, levantado en Loreto, con su sagrario cómodo y elegante, se debe igualmente a la habilidad de nuestro Pedro". Este mismo documento además de hacer notar su fervoroso celo misionero, expresa que el P. Pedro tenía "una gran habilidad para construir iglesias". Continúa dando cuenta de sus obras: "En Nuatingui, Tayaoba y Caaró, no sólo delineó los templos, sino dirigió la construcción hasta su terminación" (Leonhardt 1929: 754).

Es decir que se refiere a las reducciones de Encarnación, fundada en 1625 en el territorio de Nuatingui, Siete Arcángeles en 1628 en el Tayaova, ambas en el Guayrá y Todos los Santos del Caaró en el mismo año, y sobre el río Iyuí, afluente del Uruguay.

Para la fundación de Encarnación de Nuatingui fue importante la labor previa del P. Montoya. La prerreducción se estableció en el mismo pueblo del cacique, luego se trasladó a otro sitio dándose la primera misa frente a la cruz que se plantó en 1625. Pero -como dijimos antes- dos años después se mudó, tomando especial participación el P. Espinosa quien además y como informa el superior al provincial: "hizo una iglesia tosca de alfarda para ejercitar las lecciones que VR nos dio". Agregando que esa la hizo en 20 días "de nudillo, i nuestra casa de la misma manera, y como los indios no han visto cosa semejante han quedado contentísimos, y han cobrado amor a su pueblo" (Leonhardt 1929: 335-336). Pues este es el primer documento que nos permite darnos cuenta del sistema constructivo que dejaba desplazar la hilera de columnas centrales que sostenían la cumbrera, por dos hileras de horcones que no sólo abrían el espacio central, sino que, permitían incorporar dos espacios laterales más reducidos (Sustersic 1999b: 37-39 y Serventi 2007: 310). Pero si en verdad el P. Espinosa construyó Loreto como él mismo lo manifiesta y mencionamos más arriba, pues allí debió emplear el sistema de par y nudillo y por cierto con anterioridad a Encarnación.

Derivadas de las armaduras de parhilera o mojinetes, las de par y nudillo son de raigambre islámica, que aparecen sobre todo en la arquitectura mudéjar. Sin embargo el término par y nudillo recién es incorporado en la tratadística arquitectónica por Diego López de Arenas (1619) y Mathurin Jousse (1627). Pero fueron tan utilizadas en Andalucía, que

permanecieron en la memoria de los misioneros convertidos por necesidad de expertos de la construcción.

Estas armaduras vienen a dar solución al deslizamiento de los pares hacia abajo y a la flexión a los que están sometidos por la carga de la cubierta. Con el nudillo disminuye el momento flector que solicita el par y por compresión mejora su comportamiento. El esquema se completa con tirantes que impiden la transmisión a los muros de una acción horizontal. Para el proceso de montaje se necesita un tipo de arrostramiento que impida que se caigan (Fig. 6).

Debido a que necesitaron cubrir esas iglesias con tejas, ante los fáciles incendios que producía la paja de sus cubiertas, se decidieron a usarlas, pero –como dijimos- ante el peso de esta cubierta fue necesario implementar el sistema de par y nudillo. Posiblemente luego del incendio de Candelaria en 1633 se decidió definitivamente tejar esa y todas las iglesias que aún no las tenían. Así mismo Jarque, al escribir la biografía de Montoya, señala muy claramente cómo se cubrió de tejas la iglesia de Loreto del Pirapó: "hicieron asimismo su horno para cocer la teja, y después de varias pruebas dieron su temple al barro" (Jarque 1900 (1): 311).

Es decir que esta nueva cubierta vino a reemplazar a las iglesias como la de Santa María, construida "con horcones y cumbreras" (Leonhardt 1929: 280-291) cubiertas de paja, que fueron incluso ampliadas en su longitud a medida que se sumaban nuevos feligreses, como lo hacían los indios en las "casas grandes".

La reducción del cacique Tayaova la fundó el P. Montoya junto al río Huibai con varios caciques, aunque con no pocos enemigos que asechaban. A principios de 1626, levantó la cruz, señaló sitios y comenzaron levantando casas e iglesia cercada, además de dejar una imagen pintada por el H. Berger. Hasta octubre de 1628 había bautizado a 500 indios (Leonhardt 1929: 342-347-351). Fue después de ello que envió al P. Espinosa a esta reducción donde "Logró reunir allí unas 2.000 familias y fundó con ellas una reducción" (Leonhardt 1929: 342-347-754). Con el objeto de crear la reducción de Santo Tomé, ubicada entre la de San Pablo y Tayaoba, el P. Montoya lo sustituyó por el P. Díaz Taño, con quien había llegado a las Indias en la misma expedición que partió de Lisboa. En esos momentos, la reducción sufría una peste de viruela, enviando al P. Pedro junto al cacique Nicolás Tayaova a reunirse con él para tratar el tema de la invasión con el gobernador (Jarque 1900 (2): 325).

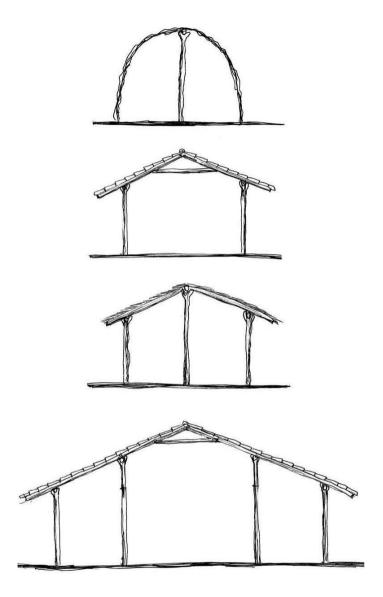


Fig. 6. Esquema del muro-cubierta guaraní, del techo tijera con horcón y del par y nudillo en las iglesias.

Finalmente el P. Espinosa pasó a la reducción del Caaró, sitio donde poco antes de fundarse, muriera Roque González. Se encontraba en ese momento el P. José Oreghi, llegando "para construir la iglesia, también levantó la casa habitación nuestros Padres, delineó todas las calles del pueblo y sus dependencias campestres, de una manera ingeniosa y admirable" (Leonhardt 1929: 754). Pero fue llamado a otras funciones por lo que debió dejar casi terminada su obra.

Todos estos pueblos fueron destruidos y al P. Espinosa le quedaba la responsabilidad de participar activamente en la refundación de dos de ellos: Loreto y San Ignacio. Pero la muerte tocó su puerta y el devenir de las reducciones siguió su camino.

#### Conclusiones

Debemos advertir que si bien se ha dicho incansablemente que las iglesias de las misiones guaraníticas eran "amplias y hermosas desde el principio" o eran iglesias admirables, debemos tener en cuenta que estas afirmaciones se dicen luego de 20 y 30 años después que llegaran los jesuitas a la región. Ciertamente fueron grandes, pero no nacieron de la nada, sino que hubo antecesoras. En la misma Loreto, antes de la transmigración, hubo dos iglesias, una en frente de la otra, y eso que la población ya había sido trasladada en 1614. De tal forma que llegamos a la transmigración con tres iglesias construidas en esta reducción de Loreto. Es decir que dentro de esos primeros 20 años, las iglesias eran modestas, como bien las describe el P. Lorenzana al compararlas con "el portalillo de Belén", siguiendo una tradición constructiva guaraní. Tampoco tenemos dudas, que las construían los indios, no los PP. como ellos mismos a veces lo afirman. Sí aportaban sugerencias como la de introducir paredtecho, primer paso (siguiendo tipología de Staden) y después el par y nudillo que fue lo que con el tiempo les permitió hacer iglesias "amplias y hermosas". Y eso fue con aporte de tecnología europea, necesaria para introducir la teja en las cubiertas, para evitar incendios en las usadas de paja, y con maderas resistentes que sostuvieran el ahora pesado techo. Tejas que se hacen en la misma Loreto. En esas dos primeras décadas los mismos indios al terminar la iglesia la cercaban con empalizadas (como

eran los pueblos según Staden), pues la región era sin dudas "zona caliente", de constantes guerras entre indios; entre indios y españoles; entre indios y portugueses.

En definitiva, las iglesias "grandes y hermosas" no aparecieron de la noche a la mañana, sino que hubo un lento proceso de europeización, como lo afirmado en la división del muro-techo, par y nudillo, decoración interior. Pero no por ello podemos descartar la originalidad y el aporte indígena. Los cambios siguieron viniendo luego de la transmigración con la llegada de jesuitas carpinteros que introdujeron la bóveda (de madera) en iglesias misioneras, siguiendo el tratado de Philibert de l'Orme. Sólo a principios del S. XVIII se refuerzan esos aportes con la llegada de arquitectos profesionales como Brasanelli, Prímoli, entre otros, que incluso no sólo traen nuevas tecnologías sino que quieren cambiar el espacio introduciendo crucero y cúpulas. No obstante la participación indígena no cederá, frente a las imposiciones de los arquitectos, logrando una arquitectura de raigambre regional que se diferencia claramente de otras arquitecturas.

Pues nuestro trabajo se centra en las tres primeras décadas y reafirmamos hipótesis ya establecidas por otros investigadores aquí citados. Aportamos nuevos elementos que enriquecen la idea de participación especial que tuvieron los indios en las primeras construcciones reduccionales, y el aporte de sacerdotes no especializados que por esa razón fueron permeables a las iniciativas de la gente del lugar.

Asimismo enfatizamos el trabajo desde una apuesta biográfica para contextualizar un tiempo histórico, centrando la visión en la figura de uno de sus protagonistas, el P. Pedro de Espinosa, quien desde una labor voluntariosa como la que ejercían sus pares, fue quien primero comenzó a dedicarse a la construcción de iglesias. Sin formación profesional, el único conocimiento que poseía eran su habilidad manual y sobre todo su memoria, aplicada para dar soluciones estructurales en un medio con una fuerte identidad constructiva.

## 7. LAURO NÚÑEZ.

## LOS CONFLICTOS CON LAS CONSTRUCCIONES ARQUITECTÓNI-CAS DE SUS PERIODOS DE GOBIERNO

#### Introducción

Promediando el siglo XVII los jesuitas de la Provincia del Paraguay eran fuertemente cuestionados por sus múltiples actividades financieras y por no observar los cánones y bulas, que al respecto y por ejemplo había dictado por entonces el papa Clemente IX en 1669<sup>207</sup>. Concretamente se hacía referencia a si eran lícitos ciertos actos de compra y venta que se efectuaban a diario. Incluso una Cédula Real de 1679 llegó a las manos del provincial de la Compañía de Jesús, como a las de otras órdenes religiosas, intimando se cumpla el breve clementino. Pero los jesuitas actuaron rápido, haciendo dos informes que desmentían su

207. La referida bula "contra los tratos y contratos de los eclesiásticos" se suma a una serie de antecedentes donde la máxima autoridad de la Iglesia legislaba en contra, para que los eclesiásticos no ejercieran el comercio. En este sentido la bula de Paulo V de 1607 parece ser la primera, aunque hubo otras que con posterioridad insistieron en el tema y se relacionaron por ejemplo en que los eclesiásticos no paguen ningún tipo de impuesto, que no admitan donaciones, etc. (Hernáez 1879).

participación en maniobras económicas, una con 15 y otra con 20 testigos, que se presentó ante el Consejo de Indias (Hernández 1913 (1): 271).

Conscientes de las sospechas y acusaciones a las que fueron sometidos los jesuitas de la provincia, encomendaron al P. Francisco Burgés para que se encargara de "deshacer en Roma la calumnia del comercio" 208. Lo hacía en calidad de procurador a Europa, elegido junto con los PP. Nicolás de Salas y Diego Ruiz en la XV Congregación reunida en Córdoba en el mes de noviembre 1700, y presidida por el P. Ignacio de Frías. Recién viajaría en el mes de agosto de 1703 con el P. Salas, prolongando su estadía por nueve años, aunque el P. Salas regresó a los tres años. Sus comentarios al general Miguel Ángel Tamburini, tuvieron como reacción que, éste enviara como visitador al P. Antonio Garriga con facultades suficientes para revertir cualquier anomalía. Efectivamente, los informes de Burgés más que deshacer calumnias, las alimentó<sup>209</sup>.

Las acusaciones fueron igualmente negadas por el gobernador de Buenos Aires, José de Herrera (1678-1682), al exponer la situación ante el rey Carlos II, el 9 de enero de 1683<sup>210</sup>. Además de manifestar la inexactitud de los injuriosos comentarios, explica sobre la estricta conducta de los superiores que, con severos preceptos, prohibían realizar actividades comerciales a los procuradores. Sólo su buena administración –señala el gobernador- ha permitido que tengan "sus casas muy bien cerradas y fabricadas, y en particular sus iglesias con el mayor adorno y decencia, todo lo cual no puede hacerse sino es buscando los medios referidos, que no parecen negociación prohibida"<sup>211</sup>. Lo propio hizo el P. procurador Ignacio de Frías al ser elegido en 1689, viajando a Madrid con expresas

<sup>208.</sup> ARSI, Paraq. 12, Historia II, 1667-1785, f.199.

<sup>209.</sup> En un memorial que le escribe al P. general, cuyo texto lo trae Furlong, menciona: Se murmura, y no sin fundamento, que los Superiores y Procuradores, son mercaderes y negociadores, con harto descrédito de nuestro buen nombre, y distracción de los sujetos, que en eso se emplean. En los almacenes o aposentos de los Superiores y Procuradores, y en especial del Colegio de Córdoba, donde se crían todos los estudiantes, vende el Procurador a cuantos le vienen a comprar los géneros que tiene, como si fuera una tienda, los géneros de Castilla, que compramos para ornamento de las iglesias y vestuario de los sujetos, y avio de nuestras casas; y en el noviciado, separado, hace su Procurador lo mismo". (Furlong 1943 (1): 253).

<sup>210.</sup> La transcribe íntegramente el P. Pablo Hernández (1913 (2): 554) y parcialmente el P. Antonio Astraín (1920 (VI): 422.

<sup>211.</sup> Ibíd.

órdenes del P. Lauro Núñez de mostrarle a su majestad lo infundado que era el tema del comercio de los jesuitas (Furlong 1944: 253).

Indudablemente estos cuestionamientos que surgieron a fines de aquel siglo y principios del siguiente, son producto de los fecundos emprendimientos económicos desplegados por los hijos de Ignacio. Afirmación que se puede sostener apreciando las empresas arquitectónicas que se llevaron adelante. A pesar de la holgura económica, se presentaron apuros financieros que detuvieron y hasta paralizaron por siempre ciertas obras que prometían gran relevancia.

Durante este periodo, que podríamos situar aproximadamente entre 1680 y 1720, en el que se produce una consolidación de la estructura edilicia de la provincia, actuaron varios provinciales. Entre ellos, la figura del P. Lauro Núñez sobresale por su constante apoyo a la realización de importantes obras que, en no pocas oportunidades, encontraron la oposición para su concreción por parte del general del Instituto, produciéndose ciertas tensiones que fueron promovidas por una suerte de fuerte oposición interna a su gestión (Sustersic 2000).

Para tener una idea aproximada de la situación material de la provincia podríamos señalar que ya en 1687, el general Tirso González (1687-1705) felicitaba al por entonces provincial Tomás Donvidas por los Templos hermosos que se estaban construyendo<sup>212</sup>. Mucho más congratulado se encontraba el general al finalizar el provincialato del P. Lauro cuando expresaba: "En las misiones, asi en las ciudades donde habitamos como en las estancias, veo todo fervor, sin que tenga en todo esto nuevo aviso que dar, sino dar a Nuestro Señor las debidas gracias y rogar a su Divina Majestad que las conserve y lleve adelante para su mayor servicio y gloria, y después de dar a los superiores y subditos sus gracias, rogarles con el mas íntimo afecto de mi corazón, que lleven adelante lo mucho bueno que en la provincia reconozco"<sup>213</sup>.

Lo que estaba sucediendo era también el resultado de la política que frente a los edificios había tomado muchos años antes el P. general Paulo Oliva (1664-1681), muy diferente a la sostenida durante el generalato de su antecesor el P. Vicente Caraffa (1646-1649), donde se propiciaba la modestia decorativa en las iglesias. Por el contrario, el P. Oliva pro-

<sup>212.</sup> ARSI, Cartas de los Generales (CG), 3ª 1687, de Tirso González a Tomás Donvidas. 213. Ibid. 31 de enero de 1696, de Tirso González a Lauro Núñez.

movió todo tipo de empresas artísticas, pero no en las residencias que debían reflejar humildad, sino en las iglesias jesuíticas en las cuales se pretendía "alcanzar la sublimidad de la omnipotencia eterna de Dios con tanta pertenencia de gloria como podamos conseguir". De todas formas la institución religiosa en las ciudades, con sus grandes edificios, sus esclavos, extensiones de tierras rurales y demás bienes, participaban como un sólido conjunto, que precisamente poseía esos símbolos de riqueza material. Representaciones que se transportaron del catolicismo europeo de las iglesias de España e Italia del siglo XVII.

El P. Antonio Garriga<sup>214</sup>, apenas se hizo cargo de la provincia, trató de evitar que se siguieran construyendo grandes edificios "que deben ser ajenos a nuestra pobre profesión religiosa". Aunque tres años después debió repetir sus órdenes, incluso especificando medidas de los patios y habitaciones y recurriendo a que se empleara la Santa Obediencia para que se cumplan sus órdenes. Pero nuevamente no se tuvo en cuenta y se siguieron construyendo edificios que, para la época resultaban sumamente suntuosos (Cushner 1983: 33).

En nuestro periodo de estudio una serie de iniciativas fueron fomentadas desde Roma por el P. González, quien con sumo interés estimulaba a los jesuitas del Paraguay para que emprendieran nuevas construcciones de iglesias, colegios y hasta casas de indios<sup>215</sup>. En este sentido sirva de ejemplo la confirmación como rector del Colegio de Santa Fe del P. Alonso del Castillo, a los fines que pudiera concluir la construcción de la nueva iglesia<sup>216</sup>. Aparentemente estas medidas se tomaban por tener informaciones que los edificios de los primeros tiempos eran poco sólidos, y porque muchos PP. se acobardaban al emprender semejantes trabajos. Aunque la pobreza extrema y las constantes e inevitables murmuraciones de algunas personas también jugaban un papel negativo a la hora de realizar obras de gran envergadura. Recordemos en este sentido, la conocida descripción de la pobreza edilicia de la ciudad de Buenos Aires

<sup>214.</sup> El P. Garriga nació en Palma de Mayorca en 1662. Ingresó al Instituto de Aragón en 1684, profesando sus últimos votos en 1695. Llegó a Buenos Aires en 1709 como visitador del provincial, hasta que en 1713 fue enviado al Perú en carácter de provincial. Cargo que mantuvo hasta su muerte en Lima en 1733 (Storni 1980a:114).

<sup>215.</sup> Lo manifiesta en su carta 15ª de 1696 y 7ª del 12 de abril de 1699. (ARSI, CG)

<sup>216.</sup> Ibid, 14 de diciembre de 1697, de Tirso González a Simón de León.

que realiza el P. Sepp a su llegada en 1691, y donde señala que los jesuitas fueron los primeros en construir edificios sólidos (Furlong 1946: 125).

En cuanto a la utilización de mano de obra, es bueno recordar las advertencias que el mismo P. González hacía al provincial Donvidas cuando le escribe que "encargo a V.R. con las veras posibles que no permita a los nuestros, ocupen demasiado a los indios, así porque tengan lugar para beneficiar sus tierras y atender a sus labores, como porque no seamos ocasión de reparo y murmuración a los seglares"<sup>217</sup>. Similar observación hace el P. general en ocasión de construirse la nueva residencia en Corrientes, al señalar en 1696 que "no deben trabajar los indios para los nuestros"<sup>218</sup>. Y ya vamos a ver a qué aludía esta orden. Mientras que de las reducciones, los mandamientos en este aspecto llegados de Roma se venían sucediendo desde 1637 cuando se encargaba al provincial que se tuviera moderación con el trabajo de los indios. Incluso en la citada XV Congregación de 1700 se expresaba que se ponga medida en los excesos (Furlong 1978: 204).

Lo cierto es que el P. general desde Roma alentaba estas empresas, cuyas órdenes bajaban a los provinciales Tomás Donvidas y Lauro Núñez, encontrándose con este último las figuras de José Brasanelli y Juan Kraus<sup>219</sup> como los primeros arquitectos de profesión, capaces de llevar adelante el gran proyecto edilicio de la provincia. El primero llegó a Buenos Aires en 1691 y el segundo siete años después, y ambos pasaron a Córdoba por un tiempo.

# Biobibliogafía del P. Lauro

Sobre el P. Lauro poco se ha escrito a pesar de haber llevado una intensa actividad docente y administrativa desarrollada fundamentalmente como profesor y rector de la universidad de Córdoba, y como provin-

217. Ibid, 20 de noviembre de 1687, de Tirso González a Tomás Donvidas..

218. Ibid, 4ª de 1696, de Tirso González a Lauro Núñez.

219. El coadjutor Juan Kraus nació en Pilsen, ciudad checa ubicada al sudoeste del país, el 10 de junio 1660 (Gretenkord 1993: 86). En 1685 ingresó al Instituto de la provincia de Alemania Superior creada en 1556, haciendo sus últimos votos en Ingolstadt, la primera ciudad bávara en tener un colegio jesuítico, cuado aún no había cumplido los 36 años de edad. Después de cinco meses de viaje llegó a Buenos Aires en la expedición del P. Ignacio de Frías en 1698 (Page 2007: 46). Realizó numerosas obras en colegios y reducciones

cial del Paraguay en dos oportunidades. De Angelis señala la existencia de una "Carta de edificación o vida del P. Lauro Núñez" que hemos podido ubicar<sup>220</sup>, aunque sin conocer el autor pues se han perdido sus últimas páginas. También contamos con una escueta referencia necrológica en la Carta Anua y finalmente una verdadera reivindicación a su obra escrita por el P. Ladislao Orosz, que incluye su biografía en su famoso libro "prohibido", texto completo (latín y castellano) que publicamos hace unos pocos años (Page et al 2005). No se conocieron personalmente ya que este último llegó al Paraguay en 1729, diez años después de su muerte, pero debe haber recibido muchas noticias del polémico jesuita<sup>221</sup>. Los historiadores jesuitas del siglo XX ligeramente se ocuparon de él, tampoco registramos ningún trabajo inédito, de los tantos que han quedado, del destacado historiador Guillermo Furlong.

El P. Lauro nació en Alicante el 18 de agosto de 1632. Ingresó al Instituto el 21 de setiembre de 1647 sin haber cumplido aún los 15 años. Fueron infructuosos nuestros esfuerzos por obtener alguna pista de su infancia en Alicante. Una próspera ciudad que en ese año obtenía la Bailía meridional valenciana que estaba en Orihuela, por resolución de Felipe IV y ante el crecimiento económico tan importante que le dio su puerto. Entró a la Compañía de Jesús de Alicante, de la provincia aragonesa, que contaba con un modesto colegio nacido de una residencia creada por el general Vitelleschi en 1635 (Astraín 1916 (5): 18).

Pero más confusa es su llegada a Buenos Aires. El P. Leonhardt sigue la lista de los 31 jesuitas que viajarían con el procurador Juan Pastor que da Pastells (1915 (2): 166) y que no incluye al P. Lauro. Pero el P. Pastor aclaró un poco las turbulencias que tuvo aquella expedición, cuando al ser nombrado provincial en 1650, le tocó escribir la Anua de sus dos primeros años de gobierno. El flamante provincial, comienza su escrito con el relato del viaje que hizo como procurador a Europa (1644-1648). Cuenta que al

durante los 16 años de estadía en la provincia del Paraguay, muriendo en la segunda mitad de 1714 (Furlong 1946: 134).

<sup>220.</sup> Indicada en la Colección de obras y documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las provincias del Río de La Plata, de Pedro de Angelis, Buenos Aires, 1853 y ubicada en Carta de Edificación o Vida del P: Lauro Núñez, 1719. (BNB, Ms. 508 (23) doc. 580, I-29,9,1).

<sup>221.</sup> El P. Orosz (1759) fue su primer biógrafo y a él le siguió Enrique Torres Saldamando (1882), quien incorpora una biografía del P. Lauro en su libro.

poco tiempo que llegó a la península consiguió las licencias para embarcar 30 misioneros. Pero fue entonces cuando comenzaron a suscitarse problemas para el embarque de extranjeros. Lo cierto es que preparadas las cosas, la mayoría de los reclutas debió quedarse y el P. Pastor escribe que se conformó con llevar tan sólo un sacerdote y trece jóvenes entre estudiantes y coadjutores. Cuenta que el barco encalló en un banco de arena del Río de la Plata pero que a pesar del temor que les trajo pudieron desembarcar en Buenos Aires donde los esperaba el P. provincial (Page 2007b).

En realidad y siguiendo a Pastells la lista la componían 32 jesuitas, incluyendo al procurador. De las 31 personas que supuestamente estaban autorizadas, eran todos españoles, la mayoría estudiantes entre 20 y 30 años, a los que se sumaban 10 sacerdotes. Pero de esa lista sólo viajaron los sacerdotes Andrés Luján, Juan Romero y Diego Francisco Altamirano. Este último alcanzó a ser un notable personaje con los cargos de provincial (1677-1681), procurador a Europa (1682-1688) y luego visitador en Colombia, Ecuador y Perú. Arribaron a Buenos Aires el 18 de enero de 1648, como informa Torre Revello, quien a su vez nos brinda el nombre del navío: "Santísima Trinidad", de 280 toneladas al mando del maestre don Francisco Rodríguez de la Fuente. Pero Torre Revello nos da el número de quince pasajeros jesuitas, que tuvieron su permiso por la Real Cédula del 14 de febrero de 1747, que se dirigió a la Casa de Contratación por pedido del P. Pastor (Torre Revello 1963: 534). No menciona los nombres de esos quince misioneros como lo cita el P. Storni, quien en su Catálogo anota además de los PP. Núñez, Luján, Romero y Altamirano, a los PP. Agustín de Aragón, Pedro de Orduña, Francisco de Orga, Antonio Serra, Tomás de Baeza que alcanzó a ser superior de las misiones de guaraníes (1677) y provincial (1681-1685); Simón de León que fue provincial (1695-1698) y visitador a Chile (1700-1704), y finalmente los coadjutores Jorge Acquarone, Francisco de Hinestrosa y Juan Nieto (Storni 1980: 2, 17, 28, 143, 161, 200, 206, 249 y 268). Es decir el número de trece que cita inicialmente el P. Pastor. La Carta de Edificación del P. Lauro aclara y confirma definitivamente las dudas del viaje: "Llegó por este tiempo Procurador General a Roma por esta Provincia el P. Juan Pastor y con esta ocasión dixo su maestro al P. Lauro, que no había dificultad en le recibiesen para Indias"<sup>222</sup>.

Los Catálogos del Instituto en el archivo de Roma nos aproximan a sus primeros años en Córdoba y en el de 1656 en particular, ya nos indica que había cursado los tres años de filosofía y los cuatro de teología<sup>223</sup>. Para el de 1660 se informa que daba clases de filosofía y teología. Efectivamente a lo largo de su vida enseñó primero cuatro años de filosofía, cuatro de teología moral y luego veinte de teología escolástica<sup>224</sup>.

Sus últimos votos los profesó el 15 de agosto de 1666, apenas tres días antes que cumpliera 34 años de edad, mientras seguía con su cátedra en la universidad y al poco tiempo lo vemos desempeñarse como rector del colegio de Salta por cuatro años.

Al asumir el P. Diego Francisco Altamirano (1677-1681) como provincial, el P. Lauro fue nombrado secretario del mismo, volviendo luego a la cátedra universitaria y siendo designado posteriormente Maestro de Novicios, cargo que ocupó por 15 años. Muere en Córdoba el 29 de abril de 1719 (Storni 1980a: 201).

Al respecto, la inédita Carta Annua del periodo 1714-1720 hace referencia a él manifestando "Del profesorado había sido sacado para desempeñar cargos de gobierno, en los cuales se mostró como buen hijo de la Compañía. Así ha sido rector del colegio de Salta, después de Córdoba, enseguida quince años enteros maestro de novicios, y dos veces provincial, siendo siempre para los nuestros un superior caritativo y bondadoso, y para los de afuera un celoso apóstol. Empeñábase en realzar a la Compañía cada vez más en virtud y letras; así que es difícil hallar algo en que no se distinguió como superior acabado. Era un hombre tan sincero en cuidar del bien de los suyos tan paternalmente que estos le tenían la más completa confianza. Pero esta solicitud por los nuestros no le absorbía el modo, que se olvidaba de los extraños. El era aquel que hizo levantar el magnífico seminario de Córdoba, y quien, durante su provincialato ensanchó el campo de nuestra actividad misional entre los infieles. El por su persona, era el hombre más modesto y humilde, y hasta en su avanzada edad se acomodaba a la vida común. Toda excepción de ella abonaría como una tentación del demonio. Valdría la pena hacer una relación especial de sus grandes virtudes y dones de Dios. Entregó su alma a Dios el año de 1719"225.

<sup>223.</sup> ARSI, Paraq. 4-1, f. 199v.

<sup>224.</sup> BNB, Ms. 508 (23) doc. 580, I-29,9,1

<sup>225.</sup> BS, Cartas Anuas 1714-1720 Cuaderno del P. Carlos Leonhardt, Estante 12, pp. 7 y 8.

El P. Lauro no dejó textos impresos, pero escribió varias instrucciones -como veremos-, e informes que se encuentran en el Archivo de Indias, entre ellos las "Correrías de los mamelucos" en 1682, y sobre el proceder de los guaraníes en la Colonia de Sacramento (Pastells 1918 (4): 296), del que como trataremos brindó amplio apoyo al gobernador.

Fuera de lo referente al magnífico despliegue de obras que se realizaron durante su mandato cabe señalar entre sus emprendimientos y acciones, la resolución del conflicto promovido por el obispo del Tucumán fray Manuel Mercadillo, quien llegó a ordenar a los jesuitas que clausuraran sus iglesias, prohibiendo a los PP. que proporcionen los sacramentos con el argumento de que eran atribuciones parroquiales<sup>226</sup>. Pero el dignatario dominico fue más lejos al crear otra universidad en el convento de su orden en Córdoba, donde se otorgarían los grados académicos. Lógicamente los jesuitas se opusieron a ella y llevaron la bula del obispo, fechada el 7 de octubre de 1700, a la Audiencia de Charcas, que trató de mediar pacíficamente en tal asunto, llegando a un acuerdo provisorio hasta que con la muerte del obispo en 1704 se anularon todas las actuaciones.

Fue durante el mandato del P. Lauro cuando se introdujo la imprenta en el pueblo de Loreto y se fundaron gran parte de nuevas misiones, escribiendo su biógrafo Orosz que "amplió en mucho los progresos de las Misiones de los Chiriguanos y Chiquitos; también fomentó, con convenientes consejos, aumentó los impuestos y estableció leyes para los paraguayas. (Misiones)". Íntimamente relacionado con aquellas remotas misiones se encontraba el colegio de Tarija, escribiendo Orosz que "Un agradable acontecimiento fue al último tramo realizado en el Colegio (de Tarija), cuyos inicios el P. Núñez, en ese tiempo al frente de toda la Provincia, promovió con su consejo y empuje".

No obstante para el P. general Tamburini, de acuerdo a la serie de cartas por él rubricadas, la labor del P. Lauro había sido nefasta porque había administrado muy mal la provincia, destinando mucho dinero a grandes y ostentosas construcciones, sobre todo la del Noviciado y el Convictorio, además y por cierto de todas las obras que se estaban realizando en los pueblos de indios.

<sup>226.</sup> Un detalle de lo acontecido con el cierre de cada iglesia en Page 2004: 58.

#### El provincialato del P. Lauro Núñez. De Alicante a Córdoba del Tucumán

#### a) Primer mandato (1692-1695)

La XIII Congregación Provincial reunida en Córdoba en 1689 presidida por el flamante provincial Gregorio Orozco, eligió como procuradores a Europa a los PP. Lauro Núñez, Cipriano de Calatayud e Ignacio de Frías. Pero se demoraron demasiado en alistar el viaje, a tal punto que en 1692, llegó de Roma el nombramiento como provincial para el P. Lauro, con lo que debió desistir de la función que se le había encomendado anteriormente. Recién al año siguiente se encontraron en Buenos Aires dispuestos a embarcar, pero el P. Calatayud muere el 28 de mayo de 1693 y sólo arribará a las costas mediterráneas el P. Frías.

Ahora como provincial v teniendo como secretario al asunceño P. Blas de Silva, el P. Núñez debió impartir instrucciones al procurador. Lo hizo el 23 de enero, antes que muriera el P. Calatayud, en 29 puntos. Entre ellos menciona que se paguen las deudas a los procuradores de Indias en Sevilla y Madrid por gastos de anteriores viajes. Pero en la Corte le esperaba la batalla más difícil, la defensa ante las presiones tributarias de la Corona. Por ello debía manifestar el procurador que no se le cargue a las doctrinas la mita de los yerbales que intentó imponer el gobernador del Paraguay Antonio de Vera Mujica (1684), como así también el dictamen de su par bonaerense José de Garro (1678-1682) de asignar corregidores españoles en los pueblos y aumentar el tributo a pagar. Entre otras cosas también, le encarga que escoja bien a los nuevos misioneros que traerá, haciendo hincapié en sus calidades y teniendo preferencia por novicios<sup>227</sup>. Finalmente le pide que haga hacer en Roma 24 relicarios para el retablo de la capilla del noviciado, de acuerdo con el dibujo que le entregó el H. Juan de Contreras<sup>228</sup>.

227. El P. Frías trajo una nutrida expedición con 38 sacerdotes, 8 con estudios de teología, 16 de filosofía, 3 coadjutores y 1 estudiante. Provenían 26 de España más los 4 sardos de por entonces la misma Corona, 6 italianos y 2 de Bohemia. El promedio de edad entre estos 38 jesuitas era de poco más de 25 años. Entre ellos se destacarán los PP. Jerónimo Herrán y Antonio Machoni que alcanzarán a ser provinciales. Los coadjutores fueron nada menos que el boticario Peschke y el arquitecto Kraus (Pastells 1923 (4): 390-392). 228 ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, f.498-499v. También en AHL, Estante: 4. Caja: PP. Escritores, A. Astrain, X. Leg.: 41, 36.

De su primer periodo de mandato conocemos cinco cartas que envía a los PP. de su provincia, con instrucciones que escribe generalmente luego de sus visitas. En este sentido la primera de ellas, fechada el 20 de agosto de 1692, deja encargado, entre otras cuestiones, que los PP. de las doctrinas no efectúen contratos que excedan el valor de veinte arrobas de verba sin licencia del superior, que los indios varones no se casen hasta haber cumplido 17 años y las mujeres 15, que se procure que los españoles no hagan trabajar a los indios en días de fiesta, que se visite todos los días a los enfermos, que los entierros se hagan con solemnidad, que se imparta el catecismo los sábados. A todas ellas adhiere a una serie de instrucciones dejadas por sus antecesores<sup>229</sup>. Al año siguiente escribe a los PP. de los colegios, comunicándoles órdenes del P. General y expresando que moderen el uso de escopetas en los PP. que viajan a distintos destinos, como el de disminuir los gastos de esos viajes. También ordena no criar niños españoles en las rancherías de los esclavos, además de introducir en los colegios el Novenario de San Francisco Javier que por entonces se imponía en Europa<sup>230</sup>. La tercera carta que conocemos, del mismo año, se refiere a la misión de chiriguanos y se la dirige al P. Juan Bautista Zea, superior de chiquitos y chiriguanos. Ya se encontraban establecidas dos reducciones, y el P. Lauro decidió formar una estancia para los chiriguanos, en el Valle de las Salinas, que si bien era propiedad del colegio, el usufructo sería para la misión. El P. Zea podría hacer uso de su beneficio, acudiendo en invierno, porque las aguas de los ríos están bajas, para proveerles a la reducción de "carne, maíz, pan o biscocho y lo demás necesario" y que les dure más de seis meses. La estancia se sustentaría con mil pesos que deja en tercios el provincial en el Oficio de Potosí que administra el procurador del colegio de Tarija, quien a su vez le proveerá de ropa para los indios. Promete que a fin de año o principios del siguiente enviará unas dos mil cabezas de ganado y que junto con esa estancia se hará otra para beneficio del colegio de Tarija aunque con un sólo administrador. El sitio escogido era llamado Valle de Romero, del que el P. Núñez tenía información que era reclamado como vieja merced, por eso ordenó al P. Zea que urgentemente estableciera un rancho, con algún ganado para tomar "posesión natural, que conviene a la civil que se ha

<sup>229.</sup> BNE, Mss. 6976. 230. Ibid.

tomado". En las Instrucciones además señala otros aspectos como su deber de superior de visitar anualmente las reducciones, acompañado de un jesuita que le enviasen del colegio. Pero también alude al problema con la provincia del Perú, ordenando al P. Zea que nadie viaje a la ciudad de Santa Cruz ni entre a la residencia de los jesuitas. A su vez prohíbe que nadie abandone su reducción, ni funde otra, para que no quede solo, sin dar aviso al provincial y que se subordine en un todo al rector del colegio de Tarija, P. Diego Ruiz, que sólo se podía inmiscuir en los problemas de las misiones si fuera urgente y necesario<sup>231</sup>.

La siguiente y cuarta carta de 1694 la dirige a los PP. misioneros para que dejen de criticar la fundación del Colegio de Corrientes<sup>232</sup>, porque para su construcción el P. Lauro había destinado varios indios de cada reducción y eso era tema de oposición, no sólo entre los misioneros sino fundamentalmente en el P. general González, quien enterado de esta cuestión prohibió dos años después que vayan indios, se les pagara o no. Recordemos que el Colegio jesuítico de Corrientes era un largo sueño de los vecinos, quienes a través del Cabildo les habían prometido solar para levantar el colegio y estancias para sustentarlo. El P. general González accedió a su creación en 1690, aunque desde Madrid retaceaban la licencia hasta tanto no se edificara iglesia y colegio capaz (Pioli 2002).

Finalmente su última carta del mismo año, ordena a los PP. de las reducciones que no compren más nada para ornamento de las iglesias sin licencia del superior, que se deje de fabricar aguardiente y no se tome vino, que no se hable en el refectorio sino después de leer el menologio y finalmente entre tanta variedad de instrucciones, una especial, referente a justicia: que cuando se produzca un homicidio, el sacerdote investigará el caso, no fiándose mucho de los indios, llamando a testigos que declaren por escrito. Todo lo actuado se llevará al P. Superior quien consultará a los PP. consultores, ordinarios y ad graviora<sup>233</sup>. Cabe recordar en este aspecto que ya existían cárceles en las misiones, tanto para hombres como para mujeres

<sup>231.</sup> Instrucción del P. provincial Lauro Núñez para el P. superior de la mision de los chiriguanos Juan Bautista Zea Tarija, 12 de julio de 1693. ARSI, Paraq. 12, Hist. 1667-1785, ff. 180-182.

<sup>232.</sup> BNE, Mss. 6976.

<sup>233.</sup> Biblioteca de San Estanislao de la Residencia Jesuítica de Salamanca, (BSS) Paraguay, B.G. 425 ANT car.

por separado, donde había cepos, grillos y azotes. Pues los delitos más comunes eran los producidos por los desórdenes producidos por las borracheras, de allí que insistiera tanto el P. Lauro en la prohibición del alcohol, aunque también el adulterio y la hechicería (Levinton 2005).

#### b) Segundo mandato (1702-1706)

Cuando concluye su primer mandato, el P. Núñez es sucedido por el P. Simón de León (1695-1698), tiempo en que se llevó a cabo la XIII Congregación que eligió a los PP. Lauro Núñez, Gregorio Cabral y Salvador de Rojas como procuradores a Europa, aunque ninguno de los tres pudo cumplir con el viaje. Sin embargo y de regreso en 1698, el P. Frías fue nombrado provincial. Mientras tanto el P. Lauro fue designado rector del Colegio Máximo de Córdoba y luego volvió a ejercer su cargo de Maestro de Novicios, conservando siempre el de Consultor de Provincia, que ejercía desde 1676.

Terminado el mandato del P. Frías, el P. general Tirso González (1687-1702) nuevamente eligió al P. Lauro como provincial. Con el P. Antonio Parra como secretario, concluirá su gestión en 1706 cuando ya había fallecido el P. González, siendo sucedido por el P. Miguel Ángel Tamburini (1705-1730).

Con respecto a las instrucciones que dejó en sus visitas de este periodo de gobierno, contamos con tres cartas ubicadas en el mismo archivo de Salamanca<sup>234</sup>. En la primera, fechada en la visita que hizo en 1703, insiste en la prohibición de contratos, que no se comience ninguna obra en las doctrinas sin licencia del superior, el cual deberá someter a vista de los consultores un plano de lo que se quiere hacer; aunque promueve la construcción de casas para indios. Además ordena que se planten yerbales cerca de las doctrinas para que los indios no tengan que viajar tan lejos y manda que se pongan vaquerías del otro lado del Uruguay, con indios nómades confiables para que las cuiden. Recuerda que aún no se comenzó con la obra del colegio de Corrientes y encarga se envíen a la brevedad indios con oficios para su construcción, insistiendo en desobedecer al P. general.

Dos años después, escribe órdenes a las doctrinas del Uruguay, manifestando que ya se puso la vaquería y que estaba a cargo del H. Silvestre González (1657-1708). Pide a su vez que se ponga otra en los campos del Río Negro, que se situó entre este río, el Quarey o Cuareim y el Uruguay. Se formó con 4.000 reses de Yapeyú, 10 a 12.000 reses de Santo Tomé y 30.000 reses de La Cruz. También ordena que se compre o se haga hacer un barco para 4, 5 ó 6 mil arrobas de carga, que sea también a remo tipo bergantín o galera pequeña. Esta había sido una antigua disposición que había dado el P. Andrés de Rada en 1667 y no se había cumplido. Finalmente encarga al superior que se asista en lo posible al gobernador de Buenos Aires en la guerra contra la Colonia de Sacramento. La tercera carta es un resumen de todas las instrucciones dadas.

Terminada la gestión del P. Lauro Núñez, asumirá el provincialato interinamente por dos meses el P. Gregorio Cabral, asumiendo luego el malogrado P. paraguavo Blas de Silva (1706-1709). Pero el P. Tamburini no estaba del todo satisfecho con la administración de la provincia y envió como visitador al P. Antonio Garriga, quien con el cargo de provincial llegó al Paraguay el 20 de abril de 1709. Al año siguiente, presidió la XVI Congregación, y luego de recorrer los colegios y pueblos jesuíticos dejó una serie importante de órdenes que prácticamente cambiaron muchas cuestiones en la provincia. Aunque tuvieron un acérrimo rechazo por parte del P. Lauro quien escribió tres tratados en contra de las Ordenaciones, que el general Tamburini prohibió su circulación, mandando a recoger todos y guardarlos bajo llave, hasta que determine su contenido, y castigos para el que los escribió. De allí que no nos han llegado a la actualidad. Sólo la desaprobación de su carta, donde incluso también se deja ver que las palabras del P. Lauro tuvieron cierto eco en sus compañeros, pues se le solicita al general que se entemplara un poco de moderación sobre aquellas órdenes de Garriga. Pero el general no aceptó, aunque ordenó que cualquier cuestión fuera resuelta por los PP. consultores de provincia, pero que sólo se cambie algo si están de acuerdo cinco de los siete consultores (Astraín 1996: 242).

Los tres tratados que menciona Tamburini escritos por el P. Lauro Núñez se referían –según él manifiesta- el primero acerca de los tratos, contratos, negociación y especies de ellas, deshaciendo las resoluciones del P. Garriga. El segundo eran varias notas y reflexiones sobre un compendio manual que el P. Garriga quería imponer a los provinciales. Y el

tercero era una impugnación a su famoso "Usos y costumbres" que el visitador dejó para toda la provincia. El P. Tamburini hacía referencia a ellos como "sediciosos tratados", que parece ser los estudiantes copiaban para repartir.

## La situación edilicia del periodo y el origen del conflicto

Toda la provincia estaba desbordada de proyectos y obras que paulatinamente se irían concluyendo.

En cuanto a estas construcciones, la carta que le envía el general Tirso González al P. Lauro el último día de enero de 1696 es contundente al manifestar que "En lo material de las fabricas solo vemos adelantada la Provincia con la nueva Iglesia ya acabada y perfeccionada del Colegio de la Assumpcion; buenos principios de la Iglesia de Santa Fe, principios tambien de vivienda en San Miguel de Tucuman; y prevenciones para un nuevo quarto en el Colegio de la Assumpcion. Dios quiera que todo se concluya con entera perfeccion y que se ocurra con tiempo al reparo de la iglesia de Buenos Aires, que quedaba amenazando ruina "235."

En otra de las cartas que envía el P. González al P. Lauro, incluso anterior a la laudatoria escrita al concluir su primer trienio como provincial, le encomienda lo que sería el origen de un conflicto que se prolongó por varios años y que dejó en una difícil situación al provincial. En este encargo de 1694 le ordena que facilite los medios económicos para solventar los gastos de los traslados de jesuitas europeos a América. Para ello debía recolectar de los pueblos misioneros la importante suma de cien mil pesos. Ese capital sugería invertirlo en Europa para que produzca las rentas requeridas, más precisamente en el quebrado colegio de San Hermenegildo de Sevilla, pero el provincial prefirió que el capital se aplicara a la estancia de Santa Catalina que era precisamente la encargada de solventar el aparato administrativo y a los novicios de la provincia <sup>236</sup>.

235. ARSI, CG, 13ª carta 1ª vía 31 de enero de 1696, de Tirso González a Lauro Núñez. 236. Lo escribe Astraín (1996: 192). El documento dice textualmente: "Tengo ya aprobados en el despacho de Junio de 24 los intentos de esa Provincia de poner en Renta el Capital de Cien mil pesos para la conduccion de Sugetos que demas gastos, que la Provincia forzosamte haze en Europa, y aunque es aquellas Cartas escribi, que se pusiese este Capital en

No sabemos si en realidad el P. Lauro recaudó la suma requerida pues hubo una gran oposición en el Paraguay a cumplir este mandamiento, pues se argumentaba con razón que los indios estaban muy pobres, y el pedido era lógicamente rechazado por los misioneros con justificada razón. Lo cierto es que por varios años no viajaron procuradores a Europa, y a pesar de haber sido elegido el mismo P. Lauro para esa tarea luego de concluido su mandato como provincial sabemos que no viajó. Efectivamente en 1706, el P. general Tamburini se lamentaba que no habían viajado los procuradores como se establecía, cada seis años. Una versión de ese incumplimiento le llegó a sus oídos y pronto lo comunicó a la provincia expresando enérgicamente, como era su estilo: "Dícenme que el dinero que la provincia tenía para despachar los procuradores lo ha gastado el P. Lauro en fundar un seminario inútil de seglares". En este escrito también el P. general da a entender que vienen siendo varias las cartas que le llegan en contra del P. Lauro, y que por su contenido se vislumbra que quedó convencido de una serie de denuncias sobre él. En primer lugar no había creado un seminario de seglares, no hubiera podido hacerlo, pues eso es una facultad exclusiva del obispo. Lo que sí impulsó fue el Convictorio, que ya estaba debidamente fundado, en el sentido económico que le daban los jesuitas, por el doctor Ignacio Duarte Quirós. El P. Astrain, quien trae también este documento, cree que con "esta carta debió deshacerse aquella fundación" (Astraín 1996: 239). Pero en realidad no debe haber sido así, pues esa fundación de seminario no existió, ya que hubo simplemente un error en la información que le llegó a Tamburini,

Indias por no ocurrir en España nada seguro para el empleo o imposicion de suma tan crecida; pero despues en Carta de Setiembre de 95 a que en esta parte me remito, propuse el medio que se offrecia de imponerlo en San Hermenegildo de Sevilla. Aprobe tambien en aquel despacho lo que Vuestra Reverencia aora repite que para la suma delos Cien mil pesos se aplicasen los 12 d, que la Comunidad de las Doctrinas tiene de sobra del sinodo en el officio de Santa Fe, y tambien el que cada vna de las 24 Doctrinas contribuiese con trecientos pesos y que toda la demas cantidad hasta el Cumplimto de los cien mil pesos la pusiese la Provincia Todos estos intentos providencia y modo de la Provincia los confirmo de nuevo; porque aunque no falta vno, o otro que en las vltimas Cartas no siente bien de esta imposicion de Renta, Juzgando seria conveniencia mas segura aplicar todos estos medios a mejorar la hazienda de Santa Catalina que es la que hasta aora â dado la parte mas principal para estos gastos; pero tengo para mas relevantes las razones de Conveniencia, que la Provincia represento" (ARSI, CG, 12ª carta 2ª vía 31 de enero de 1696 de Tirso González a Lauro Núñez).

proveniente del procurador Diego Francisco Altamirano, quien en su memorial al rey escribió Seminario en vez de Convictorio<sup>237</sup>.

Veamos entonces qué estaba pasando en Córdoba, la capital de la provincia, donde el P. Lauro llevaba adelante varios emprendimientos como la iglesia matriz del Instituto, el Colegio Máximo o Universidad, el Noviciado y finalmente el conflictivo Convictorio.

# Las obras emprendidas en la capital de la provincia según la biografía de Orosz y otras fuentes

#### a) La iglesia de Córdoba

El templo mayor de los jesuitas, ubicado en la sede del provincialato quedó consagrado en 1671. No obstante ello, aún faltaba la decoración y ornamentación del mismo, como es bien sabido por la mención que hacen las Cartas Anuas. Hasta el momento contamos con vagas informaciones documentales de cómo y por quién fueron realizadas estas tareas. Aunque por la biografía del P. Orosz sabemos que el P. Núñez fue "Magnífico en el adornar la casa de Dios (In adornanda domo DEI magnificus)", refiriéndose a la iglesia mayor de Córdoba.

En esos adornos y principalmente los retablos, hemos venido sosteniendo intensas discusiones entre historiadores del arte y arquitectos, donde cada uno hace sus aportes, aunque sin una verdad definitiva. Schenone fue el primero que expresó que provenían de las misiones, al comparar el retablo de Córdoba con restos de retablos paraguayos que muestran similitudes inconfundibles en componentes ornamentales (Schenone 1982 (1): 230). Además de señalar la incorporación de elementos sevillanos, que Ribera también coincidió. Pero el retablo actual fue presidido por otro construido para la consagración del templo en 1671. Levinton dio la noticia que el procurador Cristóbal Altamirano (1670-1674), llevó órdenes del P. provincial Agustín de Aragón de traer de

<sup>237.</sup> Este asunto fue aclarado en 1688 por el mismo P. Lauro al presidente de la Real Audiencia de Chuquisaca (AHNE, Clero-Jesuitas, Leg. 121, doc. Nº 48 –gentileza Darko Sustersic).

Europa "cuadros para el retablo del altar mayor y santos de bulto según las medidas que se remiten" 238. Ciertamente el P. Altamirano no regresó hasta 1674 y debieron hacer solos la ornamentación del flamante retablo, que no sabemos exactamente cómo era, aunque según este encargo parece ser que estaba destinado para colocar pinturas e imágenes de bulto. Pues, es lógico suponer que para esa fecha no debe haber tenido las columnas salomónicas y otros ornatos, pero sí había sido dorado.

Pues el oro llegaba del Perú, por medio de los jesuitas del Paraguay destinados a colocar las mulas que les llegaban a las estancias de invernada de Salta y Jujuy. Estaban varios años tanto en Potosí, Oruro, Cusco y Juli. Es del caso el H. Francisco de Sepúlveda (1615-1681), quien por su correspondencia con el provincial Agustín de Aragón, estuvo en diversas partes, al menos tres años antes y durante su provincialato (1669-1672). Tenía un compañero que iba rotando, siendo entre ellos H. Ortiz, Álvarez y otros. Por tanto era el nexo que tenían no sólo para vender sino también adquirir algunos productos. Tal es el caso del oro necesario para las iglesias. Fue así que al responder al provincial dos cartas que le había enviado en 1669, le expresa no recordar que el P. rector de Córdoba le había encargado "oro para acabar el retablo de el Collo de Cordova". Pero responde que de todas formas lo conseguirá y que comprará con cargo del Colegio, lo pondrá en cajones como había hecho en otras oportunidades, y lo enviará con el primer arriero que salga<sup>239</sup>.

Efectivamente un testamento de Nicolás Palacio de 1688, expresa que él mismo como dorador, le salió "la conbeniencia de dorar los retablos del colexio dela compa. de Jhs."<sup>240</sup>. Incluso siguiendo su biografía, en el mencionado trabajo, no descartamos la intervención de su hijo. Ya Sustersic posee indicios de la mano de algún dorador local no pertenciente al Instituto, en base a las andas que registró fechadas en 1675 (Sustersic 1999: 337), y que posiblemente hayan sido doradas por Palacios. Pero fue más lejos al sostener que el retablo había sido diseñado por el H. José Brasanelli y fuera confeccionado en la misión de Santa

<sup>238.</sup> AGN, Sala IX, 7,1,2. cit, Levinton 2009: 213.

<sup>239.</sup> AGN, Sala IX, 6,9,3, Compañía de Jesús (1595-1675). Carta del H. Francisco de Sepúlveda al provincial Agustín de Aragón, Potosí, 6 de octubre 1669.

<sup>240.</sup> Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba (AHPC), Escribanía 1, 1690, Leg. 170, f. 17v. cit en (Page 2008c).

María de Fe, entre los años 1691 y 1695, donde había expertos carpinteros y retablistas, al que luego trasladaron y ensamblaron en Córdoba. Continúa su discurso basándose en la similitud de los retablos de Simón de Pineda en Sevilla, especialmente el de la capilla de Santa Ana de la iglesia de Santa Cruz (1670-1672), y de la opinión de estudiosos españoles como el doctor Álvaro Recio Mir. Pues en Sevilla, Brasanelli estuvo un año y medio en espera para embarcarse rumbo a Buenos Aires y pudo haber recibido influencias de ellos, aunque llevado a Córdoba con un estilo propio, más despojado de adornos, más italianizado. Incluso, agregamos nosotros, con lienzos, en vez de imágenes de bulto, como se registró en el inventario de la expulsión. Pero con esos grandes guardapolvos y armoniosa arquitectura nos deja sospecha que nada quedó del retablo anterior, sino que fue construido nuevamente en su totalidad. Efectivamente el retablo actual, más específicamente sus columnas salomónicas, no pudieron haberse terminado antes que el de Pineda. Pues entonces seguramente Brasanelli le otorgó el lenguaje barroco que ostenta, imponiendo sobre todo como ya era moda, las columnas. Sobre la carencia de documentos de este magnífico retablo y que bien señala Sustersic el mayor secreto que se tenía sobre las limosnas que recibía el colegio en medio de los problemas que por entonces se suscitaron con los temas económicos del Instituto (Sustersic 2010: 256), y que hicimos referencias al principio.

Un dato que agregamos y mencionamos antes, es que en las instrucciones al procurador P. Calatayud del 23 de enero de 1693, que recibe el P. Frías, el P. Lauro le pide que haga hacer en Roma, 24 relicarios para el retablo de la capilla del noviciado, de acuerdo con el dibujo que le entregó el H. Juan de Contreras<sup>241</sup>. De tal modo que ambos retablos se estaban construyendo simultáneamente y con un diseño de verdadero profesionalismo en la materia. De hecho, las columnas salomónicas de ambos retablos son exactamente iguales, con un tercio inferior cilíndrico, con estrías en diagonal y que también se usan en el lavabo de la sacristía y en el escudo de la universidad en la denominada comúnmente piedra sapo. El tabernáculo fue incorporado tiempo después, proveniente del

<sup>241.</sup> ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695, f.498-499v. También en AHL, Estante: 4. Caja: PP. Escritores, A. Astrain, X. Leg.: 41, 36.

Alto Perú, ostentando otro lenguaje de rica y profusa ornamentación. Se conservó hasta la expulsión, pasando luego a la Catedral, y en 1803 a Tulumba, donde se encuentra en la actualidad. Las pinturas y ordenamiento actual de las imágenes de bulto, como muchos de estos datos, ya lo dimos a conocer anteriormente<sup>242</sup>.

Ricardo González, apunta que el retablo, si bien tiene una estructura del 1700, contiene elementos del siglo XIX, por detalles estilísticos que subraya en particular. Pero la mayor transformación que tuvo la iglesia en el siglo XIX fue, entre otras, el levantarle los pisos, como dejó demostrado Sosa Gallardo (1960: 5-11), y para ello suponemos que hubo que desarmar el retablo y recortarlo, como claramente se ve en la base del tercer cuerpo, y posiblemente achicar la predela y sacar también el sotobanco si lo hubiera tenido.

Hay un sinnúmero de inventarios que más que aportar, confunden ante lo escueto, y la evidente poca idoneidad de quienes los confeccionaban. Varios se realizaron hasta el regreso de los jesuitas que no aclaran mucho. Excepto el de 1839 cuando los ignacianos vuelven a Córdoba por primera vez y señala un cambio de imágenes y detalla que en la parte inferior se encontraban "dos nichos mayores, puertas de cristal; uno es del Nacimiento y el otro de la muerte del Señor San José, con sus imágenes correspondientes" (Grenón 1938: 74). Pues esos únicos nichos seguramente se hicieron con posterioridad a la expulsión, como vimos en el ordenamiento respectivo.

242. El ordenamiento de la primera época y la actual es como sigue de izquierda a derecha: abajo una imagen de San Ignacio en lugar de un cuadro de la Santísima Virgen, luego se ubica el sagrario donde se custodia el copón cuyo tabernáculo se encuentra en la iglesia de Tulumba; y sigue con San Francisco Javier (traída a Córdoba c. 1683) que reemplaza el lienzo de la Santísima Virgen. En el segundo cuerpo comenzamos con San Luis Gonzaga que sustituye al óleo de San Ignacio en la representación de su muerte; luego y sobre el tabernáculo se encuentra una imagen del Sagrado Corazón, en lugar de un San Ignacio de bulto con un cuadro del mismo que lo cubría; y culmina el nivel un San Estanislao de Kostka que reemplazó al famoso cuadro de los Santos Tiburcio y Valeriano, patronos de la desaparecida ermita. Finalmente, y en el tercer piso hay un cuadro al óleo de San Pedro Claver, que sustituye una pintura de San Pedro Apóstol; continuando en el centro y ápice del retablo con Jesús en el Calvario, asistido por la Virgen y San Juan, siendo aquí donde antes se encontraba el lienzo que mencionamos y que es el único que se conserva; concluye el tramo un cuadro de San Alonso Rodríguez que reemplaza la pintura del apóstol San Pablo. (Page 1999b: 54).

Para 1859 en la parte superior del retablo, Burmeister afirma que todavía se conservaba el lienzo que "representaba a Cristo en la Cruz" (Burmeister 1944: 64-65), inventariado en la expulsión y refiriéndose al Calvario que aún se encuentra en el interior de la iglesia en la entrada a la capilla de Lourdes. Llegaron los jesuitas por segunda vez en 1859 y al año siguiente comenzaron importantes trabajos de reparaciones, que se prolongaron hasta la conmemoración del reestablecimiento, en 1914.

Las pocas referencias del retablo en los documentos que se conservan no mencionan que se habían realizado las hornacinas, pero entre 1875 y 1876 llegaron de Barcelona imágenes de bulto del Sagrado Corazón, San Ignacio y San Francisco Javier<sup>243</sup> que se colocaron en el retablo y se encuentran allí hasta el día de hoy. No se habla de renovación del retablo hasta 1880 con el P. superior Carlucci, cuando se hicieron otras mejoras, entre ellas la incorporación de un frontal realizado por Antonio Font concluido y estrenado en la fiesta de San Ignacio de 1888 (Page, 1999b: 153-155). Seguramente, por ese tiempo es cuando se pintó el retablo en imitación al mármol, y fue nuevamente dorado en la restauración de Onetto de mediados del siglo XX. En definitiva, creemos que hubo un antiguo retablo que fue vuelto a hacer según expone Sustersic, con una estructura básica medianamente remodelada en el siglo XIX.

Pero los "adornos" de la época del P. Lauro sin duda abarcaron más que los retablos, extendiéndose a las pinturas de acantos estilizados de la bóveda, a los ángeles y serafines, dispersando flores o tañendo instrumentos en la cúpula hemisférica y una composición mariana en el ápice. Sumando a ello el friso de la nave con sus empresas sacras y los numerosos retratos de dignatarios del Instituto, conformando uno de los misterios aún sin resolver de la historia de la iglesia más significativa, de la Argentina. Sin duda, fueron realizados luego del año 1700, ya que en las Anuas que relatan hasta ese año no se hace ninguna mención de estas decoraciones. Por el contrario se hace referencia sólo a la apertura, sin que quiera "decir, que ella esté ya del todo concluida, sin embargo, nos pareció bien, ponerla en disposición de un modo, para que pudiese ser consagrada" 244. En un trabajo reciente expresamos que el autor de las pintu-

<sup>243.</sup> Archivo Arquidiocesano de Córdoba (AAC), *Historia Domus 1860-1912*, f. 145. 244. BS, Estante 11. *Cartas Anuas 1689-1700*, f. 172.

ras, además de Brasanelli, podría haber sido el P. José Gómez, que era pintor, oriundo de Buenos Aires y que estudió en Córdoba, donde permaneció hasta 1710 (Page 2008c).

Si bien estas decoraciones deben haber implicado gastos cuantiosos, posiblemente hayan salido de la donación que a mediados del siglo XVII hizo Manuel Cabrera para la construcción de este templo. Sin embargo, el conflicto con los desmedidos gastos del P. Lauro en realidad se suscitó con la construcción del Noviciado y del Convictorio que, según los preceptos del Instituto, no necesitaban grandes inversiones.

En otras oportunidades nos hemos ocupado tanto de los orígenes y desarrollo del Noviciado y del Convictorio<sup>245</sup>, a la que agregaremos en esta oportunidad lo escrito por Orosz que confirma nuestras afirmaciones a través de la palabra de un contemporáneo.

## b) El Noviciado

El Noviciado de la Provincia del Paraguay (Page 1999b y 2010) se encontraba en la sede provincial de Córdoba, habiendo sido creado por el P. Diego de Torres en 1608 cuando designó al P. Juan Romero<sup>246</sup> como maestro de novicios, aunque por breve tiempo, ya que en ese mismo año éste se tuvo que ausentar a la primera Congregación Provincial llevada a cabo en Santiago de Chile y donde fue elegido procurador a Europa, siendo reemplazado por el P. Juan de Viana que seguiría dirigiendo a los primeros cuatro novicios<sup>247</sup>. Un informe que brinda al año siguiente el P. Juan Darío desde Santiago del Estero, confirma al P. Viana como rector y

245. En este libro en la biografía de Joaquín Gazolas y fundamentalmente en (Page 1999b). 246. Sobre el P. Juan Romero (Techo 1759: 72-81). Nació en Marchena, Sevilla en 1560, ingresando a la provincia jesuítica de Andalucía en 1584. El P. Romero llega a la región rioplatense en 1593, siendo superior de la misión desde esa fecha hasta la creación de la Provincia del Paraguay cuando es nombrado, primero Maestro de Novicios y luego primer procurador a Europa. Regresó en 1610 y posteriormente fue designado primer provincial de Chile en 1626, falleciendo en Santiago el 31 de marzo de 1631 (Storni 1980: 248-249).

247. Eran ellos el estudiante Juan de Salas, y los coadjutores Juan de Aragón, Claudio Flores y Juan de Villegas. Los que debían continuar con su Tercera Probación, que habían comenzado en Lima y habían llegado a Córdoba con el P. Torres, eran los memorables Francisco Vázquez de la Mora, Marcoantonio D´Otaro y Juan Pastor (Lozano 1754 (1): 735-737).

maestro de novicios de la Casa de Probación, siendo asistido como compañero el P. Francisco Vázquez Trujillo (Pastells 1912 (1): 155)<sup>248</sup>, quien luego pasó a ser rector del colegio y el P. Juan Bautista Ferrufino maestro de novicios<sup>249</sup>.

Los Noviciados o Casas de Probación podían tener rentas fijas como los colegios. Generalmente estaban ubicadas junto a las sede de provincia, aunque se incentivaba que estuvieran alejados de ellas. En el caso de Córdoba siempre permaneció junto al Colegio Máximo, aunque retirado. En 1617 los jesuitas compraron y ocuparon una casa ubicada frente a la Plaza Mayor, en el solar del aquel entonces cerrado seminario diocesano. Con los novicios, que había y los nuevos que trajo el P. Viana de España, va casi llegaban a la decena, aunque aún carecían de fundación económica, era sostenido por el colegio y la provincia hasta que con la venta de unas casas de la ciudad se compró una hacienda. El P. Viana incluso presentó en la oportunidad de su viaje a Roma, un memorial fechado en 1616 donde propuso que los novicios del segundo año aprendan lenguas indígenas (Pastells 1912 (1): 354). Los novicios estuvieron allí hasta 1628 en que la Congregación Provincial decidió alquilar la propiedad a la Aduana y en 1683 venderla. A mediados de ese siglo el general Nickel recomendó especialmente al provincial del Paraguay, que edificaran una casa aparte, aunque dentro de las tapias del colegio. Insistió y la solución afloró con la donación de la propiedad urbana que realizó el sacerdote Francisco Mujica en 1700. Tres años después el P. Francisco se incorporó al Instituto, acompañando a su hermano Ignacio que lo había hecho en 1698. El provincial Lauro Núñez emprendió entonces la obra de adaptación de la vivienda a su nueva función, encargándole el proyecto al arquitecto coadjutor Juan Kraus, aunque las obras -como veremos en detalle- se suspendieron en 1713 por orden del general Tamburini, quien mandó a construir una nueva casa separada, de dos plantas, dentro de la manzana del colegio, también proyectado por Kraus.

<sup>248.</sup> Ya los novicios eran Andrés Hernández, Antonio Ruiz, Pedro Romero, Alonso de Aguilera, Luis de Molina, Baltasar, Juan de Salas y Juan de Villegas.

<sup>249.</sup> ARSI, Paraq. 11, Hist. Tomo 1, 1600-1695,f. 147 "El principio y progreso que ha tenido el Noviciado de la Provincia del Paraguay es el siguiente" Diego de Torres, 22 de febrero de 1623.

Con respecto al Noviciado el biógrafo del P. Lauro manifiesta que "Con no menor resultado y con no menos apariencia de virtudes, se construyó otro edificio para nuestros servicios. En el colegio de Córdoba, los novicios y escolares moraban juntos. Núñez en esto puso todo su empeño, y juzgó rectamente ser de importancia, una casa separada, para que los novicios fueran enseñados en el Instituto de la Compañía, y fuera fomentada la tierna piedad. (...) Apoyado con tantas riquezas manifiestas, Núñez, con la aprobación de quienes convivía, construyó hasta el final una amplia casa a la que trasladó a los novicios. Al mismo tiempo, también puso los cimientos del templo, pero como por mandato severo de los superiores se le prohibió continuar, se les mandó a los nuevos moradores volver a la antigua residencia. Nada movió el sabio varón, ni se oyó después que pidiera por su causa".

Efectivamente el P. general González, manifestó con agrado la iniciativa del P. Lauro escribiendo "y así tengo con mucho gusto en que se haga Casa separada del Colegio para Noviciado", agregando "se disponga quanto antes se idee y execute la fabrica necesaria acomodada y capaz" y haciendo especial mención que "encargo con todo apruebe que en la planta que en ella se tuviere de seguir se mire y consulte muy bien primero y una vez aprobada se siga sin variedad ni alteración" 250.

La casa original de los Mujica tenía siete habitaciones, y Kraus debió adaptarla inmediatamente; estando en obra, los novicios se trasladan y la ocupan hasta 1713. Una de las reformas más importantes de la casa era dotarla de una capilla que aparentemente sobrepasó su escala, al considerársela de proporciones muy grandes. Es así que el P. Lauro trajo a este arquitecto de Bohemia porque "quiere magníficos edificios, y para este fin ha traído al Hermano Kraus al Noviciado de Córdoba, único artífice que hay en toda la provincia". Ciertamente lo trajo para que proyectara las obras del nuevo noviciado y el flamante convictorio, cuya construcción siguió en parte dirigiendo el H. Bianchi. Tal decisión no fue del agrado del P. general ni mucho menos de los habitantes de Buenos Aires que le privaron del hacedor de su colegio e iglesia de San Ignacio, donde al volver varios años después se cayó de un andamio y murió (Page 1999b: 39).

Mientras la morada de los novicios fue trasladada, el P. Francisco Mujica se quedó en el nuevo noviciado, convertido en Casa de Ejercicios (Page 1999b: 38 a 41), los novicios se mudaron nuevamente a la manzana en 1713, y en 1725 quedó habilitada su nueva morada<sup>251</sup>.

## c) El Convictorio

Ya hemos hablado del Convictorio en la biografía del P. Gazolas y en otros trabajos. Veamos que dice el P. Orosz sobre la intervención del P. Lauro en esta obra: "El P. Núñez, superados los obstáculos, con su destreza en actuar, hizo que el ilustre Varón Ignacio Duarte de Quiroga, o sea Quiros, donará a la Compañía treinta mil escudos de plata, reunidos de las haciendas, con el cargo de levantar el Seminario de los Jóvenes Nobles. Después que ello, interviniendo el P. Francisco Altamirano, fue tomado por el Rey Católico bajo su tutela, en seguida se pusieron manos a las obras, con el entusiasmo del bien común del P. Núñez, autor y estimulador". Pues su noticia necrológica lo confirma: "El era aquel que hizo levantar el magnífico seminario de Córdoba, y quien, durante su provincialato ensanchó el campo de nuestra actividad misional entre los infieles" 252.

Pero en la memoria colectiva que ha perdurado hasta hoy entre los monserratenses, sólo figura como personaje "fundador", término ya aclarado en la biografía de Gazolas, el sacerdote Duarte Quirós, cuando en realidad hubo varios jesuitas merecedores de mejores distinciones como el P. Lauro Núñez, quien como provincial se puso en la tarea de crear el Convictorio, institución muy diferente al actual colegio nacional que lleva el mismo nombre.

251. Según los frondosos inventarios realizados al tiempo de la expulsión, el noviciado contaba con aposentos en la planta baja y siete en la planta alta con una despensa pequeña. En el claustro bajo había un nicho con una imagen de Nuestra Señora del Pilar, mientras que en la escalera que unía ambas plantas había dos nichos, una con la imagen de Jesucristo y otra con la de Nuestra Señora de los Dolores. Se destaca de todo este conjunto actualmente existente, la ricamente ornada Capilla Doméstica y su sacristía. Luego de la expulsión, el edificio del noviciado fue utilizado para tribunal y cárcel, mientras que en una habitación abierta hacia la calle Caseros, seccionada a la Capilla Doméstica, funcionó la Administración de Tabacos. Recién en 1792 el marqués de Sobremonte le dio el destino de Casa de Ejercicios, dirigida por Guadalberto Coarazas y Miguel del Moral. Aunque luego de las Invasiones Inglesas sus claustros también albergaron a los prisioneros de la contienda (Page 1999b: 85 a 88).

252. BS, Cartas Anuas 1714-1720 Cuaderno del P. Leonhard pp. 7 y 8.

De esta manera el P. Lauro encontró los recursos necesarios para acondicionar la casa paterna de Duarte Quirós. Vivienda que había sido de su padre v éste la había donado a su hijo Ignacio en 1645. La casa se componía hacia 1687 de "siete piezas de edificio, zaguán, patio, traspatio y un pozo de sacar agua". Todo ubicado en un cuarto de manzana que se debió ampliar para las nuevas construcciones. De tal manera que se compró una propiedad colindante del licenciado Pedro de Ledesma a fines de 1684, mientras que el capitán Miguel Ángel Jaime donó su propiedad, también contigua al convictorio, en 1702. Dos años después se adquirieron otras dos fracciones para huerta. Así fueron ocupando poco más de media manzana y como escribe Orosz: "El edificio estuvo terminado totalmente en todas sus partes y con las ayudas dadas para los usos necesarios para la vida; con la admiración y congratulación de todas las órdenes, del Senado Real de Chuquisaca, del mismo Obispo de Córdoba y del Gobernador del Tucumán, en el año nonagésimo del milenio (1695) recibió como moradores a nobles adolescentes".

Pero en realidad, el edificio no quedó concluido, y se cree que en 1732, luego de haber recibido el colegio numerosas donaciones, se decidió continuar con la obra, aunque no se sabía si hacerlo con el antiguo proyecto del H Juan Kraus, encargado por el P. Lauro, o seguir el nuevo diseño del H. Bianchi. Por este último se inclinaba el P. rector Luis de los Santos, pero fue a inspeccionar el provincial con sus consultores y no se llegó a ninguna resolución. Pasaron dos años y el nuevo provincial Jaime de Aguilar y sus consultores decidieron que se siguiera con el proyecto del P. Bruno Morales, que era profesor de filosofía pero con conocimientos de arte y arquitectura, aunque en lo tocante a la iglesia se siguiera el proyecto de Kraus<sup>253</sup>.

Deducimos de todo esto que las obras fueron suspendidas durante el provincialato del P. Lauro Núñez, aunque los alumnos se instalaron como pudieron. Pero dicho proyecto, también contó con la anuencia de los provinciales Silva y Cabral.

# Los conflictos por las construcciones de la época

Luego del fallecimiento del P. Tirso González ocurrido en 1705, asumió el P. Miguel Ángel Tamburini quien se constituyó en el XIV general de la Compañía de Jesús.

Fue entonces que con la asunción de este nuevo dignatario y su operar, quedarían al descubierto supuestas anomalías surgidas de la obstinada perseverancia del P. Lauro por concluir el Convictorio y el Noviciado de Córdoba, entre todos los adelantos que relucían en la provincia. Para ello se valió de los fondos que irían destinados a los procuradores a Europa, que significaba una grave falta que el general sancionó una y otra vez.

En torno a este tema, fueron surgiendo críticas severas a la gestión del P. Lauro y sus colaboradores, sin dudas promovidas y denunciadas por los PP. Burgés en primer lugar y Garriga luego, uno como procurador en Europa (1703-1712) y otro como visitador (1709-1713).

De tal forma que, enterado el P. Tamburini de lo que estaba pasando en Córdoba, seguramente por los dichos de Burgés, envió como visitador al P. Garriga a quien le ordenó: "encargo examine con exacción esos tratos de los PP. Lauro y Silva, y los castigue con todo rigor, pues en ambos, por sus años, y officios es mas grave la culpa que seria intolerable en qualquier otro. Tambien vera vuestra reverencia lo que el P. Lauro a aplicado a ese seminario que con tanta passion ha fomentado, y dispondrá el modo conveniente, para que se resarza el daño hecho a las otras Casas, y del officio de Provincia lo mismo que digo de estos dos PP. entiendo tambien de el P. Gregorio Cabral, y de qualquier otro a quien hallare vuestra reverencia mezclado en punto de negociacion la qual procurará arrancar de raiz, aunque se necessite aplicar los remedios mas violentos" 254.

Se desconoce la existencia de alguna Carta Anua del P. Lauro y la de sus sucesores inmediatos, excepto la del P. Frías antes citada. Mientras que las cartas que envió el general al P. Silva se habían perdido o nunca llegaron. Pero tenemos referencia de su contenido en una carta que el general le remite al visitador Garriga el 5 de abril de 1711 donde precisa-

<sup>254.</sup> ARSI, CG, 2ª carta, 2ª vía 5 de abril de 1711 de Miguel A. Tamburni a Antonio Garriga.

mente hace un recuento de lo que por correspondencia le había ordenado al P. Silva, sobre todo que se realice la demorada Congregación, según la nota que envió el 2 de junio de 1708. Además, señala que, en la carta del 13 de octubre manifestó que "con todo aprieto volvi a encargar que se velase sobre quitar de esa provincia y sus sujetos todo viso de negociación". Y llega al eje del conflicto cuando señala y reitera que "repetí el orden de que se tuviese luego Congregación Provincial y mostré la verdadera razón de haberse tenido. Que fue aver aplicado el P. Lauro al Seminario la plata con que avian de aviarse los Procuradores siendo escandalo de la provincia asi la gran subordinación del provincial P. Lauro, como que el P. sin saberse porque, se haya tomado tal dominio en la provincia que de sus bienes y sujetos dispone como señor absoluto y no siempre benigno "255. Ni hablar cuando se enteró de lo que se había gastado, cuando va el P. Tamburini mostró exasperación al comunicársele que el procurador Ignacio Frías se tomó la atribución de emplear 81.580 pesos, distribuidos en 60.980 para la iglesia del Noviciado y 20.600 en la fábrica del Convictorio<sup>256</sup>.

Aquí entonces estaría la clave que muestra al P. Lauro disponiendo de los fondos que debía recolectar de las misiones, destinados a enviar los procuradores a Europa, para la construcción del Convictorio, Noviciado y otras obras en Córdoba y en otros colegios y reducciones. Pero también tuvo otros egresos importantes, por ejemplo con el conflicto contra el obispo Mercadillo. Bien lo expresa el P. Tamburini al señalar "Haviendo tenido noticia que la Provincia no acudia a los Missioneros con las rentas consignadas a este fin, por averlas gastado en los pleitos con el obispo de Tucuman, y consumido en un Seminario de Seglares, quiza solo por una vanissima vanidad, ordené que la Provincia satisfaciese esta deuda a las Missiones, pues aquellos ministros, que debian ser las niñas de los ojos de la Provincia no es razon que sean los pecheros sobre quien cargue toda gabella, é incomodidad "257. El P. Tamburini estaba confundido

<sup>255.</sup> Ibid. 3ª carta - 2º vía 5 de abril de 1711 de Miguel A. Tamburini al visitador Antonio Garriga. Córdoba.

<sup>256.</sup> Ibíd, 3ª carta 4 de abril de 1713 de Miguel A. Tamburini al P. vice provincial.

<sup>257.</sup> Ibid. 2ª carta, 2ª vía, Roma, 5 de abril de 1711, de Miguel A. Tamburini a Antonio Garriga.

con lo expuesto por el P. Altamirano, por eso sigue hablando de Seminario y no de Convictorio.

Pero las acusaciones tenían un fondo más sensible y que involucraban las ideas que ambos generales, tanto González como Tamburini, tenían con respecto a la construcción de edificios. Por un lado estaban los que deseaban iglesias suntuosas, y por el otro, los que no las querían. En este sentido la Congregación de 1700 estuvo en contra del P. provincial eligiendo como procurador al P. Burgés, de quien el P. general tenía una buena opinión. Lo dejó claro al expresar en una carta fechada el 18 de noviembre de 1697, cuando menciona que "se exonera de gobernar al P. Francisco Burgues, cuyo celo fue nimio". Así pues la Congregación lo eligió en primer lugar como procurador a Roma y España. Compuesta por opositores al P. Lauro, recomienda que era necesario reprimir el ímpetu en construir suntuosos edificios e iglesias, ante todo en las reducciones, va que la gente y las mismas autoridades eclesiásticas y civiles podían escandalizarse<sup>258</sup>. Al efecto contamos con otro esclarecedor documento, la "Representación del P. Burgés sobre lo que habría que remediar en las doctrinas del Paraguay". Dice así y es por demás contundente "Por esta mesma razon es necesario, que los PP. Curas de dichas Reducciones no fabriquen las casas de su vivienda, sino como en nuestra vivienda en los collegios pequeños de la Provincia y que para las iglesias no compren, ni hagan comprar telas ricas para ornamentos ni otras alajas precisosas y costosas; porque quando los Obispos, Gobernadores o Visitadores van a visitar las Reducciones, ven los edificios tan buenos de nuestra vivienda, que son mayores que sus casas, o palacios; y los ornamentos de las iglesias son preciosos y ricos, que no los tienen tan buenos en sus catedrales, infieren que son muy ricas dichas Reducciones, e informan al Consejo de Indias, que los indios dellas pueden pagar mayores tributos, que los que tienen impuestos, y llevar otras cargas, que tienen otros indios, de que no cuida la compañía (y por eso estan destruidos sus pueblos, que no consideran dichos informantes). Lo mesmo claman los mercaderes, que dizen, que ninguno les compra las telas mas ricas, que traen de España, sino los PP. Misioneros, o sus procuradores; y bueltos a sus tierras informan las grandes riquezas, que tienen las Reducciones"259. Agrega además que los

<sup>258.</sup> ARSI, Paraq. 12, Historia 1667-1785, f. 199. 259. Ibid, fs. 12-29

superiores y procuradores gastaban mucho, siendo la causa de que los colegios estaban endeudados<sup>260</sup>.

Todas estas vicisitudes se debatieron por varios años y la postura del P. Tamburini fue la de escuchar los reclamos de la Congregación de 1700 y actuar en consecuencia de acuerdo, incluso, con su propia convicción. Con severidad reprime el accionar emprendido hasta entonces, vinculando las ganancias de transacciones comerciales de los jesuitas con la construcción de suntuosos edificios. Escribe al respecto que "Los excessos que a avido en esas Doctrinas en comprar alajas de plata, y otras para el adorno de las Iglesias, en vestir los Danzantes, y cabos de la soldadesca, cada dia an ido creciendo, sin que basten los Ordenes de los Superiores para impedirlos; ni se repare en que viendo los Reales Ministros tantas, y tan preciosas alajas en un pueblo de indios; es natural les juzguen muy ricos, y los carguen de tributos. Para impedir estos, y otros abusos destas Doctrinas, en esta, y otras materias, é resuelto mandar, y mando en virtud de santa obediencia pena de pecado mortal las cosas siguientes". Y es ahí donde prohíbe que se introduzcan mercaderías en las doctrinas, que se hagan contratos, que se compren ornatos para las iglesias o fiestas y que se modifiquen los edificios<sup>261</sup>. Para todo el provincial era quien tenía la última palabra. Finalmente también aclara sobre las dimensiones de los edificios, que debían seguir lo ordenado por el P. Orozco en 1690 y mencionamos más arriba, agregando que tampoco su altura debía superar las dos gradas.

Con respecto a esta última orden, agrega más adelante "La materia de el Quinto precepto es de suyo tan disonante, que admira ayan dado motivo para ponerla, fabricando para dos sugetos palacios en los desiertos. De que sirve sino de mostrar una gran falta de pobreza, é igual vanidad un patio de 300 pies geometricos en quadro; un Refitorio de 50 pasos, dorado el techo, quarenta gradas de terraplan? y esto quando no se an hecho según á mandado el Rey, casas para que vivan los indios? de que sirve un Almacen de el officio de Missiones, en que con escandalo se gastan 160 pesos? Encargo al provincial y sus succesores que en las fabricas

<sup>260.</sup> Ibid, f. 212.

<sup>261.</sup> Actitudes como esta sucedieron por ejemplo en la iglesia de Santo Tomé donde el P. Orozco hizo derribar su media naranja, aludiendo que lo hacía no por carecer de alguna falla técnica sino por ser iglesia muy grande (Furlong 1978: 208)

que de nuevo se hicieren, se observe la religiosa moderación, para que en caso de ser visitadas, las Doctrinas, nada se encuentre que desdiga de nuestro estado "262". Aclaremos que el P. Orozco escribió una serie de preceptos, que recuerda el P. Garriga, en cuanto a la construcción de nuevas reducciones, expresando que los patios de las casas de los padres no superen los 150 pies geométricos en cuadro, los aposentos 20 pies en cuadro y el refectorio de 30, agregando el P. Garriga que deja el plano "firmado de mi mano, para las nuevas fábricas de nuestras casas el qual se guardará en el Archivo del P. Supeior del Paraná en el que permito y ordeno no pasen nuestros patios de 180 pies geométricos en quadro. Los aposentos de 22 pies de largo, y 21 de ancho y el refectorio de 34 pies de largo y 21 de ancho "263", lo cual superaba levemente a lo ordenado por Orozco.

De acuerdo a lo manifestado, tres años después, se evidencia que los resultados de los pedidos no fueron tan positivos, pues expresa "Viendo el P. Visitador que los excessos en las fabricas en las Doctrinas, no se remediaban con puros ordenes, sé vio obligado a mandar con Precepto de Santa Obediencia, que en nuestras casas, que de nuevo se huvieren de fabricar en las Doctrinas se siga la Planta o pitipie, que dexó en su segunda visita de 22 de Henero de 1713. de que me ha inviado copia, la qual vista apruebo, y confirmo en lo sustancial delas medidas de el ancho, y largo delos aposentos de nuestra vivienda, huertas, y Refitorio esta en el Despacho de 4 de Abril de 1713 tres meses despues de la fecha de el P. Visitador hallará vuestra reverencia este mismo Precepto que en virtud de los Informes, que entonces llegaron a este officio me vi obligado a imponer" 264.

Las órdenes en cuanto a concluir con la ostentación de los edificios iban y venían una y otra vez, sumándose cuando se podía y con toda energía se castigue a los responsables. Así en el año 1714 todavía escribía Tamburini "que se reforme la superflua ostentacion en las fábricas de las Casas de Missiones" y, más adelante "que los P. Lauro y Silva se remueban de todo manexo" 265. Incluso cuando el P. Lauro Núñez había pro-

<sup>262.</sup> ARSI, CG, 5ª carta 1ª vía 4 de abril de 1713 de Miguel A. Tamburini al vice provincial.

<sup>263. &</sup>quot;Expresión de algunas órdenes que en la 2da visita nos dejó el P. visitador Antonio Garriga de 1713" (s/f). BSS, Paraguay BG 425 ANT car.

<sup>264.</sup> ARSI, CG, 9ª carta 2ª vía 1 de mayo de 1716 de Miguel A. Tamburini al P. Provincial. 265. Ibid, 1ª carta 1ª vía 28 de abril de 1714 de Miguel A. Tamburini al P. Provincial Juan Baptista Zea.

puesto anteriormente que la estancia administrada por la Provincia, aporte 30 pesos anuales al Noviciado, el P. Tamburini replicaba con energía: "que ni en esa, ni en otra disposición de hacienda, ni de gobierno, se oiga, ni consulte al P. Lauro. Cuando para éste ordeno no hubiese otras eficasísimas razones, basta su vejez, y el modo con que ha administrado y gobernado la Provincia"<sup>266</sup>.

En cuanto a la obra del Noviciado que era una adaptación de la casa de los Mujica, para darle la nueva función y levantar en ella una iglesia, había comenzado, cuando enterado el general Tamburini mandó suspender la construcción. En esta decisión seguramente fue también importante la opinión del flamante provincial y visitador Antonio Garriga, mencionado por el P. Tamburini en 1711 al manifestar que "son eficasísimas las razones de Vuestra Reverencia contra el Noviciado aparte, y su eficacia se ve confirmada a costa de sensibles experiencias. Por tanto Vuestra Reverencia haga que los pocos Novicios que ay se reciban, se críen como antes en el Colegio "267. Con lo que echaba por tierra todas las recomendaciones de sus antecesores. Acordada la resolución entre el provincial y el general, sólo quedaba por hacer cumplir la orden, con lo que los trabajos se paralizaron en 1713, por mandato expreso del P. Tamburini quien en carta del 13 de abril de ese año confirmó su resolución escribiendo "Teniendo ordenado ya, que los novicios se críen, no en la casa del noviciado, sino en el Colegio de Córdoba, sólo tengo que confirmar esta orden, conformándome con el parecer del Padre Visitador y sujetos de celo y experiencia de esta provincia. Y estando la Casa del Noviciado tan pobre, no hay necesidad de hacer una iglesia tan magnífica, que sería inútil, aunque estuviese muy rica. Ordeno que se suspenda la fábrica de dicha iglesia, que no quiere Dios templos edificados con medios tan indecentes. al menos, como son los que se han buscado para fabricar aquel" 268.

El P. Garriga cumplió las órdenes, y el P. Tamburini lo felicitó, manifestando que "Las negociaciones, que algunos sugetos Rectores, y Procuradores de esa provincia han usado, me dexan con el mayor escandalo; pues muchas lo son, aunque se les ande buscando paliaciones, y pretextos, que la escusen de serlo. Por suponer que (según me dice lo haria), ha

<sup>266.</sup> Ibid,, 2ª carta 1ª vía 4 de abril de1713 de Miguel A. Tamburini al P. Vice Provincial.

<sup>267.</sup> Ibid, 1ª carta 1 de abril de 1711 M. A. Tamburini.

<sup>268.</sup> Ibid, 2<sup>a</sup> carta 4 de abril de 1713 M. A. Tamburini.

castigado el P. Visitador a los PP. Lauro Nuñez, y Blas de Silva, en quien por sus años, y officios tanto mas grave mente desdicen estas faltas, abominables en todos los Nuestros, no les invio la mas grave penitencia; pero ordeno que ni a otro se les ponga en cosa ninguna de administracion, o gobierno de hacienda, y al P. Silva mandará vuestra reverencia que de ningun modo se introduzga a manejar intereses de sus ermanos, o dependencias; y si en este punto faltare (como con no pequeño escandalo a faltado) vuestra reverencia le reprima, y castigue con severidad pues no es razon que los officios, que a tenido y hacen mas graves sus culpas, le sirvan de salvaguardia, para repetidas con impunidad. Y por lo que toca a los tratos, que pueden, o no pueden permitirse en esa Provincia a los Administradores, ordeno: que puntualmente se observe lo que con parecer, y consulta de los Maestros de Theología ordenó se observase al P. Visitador, evitando, no solo lo que hubieren tenido por negociacion, sino tambien todo quanto de ella tuviere minima especie, según dicha declaración "269".

### Conclusiones

Indudablemente el P. Lauro Núñez fue un personaje muy polémico en su tiempo. Pero resulta por demás satisfactoria su actuación, con sólo mencionar que fue el verdadero hacedor de innumerables proyectos, como el Convictorio y el Noviciado en Córdoba, la imprenta en las misiones, gran parte de las reducciones de los chiquitos y por cierto las obras arquitectónicas que algunos de estos emprendimientos demandaron. Algunas de ellas como el Noviciado y el Convictorio fueron causantes del conflicto que se suscitó, por los fondos que se utilizaron para su concreción, en un contexto donde el manejo de dinero por parte de los jesuitas estaba muy cuestionado. En el caso del primero su ejecución fue suspendida desde Roma y el segundo, si bien se llegó a habilitar en 1695, el proyecto de Kraus se prosiguió recién en 1734 cuando los consultores así lo decidieron.

269. Ibid, 7ª carta 1ª vía 4 de abril de 1713 de Miguel A. Tamburini al P. Vice Provincial.

Pero también en este periodo se invirtió mucho dinero en adornar y proveer de todo tipo de ornatos y alhajas a las iglesias, lo cual provocaba recelos en los españoles que creían que los pueblos de indios eran muy ricos y debían pagar altos tributos.

La provincia era próspera, tanto que se llegó a pensar en auxiliar con cien mil pesos al Colegio de Sevilla. Pero el P. Lauro convenció a los superiores de que no era lo más conveniente. Los fondos quedaron en la provincia y el P. Lauro en vez de destinarlos a los gastos de los procuradores a Europa, los invirtió en obras. Tenemos una idea que el monto invertido rondaba los ochenta mil pesos, que se sumaban a algunas importantes donaciones recibidas por ejemplo de Duarte Quirós y los hermanos Mujica.

La obtención de aquel dinero se lo vinculaba a las supuestas ganancias de transacciones comerciales. Operaciones que es probable hayan existido.

Lo cierto es que el P. Lauro con toda la crítica de su superior fue quien dio paso seguro al Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat y al magnífico Noviciado, del que hoy queda la cripta de esa iglesia. Con aciertos o con errores creemos que la figura del P. Lauro fue fundamental en su época y que como hacedor de proyectos no tuvo quien lo superara, aunque el anonimato de sus obras resultan no de la adversidad que soportó por parte de algunos de sus pares y superiores, sino de esa postura de los jesuitas de darle los créditos de sus obras a quienes aportaban el dinero para concretarlas.

Finalmente, nos quedamos con el escrito de Orosz donde menciona una de sus principales obras y experiencia de ese proceso de hacer: "Supo que algunos, pocos conocedores de las cosas, desparramaban habladurías como si el Colegio o Seminario Monserrtense de los Jóvenes Nobles fuese erigido por su autoridad y a costa de la Provincia, fácilmente superó esa opinión apoyada en ningún sustento; sin embargo peticionó ahincadamente se viera si hubiese algo cometido en ese asunto que fuese digno de represión. Más aún, el R.P.N. Prepósito General busque la justa pena, no teniendo en cuenta ninguna razón de edad, de méritos y, aunque esté a las puertas de la eternidad, que morirá sin duda antes que Roma conteste, la represión, sin embargo, no tiene que ser dejada pasar, con que los venideros sean más cautos ante la experiencia ajena y no pasen los límites de su autoridad".

#### **FUENTES Y ABREVIATURAS**

Archivo Arquidiocesano de Córdoba, Argentina (AAC)

Archivo de la Província Jesuítica de Chile (ASJCh)

Archivo General de la Nación Argentina (AGN)

Archivo Histórico de la Provincia de Córdoba, Argentina (AHPC)

Archivo Histórico de la Provincia de Toledo, Alcalá de Henares, España (AHPTSI)

Archivo Histórico de la Provincia Jesuítica de Cataluña, Barcelona, España (ARXIU)

Archivo Histórico de Loyola, España (AL)

Archivo Histórico Municipal "Carlos A. Luque Colombres", Córdoba, Argentina, Actas Capitulares (AHMAC)

Archivo Histórico Nacional de España (AHNE)

Archivo Romano de la Compañía de Jesús, Italia (ARSI)

Archivum Sacrae Congregationis de Propaganda FIDE, Italia (ASCPF)

Biblioteca de San Estanislao de la Residencia Jesuítica de Salamanca, España (BSS)

Biblioteca del Colegio del Salvador, Buenos Aires, Argentina (BS)

Biblioteca Nacional de Brasil, Río de Janeiro (BNB)

Biblioteca Nacional de España, Madrid (BNE)

Museo Histórico Nacional Estancia Jesuítica y Casa del Virrey Liniers, Alta Gracia, Argentina (MHL)

## BIBLIOGRAFÍA

- ACHÓN INSAUSTI, José Ángel y Leyre ARRIETA ALBERDI (1997). *Julian Lizardi martiri asteasuarra*, Andoain: Manuel Larramendi Kultur Bazkuna.
- AGUSTÍ SJ, Vicente (1895). Clemente Baigorri, ó, Fidelidad hasta la muerte: una página de la historia moderna, Barcelona: Librería y Tipografía Católica.
- ALEGAMBE SJ, Philippo (1657). Mortes Illustres et gesta eorum de Societate Iesu qui in odium fidei, pietatis, aut cuiuscunque virtutis, occasione Missionum, Sacramentorum administratorum fidri, aut virtutis propugnate / ab Ethnicis, Haereticis, vel alijs, veneno igne, ferro, aut morte alia necati, nerumnisue, confecti sunt, Romae: ex Typographia Varesii.
- ANDRADE, Alonso (1666-1667). Varones Ilvstres en santidad, letras y zelo de las almas. De la Compañía de Jesús..., Madrid: Joseph Fernández de Buendía (II-VI).
- ANDREU SJ, Pedro Juan (1761). Compendiosa relación de la vida, virtudes y muerte por Christo del P. Francsco Ugalde, de la Compañía de Jesús, Madrid: Joachin Ibarra.
- ANDREU SJ, Pedro Juan (1762). Carta de edificación sobre la Vida del V. Siervo de Dios el P. Pedro Antonio Artigas de la Compañía de Jesús, Misionero de los indios Lules, Isistines y Tobas en la provincia del Paraguay, Barcelona: Juan Nadar Impresor.
- ARNAL SIMÓN, Luis (1997). "Las haciendas como empresa de difusión de las misiones y colegios el caso de Cieneguilla", Quito: 49° Congreso Internacional de Americanistas.

- ASTRAÍN SJ, Antonio (1920). Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España, Madrid: Razón y Fe (VI).
- ASTRAÍN SJ, Antonio (1996). *Jesuitas, guaraníes y encomenderos*. Asunción del Paraguay: Centro de Estudios Paraguayos "Antonio Guasch".
- AUZA, Néstor Tomás (2000). "Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina". Separata de *Anuario de Historia de la Iglesia*. Vol. IX, Navarra: Instituto de Historia de la Iglesia. Facultad de Teología. Universidad de Navarra.
- BARRIONUEVO IMPOSTI, Victor (1986). *Historia de Río Cuarto*, Buenos Aires: Junta de Historia de Río Cuarto.
- BATLLORI SI, Miguel (1966). La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos, españoles, hispanoamericanos, filipinos, 1767-1814. Madrid: Ed. Gredos.
- BEGUIRISTÁIN, J. (1946). "El P. Juan Pastor y su inédita historia de la provincia del Paraguay", *Estudios* 75. Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.
- BILCHES SJ, Francisco de (1653). Santos y santuarios del obispado de Jaén y Baeza. Prueba de lo resuelto por los santos. Madrid: Domingo García Morra.
- BORGES MORÁN, Pedro (1977). El envío de misioneros a América durante la época española. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca.
- BORGES, Jorge Luis (1949). *El Aleph*, "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)". Buenos Aires: Lozada.
- BORJA MEDINA SI, Francisco de (1991). "Ocaso de una provincia de fundación ignaciana: la provincia de Andalucía en el exilio (1767-1773)". *Archivo Teológico Granadino*, (54): 5-90, Granada.
- BORJA MEDINA SJ, Francisco de (1992). "Ignacio de Loyola y la Limpieza de Sangre", en *Ignacio de Loyola y su tiempo*, Juan PLAZAOLA (Ed), Bilbao: Universidad de Deusto.
- BRUNO SDB, Cayetano (1967-1969). Historia de la Iglesia en la Argentina. Buenos Aires: Ed. Don Bosco (2-3-4-5).
- BURMEISTER Herman (1944). Viajando por los estados del Plata, Buenos Aires: Unión Germánica en la Argentina, (2).
- BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier (2007). Valladolid, tierra y camino de jesuitas. Presencia de la Compañía de Jesús en la provincia de Valladolid, 1545-1767, Valladolid: Diputación de Valladolid.
- BUSSU, Salvatore (2003). Mártires sin altar. Padre Juan Antonio Solinas, don Pedro Ortiz de Zárate y dieciocho cristianos laicos, Salta: Universidad Católica de Salta, Biblioteca de Textos Universitarios.

- BUSTOS, Zenón (1916). Documentos de fundación de la reducción de San Francisco de Asís de indios pampas de Río Cuarto, Córdoba.
- CABASÉS CLIVETI, Félix Juan, (tr.) (2007). Leyenda de los Santos: Jacobo de Vorágine, Beato, (aut.). Colección: Monumenta Historica Societatis Iesu. Series Nova, 3. Roma: Institutum Historicum Societatos Iesu. Madrid: Universidad Pontificia Comillas de Madrid.
- CABRERA, Mons. Pablo (1931). Ensayos sobre etnología argentina (2. serie, Onomástica indiana de Tucumán). Buenos Aires: El Ateneo (2).
- CABRERA, Pbro. Pablo (1932). Tesoros del pasado argentino. Tiempos y campos heroicos, primera parte la Cruz en la Pampa. Córdoba: Edición Imp. de la Penitenciaría.
- CARBONELL DE MASY SJ, Rafael (1992). Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767). Monografías. España: Economía Quinto Centenario, ICI.
- CARTAGO, Cipriano de (1998). *Cartas*. Introducción, traducción y notas de M.ª Luisa García Sanchidrián. Madrid: Editorial Gredos.
- CASSANI, Joseph (1734 1736). Glorias del segundo siglo de la Compañía de Jesús, dibuxadas en las vidas, y elogios de algunos de sus varones ilustres en virtud, letras, y zelo de las almas, que han florecido desde el año 1640...
  Tomo VII, VIII y IX. Madrid. (Existe segunda edición en nueve tomos publicados en Bilbao entre 1887 y 1892).
- CHARLEVOIX, Pedro Francisco Javier de (1757-1913-1916). Historia del Paraguay escrita en francés por el P....con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel, traducida al castellano por el P. Pablo Hernández..., Madrid: Librería General de Victorino Suárez (2-4-6).
- CHEVALIER, François (1950). Instrucciones a los hermanos Jesuitas Administradores de Haciendas (Manuscrito Mexicano del siglo XVIII), México: Universidad Autónoma de México, Instituto de Historia.
- COLMENARES, Germán (1998). Haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada siglo XVIII. Colombia: TM editores. Universidad del Valle, Banco de la República. Colciencias.
- Constituciones de la Compañía de Jesús Cons 4:312 3.
- CORTESÃO, Jaime (org.) (1951). *Jesuítas e bandeirantes no Guairá (1549-1640)*. Manuscritos da Coleção De Angelis. Río de Janeiro: Biblioteca Nacional, Divisão de Obras Raras e Publicações, (3).
- COSTA, Ignacio M. (1992). Reducción y el Cristo de la Buena Muerte, Río Cuarto: Ed. del ICALA

- COSTA, Ignacio M. (2001). "La reducción jesuita de los indios pampas en El Espinillo [Córdoba] (1691)", *Archivum*, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina, Buenos Aires, T. 20.
- CÓZAR MARTÍNEZ, Fernando de (1884). Noticias y documentos para la historia de Baeza. Jaén: Establecimiento Tipográfico de los señores Rubio.
- CRETINEAU-JOLY, Jacques (1845). Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesús, compuesta sobre documentos inéditos y auténticos. Barcelona: Imprenta de Juan Oliveres (IV).
- CUSHNER, Nicholas P. (1983). Jesuit Ranches and the Agrarian Development of Colonial Argentina, 1650-1767, Albany: State University of New York Press.
- DEL SER, Fernando (1998). "La provincia jesuítica de Castilla en el Archivum Romanum Societatis Iesu", *Cuadernos de Historia Moderna*, Madrid: Universidad Complutense 20.
- DOBRIZHOFFER, Martin (1784-1967). Historia de los abipones, una nación ecuestre y belicosa de Paracuaria, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste (III).
- GRETENKORD, Barbara (1993). Künstler der Kolonialzeit in Lateinamerika. Berlin: Ein Lexikon.
- ECHEVARRÍA Luis (1902). Breve noticia del origen, vida y virtudes del P. Julián de Lizardi y descubrimiento de sus restos, Tolosa: Imprenta de Francisco Muguerza.
- EGUÍA RUIZ SI, Constancio (1942). "Mártires jesuitas en la antigua provincia paraguaya, hoy argentina". *Estudios* 366, Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.
- FALKNER, Tomás (1774-1974). Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur, Buenos Aires: Hachette
- FERNÁNDEZ, Juan Patricio (1726-1994). Relación Histórica de las misiones de indios chiquitos, Biblioteca de historia y Antropología, Jujuy: Centro de Estudios Indígenas y Coloniales, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- FERRARI RUEDA, Rodolfo de (1968). Historia de Córdoba, Córdoba: Biffignandi ediciones (II).
- FERRUFINO Juan Bautista (1633), Relación del martirio de los PP. Roque González de Santacruz, Alonso Rodríguez, Juan del Castillo, Sevilla.
- FITTE, Ernesto J. (1965). Viaje al Plata y a Chile, Buenos Aires.
- FURLONG SI, Guillermo (1930). *El Padre José Quiroga*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

- FURLONG SI, Guillermo (1936a). Nuestra Señora de los Milagros. Historia de la célebre imagen y de su congregación mariana. Buenos Aires: Ed. Congregación de Nuestra Señora de los Milagros e Impreso por S. de Amorrortu.
- FURLONG SI, Guillermo (1936b). Cartografía jesuítica del Río de la Plata, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires: Ed. Jacobo Peuser.
- FURLONG SI, Guillermo (1940). "Los jesuitas y la historiografía rioplatense". *Estudios* Revista de la Academia Literaria del Plata, Año 30, Tomo LXIII, enero-junio.
- FURLONG SI, Guillermo (1941). Entre los Lules del Tucumán, Buenos Aires: Talleres Gráficos San Pablo.
- FURLONG SI, Guillermo (1943). Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires 1617-1943, Buenos Aires: Colegio del Salvador, (1).
- FURLONG SI, Guillermo (1944). Historia del Colegio del Salvador y de sus irradiaciones culturales y espirituales en la ciudad de Buenos Aires. 1617-1943. Buenos Aires (1).
- FURLONG SI, Guillermo (1945). "Vida apostólica y glorioso martirio del venerable Padre Nicolás Mascardi", Anales del Museo de la Patagonia "Francisco P. Moreno", Nº 1.
- FURLONG SI, Guillermo (1946). Arquitectos argentinos durante la dominación hispánica (1536-1810). Buenos Aires: Editorial Huarpes.
- FURLONG SI, Guillermo (1950). "Nicolás del Techo, autor de la primera 'Historia jesuítica del Paraguay', 1611-1685", *Estudios* 83. Buenos Aires: Academia del Plata
- FURLONG SI, Guillermo (1952a). José Manuel Peramás y su Diario del destierro (1768). Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SI, Guillermo (1952b). Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata 1536-1810. Buenos Aires: Ed. Guillemo Kraft.
- FURLONG SI, Guillermo (1953a). Pedro Juan Andreu y su carta a Mateo Andreu (1750), Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SI, Guillermo (1953b). José Cardiel y su carta relación (1747), Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SI, Guillermo (1955). Joaquín Camaño SJ y su "Noticia del Gran Chaco" (1778), Buenos Aires: Librería del Plata.
- FURLONG SI, Guillermo (1959). "Pedro Lozano, SJ y sus "Observaciones a Vargas" (1750)". Buenos Aires: Librería del Plata.

- FURLONG SI, Guillermo (1962a). Antonio Sepp SJ y su "Gobierno temporal" (1732), Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1962b). Historia del Colegio de la inmaculada de la ciudad de Santa Fe y sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales. 1610-1962. Buenos Aires: Ed. de la Sociedad de exalumnos, filial Buenos Aires (1).
- FURLONG SI, Guillermo (1963a). Justo Van Suerck y su carta sobre Buenos Aires (1629), Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1963b). Nicolás Mascardi S. I. y su carta-relación (1670). Buenos Aires: Editorial Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1964). Juan de Montenegro y su "Breve Noticia" (1746), Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1966). Ladislao Orosz y su "Nicolás del Techo" (1759), Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1971). Bernardo Nusdorffer y su "Novena Parte" (1760), Buenos Aires: Ediciones Theoría.
- FURLONG SI, Guillermo (1978). Misiones y sus pueblos de guaraníes. Posadas: Lumicop y Cía S.A..
- FURLONG SI, Guillermo (1994). Los jesuitas y la cultura rioplatense, Buenos Aires: Biblos.
- GALÁN GARCÍA, Agustín (1995). El "Oficio de Indias" de Sevilla y la organización económica y misional de la Compañía de Jesús (1566-1767), Sevilla: Fundación Fondo de Cultura de Sevilla
- GEOGHEGAN, Abel Rodolfo (1975). "Bibliografía de Guillermo Furlong SJ (1912-1974)", Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Vol. XLVIII, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ DE SANTA CRUZ, Roque, Alonso RODRÍGUEZ y Juan del CASTILLO (1994). Para que los indios sean libres. Escritos de los mártires de las Reducciones guaraníes. Introducciones y notas de Fernando García Moreno SI, Rafael Carbonel de Masy, SI y Tomás Rodríguez Miranda, SJ, Asunción del Paraguay: Colección Santos Mártires.
- GONZÁLEZ VALERGA DE NEISIUS, Angélica (1992). "Los Salguero de Cabrera en Córdoba". *Genealogía*, Boletín del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, T. XIV, Nº 183, Diciembre.
- GRACIA SJ, Joaquín (1940). Los jesuitas en Córdoba, Buenos Aires-México: Espasa Calpe Argentina.
- GRENÓN SJ, Pedro (1920). Los Funes y el P. Juárez, Primera Parte, Córdoba: La Gutemberg (2).

- GRENÓN SJ, Pedro (1924). Los Pampas y la frontera del sur. Documentos para la historia de la Reducción, Córdoba: Imp. Liendo.
- GRENÓN SJ, Pedro (1937). "Apuntes para la biografía del doctor Duarte Quirós y su obra". *Estudios*, Buenos Aires: Academia Literaria del Plata. Homenaje al Colegio de Monserrat. Año 27, Tomo58. Noviembre.
- GRENÓN SJ, Pedro (1938). La Compañía de Jesús en Córdoba. Documentación de su establecimiento, Córdoba: Imp. Gutenberg.
- GUILHERMY, François Elesban de (1902). Ménologe de la Compagnie de Jesús. Assistande d'Espagne. París: Typographie M.R. Leroy, (3).
- HERNÁEZ SI, Francisco Javier (1879). Colección de bulas, breves y otros documentos relativos a la Iglesia de América y Filipinas. Bruselas: Imprenta de A. Vromant.
- HERNÁNDEZ SJ, Pablo (1913). Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús. Barcelona: Gustavo Gili editor (2).
- HERRERA, Orlando J. (2002). "Reducción jesuítica de indios pampas", *I Jornadas sobre el Legado Jesuítico en Córdoba*, Córdoba: UNESCO-Universidad Nacional de Córdoba, 22 y 23 de noviembre.
- JARQUE Francisco (1687). Insignes misioneros de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay. Estado presente de sus missiones de Tucuman, Paraguay y Río de la Plata, que comprende su distrito. Pamplona: Por Juan Micón.
- JARQUE Francisco y Diego Francisco ALTAMIRANO (2008). Las misiones jesuíticas en 1687. El estado que al presente gozan las Misiones de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata. Estudio preliminar de Ernesto Maeder. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia Union Académique Internationale.
- JARQUE, Francisco (1662-1900). Ruiz de Montoya en Indias (1608-1652).
  Madrid: Victoriano Suárez editor, (3). [Vida prodigiosa, en lo vario de los sucesos, exemplar en lo heroíco de religiosas virtudes ... Del venerable padre Antonio Rviz de Montoya, religioso profeso .. Zaragoza: Juan de Ibár.]
- JUÁREZ, Gaspar SJ (1798). Vida Iconologica del apóstol de Indias S. Francisco Xavier de la Compañía de Jesús. Roma: Imprenta de Miguel Puccinelli.
- LAMBEL, Alexandre Pierre F. (1881). Le Paraguay, Tours: Alfred Mame et fils.
- LANCIEGO, Juan Bautista (1716) Epitome de la vida del V.P. Juan de Viana de la Compañía de Jesús.... con una addicion de otros cinco paisanos del P. Viana..., Viana: por Joseph Joachin Martinez.
- LANZI, P. (1912). Una fiore della chiesa cremonese. Padre Antonio Maria Ripari, S.J., martire nel Paraguay (1607-1639), Milán.

- LEAL, Luis Rosendo (1914). Datos biográficos de los obispos de la Diócesis de Córdoba del Tucumán, Córdoba: Est. Los Principios.
- LEONHARDT SI, Carlos (1927-1929). Documentos para la Historia Argentina. Iglesia. Cartas Anuas de la provincia del Paraguay, Chile y Tucumán, de la Compañía de Jesús (1609-1614) y (1615-1637) Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, (XIX-XX).
- LEONHARDT SI, Carlos (1942). "Dos mártires del Chaco: PP. Gaspar Osario Antonio Ripari SJ", *Estudios*, N° 368, Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.
- LEVILLER, Roberto (1926). Papeles Eclesiásticos del Tucumán. Documentos originales del Archivo de Indias, Madrid, Imprenta de Juan Puerro (2)
- LEVINTON, Norberto (2005). "La cárcel en las misiones jesuíticas (1609-1768)", Contratiempo, Año V, N° 7, Buenos Aires.
- LEVINTON, Norberto (2008). La arquitectura jesuítico-guaraní. Una experiencia de interacción cultural. Buenos Aires: SB editorial.
- LEVINTON, Norberto (2009). El espacio jesuítico-guaraní, la formación de una región cultural, Asunción: Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad Católica.
- LOZANO SJ, Pedro (1741). Relación de la Vida, y Virtudes del Venerable Martyr P. Julián de Lizardi, de la Compañía de Jesús, de la Provincia del Paraguay, Salamanca: Por Antonio Villagordo.
- LOZANO SJ, Pedro (1754-1755). Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, Madrid: Imp. de la viuda de Manuel Fernández (2).
- LOZANO SJ, Pedro (1763). Breve relación de la Vida, y Virtudes del Venerable, y Apostólico P. Juan Saloni, de la Compañía de Jesús, Celosísimo Misionero de diferentes Provincias de la América..., Madrid: Por Joachim Ibarra.
- LOZANO SJ, Pedro (1941). *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualambá*, Tucumán: Instituto de Antropología.
- LUCAIOLI, Carina Paula (2005). Los grupos de abipones hacia mediados del siglo XVIII, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- LUQUE COLOMBRES, Carlos A. (1980). Orígenes históricos de la propiedad urbana de Córdoba (siglos XVI y XVII), Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Estudios Americanistas, 1980.
- MACHONI SJ, Antonio (1732). Las siete estrellas de la mano de Jesus, Por el Padre Antonio Machoni de la Compañía de Jesús, natural de Cerdeña, Rector del Colegio Máximo de Córdoba del Tucumàn y Procurador General à Roma por su Provincia del Paraguay... Córdoba (España): Colegio de la Assumpcion por Joseph Santos Balbàs.

- MAEDER, Ernesto (s/f). Nómina de gobernantes civiles y eclesiásticos de la Argentina durante la época española (1500-1810), Resistencia: Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, UNNE.
- MAEDER, Ernesto J. A. (1984). Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, 1637-1639. Buenos Aires: Fundación para la Educación la Ciencia y la Cultura.
- MAEDER, Ernesto J. A. y Ramón GUTIERREZ (1995). Atlas histórico del nordeste argentino. Resistencia: Instituto de Investigaciones Neohistóricas – CONICET – FUNDANORD, Universidad Nacional del Nordeste.
- MARCHETTI, Sergio A. (2003). Costa Sacate. Cuatro siglos de historia en las márgenes del río Xanaes, Córdoba: Ferreyra editor.
- MARSHALL, T.W.M. (1862). Christian Missions: Their agents, their method, and their results. London-Bruselas, Vol.III.
- MARTÍNEZ VILLADA, Luis G. (1936). "Conquistadores y Pacificadores. Los Cabrera", *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Año XXIII, Nº 5-6, jul-ag.
- Martyrologium Romanum (2004). Conforme al decreto del Concilio Vaticano II y aprobación de Juan Pablo II. Roma: Tipografía Vaticana, 2ª edición revisada.
- MATEOS SJ, Francisco (1944). "Antecedentes de la entrada de los jesuitas españoles a las misiones de América (1538-1565)", *Missionalia Hispanica*, (1).
- MEDINA, José Toribio (1963). *Biblioteca Hispano Chilena (1523-1817)*, Tomo II 1700-1768, Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.
- MIRANDA SJ, Francisco Javier (1916). Vida del Venerable sacerdote don Domingo Muriel. Religioso un tiempo de la abolida Compañía de Jesús y último provincial de su provincia del Paraguay. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- MONTENEGRO SI, Juan de (1746). Breve noticia de las Misiones, peregrinaciones apostolicas, trabajos, sudor, y sangre vertida, en obsequio de la fé, de el Venerable Padre Agustin Castañares, de la Compañía de Jesús, Insigne missionero de la provincia del Paraguay, en las Missiones de Chiquitos, Zamucos, y últimamente a la mission de los infieles Mataguayos.... Madrid: Por Miguel Fernández, impresor del Supremo Consejo de la Inquisición.
- MÜHN, A.J., Juan (1930). "El Río de la Plata visto por viajeros alemanes del siglo XVIII, según cartas traducidas por Juan, S.J.", Buenos Aires: Ed. Huarpes.
- MUÑOZ DE GÁLVEZ, Juan (1632). Carta del padre Iuan Mun?oz de Galvez, rector del Colegio de San Hermenegildo, de la Compan?ia de Iesus de

- Seuilla: para los superiores, y religiosos desta prouincia de la Andalucia, sobre la muerte, y virtudes del padre Diego Ruiz de Montoya. Sevilla.
- MUÑOZ Y ROMERO, Tomás (1858). Diccionario bibliográfico-histórico de los antiguos reinos, provincias, ciudades, villas, iglesias y santuarios de España. Madrid: Imprenta y Estereotipa de N. Rivadeneyra,.
- NADASI, Joannes (1665). Annus dierum memorabilium Societatis Iesu sive Commentarius quotidianae virtutis, notabilem unius, vel plurium in Societate vita functorum, virtute quapiam insignium memoriam in memses diesque quibus obiere partite distributam complexus, Antuerpiae, Apud Iacobum Meurisium.
- NIEREMBERG Y OTIN, Juan Eusebio y Alonso DE ANDRADE (1647-1891). Varones ilustres de la Compañía de Jesús. Misiones de Filipinas, Méjico, Canadá, Brasil, Bilbao: Imprenta del Corazón de Jesús, (3).
- NIEREMBERG, Juan Eusebio (1643a). Ideas de virtud en algunos claros varones de la Compañía de Jesús. Para los religiosos Della. Tomo I, Madrid.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio (1643b). Firmamento religioso de luzidos varones de la Compañía de Jesús... Tomo II, Madrid.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio (1645). Honor del gran Patriarca San Ignacio de Loyola. Fundador de la Compañía de Jesús. en que se propone su vida, y la de su Discípulo el apostol de las Indias S. francisco Xavier. Con la milagrosa historia del admirable Padre Marcelo Mastrilli, y las noticias de gran multitud de Hijos del mismo San Ignacio, varones claissimos en santidad... Tomo III, Madrid.
- NIEREMBERG, Juan Eusebio (1647). Vidas exemplares y venerables memorias de algunos claros varones de la Compañía de Jesús... Tomo IV, Madrid.
- O'NEILL, Charles y José María DOMÍNGUEZ (2001). Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús, Biográfico-Temático, Roma: Institutum Historicum; Madrid: Universidad Pontificia Comillas (4).
- OLIVA, Anello (1895). Libro primero del manuscrito original del R.P. Anello Oliva S.J. Historia del Reino y Provincias del Perú de sus Incas Reyes Descubrimiento y Conquista por los españoles de la Corona de Castilla con otras singularidades concernientes á la Historia. Escrito en 1598 y publicado, después de tres siglos por Juan F. Pazos Varela y Luis Varela y Orbegozo, Lima: Imprenta y Librería de S. Pedro.
- ORDÓÑEZ, Valeriano y Félix PÉREZ LARRAYA (s/f). Jesuitas Navarros siglo a siglo, Tomo 1, Siglo XVI, Versión mecanografiada.
- PAGE, Carlos A. (1998). La estancia jesuítica de San Ignacio de los Ejercicios. Calamuchita. Córdoba.", Junta Provincial de Historia de Córdoba, Nº 18, Córdoba.

- PAGE, Carlos A. (1999a). "Las casas del Convictorio y Colegio de Nuestra Señora de Monserrat". Córdoba: Congreso Internacional 400 años de los jesuitas en Córdoba (3).
- PAGE, Carlos A. (1999b). La manzana jesuítica de la ciudad de Córdoba, Córdoba: Municipalidad de Córdoba-Universidad Nacional de Córdoba.
- PAGE, Carlos A. (1999c). "Córdoba y los jesuitas en las Cartas de los Padres Generales de la Compañía de Jesús", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, N° 17, 1999, pp. 16-34.
- PAGE, Carlos A. (2000). El Colegio Máximo de Córdoba según las Cartas Anuas de la Compañía de Jesús, Córdoba.
- PAGE, Carlos A. (2001a). "Historiografía y fuentes de información para la historia de la Compañía de Jesús en Argentina". Segundas jornadas de historia de los pueblos de Paravachasca, Calamuchita y Xanaes. Alta Gracia: Museo Nacional "Casa del Virrey Liniers".
- PAGE, Carlos A. (2001b). "Una biografía del P. Martín López escrita por Ladislao Orosz en 1759". Segundas jornadas de historia de los pueblos de Paravachasca, Calamuchita y Xanaes. Alta Gracia: Museo Nacional "Casa del Virrey Liniers"
- PAGE, Carlos A. (2002a). "El P. Lauro Núñez SJ (1632-1719). Hacedor del Real Convictorio de Nuestra Señora de Monserrat". *IV Jornadas de Historia de Córdoba*. Córdoba: Junta Provincial de Historia de Córdoba.
- PAGE, Carlos A. (2002b). "Los libros de cuentas de las estancias y colegio jesuítico de Córdoba". Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, N°19, 2002, pp. 241-250.
- PAGE, Carlos A. (2004). *La estancia jesuítica de Alta Gracia*, Córdoba: Ed. Eudecor.
- PAGE, Carlos A. (2006). "El P. Francisco Lucas Cavallero y su primera experiencia misional con la reducción de indios pampas", *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, Santacruz de la Sierra: Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales "José Ortiz Mercado", Universidad Autónoma "Gabriel René Moreno", Seg. Época, Vol.12.
- PAGE, Carlos A. (2007a). "La relación del P. Francisco Lucas Cavallero sobre la formación de la reducción jesuítica de indios pampas en Córdoba (15-07-1693)", Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba (24).
- PAGE, Carlos A. (2007b). Los viajes de Buenos Aires a Europa según las crónicas de los jesuitas de los siglos XVII y XVIII. Córdoba: Báez ed.
- PAGE, Carlos A. (2007c). "De Génova a San Pablo. La relación de viaje del P. Antonio Ripari SJ de 1636", *Tempo da Ciência* (14) 28: 9-30 2° semestre.

- PAGE, Carlos A. (2008a). "Dos relaciones inéditas sobre los viajes de Europa a Buenos Aires de los jesuitas Juan de Viana (1616) y Gaspar García (1622)". Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba (25).
- PAGE, Carlos A. (2008b). "Reglamentos para el funcionamiento de las haciendas jesuíticas en la antigua provincia del Paraguay", *Dieciocho*. Vol 31.2 Feb. The University of Virginia.
- PAGE, Carlos A. (2008c). "Las pinturas de la cubierta de la iglesia de la Compañía de Jesús de la ciudad de Córddoba (Argentina)", en: XII Jornadas sobre misiones jesuíticas Simposio 4: Sonido, Imagen, Ritual y Escritura, Buenos Aires.
- PAGE, Carlos A. (2008d). "Dos relaciones inéditas sobre los viajes de Europa a Buenos Aires de los jesuitas Juan de Viana (1616) y Gaspar García (1622)", Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba, Córdoba (25).
- PAGE, Carlos A. (2010). "El exilio de los novicios jesuitas de la provincia del Paraguay", *Archivum*, Buenos Aires: Junta de Historia Eclesiástica Argentina (XXVIII).
- PAGE, Carlos et al (2005). "La censurada biografía del Padre Lauro Núñez SJ escrita por el Padre Ladislao Orosz", *Revista de la Junta Provincial de Historia de Córdoba*, Córdoba (22).
- PASTELLS SJ, Pablo y Francisco MATEOS SJ (1946-1949). Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Santo Toribio de Mogrovejo (VI al VIIIb).
- PASTELLS, Pablo SJ (1912-1933). Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil) según los documentos originales del Archivo General de Indias. Madrid: Librería General de Victorino Suárez (I al V).
- PATRIGNANI, Giuseppe Antonio (1730). Menologio di pie memorie d'alcuni religiosi della CG... dal 1538 al 1727, 4 v. Venecia. (Continuado por G. Boero (Roma, 1859: sólo enero-febrero).
- PAUCKE SJ, Florián (1942-1944). Hacia allá y para acá, una estada entre los mocovíes, 1749-1767, Traducción de E. Wernicke, Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán (4).
- PAUCKE SJ, Florián (1999). Hacia allá y para acá (Una estadía entre los indios Mocobies 1749-1768), Tomo 1, Córdoba: Editorial Nuevo Siglo.
- PEÑA, Gabriela Alejandra (1997). La evangelización de indios, negros y gente de castas en Córdoba del Tucumán durante la dominación española (1573-1810). Córdoba: Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Católica de Córdoba.

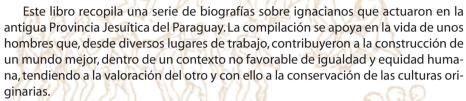
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1766-1937). Orationes quinque in laua del Padem Clarissimi viri D.D. Ignatii Duartii et Quirossi, Collegii Monserratensis Cordubae in America conditoris, laudationes quinque... Córdoba del Tucumán [Cinco oraciones laudatorias en honor del Dr. D. Ignacio Duarte y Quirós (Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba].
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1791-1946). Vida y obra de seis humanistas, Ed. Huarpes, Buenos Aires.
- PERAMÁS SJ, José Manuel (1793). De vita et moribus tredecim virorum paraguaycorum. Faenza: Ex Typographia Archí.
- PÉREZ PICÓN, Conrado (1982). Villagarcía de Campos: estudio histórico-artístico, Valladolid: Institución Cultural Simancas.
- PIOLI, Alicia Juliana (2002). El Colegio Jesuita de Corrientes, Tesina Master en Historia, UNISINOS, Centro de Ciencias Humanas Programa de pós-graduação em História, São Leopoldo, R.S., Brasil, marzo de 2002 (http://www.anchietano.unisinos.br/publicacoes/textos/pioli2002/espanhol01.pdf)
- PLUTARCO (2001). Vidas Paralelas. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos.
- RAZORI, Amilcar (1945) *Historia de la ciudad Argentina*, Buenos Aires: Imprenta López (2).
- REY FAJARDO, José del. (2006). Los jesuitas en Venezuela. Fuentes, Vol.1, Caracas: Pontificia Universidad Javeriana UCAB.
- ROSSO, Giuseppe (1950). "Nicolò Mascardi, missionario gesuita, esploratore del Cile e della Patagonia (1624-1674)", *Archivum historicum Societatis Iesu*, 19.
- ROUILLON ARROSPIDE SJ, José Luis (1997). Antonio Ruiz de Montoya y las reducciones del Paraguay. Asunción del Paraguay: Centro de Estudios Paraguayos "Antonio Guasch".
- RUIZ DE MONTOYA, Antonio (1639-1989). La conquista espiritual del Paraguay. Estudio preliminar y notas Dr. Ernesto J. A. Maeder, Rosario: Equipo Difusor de Estudios de Historia Iberoamericana.
- SALVATORI, SJ, Felipe María (1793). Compendio Della vita di S. Francesco Saverio della Compagnia di Gesu tratto Della vita cristianne dal P. Giuseppe Massei, Roma.
- SÁNCHEZ LABRADOR, José (1910). Paraguay Católico, La Plata: Coni
- SANS, Isidro M. Biografías antiguas (s/f). Archivo de Loyola (inédito).
- SCHENONE, Héctor H. (1982). "Retablos y púlpitos", en: *Historia General del Arte en la Argentina*, Buenos Aires: Academia Nacional de Bellas Artes (1).

- SENA MEDINA, Guillermo (1990). *Jaén en el Descubrimiento, conquista y ocupación de las Indias*. Granada: Caja General de Ahorros.
- SERRANO Y SANZ, Manuel (1933). Relación de las Costumbres y Religión de los indios Manásicas por el hermano Lucas Caballero de la Compañía de Jesús. Madrid: Imprenta General de Victoriano Suárez.
- SERVENTI, María Cristina (2007). Tesis de doctorado. La gestación del arte jesuítico-guaraní en la etapa inicial de las reducciones de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay (1610-1641). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, (inédita).
- SOMMERVOGEL, Carlos (1898). Bibliothèque de la Compagnie de Jesús. Brussels: Nouvelle édition (8).
- SOSA GALLARDO, Santiago A. (1960). "El interior de la iglesia de la Compañía de Córdoba. Notas sobre arquitectura colonial", *Revista de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Natrales* de la Universidad Nacional de Córdoba, Año XXI, N° 3 y 4.
- STADEN, Juan (1557-1944). Vera historia y descripción de un país de las salvages [sic] desnudas feroces gentes devoradoras de hombres situado en el nuevo mundo América. Traducción y comentarios de Edmundo Wernicke, Buenos Aires: Museo Etnográfico.
- STORNI SI, Hugo (1979). "Jesuitas italianos en el Río de la Plata, antigua Provincia del Paraguay, 1585-1768", *Archivum Societatis Iesu*, N° 48, Roma
- STORNI SI, Hugo (1980a). Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (cuenca del plata) 1585-1768. Roma: Institutum Historicum Societatis Iesu.
- STORNI SI, Hugo (1980b). "Jesuitas valones, flamencos y franceses, misioneros en Paraguay, 1608-1767". *Archivum Historicum Societatis Iesu*, 49. Roma.
- STORNI SI, Hugo (1984). "Antonio Ruiz de Montoya (1585-1652)". Archivum Historicum Societatis Iesu, (53), Roma: Institutum Historicum S.I.
- SUETONIO TRANQUILO, Cayo (1992). Vida de los doce césares. Obra completa. Madrid: Editorial Gredos.
- SUSTERSIC, Bozidar Darko (1999a). "La presencia americana en el arte jesuítico-guaraní". En Gadelha, Regina A. F. (ed), *Missões Guarani. Impacto na sociedade contemporânea*. San Pablo: Editora da PUC-SP.
- SUSTERSIC, Bozidar Darko (1999b). *Templos jesuítico-guaraníes*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.
- SUSTERSIC, Bozidar Darko (2010). *Imágenes Guaraní-Jesuíticas. Paraguay, Argentina, Brasil*, Asunción: Centro de Artes Visuales-Museo del Barro.

- SUSTERSIC, Darko B. (1999). "Sobre la autoría de los retablos de la iglesia jesuítica de Córdoba y su capilla doméstica", *Jesuitas 400 años en Córdoba. Córdoba, Argentina*, Córdoba (1).
- SUSTERSIC, Darko B. (2000). "Corrientes internas de la Compañía de Jesús durante el siglo XVIII a la luz de los testimonios de tres polémicas". VIII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas. 28 al 30 de septiembre de 2000. Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción" sede Regional Itapúa, Paraguay.
- SUSTERSIC, Darko B. (2010). *Arte jesuítico-guaraní y sus estilos*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- SZABÓ, Ladislao (1984). El húngaro Ladislao Orosz en tierras argentinas 1729-1767, Buenos Aires: FECIC.
- TANNER, Matthias (1675). Societas Jesu usque ad sanguinis et vitae profusionem miltans, in Europa, Africa, Asia, et America, contra gentiles, Mahometanos, Judaeos, haereticos, impios, pro Deo fide, Ecclesia, pietate; sive, Vita, et mors eorum, qui ex Societate Jesu in causa fidei, & virtutis propugnatae, violentâ morte toto orbe sublati sunt. Pragae: Typis Universitatis Carolo-Ferdinandeae.
- TECHO SI, Nicolás del y Ladislao OROSZ (1759). Decades virorum illustrium Paraquariae Societatis Jesu. Ex Historia ejusdem Provinciae, et aliunde depromtae... Tyrnavia: Typis Academicis Societatis Jesu.
- TECHO SJ, Nicolás del (2005-1673). Historia de la provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús. Asunción: Centro de Estudios Paraguayos Antonio Guasch.
- TOMICHÁ CHARUPÁ, Roberto (2000). La primera evangelización en las reducciones de chiquitos, Bolivia (1691-1767), Roma: Pontificia Universidad Gregoriana.
- TOMMASINI OFM, Fray Gabriel (1933). Los indios ocloyas y sus doctrineros en el siglo XVII, Córdoba: Imprenta de la Universidad.
- TORNETTI, Giovanni (1711). Breve relazione delle virtù e morte del P. Antonio Ripari della Compagnia di Gesú, occiso daga Idolatri nel Ciaco, in odio della Santa FEDE, e cavata da quello che fu scritto in Lengua Spagnola nella Provincia del Paraguay, dove sparse ilsangue, e da altre memorie autentiche. Brescia: per Giov. Maria Rizzardo.
- TORRE REVELLO, José (1963). "Los navíos de registro en el Río de la Plata (1505-1700)", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, T. 34, 2da sección, Buenos Aires.
- TORRES SALDAMANDO, Enrique (1882). Los antiguos jesuitas del Perú, Lima: Imprenta Liberal.

- URIARTE SJ, José E. de y Mariano LENCINA SJ (1929-1930). Biblioteca de escritores de la Compañía de Jesús perteneciente a la antigua asistencia de España desde sus orígenes hasta el año de 1773. Madrid: Imprenta "Gráfica Universal", (2).
- URIARTE SJ, José Eugenio (1914). Catálogo razonado de Obras Anónimas y seudónimas de autores de la Compañía de Jesús, pertenecientes a la antigua asistencia española. T. IV, Madrid: Est. Tip. "Sucesoresde Rivadeneyra".
- VARGAS SI, Juan N. (2000). *Jesuitas andaluces en Hispano-América y Filipinas*. Granada: Facultad de Teología.
- VAUGHAN, Kenelm (1901). Descubrimiento de los restos del Venerable P. Julián Lizardi (De la Compañía de Jesís) y su traslación de Tarija á Buenos Aires... Con la Vida del Mártir por P. Pedro Lozano SJ, Barcelona: Librería de Subirana.
- Vie du R.P. Ignace Chomé de la Compagnie de Jesús Missionaire du Paraguay d'Aprés ses lettres et les details que nous a laissés le P. Peramás, Missionaire comme luid au Paraguay, Douai Dechristé. Imprimeur-Esiteur, 1864.
- VIOTTO, Italo Miguel (1999). "Vida del estudiante Clemente Baigorrí", Córdoba: Congreso 400 años de los jesuitas en Córdoba, (3).
- VOLPE, M. (1917). "P. Antonio M. Ripari, martire nel Paraguay", *Missioni della Compagnia di Gesù*, (3).
- WERNICKE, Edmundo (1941). "Una carta del P. Antonio Sepp SJ con motivo de la muerte del hermano Juan Kraus, constructor del templo de San Ignacio", *Anuario de la Sociedad de Historia*, Buenos Aires.
- ZINNY, Antonio (1920). *Historia de los gobernadores de las provincias argenti*nas, Buenos Aires: Vaccaro (1).





Estas personas se presentan en un género biográfico, emulando los Siete Arcángeles -como lo hizo Antonio Machoni en el siglo XVIII- convertidos en simples hombres terrenales que tuvieron un mismo objetivo.

Transitando caminos cercanos y paralelos, en el relato de sus vidas, se aborda una metodología crítica-científica, no novelada, para confirmar la veracidad de los hechos de los que fueron protagonistas. Con ello se pretende acercar una nueva, o si se quiere renovada, visión del mundo americano donde actuaron los jesuitas que, más allá de sus hábitos religiosos, fueron hombres singulares, con convicciones claras y sobre todo, cargados de amor al prójimo, a esos otros hombres que no eran distintos, y querían salvar personas de un abismo en el que penosamente cayeron y aún hoy tratan de sobrevivir.

CARLOS A. PAGE. Arquitecto y Doctor en Historia. Investigador Independiente del CONICET con sede en el Instituto de Conservación de Patrimonio Arquitectónico y Urbano de la FAUyD de la UNC dirigido por el Dr. Horacio Gnemmi.

En sus inicios trabajó bajo las direcciones de los arquitectos Rodolfo Gallardo, Marina Waisman y Alberto S. J. de Paula. Luego fue becario de la Fundación Carolina, dos veces del Ministerio de Cultura de España, e investigador invitado del CNR (Consiglio Nazionale delle Ricerche de Italia) y del CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España).

En la función pública fue director de Patrimonio Cultural de la Municipalidad de la ciudad de Córdoba (2000-2002) y director del Museo Histórico Provincial "Marqués de Sobremonte" (2002).

Organizó y participó en numerosos congresos internacionales (Argentina, Paraguay, Brasil, Colombia y España). Publicó más de 20 libros, algunos en coautoría con Ramón Gutiérrez, Marcela Aspell, Sonia Berjman, Nani Arias Incollá y Luis Tognetti. Además de alrededor de 200 artículos en revistas científicas y de divulgación en Argentina, España, Estados Unidos, Suiza, Bolivia, Paraguay, Italia, Brasil y Colombia. Algunos en coautoría con Ricardo González, Daniel Schávelzon y Sergio Marchetti.





RIE